LA AMANTE IMPERFECTA

ALFREDO CERNUDA

TERCERA EDICIÓN:

© Alfredo Méndez Cerruda

Reservados todos los derechos

Asesora Literaria: Patricia Molero Marcos

patrimolcomercio@hotmail.com

alfredocerruda@gmail.com

Registrada en la Propiedad Intelectual

M-22.989-2012

A Enrique Brasó, in memoriam.

PRÓLOGO

Atravesaron el pasillo que unía los dos edificios acompañados

del director del hospital psiquiátrico. Algunos pacientes paseaban con aspecto somnoliento entre los arces rojos del jardín zen bajo la atenta vigilancia del personal. Se escuchaba una música relajante que Javier no supo distinguir, una especie de "*chill out*". Al llegar al pabellón de los enfermos rodearon el núcleo central y subieron por las escaleras hasta el segundo piso. El director golpeó con los nudillos en una puerta que tenía el número 212 en un cajetín adosado junto al marco, después abrió despacio.

—Buenos días, José Ramón.

Era una habitación pequeña, con una cama estrecha, un sofá en el lateral izquierdo y un escritorio debajo de la ventana.

—Han venido unos amigos a verte.

Las paredes estaban pintadas de blanco y en la frontal habían pegado con celo unos folios coloreados con un sol rojo en el centro, un sol implacable y amenazante. José Ramón, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor, observaba pasmado el bosque que ofrecía el horizonte; los pinos, fresnos y robles, alcanzaban una altura considerable y se repartían el terreno con las sabinas, más bajas y con la corteza parda.

El director se acercó a la silla y la giró hacia el interior de la habitación para que los viera.

—¿No vas a saludarlos?

Miró a Javier sin descomponer el gesto, igual que cuando observaba ensimismado los árboles del bosque. Sin duda, aquel rostro no aportaba a su cerebro ningún dato que mereciera la pena analizar. Mercedes se adelantó con firmeza hasta la silla.

—Hola, Mon –dijo agachándose y cogiéndole las manos con cariño.

La comisura de los labios se le tensó intentando iniciar una sonrisa. Fue un movimiento tenue que ni siquiera logró acompañar con un parpadeo al sentir el roce.

—Ya se ha acabado todo. No tienes que preocuparte.

Giró la cabeza de nuevo hacia la ventana, buscando en el exterior la lucidez que su interior le negaba desde hacía tiempo. Los árboles continuaban en el mismo sitio, dejando que las ramas se acunaran con indiferencia.

Mercedes no se dio por vencida pese a la mirada escéptica del director. Cogió una pintura del escritorio y comenzó a repetir en un folio el mismo dibujo que José Ramón le había entregado a Javier en su anterior visita. La fachada de la clínica de Harare con líneas ondulantes, los flamboyanes y jacarandás superando el tejado del edificio y la palabra Kaguvi en la puerta. Después añadió Yami en el

borde inferior.

—Yami ha muerto. La clínica ya no existe –le dijo tachando el nombre y la fachada con una equis–. No volverán a hacerte daño, Mon, ni a ti, ni a nadie, ¿comprendes?

José Ramón sujetó el papel entre las manos. Lentamente sus pupilas se fueron dilatando como si hubiera oscurecido en la habitación. Se levantó y arrancó los folios con el sol rojo que había pegado en la pared, los estrujó y los tiró a la papelera. Se quedó unos segundos escrutando las bolas de papel arrugadas y luego volvió a la silla, al bosque, a los pinos y a las sabinas.

El director les hizo una señal con la cabeza para que abandonaran la habitación.

—Adiós, Mon –le acarició el hombro y sintió una agitación extraña en los músculos. José Ramón Prieto estaba llorando, pero sus labios habían recordado una sonrisa antigua.

El inspector Ayuso los esperaba fuera, apoyado en el maletero del coche mientras se fumaba un cigarrillo. Cerca de sus pies había un par de colillas aplastadas. Bajaron las escaleras de la entrada y Mercedes se frenó. El viento de la tarde agitó unos rizos de polen que flotaron a la aventura hasta estrellarse en el parabrisas.

—Tengo miedo –le susurró.

Javier miró la profundidad de sus ojos, queriendo hallar en ese punto lejano en donde se nos aposenta el sufrimiento, la huella de los acontecimientos que habían dado un vuelco a su vida en el corto espacio de dos meses; pero esta vez solo observó con agrado su propio reflejo.

—Y yo –contestó con una sonrisa tranquilizadora–. Pero te quiero.

Le cogió de la mano con ternura y comenzaron a caminar hacia el cielo alto de Zimbabwe.

I

DOS MESES ANTES

LAGO KARIBA

ZIMBABWE

Cuando recuperó el conocimiento no recordaba lo que había ocurrido. La corriente del río apagaba el eco de unas voces lejanas que no conseguía entender. Probablemente se encontraba lejos de las cataratas Victoria porque no oía el "*Mosi-o-tunga*", y en la orilla del Zambeze, a escasos centímetros de su cara, se apreciaban huellas frescas de animales que se habrían alejado al anochecer. Intentó moverse y no pudo. Lo habían tirado boca abajo, con la cabeza apoyada en la tierra que se iba enrojeciendo por la sangre que le manaba de una herida en la frente.

—*¡Handei, handei!* [1]

Los faros del jeep iluminaban débilmente unos matojos que crecían en la ribera. Su posición apenas le permitía ver unos pies encallecidos que de vez en cuando cruzaban el haz de luz y se perdían en la oscuridad. Muy cerca, alguien encendió una hoguera y el olor de la madera al quemarse le transportó a su infancia, a las excursiones a la sierra con los compañeros de clase y a los esfuerzos inútiles por hacer una minúscula fogata. Tenía sed. Se pasó la lengua por los labios encostrados y el escozor le devolvió al presente, a un poblado de Kariba, al viaje que emprendió para recoger las vacunas en Harare.

—Se acabó… –suspendió la frase para redondearla con un leve murmullo– ¿Así? –La pregunta brotó sin amargura, como si solo hubiera una respuesta posible y él fuera consciente de que esa respuesta la estaba esperando desde hacía tiempo. A lo largo de su carrera había atendido a demasiados moribundos para que el miedo lo acosara por un final precipitado, su reacción era producida por la angustia de no poder eludir el dolor físico que comenzaba a torturarle.

Rodeando un grupo de acacias apareció una mujer de ojos huidizos que caminaba temerosa por el sendero embarrado; llevaba un niño en brazos que no tendría más de seis años y que nunca llegaría a cumplir los siete. Los faros parpadearon un par de veces perdiendo intensidad. El jeep se estaba quedando sin batería.

—*Handei, uyai pano* –Tamala avivó los pasos y con delicadeza le entregó el niño a su marido–. *¡Onai, onai!* –Gritó Nyathi y con una

mano agarró al médico del pelo elevándole la cara del suelo–. *Onai mwana wangu.*

—*Handitauri chishona* –respondió con la voz entrecortada por el dolor y sintió que la garganta se le llenaba de sangre.

—Tú no habla shona pero entiende a mí. Mira mi hijo –dijo mostrándole una cicatriz infectada en el costado del niño que se extendía con crueldad hacia la espalda.

—¿Qué quieres?

—¡Mira! *¡Onai mwana wangu!*, mira mi hijo –Nyathi dejó caer la cabeza contra la arena y devolvió el niño a su madre–. *Ibvaipo,* Tamala. *Chisarai.*

Los faros del jeep se apagaron.

OFICINAS DE ALSSOTT BRENNAN INGHEN. LONDRES.

John Sttudmayer abrió la ventana doble de su despacho para fumar un cigarrillo, le disgustaba el olor del tabaco en las prendas de vestir y llevaba puesto un traje de lana virgen que había comprado en el exclusivo establecimiento de Chester Barrie, en Savile Row. Era un traje cruzado, con dos cortes laterales, en color azul marino. Él acudió con la idea de adquirir el clásico traje inglés de tres botones pero el sastre le recomendó la chaqueta cruzada para estilizar más su figura. Lo había estrenado esa misma tarde porque se cumplía su aniversario de boda y Cecile, su esposa, había sacado entradas para ver *Turandot* en el Royal Opera House.

A pesar de que oficialmente había dejado de fumar por ser un hábito políticamente incorrecto para el director general de las clínicas ABI, en determinados momentos de nerviosismo encendía un cigarrillo escondiéndose de la salud ajena.

La lluvia caía desordenada sobre la ciudad y desde las ventanas observaba a través de la ligera bruma el edificio de la Tate Modern. Ese era el motivo por el que un enamorado del arte como Sttudmayer había trasladado las oficinas principales a South Bank: seguir los pasos de los marchantes que cruzaron el río para instalarse en el complejo de edificios. Cuando sus compromisos se lo permitían le gustaba perderse en el museo o en la Saatchi Gallery, y soñar con que adquiría alguna escultura de Barbara Hepwort para el jardín interior de su casa o algún cuadro carnal de Jenny Saville para el estudio. El ruido del teléfono lo sorprendió

apagando la colilla en un cenicero de bolsillo que guardaba en su maletín *Président Classeur*.

—Donald Berry quiere verle.

—Deme un minuto y hágale pasar.

Se roció el aliento con un spray de menta y cerró las ventanas. El ordenador portátil le mostraba los planos de la nueva clínica que iban a construir en Marbella. Se sentó delante y los observó con atención, intentando fingir que le interesaba el resultado. Donald entró en el despacho empapado por la lluvia. El pelo se le pegaba al cráneo dejando calvas entre las guedejas y una mancha de humedad en los hombros oscurecía el color gris de su chaqueta. Sttudmayer hizo un gesto de desagrado al comprobar el deplorable aspecto de su jefe de seguridad.

—¿Y bien?

Donald tragó saliva antes de comunicarle la noticia.

—Lo han encontrado muerto en el lago Kariba. Asesinado.

Se levantó del sillón con un estudiado gesto en la comisura de sus labios que le proporcionaba un aire de preocupación fingida.

—Dile a mi secretaria que te dé una toalla.

Antes de salir al encuentro de su esposa, la mirada se le fue por última vez hacia la antigua central eléctrica donde se había situado la Tate Modern. Dentro de poco se deleitaría con una de sus arias preferidas: “Nessun dorma!”

COLEGIO LICEO

MADRID

—Tu hermano ha muerto.

Le habría gustado enterarse de la noticia de otra manera. Siempre se oyen comentarios, quizá de gente condicionada por el cine y la literatura, advirtiendo de que cuando se muere un ser querido hay ciertos detalles, aunque nunca se les preste la suficiente atención, que avisan con anterioridad del suceso: una nube esculpida de forma especial, una tormenta jarreando en el instante adecuado, un viento helado que encuentra acomodo en los huesos, el ladrido lastimoso de un perro, o algún fenómeno paranormal que obliga a presentir el dolor que nos aguarda. Javier no dudaba de que a muchas personas les hubiera ocurrido, y así se lo habían contado hasta la saciedad, pero su experiencia en este tipo de situaciones era bastante negativa. Su madre falleció mientras él tomaba el sol en una playa de Ibiza y ni siquiera se nubló la mañana. Su padre en un hospital, cuando le leía un relato de Borges que no terminó y en el que jamás ha podido volver a refugiarse. Y en este último caso, mientras disimulaba un bostezo en el examen sobre la generación del veintisiete que les había puesto a sus alumnos. Tal vez carecía de ese sexto sentido del que tanta gente se enorgullece, o tal vez fuera por la desidia que veía en la cara de los estudiantes, que buscaban en el consabido vuelo de una mosca la inspiración para rellenar unas líneas y esquivar el cero que ellos acertadamente presentían sin necesidad de fenómenos paranormales.

La puerta del aula se abrió de golpe, él se tapó la boca con educación, la mosca aprovechó para huir arruinando el entretenimiento de sus acrobacias en el tedioso examen, e Isabel, la directora del colegio, entró atropelladamente, realizando con los brazos y las piernas movimientos escasos de elegancia.

—Enciende el móvil. Tu mujer quiere hablar contigo.

—¿Qué ocurre? –preguntó con la voz aún adormecida.

Isabel arrugó la frente para encontrar las palabras adecuadas. En la pausa se acompañó de un suspiro que elevó sorprendentemente sus hombros.

—Tu hermano ha muerto –dijo sin encontrarlas.

Dolor. Un dolor agudo en el pecho que le llevó a una ridícula reflexión: "*tengo que dejar de fumar*". Ridícula no por la necesidad de abandonar ese mundo de proscritos en el que se encuentran los fumadores, sino por ser la primera idea que le vino a la cabeza al recibir la trágica noticia mientras sus manos buscaban torpemente el paquete de tabaco y el móvil que había dejado en los bolsillos de la chaqueta.

De todas formas, Javier Ferrer estaba acostumbrado a esta clase de pensamientos puente que te asaltan inesperadamente ayudándote a cruzar hacia la realidad. Cuando murió su madre, entre la conmoción y los deseos de vomitar, le sobrevino la preocupación de qué iba a hacer con el bote de bronceador que acababa de comprar en el paseo de la playa. Incluso miró a su alrededor repetidas veces por si veía a alguien dispuesto a aceptar el extraño regalo. El cerebro siempre busca el resquicio de un pensamiento intrascendente para borrar durante unos segundos el dolor que te sacude.

—Soy yo –dijo después de haber dado una calada tan profunda al cigarro que bien se merecía un enfisema.

Carmen lloraba y él se derrumbó al escuchar las palabras de su mujer escurriéndose entre los gemidos. Habían llamado de las oficinas centrales de la ONG en donde trabajaba su hermano desde hacía diez años. Debía pasarse por allí lo antes posible para informarse de lo ocurrido y acelerar las diligencias que estimase oportunas.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, déjalo.

Cuando colgó el teléfono se sintió solo, con ese hueco por donde se cuelan sentimientos equívocos y miedos pasados y odios recientes; hueco provocado por la certeza de que los tuyos han muerto, de que has perdido la referencia de su cariño, de que ya no escucharás su voz todas las semanas o cada quince días que era la frecuencia habitual de las llamadas.

A pesar de que parezca una relación distante, su hermano Alberto y él se querían mucho, pero desde su marcha a Zimbabwe para trabajar de médico en la ONG, la comunicación era complicada por sus continuos viajes desde Harare a Kariba. Ahora ya se habían acabado las complicaciones. Y se sorprendió llorando convulsivamente, sin poder contener los sollozos ni cuando Isabel posó la mano en su brazo.

—Márchate, y llámame en cuanto sepas algo –ella también estaba muy afectada–. Y no te importe llamarme a cualquier hora,

¿me oyes, Javier? A cualquier hora –remarcó limpiándose las lágrimas con un pañuelo de papel rosa que estrujaba con nervios en la mano.

Abandonó el patio desierto del colegio y salió a una calle más solitaria aún. En alguna parte del mundo podría haber gente paseando a esa hora de la mañana pero él no encontró a nadie, parecía que todos se habían puesto de acuerdo para respetar su duelo y acrecentar la sensación de soledad. Decidió caminar hacia las oficinas de la organización.

En esos instantes todavía ignoraba hasta qué punto la muerte de su hermano iba a cambiarle la vida, y las imágenes que habían compartido lo acompañaban con una intermitencia confusa. Lo veía jugando al fútbol, con clase, metiendo goles mientras él esperaba en el banquillo a que el entrenador lo sacara para pegar dos patadas que casi nunca eran al balón. Estudiando la carrera de medicina sin esfuerzo, con tiempo libre para salir de juerga y enamorar a la chica más guapa, mientras Javier permanecía encerrado entre librotes, discutiendo con el complemento directo y la adjetivación de oraciones previamente sustantivadas. Llegó a la conclusión de que siempre lo había admirado. Admiraba su sonrisa abierta, su seguridad, su valentía para dejarlo todo y marcharse a un país africano del que prácticamente no existían ni guías de viajes.

—¿Qué te vas a dónde?

—A Zimbabwe –y emitió una carcajada que entonces juzgó estúpida y que en el transcurso de este penoso recuerdo de la historia se había convertido en una sonrisa maravillosa.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser, Javier? Para ayudar a la gente. Deja de fumar, sabes que no es bueno –le quitó el cigarrillo y lo partió en dos. Siempre hacía lo mismo cuando fumaba delante de él. No era extraño que no se enfadara por esa persecución constante ya que en el fondo le gustaba que alguien se preocupara por su salud.

—Hola, soy Javier Ferrer, el hermano de Alberto.

Le gustaba que le echara el brazo por los hombros cuando salían a la calle y que, adornándose con un toque de misterio que dominaba a la perfección, le contara sus nuevas ideas, sus inquietudes. Inevitablemente, antes de que llegaran a cualquier esquina, las convicciones de Alberto acababan siendo suyas.

—Pase por aquí, por favor.

Era un hombre delgado, como la recepcionista, como otros dos

operarios que embalaban cajas detrás del mostrador. Daba la sensación de que en aquella oficina nadie se sobrepasaba con la comida para no ofender al tercer mundo que tanto defendían.

—Lamento mucho lo que le ha ocurrido a Alberto. Estamos consternados. La policía de Harare está investigando el crimen.

¿Policía? ¿Crimen? Se sintió tan aturdido que buscó una silla con la mirada olvidándose de que ya estaba sentado.

—¿Su mujer no se lo ha dicho? –Las mandíbulas se le habían desencajado y no era capaz de articular una palabra–. Lo encontraron en el río Zambeze –le tendió una carpeta azul con el anagrama de la empresa en un tono más oscuro–. Aquí está el informe que nos han enviado, le he hecho una copia por si prefiere leerlo. Sé que estos momentos son muy difíciles para usted, pero nos tiene que decir qué quiere que hagamos…

—"*Que me lo devuelvan con vida,* –pensó ante la imposibilidad de emitir una frase coherente en voz alta– *que me sonría, que me vuelva a agarrar por los hombros mientras me convence de que la vida es maravillosa y de que merece la pena ir a África para ayudar a la gente, que me vuelva a romper el cigarrillo que me voy a fumar, este cigarrillo y miles más. Todos los cigarrillos de las malditas tabaqueras"*.

—Si desea que lo enterremos allí, en Harare, o si prefiere que iniciemos los trámites para traerlo a Madrid.

¿Enterrarlo? La palabra era fea, amarga, impronunciable cuando se trata de alguien de tu familia. ¿Y el dolor? ¿Y los recuerdos? ¿También se los iban a enterrar?

—Es igual –musitó aturdido–, supongo que costará mucho dinero traerlo a España y yo… –no terminó de hablar, en parte porque aquel individuo desconocía la cifra tan miserable que supone el sueldo de un profesor de instituto en este país, y en parte porque dibujó un gesto de perplejidad con las cejas que acentuó la flaqueza quijotesca de su rostro.

—Disculpe, ¿su hermano no le habló nunca del seguro? –Javier hizo una mueca que se sumó a la del director de la ONG para incitarle a continuar–. La organización paga un seguro de vida a los médicos que viajan a países de riesgo. Al ser usted su único familiar es el heredero de la cobertura.

—¿Perdón?

—Cobrará trescientos mil euros. Por supuesto no será de inmediato, pasarán algunos días antes de resolver…

¿Trescientos mil euros? Javier era de esa generación que han llegado tarde a todo, a la Transición, a Bob Dylan, al cambio de moneda. Necesitaba convertir la cantidad a pesetas para cuantificar

su significado real.

—Y sería conveniente que acudiera lo antes posible al notario para recibir el resto de la herencia.

—¿Herencia? –repitió tan extrañado que pudo apreciar en los ojos de su interlocutor un brillo de compasión.

—Permítame que realice unas gestiones –y dicho esto se levantó del sillón dejándole solo.

La inflexión de la historia podría catalogarse de absurda. Había entrado en aquella oficina con el alma descosida por la muerte de su hermano, y minutos después estaba calculando mentalmente el dinero de un seguro y esperando que el hombre delgado agilizara la cita con un notario para comunicarle la herencia que le correspondía. Como si no fuera consciente de que Alberto nunca dispuso de dinero, ni de propiedades, solo era dueño de un montón de ilusiones que ahora estarían amarilleadas por el sol de aquél terrible país en donde había sido asesinado.

—¿Y no has pensado en el dinero? Ya no eres un niño, Alberto.

—El dinero es una mentira. Hemos permitido que nos enreden en su trampa. ¿No te das cuenta? Nunca tendremos suficiente y la obsesión por ganarlo nos conduce a una espiral que nos impide vivir. Así es como desean tenernos, igual que borregos, ganando un dinero ficticio para comprar lujos ficticios que ellos mismos crean en nuestra mente para acrecentar nuestra insatisfacción.

—No me vengas con discursos demagógicos. Necesitas una estabilidad, todos la necesitamos.

—Necesito ser feliz. Solo eso. Igual que tú –y se apoyó con calidez en el pronombre, entregándole la cuota de cariño que Javier siempre le reclamaba.

Más que un respaldo, la silla tenía una pestaña que le cubría la parte inferior de la espalda. Se recostó con cuidado mientras los números de la cobertura del seguro se multiplicaban entre los recuerdos.

—¡Cincuenta millones de pesetas, joder!

La carpeta azul seguía amenazándolo desde la mesa. Ni siquiera había hecho intención de abrirla, esa falta de solidaridad con la desgracia de Alberto contribuyó a que se sintiera culpable. La cogió con rabia, dispuesto a leer cada palabra escrita sobre él.

HARARE HOSPITAL

Lobengula Road, ST 14 Southerton
HARARE (ZIMBABWE)
Tel: +263 4 664695/0

Expediente: HHZ 261727/15
Día: 4—Junio—2008
Hora: 11'15 AM.

Resultado del examen forense al cadáver de Alberto Ferrer Méndez.

—Asunto resuelto –el hombre delgado irrumpió en el despacho con una sonrisa acogedora que le impidió seguir leyendo el informe.

¿Una sonrisa? ¿Una sonrisa en aquella situación? Comenzó a caerle mal, a caerle mal por su falta de tacto, por esa fingida delgadez natural que te escupía a la cara. Sin ahondar en detalles, empezaba a aborrecer todo lo que había rodeado profesionalmente a su hermano.

—Le recibirá ahora mismo. Su oficina está a dos manzanas de la nuestra. Aquí tiene la dirección. Y esta es mi tarjeta por si necesita consultarme algo. Cuando estén preparados los papeles del seguro le avisaré para que los firme –y mantuvo la sonrisa plegando las mejillas. Solo le faltó decir: "alégrese, ha perdido a su hermano pero se lleva un buen pellizco".

Salió a la calle de Orense, el cielo estaba sucio pero distaba mucho de ese firmamento lloroso que ofrece un buen marco para exponer tus penas. La gente comenzaba a bajar hacia El Corte Inglés como si nada hubiera ocurrido en sus vidas, ni en la de Javier. Le resultaba irritante comprobar la indiferencia de aquellas caras ante su desgracia. Subió por la calle de Raimundo Fernández Villaverde hasta coger la de Alonso Cano. Llevaba la carpeta en la mano y seguía sin leer los informes. Dudó en pararse a tomar un café al pasar por la puerta de un bar pequeño y ruidoso que había en la esquina, pero todas las mesas estaban ocupadas por oficinistas con horario libre y no le pareció una buena idea repasar el dossier de Alberto en la barra.

No tardó en llegar a un portal de mármol negro con los números dorados y un cartel que anunciaba el piso de la notaría. En cuanto saliera de aquellas lujosas oficinas se iría a casa, allí podría leerlo tranquilamente, sin el vergonzoso temor de hacer partícipe de sus

emociones a un grupo de desconocidos.

Una señorita delgada, cómo no, le pasó a una sala de espera, ¿delgada? Sí, una sala de espera delgada, de tabiques delgados, con sillas de diseño delgadas, y una escuálida mesa de centro que simulaba una fina escultura retorcida, más delgada aún. Se lo estábamos poniendo difícil a los gordos. ¿Dónde harían esperar a un señor orondo? Porque sin duda en aquella sala no podría sentarse por miedo a romper las enclenques butacas.

—Acompáñeme, por favor.

Según lo llevaba por los pasillos escudriñó tras las puertas abiertas buscando otra sala, una sala de las de siempre, con butacones recios, altos y confortables, donde deberían aguardar su turno con cierta comodidad las personas de mayor peso.

—Señor Ferrer, encantado. Lamento el fallecimiento de su hermano. Le entretendré unos minutos, supongo que en un trance tan duro deseará reunirse con su familia lo antes posible.

Rondaría los cincuenta años y tenía la piel demasiado bronceada. Podría ser un jugador de tenis, o de golf o… o un notario. A fin de cuentas ejercía un oficio que le dejaba diariamente un amplio margen de tiempo libre. Su trabajo consistía en echar unas cuantas firmas para dar fe de que en este mundo nadie se fía de nadie.

—Su hermano era cliente nuestro desde hace cinco años.

Javier pensó que si todos fuéramos honrados el notario estaría tan pálido como él.

—No debe preocuparse de nada. Si no tiene usted inconveniente podemos recomendarle un despacho de abogados que se encargará de tramitar el papeleo. Y si no desea realizarme ninguna pregunta, pasaré a leerle los bienes que siguiendo el testamento de su hermano ahora serán de su propiedad. Un ático dúplex de cuatrocientos metros en la calle de General López Pozas, con dos plazas de garaje, un fondo de inversión, una cuenta corriente en el banco de Santander…

—Se confunde de cliente –lo dijo con la voz cansada, saturada de tantas sorpresas.

—¿Perdón?

—Sí, que… que mi hermano no tenía nada de eso. Se habrá confundido de expediente o de nombre…

El notario giró la portada del informe que estaba leyendo con un gesto de preocupación que le añadió unas feas arrugas en los ojos. Demasiado sol, sin duda.

—¿Su hermano no era Alberto Ferrer?

—Sí, señor. Mi hermano "es" Alberto Ferrer –remarcó el presente de indicativo porque se negaba a aceptar que su hermano hubiera dejado de serlo. No era un coche, o un libro, o un piso que has vendido y ya no te pertenece.

—Era Alberto Ferrer Méndez –insistió en el pretérito sin comprender la corrección.

—Sí.

—Pues estas eran sus propiedades, y ahora, al ser usted el heredero legítimo pasarán a su poder. La cuantía del fondo y del dinero depositado en la cuenta corriente no la sabrá hasta que formalice los documentos, pero sí puedo adelantarle que el precio del ático rondará aproximadamente los tres millones de euros –esbozó una sonrisa granítica y Javier, por no defraudarle, se quedó de piedra.

II

TATE MODERN

LONDRES

Llevaba veinte minutos contemplando *Black on Gray*, diseccionando con meticulosidad lo que a simple vista parecía un lienzo oscuro, aunque prestando la suficiente atención se apreciaba, ocultas en las múltiples gradaciones de tonos y texturas, una franja superior negra y una inferior grisácea, enmarcadas por un suave borde blanco. Era uno de los cuadros que Mark Rothko había pintado en 1964 dentro de una serie que tituló *Black Form*. Rothko era judío, como él. Amó el arte, como él. Pero se suicidó, él nunca lo haría. A Sttudmayer le gustaban sus pinturas anteriores, los tonos intensos y alegres, las franjas insinuando campos de fuerza luminosos que gravitan sobre el espectador. No entendía el paso a la oscuridad, al pesimismo, a la ausencia total de vida. No admitía que alguien inteligente no pudiera sobrevivir y sacar partido de una derrota.

Miró el reloj con evidente disgusto, a las doce le recogería el coche en la puerta del museo para llevarle a una conferencia en el Sheraton Park Tower: la responsabilidad de las empresas sanitarias con su entorno. Un título tan largo como aburrido. Abandonó la sala siete adelantando un largo bostezo por el tedio que le aguardaba.

Donald Berry se mostraba inquieto aquella mañana. Las noticias que había recibido desde Harare no empujaban al optimismo y odiaba pasar informes negativos a su jefe. Cada vez le producía más incomodidad el tono indiferente, incluso de menosprecio, que John Sttudmayer empleaba siempre en sus órdenes. Se comportaba con tanta altivez que daba la sensación de que pertenecía a ese grupo selecto de personas que nunca cogen un vulgar resfriado.

—Buenas días –le saludó abriendo la puerta. Después rodeó el coche para sentarse a su lado.

—¿Hay algo nuevo? –Antes de preguntar el director de ABI había esperado pacientemente a que el vehículo se entrampara en el denso tráfico londinense. Donald estornudó por culpa del chapuzón sufrido el día anterior.

—Pudieron borrar el disco de su ordenador –dijo sacando un pañuelo de papel usado del bolsillo izquierdo de su pantalón.

—Bien –musitó John, cambiando la orientación de la mirada para no reprenderle por su falta de higiene.

—Pero no estamos seguros de si antes de que lo asesinaran

consiguió pasar alguna información a Madrid. Envió un paquete desde Harare pero no sabemos que contenía.

—¿Has llamado a Multiestetic?

—Sí, lo están investigando.

Sttudmayer abrió el panel lateral de la puerta y sacó un paquete del interior. No contenía una docena de pañuelos de hilo egipcio que era lo que en ese instante le habría gustado regalarle.

—Toma, te he comprado un paraguas –Donald Berry enarcó las cejas desmesuradamente–. No quiero que te vuelvas a mojar, ni que este asunto pueda salpicar a la clínica. Haz lo que tengas que hacer, márchate de nuevo a Harare si es preciso, pero ahórrame los quebraderos de cabeza –golpeó en el separador de cristal con los nudillos y el coche se detuvo junto a la acera. Ni siquiera le ofreció la mano para despedirse con cordialidad, se entretuvo con la vista clavada hacia el lado contrario hasta que el coche enfiló la calle rumbo al 101 de Knightsbridge.

Comenzaba a caer una lluvia indecisa. Al menos el regalo había sido oportuno.

MADRID

El sol había limpiado el cielo de celajes y la gente pasaba por su lado sonriéndole. Ya no corrían porque llegaban tarde a su vida, o al trabajo, o a una simple cita. ¡Lo saludaban! Incluso estando parado en el semáforo a la espera de un taxi –con los cambios en su economía podía permitírselo– escuchó algunos buenos días contagiosos. El propio taxista rozaba la perfección con su vehículo limpio y fresco por el aire acondicionado, con su saludo amable y su silencio respetuoso que le permitió concentrarse en la conversión del valor del piso de euros a pesetas.

—¡Quinientos millones! ¡Soy rico! –exclamó temblando por unos cálculos que se apoderaban de sus sentimientos.

— Enhorabuena –contestó el taxista con un guiño simpático a través del espejo retrovisor.

El estado de euforia duró lo que tardaron en cruzar la Plaza de Castilla. No podía estar alegre. No quería estar alegre. La sensación de felicidad que aceleraba su respiración al imaginar la calidad del mundo que se despejaba ante él, no debía empañar el dolor que sentía por la pérdida de Alberto. Lo habría entregado todo para que su hermano no cruzara esa línea de la frontera que nos convierte en recuerdos, lo habría entregado por seguir escuchando su voz pletórica a través del móvil, por seguir ilusionándose con las ideas que le contaba hasta llegar a la convicción de que eran suyas. Pero la realidad era que había muerto, asesinado, y ahora su esfuerzo, sus ahorros, sus esperanzas, recaían en sus manos tal y como Alberto había deseado.

A Javier no le preocupaba la riqueza. Quizá fuera porque esa palabra, que encierra anhelos y fracasos en sus apretadas letras, estaba tan lejana de sus posibilidades que nunca se había atrevido ni a asomarse a sus sueños.

—Es ese portal.

—Gracias –el taxímetro marcaba dieciocho euros, le dio un billete de veinte–. Tenga, quédese con el cambio.

¡Quédese con el cambio! Esta simple frase oída en miles de películas le hizo sentir su ascenso en la escala social. Sí, parecerá una banalidad, pero con esa frase se aproximaba a la gente que no le importa el dinero, y no le importa porque ya lo poseen. No sufren o gozan con la incertidumbre que provoca ignorar si vas a llegar a

fin de mes, ese vivir día a día que condensa los segundos haciéndolos irrepetibles. Sí, sin duda a los ricos les sobra el dinero pero carecen de esa incertidumbre.

Era una calle ancha, paralela al paseo de la Habana, una zona privilegiada que, a pesar de estar situada en el norte de Madrid, carecía del agobiante tráfico y de las numerosas obras que lo socavaban. Una isla en medio del bullicioso caos. Empujó una cancela de hierro rodeada de madreselvas para bajar por unas escaleras que conducían al portal.

—¿Qué desea?

El portero apareció igual que un mastín al olor de la presa, sin quitarse un palillo que aprisionaba con ferocidad entre los dientes. Tenía una barriga que obligaba a los botones de la camisa a hacer un esfuerzo suplementario para guardar el decoro. Le resultó difícil explicar la situación, así que después de unos balbuceos precipitados y de notar en la mirada del fiel guardián que no se iba a creer cualquier excusa, decidió enseñarle el carné de identidad y presentarse como el nuevo propietario del ático debido al fallecimiento de su hermano. El portero encogió el hocico con pena antes de devolverle el carné.

—No tengo llaves de la casa, y pensé que Alberto le habría dejado a usted un juego.

—Sí, don Javier –contestó sin el tono desafiante del recibimiento. El palillo saltó con la espalda partida por uno de los incisivos y escupió los restos de madera que le quedaban en la boca dentro de un cenicero redondo de color miel–. Lo raro es que su novia no me haya dicho nada esta mañana.

—¿Su novia?

—Sí, bueno, su novia, su amiga, yo soy discreto, don Javier, y nunca pregunto a los vecinos.

—Ya. ¿Ella vive aquí con él?

—No, no señor. Suele venir unos días antes que su hermano, con compra y esas cosas. Pasan unos días juntos o el fin de semana y después se marchan.

Ahora el que necesitaba mordisquear un palillo para calmar los nervios era él. Dudó en pedirle uno de los que tenía esparcidos encima de la mesa. Desde la muerte de su padre, hacía ya cinco años, no había vuelto a ver a Alberto por su trabajo en Zimbabwe, y según el portero viajaba a Madrid los fines de semana para verse con una mujer.

— ¿Y dice usted que se veían todos los fines de semana?

—No, todos no. Normalmente una vez al mes, y no siempre los

fines de semana. Ya le he dicho que su amiga ha venido hoy y he pensado que su hermano no tardaría en llegar. ¿Quién iba a imaginarse que en realidad…? –suspendió la reflexión con cierta tristeza. Javier lo agradeció.

—Me gustaría hablar con ella. ¿Tiene su teléfono?

—Lo siento, ni siquiera sé su nombre. Yo nunca me meto en los asuntos de los vecinos.

¡Pues menuda mierda de portero! Estuvo tentado de exclamar, pero se frenó porque el hombre no debía pagar su frustración al comprobar que Alberto prefería la compañía de una mujer a la suya.

—Cuando baje le daré mi teléfono por si ella vuelve, y le ruego que insista en que me llame.

—Lo haré, don Javier –le tendió la llave y, al ver el gesto de inutilidad que compuso en la cara buscando la letra de la vivienda en un llavero que sólo disponía de una figura del horóscopo, añadió que era el último piso–. No tiene pérdida, es la única puerta de la planta.

—Gracias.

Del ascensor se salía a un hall rectangular con las paredes enteladas en verde olivo. La puerta era grande, de doble hoja, lacada en blanco y con el pomo dorado. Tenía dos búcaros de porcelana escoltándola. Metió la llave en la cerradura y aguardó un instante antes de girarla. Detrás de aquella puerta se encontraba todo cuanto Alberto le había ocultado durante cinco años, esos recovecos que negamos a miradas ajenas para preservarlos de juicios innecesarios. Se sentía un intruso husmeando pasiones que no le pertenecían. Quizá lo correcto sería localizar a la mujer y pedirle que retirara sus pertenencias para no inmiscuirse en sus secretos. Dio media vuelta a la llave y escuchó el ruido del primer cerrojo de la puerta blindada. Sin embargo, la inseguridad le condujo a cerrarlo inmediatamente; después apoyó la espalda en la pared buscando una excusa que despejara los recelos. Durante unos segundos se entretuvo mirando el distorsionado reflejo de su cara en la porcelana negra de los búcaros, confundiendo las dudas entre las vetas multicolores que simulaban hojas de té molidas. Si su hermano no hubiese querido que entrara en la casa, no se la habría dejado en el testamento, además, según el portero discreto, ella había estado allí esa misma mañana, seguramente al enterarse de la muerte de Alberto habría acudido por última vez para llevarse sus cosas y nunca más aparecería por la casa, ni por su vida.

Corrió el segundo cerrojo y un tercero antes de que la puerta se

abriera. De repente le sobrecogió tropezar con la cabeza decapitada de un guerrero de Xi'an, era una escultura hueca de casi dos metros con la que alguien se había ensañado partiéndola también por la mitad, los trozos se esparcían hasta el arco que conducía a la cocina y al salón comedor. Cuando iba a subir por las escaleras hacia el primer piso no tuvo más remedio que desandar el camino; por el otro arco de la entrada, el que daba paso a una biblioteca, llamó su atención la cantidad de libros arrojados de las estanterías, con hojas sueltas, arrancadas, desprendidas de los tomos por la violencia con la que habían sido tirados al suelo. Era una estancia de doble altura, con una escalera metálica de caracol que ascendía a un pasillo de acceso a los estantes superiores. Apenas quedaban libros en los anaqueles. ¿Quién habría cometido semejante atrocidad? Podrían haber sido unos ladrones buscando dinero y joyas. A menudo se leía en los periódicos el exceso con el que algunas bandas se emplean cuando entran a robar en una vivienda. Rápidamente desechó la idea. La puerta blindada estaba cerrada cuando entró. Unos ladrones no se molestarían en volver a echar los cerrojos. ¿Habría sido la mujer en un ataque de pueril desesperación?

El piso de arriba se encontraba en las mismas condiciones, cuadros tirados, cojines por el suelo, colchones desplazados. Había tres habitaciones y un salón de más de cincuenta metros con una terraza acristalada con vistas a los jardines y a una piscina. Sonó el timbre de la casa cuando comenzaba a imaginarse cómo su cuerpo se zambullía en las aguas azules que ofrecía la panorámica desde el ático.

Al otro lado de la puerta le esperaban dos hombres, uno de ellos, tan gordo que si fuera a la notaría no podría sentarse, sacó una cartera del bolsillo interior de la chaqueta y le enseñó una placa.

—Buenos días, soy el inspector Ayuso, ¿puedo hacerle unas preguntas?

ZIMBABWE

Nyathi caminaba desanimado entre sus escuálidas cañas de sorgo, apenas habían crecido cincuenta centímetros cuando en otros campos ya rebasaban el metro y las panojas colgaban vencidas por el peso de los granos. Dobló una de las hojas y tras observarla atentamente comprobó que unas minúsculas arañas rojas se arracimaban en el envés.

—¡Tamala! –Gritó el nombre de su mujer con un alarido de rabia, de impotencia. Un año más perdido, otra cosecha de la que no obtendrían ni grano para echar a las gallinas– ¡Tamala!

Iba de caña en caña igual que un poseso, volviendo las hojas y arrancándolas con desesperación. Tamala corrió hacia su marido asustada por las voces y cuando Nyathi le enseñó las arañas rojas no pudo evitar que los ojos se le cuajaran de lágrimas. No tenían dinero para comprar insecticidas y erradicar la plaga que asolaría en poco tiempo su pequeña plantación. Maldijo con toda su alma a los espíritus errantes, golpeándose el pecho con fuerza, revolcándose por una tierra ingrata que no les devolvía ni esperanzas.

El ruido de un coche que llegaba al poblado ahogó su llanto. Nyathi levantó apresuradamente a su mujer del suelo.

—*Masikati* –saludó Mercedes bajándose del jeep.

—*Ma-masikati*.

El desconcierto hizo que Tamala balbuceara la respuesta mirando a su marido, sin saber reaccionar ante la visita de la enfermera. No esperaban que ningún miembro de la ONG se acercara de nuevo al poblado.

—*Munodo Chii?* –Le preguntó con extrañeza al ver que llevaba un ramo de flores.

—He venido a despedirme de vuestro hijo. Son para su tumba.

Tamala se inclinó agradecida ante Mercedes.

—*Handei* –dijo Nyathi.

Rodearon las chozas por el sendero de la izquierda hasta llegar a un montículo levantado a los pies de un baobab. El viento levantó unos remolinos de arena.

—Aquí descansa *mwana wangu* Ngalew.

—Es un sitio precioso. El *muuyu* le dará sombra en los días calurosos.

—Vadzimu cuidar ya de él. Ser feliz.

Mercedes se arrodilló ante la tumba y besó la tierra.

—No debes tú venir aquí –rezongó Nyathi, incómodo por su presencia en la aldea.

La enfermera había comenzado a rezar y pasaron un par de minutos antes de que considerara oportuno contestarle.

—Nyathi, a veces ocurren accidentes. Todos queríamos a tu hijo –dijo incorporándose.

—Él malo, él mata niños y hombres y mujeres shona.

—¿De quién estás hablando?

—¡Nyaminyami hacer justicia! –Gritó encolerizado.

—Nyaminyami también comete errores. Los niños shona ya morían antes de que nosotros llegáramos. Y seguirán muriendo. ¿A cuántos hemos salvado? Necesitamos que colaboréis para curaros de las enfermedades.

Nyathi apartó la mirada orgulloso dando por terminada la conversación.

—Tamala, tienes que convencerlo para que me deje seguir vacunando a tu gente, a tus otros hijos.

Tamala retrocedió amedrentada, protegiéndose con el cuerpo de su marido.

—*Handidi vacuna, handidi vacuna* –Mercedes se estremeció por el terror reflejado en los ojos de la mujer–, *handidi vacuna* –por el rictus que arrugaba sus mejillas con tanto sufrimiento.

—*Ndine urombo*. Tranquila, tranquila.

Por el sendero del río apareció Kholi, su hijo mayor, con media docena de cabras enclenques y una sonrisa inocente distraída en la boca.

—Prometedme que si enferman me avisareis.

Sabía de antemano que no lo harían, que después de la trágica muerte de Ngalew, su hijo pequeño, no volverían a tener confianza en un médico blanco. Pero debía intentarlo por los niños, por la gente del poblado y sobre todo por ella misma.

—*Tatenda*, por dejarme rezar en su tumba.

—*Tatenda* por flores –respondió Nyathi sin soltar el abrazo que otorgaba tranquilidad a su mujer.

—Volveré la semana que viene a visitaros. *Chisarai,* Tamala, *chisarai*, Nyathi.

El camino de vuelta se le hizo insoportable. El revés que habían sufrido con la muerte del niño echaría al traste muchos años de esfuerzo. La mitad del poblado estaba contagiado por el SIDA y

para Mercedes no era ese frío dato estadístico que podía leer cada mañana en los periódicos: en Zimbabwe mueren dos mil personas cada semana afectadas por el VIH+, en Zimbabwe el cuarenta por ciento de la población es portadora del virus. Le resultaba imposible pasar página, al estilo de occidente, con un comentario solidario para cumplir con la conciencia. Y le resultaba imposible porque para ella la enfermedad tenía un rostro, el rostro de Nyathi, de Tamala, de Ngalew, el rostro de cientos de personas que le clavaban su dolor en cada mirada. Conocía sus nombres, su angustia, sus penalidades, y compartía la miseria de sus vidas, compartía hasta su muerte.

Llegó a Harare de noche, tan agotada que cuando abrió la puerta de su apartamento y presintió que alguien había entrado, no le quedaban fuerzas para sorprenderse.

MADRID

—Buenos días, soy el inspector Ayuso, ¿puedo hacerle unas preguntas?

Javier no llegó a emitir ninguna aprobación, simplemente se apartó de la puerta para que entraran en el ático. Antes de llegar a la biblioteca estaba convencido de que por su tamaño el inspector no era cliente de la notaría, ni solidario con el tercer mundo.

El policía observó en silencio el desorden de la casa; cajones abiertos, cuadros tirados, libros por los suelos, hasta fijar sus intenciones en un diminuto tomo de *El Quijote* de Ediciones Pulga.

—¿No le gustan los libros o estaba buscando algo? –Preguntó agachándose con esfuerzo para dejar el libro en la mesa.

—Mi hermano nunca ha sido muy ordenado.

Ayuso esbozó un intento de sonrisa inclinando hacia la derecha el bigote canoso que ocultaba el final de una cicatriz que le nacía en la mejilla.

—Perdone, acabo de entrar. El portero me ha dado la llave. Es la primera vez que vengo a esta casa.

—¿No tenían una buena relación?

—Sí, claro que sí.

—¿Y nunca había estado en la casa de su hermano?

Hay preguntas que llevan implícita una respuesta difícil, y sobre ese tema los profesores suelen ser verdaderos expertos. En el lujoso ático desordenado no había moscas que le inspirasen con sus piruetas, y solo pudo levantar los hombros con impotencia provocando la sonrisa del acompañante, un policía enjuto, de rasgos demasiado comunes para justificar una descripción.

—No sé exactamente a qué han venido –respondió con sinceridad–, aunque les aseguro que desde hace unas horas tampoco entiendo nada de lo que me está ocurriendo.

—Estamos investigando a su hermano.

—¿A mi hermano? ¿Por qué?

—Tráfico de órganos –contestó su acompañante sin retirar el sarcasmo de la cara hasta que el inspector Ayuso le miró para ordenarle que se callara.

¿Tráfico de órganos? Se dejó caer en el sofá sin saber analizar las palabras que acababa de oír. ¡Tráfico de órganos! Necesitaba una pausa para que el cerebro procesara los datos que iba

acumulando, o lo que es lo mismo, necesitaba un cigarrillo.

Le pegó varias caladas seguidas hasta que notó la lengua empastada de nicotina. El acompañante se alejó unos metros para resguardar sus pulmones del humo pasivo, pero el inspector Ayuso se sentó a su lado, apartando un tomo descosido de *Los Episodios Nacionales*.

—¿Sabe quién ha podido hacer esto?

—No –mintió.

Estaba convencido de que aquél desbarajuste había sido perpetrado por la mujer que compartía sus fines de semana. Quizá, atormentada por la pérdida de Alberto, fue a recoger sus recuerdos y destrozó todo lo que encontró a su paso. Seguramente no quería que nadie disfrutase de una historia con los mismos objetos y en el mismo lugar en el que ellos vivieron la suya. Entre tanta confusión solo tenía claro una cosa: si su hermano había mantenido en secreto la relación con su amante, no le correspondía a él desvelarla.

—Ya le he dicho que es la primera vez que he entrado en esta casa –se levantó con la colilla en la mano, buscando un cenicero para apagarla.

—¿Quiere denunciarlo? –Hizo la pregunta sujetando un gesto de contrariedad al ver un ejemplar de *La Comedia de las equivocaciones* de William Shakespeare destripado en la tarima.

—¿Denunciar qué? ¿A quién? ¿Cómo sé que no fue mi hermano el que rompió todo antes de volverse a Zimbabwe en su último viaje?

—¿Le contó en qué negocios participaba?

—No.

—No lo ha pensado mucho.

—¿Pensado? ¿Qué quiere usted que piense? Mi hermano Alberto era una persona maravillosa. Desperdició un futuro espléndido por marcharse a un país africano para ayudar a la gente. Esta mañana me he enterado de que esa misma gente lo ha asesinado, de que tenía un piso en Madrid que yo desconocía y de que la policía lo está investigando por tráfico de órganos. ¿Acaso cree usted que debería pensar en algo más?

Ayuso movió la cabeza con pesar. Después se apoyó en un profundo gemido para ponerse en pie y le tendió una tarjeta.

—Las cosas a veces no son lo que parecen. Llámeme si le siguen sorprendiendo.

III

MADRID

No les acompañó a la puerta. Se quedó sentado, palpando con la yema de los dedos el tacto áspero de la tarjeta del inspector.

—Las cosas a veces no son lo que parecen –repitió sus palabras masticándolas con lentitud, sintiendo que le costaba demasiado esfuerzo digerir las sorpresas que iba acumulando a lo largo del día–. Ni las personas –añadió con vehemencia–, Alberto jamás haría algo que pudiera perjudicar a un enfermo.

—¿Vas a dejar el puesto en el hospital?

—Sí.

—Lo perderás todo, un trabajo fijo, una posición…

—Te equivocas, lo ganaré todo.

Javier parpadeó sin comprender a qué se refería su hermano.

—¿Te pagarán más? –Preguntó extrañado.

—¡Olvídate del dinero! En África la gente se muere porque no hay médicos, ni enfermeras para ponerles una sencilla inyección, una vacuna. ¿Sabes la cantidad de niños que mueren de sarampión, por ejemplo? El año pasado murieron un millón de personas y el 99% de las víctimas eran del tercer mundo. ¡El sarampión! Si lo piensas bien es de locos.

—Tú solo no vas a solucionar las injusticias del mundo.

Alberto le dedicó a su crítica esa sonrisa franca que te obliga a creer en las personas.

—No estaré solo.

Había esperanza en la calidez de sus palabras, y una esperanza que llevaba implícita la consecución de un deseo personal que no se basaba en la utopía de corregir las injusticias en el mundo. Javier lo intuyó, y elevó las cejas con sorpresa animándole a que continuara. Pero los pasos de su padre acercándose a la habitación sólo le permitieron decir una última frase.

—¿Te has planteado cómo sería la vida si todos pensáramos igual que tú?

¿Cómo sería, Alberto? Tal vez seguirías jugando al fútbol los domingos, y después irías a comer con Carmen y conmigo, y

contarías alguna anécdota divertida del hospital o de nuestra infancia, la de aquella tarde que perdí las gafas y no quería volver a casa y te encontré sentado en el muro, con aquella rubia que producía tortícolis a su paso, Ana creo que se llamaba, y no dudaste en dejarla para recorrer conmigo el camino del colegio, por si se me habían caído en el trayecto, con tu brazo protector mitigando el miedo a la bronca, inventando excusas inverosímiles que me hicieron reír pero que no evitaron el castigo.

—Mamá, no te lo vas a creer, Javier se ha curado de la miopía –dijiste al abrirse la puerta y ver en la cara de nuestra madre el gesto adusto que marcaba el inicio de las hostilidades– ¿Cuantos dedos tengo aquí?

A pesar de tener tu mano abierta a escasos centímetros de la cara, yo no pude contestar por los sollozos acumulados durante las horas de búsqueda y que ahora brotaban sin duelo ante el juicio de su mirada.

¿Cómo sería, Alberto? No te puedo responder pero, tal vez, aún seguirías vivo.

La imagen del dossier acabó con las reflexiones. Sin concederse más maniobras de distracción cogió la carpeta con los vértices doblados de tanto manoseo inútil y leyó la primera hoja:

HARARE HOSPITAL

Lobengula Road, ST 14 Southerton
HARARE (ZIMBABWE)
Tel: +263 4 664695/0

Expediente: HHZ 261727/15
Día: 4—Junio—2008
Hora: 11'15 AM.

Resultado del examen forense al cadáver de Alberto Ferrer Méndez.

1) Sexo: Varón.
2) Edad: 44 años.
3) Altura: 1'80cm.
4) Peso: 75 kilos.
5) Raza: Blanca.
6) Cabello: Castaño.
7) Ojos: Verdes.

DESCRIPCIÓN DEL CADAVER

A) Fragmento de pelvis con ambos fémures articulados con amputación espontánea a mitad de su nivel proximal.

B) Columna vertebral seccionada a nivel de la unión entre segunda y tercera vértebra lumbar.

C) El pie izquierdo con extremo distal de tibia y peroné desarticulados, manteniéndose la unión por puentes de tejido cutáneo.

D) Múltiples piezas óseas poli—fragmentadas.

E) Amputación de ambas manos causada con un instrumento afilado de mucha masa (hacha, machete) Heridas inciso contusas con trayectoria de arriba abajo.

F) Fragmentos de piel parcialmente incinerada desde la base del cuello y hombros hasta el abdomen al tatuarle con un hierro candente el nombre del dios del río: Nyaminyami.

Sintió nauseas, vómitos, horror. Salió corriendo hasta el aseo con las arcadas golpeándole la garganta. Lo habían torturado. Cayó de rodillas escupiendo bilis, y odio, y dolor, escupiendo la impotencia ante la crueldad y la barbarie. Le habían cortado las manos, las manos que calmaban todas sus inseguridades. Maldijo sus vidas, y sus muertes, y hasta el aire que permitía respirar a esos asesinos.

ZIMBABWE

Mercedes estaba sentada en una silla de mimbre con los ánimos pidiendo limosna. Contemplaba con aire ausente un póster roto que tenía en la pared, justo encima de la mesa del ordenador. Era un cartel antiguo de la película *Casablanca* en el que Ingrid Bergman miraba enamorada a Humphry Bogart.

—¿Tanto te gusta? –Preguntó Alejandro.

—¿Qué?

—El póster, ¿tanto te gusta para colocarlo roto?

—No estaba roto cuando lo puse.

—Ya. ¿Y le tienes mucho cariño? –Insistió.

—¿Por qué?

—Llevo hablándote cinco minutos y juraría que le has hecho más caso a Bogart que a mí.

—Perdona. Me he distraído pensando en lo que está sucediendo.

Ambos dejaron escapar una sonrisa de compromiso. Alejandro era médico, había ido un verano de vacaciones a Zimbabwe para conocer los parques nacionales de Gonarezhou y Mana Pools, y se quedó trabajando en la ONG. Solía lamentarse con los compañeros de no haber escogido el Caribe para veranear, haciendo hincapié en lo diferente que sería su situación si estuviera bañándose en aquellas playas, rodeado de bellas mujeres; pero sus quejas, ya fueran laborales o de tipo personal, siempre incluían un recurso humorístico que le convertía en una compañía agradable. Vivía en el mismo edificio, en el apartamento superior, y desde la muerte de Alberto procuraba no dejar sola a Mercedes.

—Veamos, ¿qué te han robado?

—Creo que nada, no tengo nada de valor y el ordenador portátil siempre lo llevo conmigo.

—Y si no te han robado nada, ¿cómo puedes saber que alguien ha entrado en tu casa?

—Es una sensación. Al entrar, las cosas no estaban exactamente en el sitio donde yo suelo dejarlas –se incorporó para recolocar una cajita de madera tallada que había comprado en Bulawayo, y la cuadró con minuciosidad frente al vértice de la mesa–. Llámame maniática si quieres.

—Maniática.

—Gracias. Además, han roto el póster.

—Lo habrán roto para vengarse. No se puede entrar a robar en un apartamento y no llevarte aunque sea un reloj viejo –marcó un tic gracioso que alargó más si cabe su desproporcionada nariz–. Yo siempre dejo unos dólares tirados para que no me rompan la colección de pósters del *Playboy*. ¿Vas a denunciarlo? –Mercedes le dedicó una sonrisa sarcástica–. Comprendido. Si no necesitas nada más me voy. Por cierto, te he dejado en el mueble de la entrada el artículo de Anthony Brink que me dejaste. ¿Tú crees que sus opiniones están probadas científicamente?

—No soy científica, por eso te pedí que lo leyeras.

—Entiendo, pues más o menos dice que los fármacos que usamos para curar el SIDA frenan la síntesis de ADN, oxidan los grupos sulfidrilos, son citotóxicos y dañan las mitocondrias, o sea, estamos administrando un veneno que a medio plazo será mortal.

—¿A medio plazo? ¿Qué significa medio plazo? ¿Meses? ¿Años?

—No estoy seguro, pero es cierto que la mayoría de los enfermos de SIDA mueren por problemas cardiacos o hepáticos, no mueren por el virus sino por los efectos secundarios de los antirretrovirales.

—¿Y cuánto tiempo es ese medio plazo?

—Espera –Alejandro fue hacia el mueble para abrir la revista médica por las hojas del artículo–. Mira, dice que el AZT y la Nevirapina son gravemente tóxicos y se administran a seropositivas embarazadas y a bebés. Es más el AZT ya lo fabricaba la multinacional americana Sigma antes de la aparición del SIDA, y entonces lo vendía en una caja en la que aparecía una calavera porque se trataba de un potente tóxico.

—Sí, pero…

—Escucha, seis años después de salir al mercado, los laboratorios Glaxo Smith Klein, usando la misma fórmula del AZT, lanzaron un medicamento al que llamaron Retrovir, y en ningún documento afirman que cure la enfermedad ni que…

—Para, para, para –Mercedes se tapó los oídos con las manos para no seguir escuchando el discurso técnico.

—¿Qué ocurre? –Preguntó alarmado– ¿Te duele algo?

—Los tímpanos de oírte. ¿Quieres contestar a mi pregunta? ¿Cuánto tiempo es ese medio plazo?

—Nadie lo sabe, eso dependerá del enfermo.

—Bien, eso es lo único que me importa.

Alejandro esperó unos segundos a que siguiera hablando pero ella se abstuvo.

—No te entiendo –añadió confundido.

—¡Joder! Pues está muy claro –le quitó la revista de las manos y

comenzó a agitarla según hablaba–. Esa… ¡Maldita enfermedad que está matando a millones de seres humanos no tiene una vacuna perfecta! ¡No conocemos ningún fármaco milagroso que cure a los que han contraído el virus! Solo disponemos de unos antirretrovirales que los envenena pero les salva la vida a medio plazo. ¿No crees que el medio plazo siempre será mejor que el corto plazo? –Alejandro se quedó mudo, observando la virulencia con la que se expresaba y movía la revista–. No, no, contesta.

—Supongo –musitó desconcertado.

—Supones bien. Lo que habría que hacer es quemar unas cuantas multinacionales para que de una puta vez investiguen en serio un fármaco para curar a los inmunodeficientes. Y estoy muy cabreada porque no he dormido, han entrado en mi casa y encima han roto mi póster preferido de *Casablanca*.

Se volvió a sentar en la silla después de coger un kleenex y expulsar una profunda bocanada de aire.

—¿Te he dicho que me iba? –Preguntó con voz aguda.

—Sí.

—Adiós.

La cara de Ingrid Bergman estaba contraída por las arrugas que le habían hecho al romper el cartel, y eso le añadía el mismo gesto de complejidad que colocó Mercedes en la suya cuando por fin se quedó sola.

MADRID

Ignoraba el tiempo que había permanecido en el aseo, postrado, llorando, resentido por unos hechos que no conseguía racionalizar. Abrió el grifo del lavabo y bebió con ansiedad, creyendo que el agua fría apaciguaría los deseos de venganza según arrastraba la amargura de la bilis depositada en su boca. Después se lavó la cara y observó con detenimiento su reflejo húmedo en el espejo, las gotas que resbalaban por sus pestañas, por sus pómulos, examinando si su piel había encajado el golpe, la huella temprana del dolor padecido. Pero el espejo le devolvía un rostro confuso, sin anticiparle dónde iba a añadir el último desengaño. En ese momento volvió a sonar el timbre de la puerta.

—Han traído un paquete para su hermano –era el portero discreto con su inseparable palillo asomando por los labios–. He firmado el recibo, supuse que no desearía charlar con más desconocidos.

—Gracias.

—Si necesita algo estaré abajo.

Le entregó un paquete de cartón rectangular del tamaño de un folio. Tenía la dirección en una etiqueta blanca escrita a máquina. El remitente había olvidado o había omitido a propósito su nombre pero el envío procedía de Zimbabwe. Rompió la cinta adhesiva con el llavero del horóscopo y sacó algunas de las hojas que había dentro.

Julio, 1998

He pensado mucho en nosotros, en nuestro amor y en la locura que supondría dejarnos llevar por unos sentimientos que nos hacen vivir y sufrir, sin permitirnos distinguir en cuál de esos instantes somos más felices. No somos libres, Alberto, causaríamos demasiado daño si decidiéramos romper con todo lo que nos separa. ¿Podríamos vivir con ese dolor persiguiéndonos? ¿Ser felices negándonos el pasado? Quizá lo más razonable sea dejar pasar el tiempo, que los días se sucedan cobijándonos en el recuerdo y en la esperanza de que el futuro eliminará las barreras que hoy nos alejan.

Espero que me hayas perdonado por ser tan cobarde y no haber huido contigo a Zimbabwe. Tenía la maleta preparada y el taxi

esperando en el portal, pero no fue la falta de amor, cariño, créeme, fue el sentimiento de culpabilidad lo que me obligó a deshacer las ilusiones de empezar juntos en otro lugar, un lugar donde no necesitaría dar explicaciones por quererte tanto, ni buscar un laberinto de excusas para encontrarte en la fugacidad de nuestro secreto.

Confío en que la distancia nos arañe el corazón con tal fuerza que ningún convencionalismo pueda impedir que me reúna pronto contigo.

Te quiero.

Eran cartas. Cartas que le había escrito esa mujer desconocida. Por una jugada fortuita tenía en su poder la única forma de averiguar su identidad. Buscó rápidamente una firma, un nombre, alguna referencia que le ayudara a identificarla. Las primeras hojas estaban más deterioradas, supuso que la mirada de su destinatario las habría desgastado en un afán de releer los sentimientos que la distancia les prohibía. Aunque objetivamente era el simple efecto del paso del tiempo. Leía el encabezamiento y el final de la página sin atreverse a profundizar en el contenido. Esas frases pertenecían a Alberto y a su amante y nadie más debía leerlas.

La actividad febril de indagar en aquellos folios suavizó la angustia provocada por la descripción del examen forense. Todas las cartas acababan con dos palabras: te quiero. Dos palabras comunes, incluso gastadas por el frecuente uso para Javier que era totalmente ajeno a la pasión con la que habían sido pensadas y escritas, ajeno a la felicidad de su hermano Alberto cuando posó por primera vez sus ojos en ellas.

Llegó hasta la última sin conseguir su propósito, estaban escritas desde la impersonalidad de un ordenador, no había firma, ni nombre, sólo una fecha por la que estaban ordenadas con meticulosidad. Probablemente serían correos electrónicos que su hermano había impreso al recibirlos en su oficina de Harare. La música del móvil le impidió continuar.

—¿Sí?

—¿Dónde estás?

Era Carmen, su mujer, preocupada por carecer de noticias desde que le había comunicado la muerte de Alberto.

—En la calle –mintió sin saber por qué–. Necesito despejarme – no se sentía con las fuerzas necesarias para describir con detalle todos los acontecimientos que le estaban desbordando.

—¿Has comido?

Miró el reloj, eran las seis de la tarde. Llevaba más de cinco horas sin salir del ático.

—Sí –volvió a mentir.

—Te ha llamado Isabel, quiere que la llames lo antes posible, o al colegio o a su casa, está muy afectada.

—De acuerdo, lo haré.

—Dentro de una hora debo coger el avión para Esmirna, ya te dije que me iba a supervisar el rodaje final del spot en la Capadocia. No volveré hasta el domingo por la mañana.

Por supuesto había olvidado su viaje y en vez de reprocharse la falta de memoria, se alegró de su marcha. Disponía de cuarenta y ocho horas para leer las cartas, para pensar en lo ocurrido sin necesidad de contar a nadie los detalles de la historia. Hasta podía quedarse en el ático sin dar explicaciones.

—De acuerdo.

—No sé, esperaba verte antes de marcharme. Darte un abrazo –vaciló antes de continuar– Javier, ¿quieres que anule el viaje? –No hizo la pregunta con demasiada convicción.

—No, no, tranquila, estoy bien. Nos veremos el domingo –se hizo un silencio metálico a través del móvil que se prolongó durante unos segundos–. ¿Te voy a buscar el domingo al aeropuerto?

—No, no hace falta. Nos veremos en casa. Cuídate. Un beso.

—Un beso.

De nuevo cogió el mazo de cartas con inusitada energía. No le empujaba a leerlas el morbo de descubrir sentimientos ajenos, sino la necesidad perentoria de encontrar a esa mujer que amó a su hermano, de ayudarla de alguna manera –aunque sólo fuera económicamente ahora que era un hombre rico–, de hablar con ella para informarse de algunos detalles que marcaron su vida; pretendía con su actitud, devolver a Alberto la misma generosidad que él le había regalado en su última voluntad.

Apartó un par de libros para acomodarse un sitio en el tresillo de la biblioteca, una biografía de Fernando Fernán Gómez escrita por un autor desconocido para él: Enrique Brasó; y unos relatos de Italo Calvino lujosamente encuadernados por Siruela; los depositó con mimo en la mesa y sacó el paquete de tabaco del bolsillo de la chaqueta. Estaba vacío. Lo estrujó con rabia. Rabia por no darse cuenta de que se había quedado sin cigarrillos y rabia por no tener fuerza de voluntad para dejar un hábito tan perjudicial. Alberto ya no podía regañarlo así que usurpó con cierta permisividad su discurso. A lo mejor al portero no le importaba darle un par de cigarrillos, dos o tres serían suficientes para leer una docena de cartas sin perder tiempo por salir a la calle a comprar.

Cuando estaba esperando el ascensor para bajar al portal se

sorprendió con una deducción: el portero no podría darle tabaco porque no fumaba, seguro que lo habría dejado recientemente, de ahí su costumbre de mordisquear un palillo para calmar el ansia de nicotina.

Javier nunca había destacado por su capacidad de observación, o simplemente no era consciente de que la tuviera. Consideraba una falta de educación fijar la mirada en otras personas y se sentía violento cuando él era objeto de esa agresión a su intimidad. Un vocacional profesor de literatura, que era su caso, pasa demasiadas horas leyendo libros, adivinando, fabulando con la personalidad de personajes que no se molestan si un lector ávido escruta la complejidad de su comportamiento. Por ese motivo no le extrañó llegar a una conclusión tan sencilla. La lógica le hizo considerar que al agudizar los sentidos en busca de los datos necesarios para localizar en unas líneas la identidad de esa mujer… de repente, otro pensamiento más inquietante se interpuso a sus conclusiones: si Alberto estaba muerto, ¿quién había enviado esas cartas personales a su dirección de Madrid? ¿Y con qué fin?

IV

MADRID

Agosto, 1998

Tengo miedo. Anoche mirándome en el espejo sentí miedo al apreciar la soledad del reflejo. Era mi cara, sí, y mis ojos y mis labios entreabiertos por la angustia de encontrar tu ausencia en mis rasgos. Ya no les queda la esperanza de verte esa media hora que robábamos al tiempo escudándonos en una comida inventada o en un café más largo de lo habitual, y el recuerdo de haberte vivido no es suficiente. Temo que los recuerdos nunca son suficientes porque, a pesar de que me devuelvan el eco de nuestras risas y la inquietud de cruzar la calle sabiendo que me esperaba tu mirada al otro lado, siempre se alejan olvidando un poso de amargura y una pregunta: ¿Cuándo volveré a verte?

Por lo demás todo permanece igual, arrastrando la monotonía que me proponen los días sin ti. La semana pasada fui a mirar unos vestidos pero no me hacía ilusión estrenarlos y los dejé en el probador. Ahora estoy preparando las vacaciones. Nos iremos la semana que viene a la playa, como siempre. El calor en Madrid es insoportable, tanto que ayer pasamos de los cuarenta grados, aunque yo juraría que los termómetros mienten para animarnos. Bueno, todos mentimos y ellos no iban a ser la excepción, ¿no te parece?

No me apetece ir a trabajar, ni comer, ni salir a dar un paseo. Solo me apetece estar contigo.

Te quiero.

Antes de salir del ático había cogido la segunda carta para leerla por el camino. Sin profundizar en el motivo, le hizo ilusión que esa mujer compartiera una de sus manías: mirarse en el espejo cuando el sufrimiento le saturaba los sentidos. Sin embargo, no se recreó en esa apreciación sino en ratificar las sospechas fundadas con la lectura de la primera. La barrera que les impedía vivir su amor era otro hombre. Sin duda la mujer tenía una familia, un marido, quizá hijos, a los que no podía o no quería renunciar.

Sería fácil culpar a Alberto por entrometerse en una historia que ya tenía otorgados los papeles protagonistas. Una historia igual que tantas otras, con algunos sueños consumados y demasiados sin

estrenar; pero nunca sabemos en qué momento de nuestra vida vamos a cambiar la mirada hacia una persona que se cruza delante de nosotros, y ese giro involuntario, unido a un simple saludo, o al roce de unas palabras dichas en la confusión de unos viejos sentimientos que ya se nos antojan distantes, nos obligará a plantearnos con crudeza nuestra vida, a juzgarla, a creer que lo blanco ahora es negro, que no existen los grises, que el equilibrio no se encuentra en el punto medio sino en poder respirar un aliento nuevo.

Le sorprendió la cotidianidad del final. Le contaba que se iba de vacaciones, todo parecía indicar que en algún momento Alberto había formado parte de esa playa en donde pretendía huir de los calores de Madrid. Utilizaba el plural, (nos iremos) dando por hecho que él sabía perfectamente el número de personas con las que emprendería el viaje.

Al lado del estanco, en donde compró dos paquetes de tabaco por sugerencia del portero exfumador, había una pequeña librería atiborrada con los últimos *best sellers*. Cuando se paró frente al escaparate la conclusión de la lectura le presentaba dos posibilidades, o bien era una forma coloquial de relajar la tensión sufrida por el distanciamiento, o bien Alberto conocía a su familia.

Entró en la librería con la vana pretensión de encontrar una guía de viajes sobre Zimbabwe, necesitaba averiguar qué había despertado el interés de su hermano para decantarse por ese país y no por cualquier otro. Era un local alargado, recordaba a un vagón de metro, por el centro se sucedían las mesas con libros apilados y con un cartel que indicaba el género al que pertenecían. En una estantería había un minúsculo espacio para las guías de viaje. Se entretuvo unos minutos leyendo los lomos pero no la encontró. Una chica con un *piercing* en la nariz le lanzó una sonrisa desde la caja registradora.

—Perdone, quería una guía de viajes sobre Zimbabwe.

La dependienta al oír lo que andaba buscando se fue directamente a un ordenador y le explicó que la única guía en castellano de la que tenía constancia, editada por Trotamundos y que comprendía también Namibia y Botswana, estaba descatalogada.

—Tendrá que ir a una librería especializada en viajes, a lo mejor todavía conservan algún ejemplar –añadió con amabilidad mientras le escribía la dirección de una tienda en el centro de la ciudad.

—¡Zimbabwe! Nunca creí que volvería a conocer a alguien que estuviera interesado en ese país –dijo una voz a sus espaldas.

Lo primero que vio al girarse fue la novela de un famoso autor americano que vendía ejemplares como churros; Javier apoyaba su comentario en la creencia de que su literatura también se podía considerar un churro. Malformación profesional.

—Me lo envuelve para regalo, por favor.

Después de comprobar su mal gusto a la hora de comprar un libro se fijó en el dueño de la voz. Ambos hicieron el mismo aspaviento de extrañeza que componemos todos cuando vemos una cara conocida a la que no ubicamos ni en el sitio correcto ni con el nombre adecuado.

—¿Álvaro? –Preguntó sin estar seguro; la sonrisa hueca que borró a su interlocutor el gesto antes de estrecharle la mano confirmó que no se había equivocado en el nombre, y que para el comprador del *best seller*, o del churro, Javier continuaba en paradero desconocido.

—¿Qué tal? ¿Cómo te va? –Álvaro intentó salir del apuro con dos frases hechas mientras su mente repasaba con urgencia en los apartados de la memoria a qué nombre pertenecía la cara que lo saludaba afectuosamente.

—Bien, ¿y a ti? –decidió jugar un poco más en el anonimato y no ofrecerle demasiadas pistas.

—Pues bien. Aquí comprando un regalo para una amiga.

—Ya. Supongo que solo será una conocida.

—¿Perdón?

—Digo que si fuera una amiga de verdad no le comprarías ese libro. Será un compromiso sin importancia.

—Sí, exacto –asintió con una risa forzada, que demostraba el talento de su dentista, pretendiendo ganar unos segundos que no le concedió.

—Deja de pensar en quién soy –le dijo dando por finalizado el juego del anonimato.

—¿Qué?

—Soy Javier, el hermano de Alberto Ferrer.

Se llevó la mano a los ojos, en un gesto de bochorno por no haberle reconocido.

—Perdona, perdona. ¡Qué mal rato, chico! Es que hacía mucho que no te veía. Por lo menos ocho o nueve años.

—Diez para ser exactos.

—¡Diez! –Exclamó con exagerada euforia– ¡Diez años! Es lógico que no te… vamos, que no cayera en… por cierto, ¿Qué tal, Alberto? ¿Ya se ha curado del romanticismo misionero?

—Ha muerto. Lo han asesinado en el río Zambeze.

La novela más vendida del siglo estuvo a punto de rodar por el suelo con su envoltorio de regalo.

Álvaro Selfa coincidió con su hermano en el último año de carrera; por aquella época se vieron un par de noches con algún daiquiri de más y unas cuantas chicas de menos. No volvieron a coincidir hasta el día en que fue a despedir a Alberto en su primer viaje a Zimbabwe. Álvaro lo acompañaba con el claro propósito de fastidiar a su padre, un rico empresario que nunca terminó de aceptar que su hijo estudiara medicina en lugar de la socorrida carrera de derecho para ayudarle en la dirección de sus negocios.

Años más tarde, en una conversación deshilvanada, de las que empiezas hablando de la infancia y acabas cargándote al gobierno, Alberto le contó que solo había soportado un año fuera del nido familiar.

—Lo siento –se apoyó en el mostrador, temiendo que sus piernas no le fueran a sujetar–. No… no sabía nada.

—Es lógico.

Guardaron silencio unos segundos que se hicieron interminables. Ambos ignoraban el modo de retomar la conversación para restarle dramatismo al encuentro. Ya en la calle se dieron de nuevo la mano mecánicamente, con una despedida repleta de frases gastadas, tomando direcciones opuestas, elegidas al azar para huir del pasado doloroso que les unía.

Sin embargo, Javier no había llegado a la esquina cuando se dio cuenta de que Álvaro era la única persona que podía contarle detalles sobre la vida de su hermano en Harare, incluida la identidad de su amante. Retrocedió el camino andado, corriendo por la calle en busca de su espalda entre los hombros que iba dejando atrás. No podía estar muy lejos. Achacó su falta de reflejos en el casual encuentro a su obsesión por analizar las cartas. Llegó hasta la siguiente bocacalle y no lo encontró. Dudó entre girar por la perpendicular a la izquierda o cruzar a la acera de la derecha. Se inclinó por la primera opción. ¿¡Dónde se había metido!? Aceleró la carrera y dio una vuelta entera a la manzana sorteando peatones y perros sin bozal que le amenazaban los tobillos con su domesticada agresividad. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Perdía tiempo rastreando una guía de viajes y dejaba escapar a un médico que había trabajado con Alberto durante un año. Regresó sin aliento al punto de partida, a la puerta de la librería, y le dieron ganas de romper el escaparate y tirar los *best sellers* a la papelera. La

dependienta le observó atemorizada a través del cristal por el paroxismo con el que miraba sus novelas. La tranquilizó con una señal y se agachó de espaldas a ella para coger aire. A la tercera bocanada lo vio dentro de un deportivo negro aparcado enfrente de la tienda, tenía la mirada clavada en el parabrisas y el recuerdo de Alberto martilleándole las sienes.

—¿Te gustaría tomar un café?

LONDRES

John Sttudmayer dejó la copa en la mesa de cerezo y aprovechando el movimiento de su brazo consultó el reloj con disimulo. El almuerzo con los directores de las principales clínicas y laboratorios al finalizar las conferencias le resultaba tedioso y ni siquiera podía gozar del inestimable consuelo de un cigarrillo a los postres. Georges Pentlelton, de Penbrick & Co. era quien reservaba la *suite* Exploration porque la consideraba un escenario dinámico para sus reuniones creativas. Forrada de paneles de madera, tenía en su frontal la proa del Kota Mama, un barco construido con juncos y utilizado para navegar por el Amazonas, lo que demostraba, según la Sociedad de Exploración Científica, que existió el comercio entre Sudamérica y África allá por el año 1000 a.C.

—Me han contado que al cambiar su política capitalista por un socialismo protector, el presidente Bush ha solicitado al congreso que lo llamen camarada Bush.

La gracia de Frank Rightous fue coreada por los asistentes salvo por Bill Ramswer, director de Tods Steal, una multinacional americana que abarcaba laboratorios y clínicas de lujo para pacientes millonarios. Bill se limitó a cumplir con un movimiento acompasado de cabeza.

—La situación es delicada –respondió con amabilidad a la broma–, espero que no hayáis arriesgado demasiado capital en nuestros bancos.

—Afortunadamente no –contestó George Pentlelton–. Y creo hablar por todos los presentes –cambió la proyección de su mirada hacia Sttudmayer incitándole a romper su mutismo.

—Bueno… –se arrancó John, tras un carraspeo, al notar que la expectación en la sala se había circunscrito a sus palabras– supongo que ya sabéis que ABI sí diversificó parte de sus beneficios acumulados comprando acciones de Lehmann Brothers –hubo un silencio tan prolongado que se vio obligado a continuar–, pero su quiebra no pone en peligro nuestra estabilidad económica.

—Ya –replicó George. Y a Sttudmayer se le clavó el monosílabo lacónico en la yugular–, Bill, tú estás en Washington, ¿qué se respira?

—Pesimismo. Yo no soy partidario de regular el mercado libre,

los burócratas reaccionan con lentitud a la evolución, pero se ha ido demasiado lejos y la situación ha explotado.

—Vamos, vamos –Frank era el más optimista–. Siguiendo el ejemplo estadounidense los gobiernos tendrán que intervenir los bancos en quiebra para no llegar a una recesión que ponga en riesgo el sistema.

—Mientras sus reservas les permitan hacerlo –contestó Bill con evidente ironía–. Estamos viendo desmoronarse la punta de la pirámide, cuando se caiga entera no habrá gobierno capaz de paliar el derrumbe –se sintió molesto al observar de soslayo cierta satisfacción entre los asistentes por la anunciada y deseada caída del imperio americano–. Y Europa también caerá con nosotros –advirtió–, es un problema de liquidez. El único país que podrá superar la crisis es China, debido a su enorme superávit, pero si el resto del mundo no tiene dinero para comprar sus productos, bajarán sus exportaciones y caerá igual que el resto de países.

—¿Tan mala ha sido la política económica de Bush? –Preguntó John con el consabido rictus que marcaba en la comisura de los labios cuando pretendía fingir una preocupación.

—Digamos que Bush ha conseguido el ridículo sueño infantil de pasar a la historia de la misma manera que su padre, aunque particularmente en su caso, siendo el peor presidente de Estados Unidos –las escasas risas que produjo el chiste no le impidieron continuar con los augurios–. Los americanos consumimos un 6% más de lo que producimos, eso unido a su afán de usar el ejército para imponer sus caprichos al mundo lo vamos a pagar caro. Señores, la crisis la empezamos los americanos pero tengan por seguro que la rubricarán nuestros socios europeos. Y con mayor crudeza si cabe. Ese estado del bienestar del que tanto se enorgullecen sus políticos, ha tocado techo, aunque yo diría: ha tocado fondo. Pueden ir despidiéndose de la política social. La única forma de salir de esta crisis es aplicando un capitalismo salvaje, o… que los pobres se rebelen y nos despojen de nuestro dinero. Cualquiera de la dos vías, será muy dura para algunos de nosotros.

El ruido de las sillas aconsejaba no continuar más tiempo con esa conversación.

—¿Pasamos a tomar el té?

La sugerencia de George fue recibida como el anuncio de un balance positivo en las cuentas de sus empresas. Se levantaron con celeridad, intercambiando opiniones menos comprometidas que las vertidas sobre el amenazante futuro que podría cercenar de golpe sus privilegios. La mayoría de ellos se inclinaron por comentar sus

hazañas en los campos de golf, mientras pensaban de qué manera podrían introducirse en el mercado chino que tanto avalaba Bill Ramswer.

—John, ¿tienes un minuto?

—Por supuesto.

—¿Te apetece una copa?

—No, gracias.

George se sirvió un jerez mientras aguardaba a que el resto de los invitados abandonaran la *suite*.

—Siéntate. ¿Te encuentras bien?

—Por supuesto –contestó John sin entender la inquietud con la que le había formulado la pregunta, y creyendo que debería haberla formulado él, dado el esfuerzo de Pentleton para que el temblor de sus manos no derramase el licor.

—Tengo entendido que has solicitado un crédito a Lloyds Bank de seis millones de libras.

John se recostó en la silla y aspiró una bocanada de aire lamentando que estuviera huérfana de nicotina. Incluso llegó a pensar que la piel de George había adquirido el tono amarillento de la sustancia; quizá fumaba a escondidas igual que él. Desechó la idea atribuyendo el color a la luz de los focos.

—Así es.

—Vivimos malos tiempos para recibir macro-créditos –humedeció los labios en el jerez con suavidad, deleitándose para su siguiente intervención–. Lehmann Brothers… operaciones arriesgadas… inversiones en arte… ¿Cómo se llamaba esa pintora que me recomendaste?

—Christine Fellow.

—Eso Fellow, es una lástima que su obra se haya depreciado, si es que alguna vez tuvo valor –añadió en voz baja–. Te encontré muy ilusionado en el papel de mecenas. Debe de ser interesante dedicarse al arte, y era una mujer preciosa, algo joven para mi gusto.

—El problema de las obras de arte es muy simple: todo el mundo desconoce su valor real –se levantó tensionado pero decidido a menospreciar el claro reproche de George Pentlelton sobre sus relaciones personales–. Quizá dentro de unos años sus cuadros adquieran un precio realmente incalculable –acarició la proa del Kota Mama comparando la aspereza de la madera con una conversación que comenzaba a afilarle los nervios–, no sería el primer caso de una artista infravalorada por un sector mezquino de la crítica actual, y que con el tiempo su obra recupera una nueva y

extraordinaria dimensión.

—Cierto. Es increíble, ¿verdad?

—¿Perdón?

—El barco –aclaró–, hoy en día no se crean cosas tan duraderas. Ni siquiera las empresas. Nacen y desaparecen devoradas por los ajustes del mercado. Y por la mala gestión –añadió con un guiño cómplice.

—Alssott Brennan Inghen no desaparecerá, si realmente es eso lo que te preocupa, George.

—Me alegra oírte, John, me alegra. Porque hay un asunto turbio que ha agitado los cimientos financieros –por fin había llegado al punto neurálgico que daba sentido a la conversación–. Hace tiempo cerramos filas contigo en el caso de los donantes de órganos anónimos, resultó caro y desagradable, ya lo sabes, y ahora circulan rumores de que se ha reabierto.

—George, por favor, lo tengo perfectamente controlado.

—La crisis bancaria va a ser más grave de lo que en un principio se temía. Estamos en un momento delicado. Cualquier escándalo nos perjudicaría en conjunto. Se abrirían investigaciones en muchos campos y eso no nos conviene a ninguna empresa. ¿Eres consciente de ello?

—Sí.

Hizo una pausa para dejar la copa en la mesita, después necesitó apoyarse en los brazos del sillón para levantarse con esfuerzo.

—John, si solventas ese “problema” llámame y hablaré con los del Lloyds Bank para que autoricen el crédito que tienes denegado.

Los halógenos del techo caían perpendiculares y al dar un paso hacia Sttudmayer, el rostro se ofreció como un viejo pergamino amarillento, las ojeras abultadas sobresalían sin piedad.

—Gracias.

—Por favor, somos amigos, sabes que puedes contar conmigo. ¿Pasamos a tomar el té?

—Por supuesto. George –lo llamó antes de que abandonara la sala– ¿Cuándo podré asistir a una reunión de tu grupo?

—¿Te refieres a los Bilderberg?

—Sí.

Pentleton chasqueó los labios antes de responder para que asumiera la dificultad.

—Todo a su tiempo, John. Todo a su tiempo.

MADRID

Álvaro removía el café con parsimonia, recreándose en los círculos que describía con la cucharilla. Se oía una música lejana, Javier creyó reconocer el Nocturno de Borodin, pero mal interpretado, sin respetar el tempo adecuado; en lugar de un cuarteto de cuerda bien podría estar siendo ejecutado por una cuadrilla de sogas.

—Es un país corrupto. Kariba es territorio de los Shona, pero pudo matarlo un Ndebele, o un Lozi, o un Lemba, o un policía. Nunca lo sabrás, Javier, ni cuando detengan al culpable, si es que algún día lo detienen, podrás estar seguro de que ese hombre es el verdadero asesino de tu hermano.

—¿Qué tal era vuestra vida allí?

—Allí no había vida, era supervivencia. Yo apenas lo soporté un año. Teníamos que luchar por todo: para que nos dejaran vacunar a los niños, para atender a los enfermos, para viajar por carretera hasta Kariba, para conseguir medicamentos… cualquier actividad que emprendíamos era agotadora.

—¿Conseguir medicamentos? ¿A qué te refieres?

—Resulta increíble. Nos retenían las medicinas en la aduana. Cualquier cargamento que recibíamos era requisado por las autoridades y te hacían rellenar formularios que tiraban a la papelera en cuanto salías de las oficinas. La solución pasaba por el soborno. Entregar un sobre con dólares al guardia de turno agilizaba los trámites y nos permitía recuperar las vacunas antes de que caducaran.

—¿No lo denunciasteis a las autoridades?

—¿Las autoridades? –Repitió con una carcajada sarcástica que alivió el resentimiento de sus tonos anteriores–. Las autoridades son las que recibían el sobre. El guardia que lo aceptaba era un mero correo. Así funcionan las cosas en Zimbabwe. Escucha –y volvió a repetir el gesto agradable al recordar la anécdota que se disponía a contar–, no llevaríamos más de tres meses en Harare cuando se puso en contacto con nosotros un grupo de individuos. A cambio de una cantidad fija de dinero, naturalmente, ellos nos entregarían las medicinas que necesitáramos, sin tener que pagar a los aduaneros, sin molestarnos en regatear un precio, sin rellenar formularios inútiles. Les pasábamos una lista por la mañana, por la noche las

robaban, y al día siguiente disponíamos de ellas en el campamento o en la oficina.

—¿Pagabais a ladrones para que robaran vuestras propias medicinas?

—No eran ladrones, eran policías. Además, cuando había disturbios nos despejaban el camino hasta Kariba. ¡Te puedo asegurar que era un chollo!

Dejó la taza con delicadeza en el plato. Tenía unas manos cuidadas, de manicura semanal. Álvaro era un tipo de mediana estatura, ni feo ni guapo, ni delgado ni gordo, la única cualidad, si nos aventuramos a definirla de esa forma, que le hacía diferente a los demás, consistía en que nada más verle sabías que tenía dinero. Y mucho dinero.

— Yo no aguanté aquello. Al año volví a Madrid y me puse a trabajar en las empresas de mi padre. Alberto era de otra pasta, con sinceridad, creo que disfrutaba con las dificultades. Se crecía. No solo era el primero en viajar a los poblados para curar a los enfermos, en tratar los sobornos con la policía, en dirigir la organización porque el director estaba siempre de cacería, sino que encima ayudaba a los que flaqueábamos, nos consolaba de las penurias y nos hacía reír. No he conocido en mi vida a nadie tan positivo como él.

—¿Te contaba sus historias? –Preguntó sin evitar el nerviosismo por querer reconducir la conversación.

—¿Qué historias? No te entiendo –hizo una seña al camarero para pagar la consumición. A Javier no le quedaba demasiado tiempo. Agradeció que alguien de la barra quitara la música. Borodin también.

—Si te dijo alguna vez si tenía una novia o una amante que… – las risotadas de Álvaro le cortaron antes de que terminara la frase.

—Perdona, allí Alberto era un monje consagrado a la organización. El resto nos “aliviábamos” como podíamos pero él jamás nos acompañó a ningún club, ni siquiera cuando íbamos a escuchar jazz a Harpers. Imaginé que mantenía un lío con Mercedes Espert, la enfermera, su mano derecha en aquel infierno. Era otra samaritana convencida; por cierto, según tengo entendido todavía sigue trabajando en Harare.

—¿No había dejado ninguna relación pendiente en Madrid?

—Que yo sepa no –le entregó un billete al camarero y dijo una frase que a Javier empezaba a resultarle familiar–. ¡Quédese con el cambio!

—¿Sabes si la policía española os investigaba?

Congeló el movimiento de levantarse con una interrogación marcada en el entrecejo. A Javier le pareció que se lo depilaba.

—¿A nosotros? ¿Por qué?

—No, por nada, olvídalo.

Lo acompañó hasta el coche intercambiándose teléfonos y promesas de que se verían más a menudo. Incluso le propuso hacer un homenaje póstumo a Alberto. Él se encargaría de organizarlo, continuaba manteniendo contacto con los amigos de Zimbabwe y con los que habían regresado desencantados a España.

—¿Por qué me has preguntado lo de la policía? –Le preguntó cuándo ya estaba sentado al volante.

Dudó en contarle la visita del inspector Ayuso, y lo extraño que resultaba que su hermano se hubiera hecho millonario trabajando para una ONG en África, pero no le pareció prudente confesar sus temores en medio de la calle y con el motor del Porsche en marcha.

—Por la historia esa de los medicamentos y los sobornos.

—Tch, tch, mientes muy mal –sonrió volviendo a ratificar el excelente trabajo de su dentista–. No te preocupes por nada. Te llamaré.

Cuando llegó al ático el móvil que había olvidado en la biblioteca pegaba botes sobre la mesa. Tenía dos llamadas perdidas de Isabel y cinco de un número que no tenía registrado en la agenda pero que le había dejado un mensaje en el contestador.

—Hola, Javier, soy Antonio, de la Organización –era la voz del hombre que te escupía su delgadez–, ha surgido un imprevisto de última hora con la cobertura del seguro de vida que debes conocer. Ponte en contacto con la oficina lo antes posible, gracias.

Eran las diez de la noche, a esa hora hasta los famélicos han dejado de trabajar para alimentarse frugalmente y descansar. La noticia no la conocería hasta la mañana siguiente.

V

MADRID

Había pasado toda la noche leyendo cartas y trazando el nuevo mapa de su vida. No se planteaba abandonar las clases, al menos definitivamente, pero sí le seducía la idea de viajar a lugares que solo conocía a través de los libros. Visitar el palacio de Topkapi en Estambul, por ejemplo, y atravesar la Puerta de la Felicidad sintiéndose un súbdito que aguarda ser recibido por el sultán en vísperas de la "Kurban Bayramu"; o ver amanecer en las playas transparentes de Hiva Oa; o detener el tiempo en San Petesburgo, en el museo de Dostoievski, y entrar en su despacho para leer *"Eugenio Oneguin"* de Puskin, abierto por el capítulo octavo, tal y como lo dejó el escritor antes de morir; o pasear bajo la lluvia en Yakushima, la isla del diluvio eterno, para palpar el tronco de los milenarios árboles que se retuercen penitentes entre los brotes de musgo que van conquistando sus almas.

La madrugada le sorprendió intentado realizar un retrato robot de la enigmática amante de su hermano. Se la imaginaba delgada, de andares desgarbados y mirada graciosa; posiblemente rubia, de pelo largo, con los labios gruesos y la piel suave. Una de esas mujeres que despiertan la ternura y la necesidad de protegerlas; aunque al final siempre son ellas las que acaban protegiéndonos de nuestras inseguridades, de nuestros miedos, de la vejez que ansiamos ahuyentar refugiándonos en camas desconocidas o en depresiones aún más viejas.

Subió hasta la terraza para fumar un cigarrillo. Era una noche de sombras azuladas. El agua de la piscina se había tornado ultramar por el efecto de unos focos sabiamente colocados.

"¿Cuántas veces habrá salpicado su amor en esas aguas turquesas? –Se preguntó– ¿Cuántas veces habrá corrido por el borde, detrás de Alberto, con su figura desgalichada reclamando un abrazo entre risas que declaraban sus verdaderas intenciones?"

Se encontraba cómodo evocando unos amores que desconocía y con los que fabulaba añadiéndoles instantes que a él le hubiera gustado vivir en su matrimonio: despertarse feliz por mirarla cada

mañana sintiendo que era la primera vez, añorar el roce de su piel cuando mantienes una reunión de trabajo, soñar con volver pronto a casa para encontrarte en sus ojos; esos instantes que se anudan en el corazón y te niegan el olvido. Le atraía la imagen falsa e ingenua que su imaginación proyectaba de ella. Le gustaba la forma de amarle, en silencio, a escondidas, regalándose besos con cada mirada secreta. Le cautivaban las frases que ella le había escrito, los sentimientos que se agolpaban en las palabras.

La carta de enero de 1999 la leyó varias veces. Se la había enviado después de la primera visita que Alberto hizo a Madrid para pasar las navidades. Fue un viaje inesperado para todos, similar a los que salen en los anuncios de televisión, alguien llama a la puerta y Javier acude a abrir con un mazapán a medio tragar y una maldición resbalando entre las migajas, maldición que rápidamente se frena contra una sonrisa amplia, generosa, una sonrisa que en él era habitual: la sonrisa de Alberto.

Enero, 1999

He descubierto el motivo por el que ya no tengo sueños por la noche. Los he ido olvidando porque tú los has abarcado todos. Están en tus manos, en tu voz, en tus ausencias, en tus retornos, en tu nombre y en tu sombra. Están en tu cuerpo, como mis ojos y mis labios y mi locura.

Cuando te vi a la salida de la oficina creí que eras un espejismo, una distorsión del deseo de tenerte a mi lado. Solo cuando me abrazaste comprendí que a veces la vida nos presta destellos de alegría para hacer soportable este mundo. Y lloré a pesar de tus ruegos. Lloré de tristeza y de felicidad. De tristeza porque ese instante no era algo cotidiano en nuestros días, y de felicidad porque volvía a acariciar tu amor con los dedos.

No puedo explicarte lo que sentí cuando el sufrimiento de estos meses perdía importancia ante el simple hecho de caminar juntos, de sentarnos en una terraza a tomar un refresco, aunque estuviera lloviendo, aunque los demás se asombraran de nuestro comportamiento, incapaces de comprender que no necesitábamos nada más que cruzar nuestras miradas para evitar la lluvia. Te amo tanto que me duele tu recuerdo.

¿No podríamos repetir la ilusión? Ya sé que el viaje desde Zimbabwe a España no resulta fácil y es costoso, pero me conformo con verte un fin de semana, un par de días cada dos meses para tener una locura a la que aferrarme. Prométeme que lo intentarás.

Te quiero.

“Te amo tanto que me duele tu recuerdo”. Con ese sentimiento desesperado acomodándosele en la memoria se quedó dormido en el sofá.

LONDRES

Abandonó la reunión sin haber digerido las palabras amenazantes de George Pentlelton. Necesitaba relajarse antes de volver a casa y la única persona que conseguía abstraerle de los problemas era precisamente la principal causante de ellos: Christine Fellow.

—Deseo dar un paseo. Por favor, recójame mañana en casa a la misma hora de siempre.

Despidió al chofer y caminó por Kensington Road en dirección al Royal Albert Hall. Si el Lloyds Bank le negaba el crédito sería el fin de ABI, ni siquiera la huida hacia delante que había emprendido para ganarse la confianza de los inversores con la construcción de una nueva clínica en Marbella, aprovechando la cesión gratuita de unos terrenos propiedad del ayuntamiento, evitaría la quiebra; quiebra que le obligaría a renunciar a demasiados privilegios para encajarla con sobriedad.

No le sorprendió que Pentlelton conociera sus dificultades económicas ya que era un buitre, siempre andaba revoloteando al acecho de empresas con problemas financieros. Sus contactos en la banca le proporcionaban informes confidenciales sobre fusiones, cesiones de activo o la cancelación de una línea de crédito. Informes que había sabido aprovechar para adquirir una sólida cartera de valores al margen de Penbrick & Co. y para gozar de un prestigio inmerecido en el mercado. Su alusión a los donantes anónimos de órganos no tuvo más remedio que encajarla con displicencia, era un golpe bajo que esperaba devolverle algún día. Necesitaba tiempo, tiempo para borrar las huellas que había dejado un cadáver en un lugar tan apartado de las intrigas bursátiles como el lago Kariba.

Cruzó Exhibition Road para entrar en el edificio de ladrillo rojo visto construido en 1879 por Norman Shaw en el que había comprado un lujoso apartamento de doscientos metros cuadrados para Christine. Lo llamaban Albert Hall Mansions, y estaba situado en una zona privilegiada de Londres, frente a Hyde Park y a un paso del Royal College of Arts, donde ella había estudiado la carrera, y del restaurante Babylon, en el Derry and Toms, el lugar preferido de Christine para cenar o para subir a tomar una copa en los Roof Gardens, unos jardines exclusivos que se encontraban en el tejado del edificio y que disponían hasta de una laguna con flamencos y

patos.

—¡Christine! –La llamó al cerrar la puerta tras él–. ¡Christine!

A pesar de insistir varias veces en su nombre continuó recibiendo la misma contestación. John no pudo evitar un chasquido de resentimiento mientras se dirigía al estudio.

Le distraía sentarse en un sillón de orejas y observar detenidamente los cuadros que pintaba. Desde el viaje que habían realizado a Zimbabwe los lienzos poseían cierto espíritu africano; Christine decía que estaba atravesando su periodo tribal; los amarillos cadmio, los siena quemados o el rojo windsor, se entremezclaban creando lazos de textura luminosa, radiante. John quería ver en ellos la atmosfera sofocante que se respira en cualquier poblado de África, pero el crítico que hundió momentáneamente la carrera de su protegida solo veía huevos fritos con pimentón, y los huevos fritos se comen no se cuelgan, añadió en una escueta crónica que circuló del mismo modo que las rayas de cocaína en una fiesta privada: en voz baja y de forma dañina.

La ventana estaba abierta para que no se aposentara el fuerte olor de la trementina y del aceite de linaza, lo que permitía la entrada del resplandor de las luces exteriores que iluminaban el Royal Albert Hall.

John encendió un cigarrillo y se sentó en el sillón con la sensación de que el tiempo se había detenido para convertirse en una pausa prolongada que adormecía los sentidos. Al dar la tercera calada llegó a una conclusión desalentadora: en esta etapa de la vida su único trabajo consistía en esperar. Esperar a que llegara Christine, esperar a que se solucionara el asunto de Zimbabwe, esperar a que le concedieran el crédito, esperar las circunstancias idóneas para solicitar el divorcio, ¡Esperar!

La bruma comenzaba a empañar el resplandor. John Sttudmayer encendió un segundo cigarrillo sin depositar demasiadas esperanzas en que deshilvanara su soledad.

MADRID

Se despertó en el sofá con la boca asqueada de tabaco y un brazo perezoso que insistía en seguir durmiendo a pesar de que la luz entraba sin permiso por los ventanales. Eran casi las diez de la mañana. Tenía una llamada pendiente y la obligación de pasar por su casa, aunque sólo fuera para recoger el cepillo de dientes y cambiarse de ropa. Se consoló enjuagándose la boca con agua fría.

La telefonista contestó con el mismo soniquete que había empleado al verle en la oficina el día anterior, supuso que era su registro de trabajo. Aguardó unos minutos a que pasara la llamada mientras escuchaba una melodía supuestamente relajante, invento de algún cerebro torturado para hacer más amena la espera telefónica y que sólo conseguía aumentar el nerviosismo al ritmo de unas notas que nunca coincidían con tus gustos musicales.

—Buenos días, Javier –jamás pensó que recibiría con alivio el sonido de la voz atiplada del hombre delgado–. Ayer te llamé porque nos ha surgido un imprevisto. Al parecer, Alberto hizo por su cuenta una ampliación del seguro de vida que ofrece la Organización. Algunos médicos cooperantes suelen hacerlo, es una alternativa personal que permite la compañía de seguros. Durante dos años tu hermano pagó un cuantioso suplemento de la cuota para ampliar la cobertura de la compañía en caso de accidente o de muerte.

—¿Ampliarla?

—Sí, ampliarla. La cantidad a recibir por los beneficiarios asciende a seiscientos mil euros.

No le impresionó que la cifra actual doblara la anterior, quizá porque ya tenía más dinero del que había imaginado, o quizá porque el hombre delgado remarcó con evidente énfasis una parte de su frase, arrebatándole protagonismo a la suma que supuestamente iba a recibir.

—¿Qué quieres decir con “los beneficiarios”?

—No eres el único heredero –añadió con voz tímida y puntualizando la frase con un carraspeo nervioso–. Tu hermano dejó a otra persona el cincuenta por ciento de la póliza que tenía contratada con la compañía de…

—¿¡A otra persona!? ¿¡A quién!? ¿¡Dime su nombre!? –Preguntó con rapidez sin dejarle terminar.

Sintió sus titubeos a través del auricular del teléfono, incluso escuchó el plegado de sus mejillas retrocediendo hacia una mueca carente de compromiso.

—Antonio, yo no voy a poner trabas a esa persona. Si mi hermano deseaba que cobrara la mitad de la póliza me parece perfecto, es su decisión y yo la respeto, pero necesito hablar con ella, ¿entiendes? –Hizo una pausa que el hombre delgado no se atrevió a interrumpir–. Conocerla –continuó–, saber quién es, en qué trabaja, de qué forma conoció a Alberto, desde cuándo eran….amigos. Te voy a ser sincero, estoy seguro de que por desgracia esa es la única forma de recuperar parte de los recuerdos de mi hermano.

Tal vez se expresó con demasiada vehemencia debido a que esa información podría concederle el nombre de la misteriosa amante. No le cabía la menor duda de que Alberto le habría dejado parte de su herencia, era lógico, y más después de comprobar lo mucho que ella le amaba.

—Claro, por supuesto –respiró aliviado al saber que la disposición de Javier era favorable a compartir la cobertura con otra beneficiaria–. Se llama Mercedes Espert. Hablar con ella será más difícil, Mercedes trabaja de enfermera en nuestra Organización en Zimbabwe. No sé si la conoces –añadió–, durante mucho tiempo fue compañera de Alberto.

Mercedes Espert. No era la primera vez que oía ese nombre. Álvaro Selfa se había referido a ella despectivamente: “Mercedes Espert, la enfermera, su mano derecha en aquel infierno. Era otra samaritana convencida”. Escucharlo de nuevo le produjo cierta desilusión. Estaba convencido de que ella no era la mujer que escribía las cartas, ella no era la rubia desgalichada que lo amaba tanto que le dolía su recuerdo, no era la chica de mirada graciosa que carecía de sueños.

—Javier, ¿estás ahí? –Preguntó Antonio extrañado por el silencio.

—Sí, sí.

—Ah, creí que se había cortado. Escucha, si pudieras venir esta mañana a la oficina para firmar los papeles del seguro, mi secretaria lo tiene todo preparado, serán unos minutos, y en menos de quince días recibirás la transferencia en el banco que tú nos indiques.

—De acuerdo. ¿Podría hablar desde ahí con Mercedes?

—Sí, claro, lo intentaremos. Ya sabes que la comunicación con nuestros colaboradores en Zimbabwe es difícil. Todo depende de si se encuentran en Harare o en Kariba, pero no te preocupes, le

encargaré a mi secretaria que vaya haciendo las gestiones oportunas.

¿Qué ocurrió? ¿Qué idea se le cruzó a Alberto por la cabeza para dejar parte de la herencia a su enfermera y no acordarse de la mujer que había compartido cada una de sus ilusiones?

—Gracias. Iré en seguida.

Álvaro había insinuado que su hermano tenía una historia con Mercedes. Si fuera cierto significaba que la rubia de Madrid era un entretenimiento, una forma de aliviar las tensiones padecidas en Zimbabwe. Analizándolo con frialdad, esa relación justificaría que no le hubiese dejado nada en el testamento. ¿Sería capaz de llevar ese doble juego? ¿De traicionar a quien había depositado sus sueños en él?

Era más de media tarde. El teléfono comenzó a sonar cuando Javier quitaba el vaho del espejo con la punta de la toalla, se había extendido una generosa capa de espuma en la cara.

—¡Alberto, Alberto! –Gritó limpiándose los labios mientras salía corriendo hacia el salón–. Si es Carmen dile que no estoy.

Alberto levantó la vista de un artículo que estaba leyendo en el periódico: "El placer de volver a la vida", escrito por Milagros Pérez Oliva en *El País* y en el que contaba cómo dieciséis niños españoles se habían salvado de una muerte segura gracias a un trasplante de hígado. Antes de descolgar el teléfono, sus ojos reflejaron un brillo de sorna al recibir la urgencia de su hermano con la brocha goteando en las tablas del parqué y los chorretones de jabón deslizándosele por el cuello.

—Diga. Sí, Carmen, lo tengo a mi lado, ahora se pone. Es Carmen, quiere hablar contigo.

Dejó el auricular sobre la mesa y continuó leyendo la historia del pequeño Carlos, operado con apenas once años y que en los últimos días había salido todas las mañanas a pasear. El sol le había tostado la piel añadiéndole un tono rosáceo que en nada recordaba a la de aquel niño triste de color verdoso.

—Sí, te llamo en cinco minutos que me estoy afeitando. De acuerdo, te paso a buscar. Un beso –colgó al tiempo que le daba un brochazo manchándole de espuma desde la patilla hasta el mentón–. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Qué?

—Vengo corriendo desde el baño para que le digas que no estoy y tú vas y haces justo lo contrario.

—Debes coger más confianza en ti mismo.

—¿A qué viene esa tontería? Simplemente no me apetecía quedar con ella esta tarde.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

Le volvió a mojar con la brocha, esta vez embadurnándole la nariz. Un par de gotas cayeron sobre el artículo.

—Si te estás entrenando para ser barbero, olvídalo, te tiembla demasiado el pulso.

—O me aclaras lo que has insinuado o voy ahora mismo a por la navaja y te afeito las orejas.

Alberto cerró el periódico sin terminar de leer las explicaciones del doctor Vicente Martínez, jefe del programa de trasplante hepático del hospital Valle Hebrón. La fotografía de Jose María de Areilza en la portada le entretuvo unos segundos.

—Escucha, hay personas que se aburren consigo mismas, que necesitan a los demás para no estar solas, y mantienen relaciones de amistad o sexuales, sabiendo que nunca llegarán a ninguna parte con ellas, usándolas de bastón para apoyar sus inseguridades o su aburrimiento hasta que conocen a otras.

—¿Y crees que el de la garrota soy yo?

—Exacto. Haz lo que quieras pero piensa que nadie se merece esa actitud. No juegues con los sentimientos de otra persona para ocultar tus frustraciones.

—Y ahora es cuando yo te llamo idiota y te afeito, ¿no?

—¡Mamá! El niño está manchando el parqué con la espuma de afeitar.

—¡Javier, ya estás cogiendo la fregona! –La orden de su madre desde la cocina surtió un efecto inmediato.

Creía conocer a su hermano mejor que a él mismo, y no se lo imaginaba involucrado en el juego burgués de tener una amante para cada ocasión. Necesitaba hablar con Mercedes Espert, necesitaba escuchar su voz, respirar de primera mano la supuesta relación que hubo entre ambos antes de convencerse de que ella no era la rubia desgalichada.

ZIMBABWE

Encendió y apagó la luz del techo un par de veces. Tenían electricidad en la oficina. Volvió a la mesa imprecando contra la informática porque no entendía que le había pasado al ordenador para que no funcionara.

—Me voy para Kariba, ¿necesitas algo? –Preguntó Alejandro con sarcasmo al contemplar los sudores que sufría sentada ante el teclado.

—Que enciendas este trasto.

—¿Ese no es el ordenador de Alberto?

—Sí.

—¿Quieres hurgar en sus secretos? –Y añadió un guiño cómplice a la interrogación.

—Quiero las fichas de los enfermos. Alberto llevaba el control de los tratamientos que aplicábamos.

—Déjame –se sentó a su lado, demasiado cerca debió pensar Mercedes que se apartó con suavidad para evitar el contacto–. Reconoce que la neurona que gobierna la tecnología la tenéis un poco perjudicada para…

—Ni se te ocurra contar otro de tus chistes machistas.

Alejandro elevó la mirada hacia la lámpara del techo.

—Hay electricidad –dijo ella cortando el giro de su cuello.

—Pues no se enciende.

—¡Bravo, Einstein!, ahora sólo falta que me digas por qué.

—Porque la vida es muy dura, porque la existencia es muy corta y… porque ha “petao”.

—¿Qué?

—Que este ordenador no volverá a encenderse más. ¡Kaput!

—¡Joder! –Masculló con rabia.

—Perdona, pero es que llevo algo de prisa. ¿Es una promesa para cuando vuelva de Kariba?

—Teníamos los tratamientos, las altas, las bajas, las defunciones… –continuó sin hacer caso a sus alusiones; al final dejó la mirada perdida en cientos de motas de polvo que gravitaban por un haz de luz que atravesaba los cristales– ¿Qué vamos a hacer ahora? –Preguntó frotándose las mejillas con pesadumbre.

—Sonreír y pedir a Robert que nos compre otro ordenador.

Mientras tanto deberás consultar a Renifa.

—¿Renifa? –Repitió horrorizada en voz baja.

—¡Renifa! –Gritó entusiasmado por la travesura.

—Ya voy –la voz se alzó desde el mostrador de la entrada con una energía pausada que permitía entrever las intenciones de su dueña.

—Te dejo con ella, seguramente cuando yo vuelva el martes ya habrá entendido lo que quieres. En menos de un par de semanas tendrás las fichas con los tratamientos de los enfermos.

—Muy gracioso.

Al cruzarse en el pasillo hizo una cómica reverencia a Renifa que no consiguió alterar el perezoso paso con el que la muchacha se dirigía hacia Mercedes. Cuando llegó a la mesa la miró en silencio, con las pupilas tan fijas que la enfermera dudó de que en ese momento tuviera alguna actividad cerebral.

—Renifa, necesito las fichas de los pacientes. Las que tú rellenabas con las indicaciones de Alberto –ni un leve gesto se le dibujó en la cara. Una mosca posada en su frente movía frenéticamente las patas. Mercedes hizo un gesto para espantársela–. El fichero de los enfer… –no consiguió terminar la frase. Renifa dio media vuelta en silencio y se alejó arrastrando los pies hacia su mesa de la oficina– ¡Dios! –Masculló, lanzando un profundo suspiro para armarse de paciencia antes de salir tras ella–. Son esas fichas que escribías con los medicamentos de los enfermos, con sus nombres, su estado, ¿lo entiendes?

Renifa abrió un cajón lleno de fichas amontonadas, dobladas unas contra otras, con los vértices quebrados de tanto abrirlo y cerrarlo. Mercedes sintió un escalofrío.

—Supongo que será inútil explicarte que las fichas deben ordenarse por orden alfabético, o de fecha, o… por lo que sea, vamos, pero no puedes tirarlas así de cualquier manera en un cajón.

—Por orden –aseveró la muchacha señalando con un dedo el amasijo de papeles entremezclados–. Vivos –y retiró todas las fichas recostadas en la parte superior, depositándolas sobre la mesa–. Muertos –le mostró una señal que había colocado hacia la mitad del cajón–. Muertos con cicatriz –y de nuevo apoyó su mirada hueca en el rostro de la enfermera.

—¿Muertos con cicatriz? –Repitió Mercedes extrañada por la frase y por la inmovilidad de sus párpados.

—Sí. Yo se la vi –y en sus gruesos labios pudo adivinar una inconsciente mueca de orgullo.

MADRID

Al salir a la calle el rugido de sus tripas le hizo cambiar de idea. Llevaba demasiado tiempo sin comer nada, volvió tras sus pasos y decidió detenerse en una cafetería situada en Mateo Inurria, antes de emprender el camino hacia la oficina de la organización. Unos obreros apuraban unas copas de orujo para animar su regreso al trabajo. No era un local excesivamente bullicioso y se sintió cómodo.

—Un café con leche en vaso y dos sobres de azúcar, por favor. Y también un croissant a la plancha –añadió antes de atender la llamada del móvil que sonó con estruendo.

—Soy Isabel, ¿Qué tal estás?

—Bien, bien.

—Te llamé anoche y luego hablé con Carmen –dejó la frase sin terminar, intercalando un suspiro–. No sé si en estos momentos puedo ayudarte en algo. En lo que sea, yo… no sé.

Isabel, además de ser la directora del colegio, era una antigua amiga de la familia. Una de esas personas que se alojan en tu vida sin ruido, sin reclamar atención, pero que siempre tienen la sonrisa que necesitas a mano.

—No te preocupes, ahora iba a las oficinas de la ONG para arreglar unos papeles del seguro. Cuando acabe con todo este jaleo te llamaré y quedaremos para tomar algo. Te lo prometo.

—Lo siento mucho, Javier, lo siento.

—Lo sé, Isabel, soy consciente de que le querías mucho. Siempre hemos tenido una relación muy especial.

—Nunca pensé que Alberto… que nos fuera a dejar. No sé qué decirte, en serio, estoy destrozada.

—Yo también. No pienses que me he olvidado de ti. Pero lo que está ocurriendo me tiene… –no encontró la palabra adecuada– en cuanto lo solucione te llamo y charlamos un rato, ¿te parece?

—De acuerdo. Me gustaría mucho verte y desahogarnos un poco. Lo necesito, ¿sabes?

—Lo haremos, descuida, yo también lo necesito. Gracias por tu llamada.

—Adiós, Javier.

Cuando se cruzaba con ella siempre pensaba que Isabel olía a caramelos de fresa; a caramelos de fresa o a las gomas de borrar de

nata que usaban de pequeños. Era unos olores tan entrañables que te obligaban a quererla.

—Un café solo.

El taburete crujió con cansancio al recibir el peso del inspector Ayuso. Ni siquiera lo miró durante la maniobra. Estuvo callado unos segundos permitiendo que se restableciera de su inesperada compañía. El recuerdo de Isabel se borró sin necesitar ninguna goma de nata.

—Iba a charlar con usted cuando lo he visto saliendo del portal. Camina muy deprisa.

Le ofreció un cigarrillo acercándole el paquete. Fumaba rubio, una marca barata, igual que Javier. Lo encendieron y dieron varias caladas seguidas sin molestarse en hablar.

—¿Ya sabe a cuánto asciende la herencia de su hermano?

—Sí.

—¿Sorprendido?

—¿Debería?

Ayuso no reflejó la hostilidad de su respuesta. El camarero les sirvió los dos cafés en el mostrador.

—Me da otro sobre de azúcar, por favor.

El inspector dejó el sobre de azúcar de su café al lado de la taza de Javier y dio un sorbo pequeño; por el movimiento esquivo de su bigote el profesor dedujo que estaba muy caliente.

—Hace apenas unos meses, Heinrich Kieber, ex empleado de un banco de Liechtenstein, vendió un DVD a los servicios secretos alemanes. En él había una lista con los nombres de los clientes que utilizaban cuentas opacas para guardar dinero negro y evadir impuestos.

El camarero le llevó el croissant partido por la mitad y aplastado contra el plato, desgraciadamente había perdido toda la elegancia que vendía minutos antes tras la vitrina. Su aspecto le resultó deprimente, la historia que le acaba de contar el inspector también.

—¿Por qué me cuenta una película de espías?

—Alberto Ferrer Méndez era titular de una de las cuentas. Cuando recibimos la información empezamos a investigar sus movimientos, sus propiedades, sus ingresos… ¿Supongo que no le molestará que a nosotros sí nos sorprendiera el dinero que había acumulado su hermano?

—Mi hermano era un hombre honrado.

—¿Cree que eso importa ahora? –Cogió de nuevo la taza y se la arrimó a los labios para acto seguido dejarla en el mostrador con cierto desagrado. Sabía a café requemado, seguramente el camarero

había utilizado la misma carga para servir los dos cafés–. Es inútil juzgar a un muerto.

—Entonces, ¿a qué viene esta persecución?

Javier escuchó algo parecido a un gruñido mientras Ayuso se pasaba el dedo índice por la cicatriz con mimo, el dolor que la produjo parecía reciente.

—Para protegerle.

Estuvo a punto de escupirle el trago de café encima de la chaqueta. El esfuerzo por evitarlo hizo que se atragantara y que derramara parte del líquido por la boca abierta. Ayuso le tendió unas servilletas con amabilidad, sin involucrarse en las toses.

—¿Me están protegiendo? ¿De qué? Por favor, yo no tengo nada que ver en ese asunto.

—Piense un poco, usted es el único nexo de unión con su hermano. Bueno, usted y esa… –le golpeó con los puntos suspensivos esperando una reacción que Javier intentó ocultar– y esa novia fantasma que todavía no hemos podido identificar, pero ya lo haremos en su momento, no lo dude –concluyó con pesar ante la falta de colaboración.

—¿Acaso pretende que yo le diga su nombre?

—Usted tampoco lo sabe –dijo sonriendo, con un gesto paternal de superioridad, el mismo gesto que el profesor solía emplear cuando aconsejaba en sus clases a algún alumno díscolo–. Escuche, nuestra investigación va encaminada a descubrir quiénes son los que están por encima de su hermano, las personas que dirigen la red. Ellos son los verdaderos culpables. El perfil de Alberto Ferrer no coincide con el de un hombre que dispone de conexiones para abrirse una cuenta opaca en un banco de Liechtenstein. Cualquier detalle que él le hubiera contado, y que para usted pasara inadvertido en un principio, podría servirnos de ayuda.

Permanecer dos días a la defensiva resulta agotador, sobre todo cuando solo hallas refugio en la mirada desconsolada de un croissant a la plancha. Javier dejó los cubiertos en el plato. Cada vez que mantenía una conversación con el inspector se le quitaba el apetito.

—Llevo veinticuatro horas sin comer, sin dormir, descubriendo secretos de mi hermano que, siendo benevolente, son inquietantes; intentando comprender unos hechos que se escapan a mi inteligencia, a mi forma de vida. Todo lo que usted me cuenta es una película, una película mala y absurda. Estas historias me superan, no las entiendo, soy incapaz de analizarlas correctamente. Yo soy profesor, ¿sabe?

—Lo sé, de literatura, y créame, Javier, entiendo perfectamente su desconcierto –su tono era sincero, limpio, y a través de sus ojos se podía intuir hasta cierto grado de compasión.

—Si me entiende, si se imagina lo que siento, dígame porque voy a inmiscuirme en esa trama que me está contando. ¿Por qué razón voy a ayudarle a descubrir a esas personas?

—Porque estoy convencido de que son las mismas personas que asesinaron a su hermano.

El inspector colocó la mano sobre su hombro unos segundos, los suficientes para notar que la tensión por la noticia lo había endurecido.

—No hay noche tan larga que no termine en día –dijo retomando de inmediato su posición.

Javier levantó la mirada de la barra. Todo lo que había escuchado rechinaba en su cerebro al intentar asimilarlo. Incluidas las últimas palabras del inspector.

—¿Usted lee a Shakespeare? –Le preguntó asombrado al reconocer la cita del autor.

—Otros van al psiquiatra –respondió sin darle importancia. Después salió del bar con su paso de paquidermo inofensivo.

Javier dio un sorbo al café. Estaba amargo.

VI

MADRID

— Hola, soy Mercedes Espert. Ahora no puedo atenderte, si me dejas un mensaje te llamaré lo antes posible. Gracias.

Era una voz dulce, sin más; joven, quizá demasiado joven para una mujer que lleva diez años bregando entre la corrupción y la miseria. Carecía de esa corteza que las desilusiones van depositando en la garganta, enriqueciendo el tono de nuestras palabras con un humus que las hace diferentes, rugosas, vividas. Daba la impresión de que la capa de sus cuerdas vocales no se había espesado lo suficiente para descortezarla y distinguir cuando expresaba sentimientos o simples formalismos.

El análisis apresurado de esa voz, que apenas había escuchado durante quince segundos, le dejó una clara conclusión: ella no era la rubia. La rubia debía tener una voz ligeramente áspera, con una cadencia satinada cuando te decía que se conformaba con verte un fin de semana cada dos meses, llena de matices sugerentes cuando susurraba que sus sueños eran tuyos.

Javier era consciente de que las personas nunca son como las imaginamos; cuando lees una historia cada uno pergeñamos en nuestra mente unos rasgos distintos de los protagonistas, aunque todos sigamos los trazos precisos de quien la haya escrito. Por esa razón, una novela guarda en sus páginas cientos de versiones, se multiplica por el número de lectores que han moldeado y sentido los personajes a su estilo. Sin embargo el cine, su segunda pasión, te exime de ese trabajo, te regala las caras, los gestos, la película no es tuya, nunca te apoderas de ella, es ella quien se adueña de ti y te conduce a un estado de contemplación pasiva haciéndote espectador de una obra. Javier había reconocido, en sus charlas con Isabel, que cuando acudía a ver una película, al no poder imaginarse los rostros de los actores a su antojo, les buscaba un parecido con la gente de su entorno, y a veces conseguía que la similitud añadiera emoción a las imágenes. Sin duda su comportamiento era otra mera deformación profesional.

—Hola, ¿quién eres?

—¿Mercedes? –Preguntó con timidez pues no esperaba que cogiera el teléfono en una segunda llamada que realizó

distraídamente, mientras fabulaba con la textura de las voces.

—Sí, soy yo.

Se quedó paralizado –los sucesos inesperados le producían ese colapso–, antes de continuar la conversación necesitaba reflexionar sus efectos, procesarlos en una especie de análisis sintáctico.

Era el mismo tipo de bloqueo que sufrió a media mañana, cuando llegó a las oficinas de la ONG, tras su encuentro con Ayuso, y se encontró a Álvaro Selfa discutiendo con el hombre delgado en su despacho; la cristalera distorsionaba la imagen y los gestos ganaban en grandilocuencia; parecían los protagonistas de una vieja película de Murnau pero sin subtítulos que aclarasen el motivo de la pelea. Tal vez fuera una falsa impresión porque, al verle acercarse con pasos dubitativos, ambos salieron a recibirlo sin ningún signo de enfado en su actitud, incluso con un saludo distendido bastante sorprendente.

—¡Javier! No esperaba encontrarte aquí, en la oficina. Precisamente ahora mismo estaba hablando con Antonio sobre el homenaje que queremos dar a tu hermano.

—Sí, y me parece una buena idea. Alberto se lo merece. La Organización no debe implicarse demasiado porque se vería obligada a hacerlo con cada uno de sus colaboradores, pero os prestaremos todo el apoyo que podamos, contad con nosotros –la voz sonaba menos atiplada, con la clásica afonía por culpa de una juerga mal calculada.

—He venido a firmar los papeles del seguro.

Los trámites para cobrar la cobertura no les ocuparon demasiado tiempo. El hombre delgado, Antonio, avisó a un administrativo para que llevara el expediente a su despacho y él mismo fue rellenando con diligencia los datos que requería la póliza: nombre y apellidos del beneficiario, domicilio, cuenta bancaria; solo tuvo que firmar por triplicado el formulario antes de abordar el tema que más le preocupaba.

—¿Has podido hablar con Mercedes Espert? –Preguntó mientras estampaba la última firma.

—No, se encuentra en Kariba, en uno de los poblados. Si quieres podemos intentarlo mañana.

—¿Mercedes? –Álvaro arrugó la nariz igual que si oliera mal– ¿Quieres hablar con Mercedes?

—Sí, Alberto le ha dejado en herencia la mitad de la póliza del seguro. Me gustaría tener una charla con ella.

Soltó una carcajada abierta, desmesurada, al tiempo que daba

un par de palmadas divertidas.

—¡Lo sabía! –Exclamó eufórico–. Lo sabía, ya te dije que estaban liados. Qué callado se lo tenían, pero a mí nunca me engañaron. No señor. ¡El monje y la samaritana! Por eso no nos acompañaba a los clubs, se pasaron todo el tiempo… – cortó la frase con otra risotada.

Javier aún ignoraba si era cierto que hubieran mantenido una relación, pero el tono lascivo de Álvaro lastraba su historia con un poso de suciedad que le resultó desagradable. Carraspeó con suavidad mientras desviaba la atención hacia Antonio.

—No te preocupes es una buena mujer y una estupenda enfermera –añadió creyendo que con esa cualidad restañaba su burdo comentario y los rescataba de la cloaca a donde los había arrojado.

—¿Me puedes dar su número de móvil? Así la llamaré desde casa, sin tener que venir a la oficina.

Antonio plegó las mejillas anunciando con su gesto característico una dificultad imprevista. En el silencio consiguiente se cruzaron las miradas, el administrativo aprovechó para abandonar el despacho.

—No te enfades –dijo Álvaro con cierta ironía saliendo al paso de la mueca del hombre delgado–, la Organización tiene por norma no dar sin permiso previo los teléfonos privados de sus colaboradores. Es una forma ridícula de preservar su intimidad, dadas las circunstancias extremas en las que están trabajando, ¿no es cierto, Antonio?

El director no contestó, mantenía la cara congelada desde la pausa de la anterior pregunta.

—Lo entiendo –le disculpó Javier procurando que cerrase la boca con su fingida conformidad–, y no quiero inmiscuirme en las normas de la Organización pero me parece que este es un caso especial. Se trata de la muerte de mi hermano, de su herencia. Te aseguro que no la voy a molestar –apostilló después de contarle un par de empastes y una caries sin tratar. Debería acudir al dentista de Álvaro.

—La puedes llamar a la central de Harare –musitó avergonzado por respetar unas normas a rajatabla.

—Sí, pero en las oficinas es difícil localizarlos, cuando tenía que llamar a Alberto…

—Compréndelo –le cortó sin ambigüedades–, a lo mejor ella no desea tocar más ese tema, es un asunto delicado. Cuando hablamos sobre el tema de la póliza del seguro se encontraba muy afectada por la muerte de Alberto. Lo mejor para los dos, es que pase algo de tiempo. Eso os permitirá encajar con más entereza lo que ha

ocurrido –cerró una carpeta que tenía en la mesa, confirmando con el gesto que el asunto quedaba zanjado.

LONDRES

Irrumpió en el despacho con la insolencia que proyectaba el descaro de su juventud; con ese encanto que afila los nervios de quien no posee su belleza, ni su elegancia, ni esos ojos capaces de borrar tu pasado con dos ligeros parpadeos.

—Sttudy, ya lo tengo. ¡Lo tengo! –Tiró el bolso sobre el tresillo y agarrándole de la nuca le besó con más simpatía que amor en los labios–. ¡Lo tengo! Anoche lo vi claro, ¿te lo puedes creer? Un año buscando en mi interior la manera de reflejar el vacío, la nada, la inexistencia, y anoche, anoche me arrolló con tal fuerza que si te soy sincera todavía no he conseguido superarlo.

—Anoche fui a verte –dijo John con infinita paciencia.

—Lo sé, Sttudy, vi las colillas en el cenicero del estudio –volvió a besarlo con un sabor a disculpa por la ausencia–. Siento no haber estado en casa pero fui a un concierto de música africana con unos amigos ¿Y sabes? en sus ritmos, en sus danzas, en sus cantos, estaba la clave de lo que he perseguido durante tanto tiempo. Utilizan la voz con gruñidos, imitando rugidos de animales. Sus frases son cortas, muy cortas, repetitivas, eso te transporta a los orígenes. ¿Te das cuenta, Sttudy? Es tan sencillo que si cierras los ojos percibes en sus voces el sonido de los orígenes del mundo.

Pero Sttudy no deseaba cerrar los ojos sino todo lo contrario, deseaba mirarla hasta saciarse de su energía, deseaba observarla corretear por el despacho desplegando ilusiones con el remolino que formaban sus brazos, deseaba verla iluminando su vida.

—Sus instrumentos… mezclan el sonido de la naturaleza sin artificios, el palo de lluvia, el *mbira*, el balafón, los *djembes*. ¿Sabías que los *djembes* proceden del antiguo reino Mandinko?

—No, no lo sabía –contestó fingiendo que el tema de su procedencia despertaba algún interés para él.

—Su ritmo es tan complejo que da la sensación de que no siguen ningún esquema, y eso, Sttudy, se llama libertad. Sí, libertad, caos, desorden. Eso es África. Y también dolor, opresión, inexistencia, vacío, inmensidad. ¿Lo comprendes ahora, Sttudy? Es el vacío que necesitaba encontrar, ¡Mi vacío! Ahora ya sé el modo de reflejarlo. Sé que un lienzo limita, recorta, acota la expresividad. Necesito utilizar otros materiales. Materiales que den forma al sentimiento sin restricciones. Volúmenes amplios, diáfanos. ¡La escultura!

La última exclamación abrió un silencio entre los dos. Un punto de reflexión obligado para analizar las palabras y las intenciones vertidas. Christine sacó una cajetilla de tabaco y colocó un cigarro en los labios de John. Se lo encendió con delicadeza y volvió a guardar el paquete en el bolso, tirándolo con desapego en el tresillo; era un regalo de Studdy, un bolso de piel de pitón de Sigerson Morrison. A continuación, le arrebató el cigarrillo de la boca y le dio un par de caladas nerviosas observando la silueta de la Tate Modern a través del ventanal, algún día sus obras también se expondrían allí.

—El arte para mí es una proyección de la vida, de mi vida, Sttudy, de nuestra vida. Una necesidad física. El arte debe agitar, despertar, conmover, transformar los pensamientos arcaicos. Cuando lo consigue cruza la frontera de lo convencional y entra en otra dimensión. Una dimensión desconocida y necesaria. Esa es mi dimensión. La dimensión donde pretendo situarme para crear un nuevo hiperlenguaje. El diálogo del acero y de la piedra contra los elementos. El diálogo de África contra el mundo.

Christine dejó caer la ceniza en la tarima de roble y John ahogó un leve carraspeo por no llegar a tiempo para evitarlo. Tras el ligero contratiempo, le quitó el cigarrillo con suavidad de los dedos y lo apagó en el cenicero, después abrió la ventana para que el olor del tabaco no se aposentara en las paredes enteladas de su despacho.

—Cariño, me congratulo de que hayas encontrado por fin tu modo de expresión, pero… –tragó saliva con lentitud, marcando un receso antes de digerir una pésima noticia– ¿Exactamente qué es lo que necesitas para poder dedicarte a la escultura?

—Espacio, libertad, amplitud. ¿Te acuerdas de la granja que vimos el verano pasado en Fairfield Barns?

John volvió a tragar saliva y esta vez como si le doliera la garganta. La granja era una casa rural de lujo, con más de 1000 metros cuadrados edificados, siete habitaciones, piscina cubierta, gimnasio, un lago privado, establos con siete caballos, todo ello en una extensión de terreno de cuatro hectáreas.

—Creo que sería el lugar perfecto.

Y lo miró con esos ojos que situaban a John Sttudmayer en los precipicios de la locura, porque en ellos conoció la felicidad, y la pasión, y también la esclavitud; y en sus abismos se olvidó de que el alquiler de esa “granja”, apelativo que usaba simpáticamente Christine, costaba doce mil libras mensuales. En efectivo, y avalando con dos meses de anticipo.

MADRID

Salió a la calle aguantando la verborrea de Álvaro, que continuaba ufanándose de su gran perspicacia para olfatear historias de amor donde los demás solo conseguían atisbar un lógico compañerismo. Se empeñó en acompañarle hasta Raimundo Fernández Villaverde. Era una mañana de junio y el sol aún se acogía con cariño.

—Señor Ferrer, señor Ferrer –la secretaria de Antonio corría hacia ellos con un sobre en la mano–. Perdone, se dejaba los papeles.

—¿Qué papeles?

—Son una copia de la documentación del seguro. Por si necesita hacer alguna reclamación, aunque no creo que vaya a tener ningún problema. Es mejor que la guarde usted en su casa.

—Gracias, y lamento la carrera que te has dado.

No era cierto, siempre resulta estimulante ver a una mujer corriendo hacia ti. Se despidió de ellos con una sonrisa enigmática, una mezcla de *La Gioconda* y de un "Mira qué bonita soy".

—Está liada con Antonio, le gustan tiernas.

El husmeador de amores insistía en sus pesquisas y los dos se echaron a reír por el comentario. Sin duda se había equivocado de oficio, Álvaro sería un buen detective especializándose en casos de divorcio

—No te preocupes porque no te haya dado el teléfono de Mercedes Espert, apúntalo –dijo tecleando en su móvil.

—¿Tú lo sabes?

—Pues claro que lo sé. No te he dicho nada delante de él para que le remuerda la conciencia por ser tan estricto. Es un chupatintas sin sentimientos. Cree que puede dirigir la Organización desde Madrid, sin enfangarse en los problemas que surgen en Zimbabwe. A éste lo mandaba yo a Kariba un mes para que supiera lo mucho que se agradece una llamada cuando regresas de esas tribus perdidas, plagadas de nativos enfermos.

No era imprescindible disponer de la sagacidad de Álvaro para comprender que su relación con el director de la ONG no era precisamente cordial. Anotó el teléfono en su móvil y luego desechó con amabilidad la invitación para tomar unas cañas en una marisquería cercana.

—Te pierdes las mejores gambas de Madrid.

—Otro día, de verdad. Por cierto, ¿puedo saber de qué estabas discutiendo con Antonio cuando he llegado a la oficina?

Lanzó un resoplido de contrariedad mientras se frotaba la nuca con una mano. El ruido del tubo de escape de una moto les apretó las mejillas en un gesto de desagrado.

—Si no me lo quieres contar… –añadió en un falso tono comprensivo que en realidad pretendía empujarle a la confesión.

—¿Por qué iba a ser? Por el homenaje a tu hermano. Según él crearemos un precedente para el resto de colaboradores. Precedente que no siempre se podrá cumplir, lo que hará quedar en mal lugar a la Organización.

—Escucha, Alberto nunca fue proclive a los homenajes, y menos si eran póstumos, si va a resultar un engorro para todos, sería mejor que cambiarás de idea, después de todo…

—Olvídate y déjalo en mis manos. El caso es que me gustaría contactar con un médico que estuvo cinco años trabajando con Alberto en Zimbabwe. José Ramón Prieto, ¿no lo conocerás?

—No.

—¿Nunca te habló de él?

Javier negó con la cabeza

—Es igual, sé que José Ramón está en España desde hace tiempo y Antonio se ha negado a darme su teléfono hasta que lo consulte primero con él. ¿Te lo puedes creer? Dice que ya no soy de la Organización. ¡Yo! ¡Con los fondos que he donado para que no se cerrara! ¡Será estúpido!

Soltó una lluvia de titubeos por la sorpresa de que la enfermera hubiera cogido el teléfono. Necesitaba templar los nervios. Respiró con fuerza antes de continuar hablando.

—Hola, Mercedes. Soy Javier. El hermano de Alberto –aclaró con precipitación al percatarse de que ese nombre seguramente no significaría nada para ella.

—¡Ah, ya!

Fue una exclamación tenue, sin emociones. Bien podría encerrar que le había hablado de él, o que desconocía cualquier dato de su existencia. Pero no tardó en despejar la incógnita.

—Tu hermano me hablaba mucho de ti.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por decírmelo. En estos momentos las muestras de cariño son importantes, al menos para mí.

Se produjo una pausa embarazosa. Ninguno de los dos encontraba un modo lógico de hilar el diálogo.

—¿Querías hablar conmigo?

—Sí… bueno… yo… –se sintió un patán por no haber preparado la conversación con minuciosidad antes de atreverse a hacer la llamada– perdona, no sé por dónde empezar. Me gustaría que me contaras tantas cosas de mi hermano que no sé exactamente…

—Lo comprendo. Yo me siento igual que tú. Lo de Alberto nos ha afectado a todos. ¡No es justo!

Creyó que se iba a echar a llorar y maldijo otra vez su torpeza. Nunca había soportado ver a una mujer llorando. Ni a Carmen. Cuando eran novios, una tarde de vientos cruzados y bufandas arrugadas, una de esas tardes de enero en las que las palabras se niegan a abandonar el calor de los labios y la comunicación se reduce a unos cuantos sonidos guturales, le dijo que no podían seguir juntos. El motivo de haber planteado la ruptura no era porque no la quisiera, pero su relación había desembocado en un camino tan cotidiano que la pasión se confundía entre abrazos desmesurados y besos a destiempo. Ella no contestó. Se echó a llorar y lo miró con los ojos cuajados, temblando. La abrazó, lo besó, y dos meses más tarde se casaron en la Iglesia de Nuestra Señora de la Buenadicha, haciendo promesas que ya se cuarteaban al pronunciarlas.

—¿Alberto te habló alguna vez de mí? –preguntó Mercedes con demasiada ingenuidad.

—Eh… sí, claro.

Hay mentiras que no deben justificarse con comentarios innecesarios.

—Nos queríamos mucho, ¿sabes? Con él aprendí todo lo que sé. Todo. Le debo tanto.

—Todos aprendíamos de él, de su cariño, de su generosidad.

—Como profesional y como persona. Aquí, en Harare, lo admiraban por su entrega. Es increíble lo que ha ocurrido. Yo estoy segura de que debieron confundirle con otro hombre. Ha sido un error.

—Un asesinato siempre es un error, ¿no crees?

—Sí, pero Alberto… no… no se merecía –dejó la frase en el aire, colgada del dolor que le impedía continuar.

—Me gustaría conocerte, Mercedes. No sé, charlar una tarde despacio, tomando un café.

—Y a mí también. Pero lo veo difícil.

—¿Nunca vienes a España?

—No. ¿Y tú a Zimbabwe?

Ambos dejaron resbalar por el teléfono un ruido similar al de una sonrisa.

—Quizá vaya algún día por ahí. Para despedirme de él y devolver unas cuantas cartas.

—Yo estoy pensando en abandonar la ONG, hacer un viaje, vivir en otra parte, lejos de aquí. Será la única manera de poder olvidar lo que ha sucedido. Supongo que lo entenderás.

—Sí, claro.

Ahora no tenía ninguna duda. Mercedes no había reaccionado a su mención de las cartas porque ella no era la rubia desgalichada que las había escrito. Ella no era la amante secreta. La alegría por cerciorarse de lo que ya sospechaba llevaba aparejada una connotación menos lúdica: Alberto comenzaba a descender apresuradamente de su pedestal. Encendió el ventilador del techo; con los nervios había comenzado a sudar.

—Si alguna vez paso por Madrid te avisaré para que nos veamos.

—Gracias.

—Adiós, Javier.

—Espera –no quería cortar la comunicación sin preguntarle por una de las acusaciones que según el inspector Ayuso pesaban sobre su hermano– Mercedes, ¿Tú sabes si Alberto pudo verse involucrado de alguna manera en un asunto de tráfico de órganos?

—¿Qué?

—Según parece la policía lo está investigando.

—Perdona, no sé a qué te refieres –contestó atropelladamente, con la voz desmadejada–. Lo siento, se me ha hecho tarde y me están esperando. Si no te importa hablaremos otro día, Javier.

—Sí, claro. Adiós, Mercedes.

Se quedó un rato con el teléfono en el oído, escuchando el pitido intermitente de la línea, sin comprender por qué se había puesto tan nerviosa con la acusación que pesaba sobre Alberto. ¿Su amante? ¿Su mano derecha desconocía si estuvo involucrado? ¿La samaritana convencida lo sabía y por ese motivo cortó precipitadamente la comunicación?

La lámpara ventilador del salón comenzó a girar a una velocidad vertiginosa. Las ideas que acudían a su mente se entrelazaban entre las aspas que las traían y llevaban a capricho. “*Mercedes Espert. Las cartas no son suyas. ¿Quién es la rubia?”* Los giros dibujaban remolinos con las frases que se estrellaban deslavazadas contra la

pared, desmigando las palabras en letras sin sentido. "*¿De quién me protege el inspector? Carmen no me ha llamado desde que se marchó."* El ruido de las aspas lo aturdía igual que el ruido de una taladradora. "*Tráfico de órganos. ¿Por qué lo mataron? Una cuenta en Liechtenstein."* Zap, zap, zap. "*¿Quién ha enviado las cartas?"* No conseguía fijar los pensamientos, ya que eran absorbidos por el vórtice del huracán casero obligándole a reanudar los siguientes con los escombros de las palabras que se iban amontonando. "*¿Por qué estuvo tan raro el hombre delgado aquella mañana? ¿Sería por Álvaro?*" Zap, zap, zap. "*Alberto no le había dejado nada a la rubia en su testamento*." Zap, zap, zap.

Cayó extenuado en el sofá, masajeándose las sienes para calmar un súbito dolor de cabeza. Entonces reparó en el sobre que le había entregado la secretaria de la Organización. Lo abrió con la pretensión de leer los informes del seguro y relajarse unos segundos entre requisitos y cláusulas absurdas. Unido con un clip al contrato iba un folio con una escueta nota.

"Esta noche ven a la oficina a las doce. No lo comentes con nadie. Es un asunto urgente que necesito hablar contigo en privado. No faltes por favor. Antonio."

Dejó la nota sobre la mesa pequeña del salón negándose a pensar en más misterios. Necesitaba comer algo, tomar un par de aspirinas, darse una ducha y encender un cigarrillo. No tenía por qué ser precisamente en ese orden y sacó el paquete de tabaco. Por el tabique se colaba una música. Era una de esas melodías de una película taquillera que se ponen de moda y te asaltan por cualquier esquina. A la tercera calada se sorprendió esforzándose en averiguar el título de la película. No lo consiguió a pesar de tararear el estribillo lo que aumentó su malestar. Decidió acabar con el asunto y meterse en la ducha.

Aún ignoraba que faltaban unas horas para que se doblegara ante el pánico, y esa fatal reunión con el miedo ocurriría más tarde, cuando al llegar a la oficina de la Organización se encontró en la oscuridad con el balanceo suave de un cadáver ahorcado.

VII

MADRID

La luna tenía los cuernos hacia la izquierda y ofrecía una luz desvaída, insuficiente para caminar con seguridad por una calle con las farolas apagadas y los adoquines de las aceras deseando echarte la zancadilla. Tampoco había escaparates luminosos ni coches circulando a esas horas de la noche por una calle secundaria. Entró en el portal meditando sobre el inoportuno apagón, comparándolo con el cortocircuito que había supuesto la muerte de Alberto en su vida. Una vida que siempre se le había antojado tan secundaria como cualquier calle oscura de la ciudad.

La puerta de la oficina se encontraba entreabierta, no le causó demasiada extrañeza, pensó que había sido un detalle de Antonio al darse cuenta de que el timbre no funcionaba. La empujó con suavidad al tiempo que lo llamaba. La única respuesta fue el eco metálico de su voz repelido por los archivadores del fondo. La oscuridad le impedía ver incluso el mostrador de la entrada. Apenas dio un par de pasos hacia el interior, temeroso por tropezarse con algún mueble al desconocer el camino. Volvió a llamarlo y esta vez con cierta intranquilidad en la entonación. Se sentía ridículo palpando el aire con los brazos y arrastrando los pies por el suelo. Era evidente que no había nadie. Quizá habría salido en busca de una linterna o de una vela para iluminar la cita secreta. Decidió que lo mejor era marcharse de allí y esperar al director en el portal. Giró el cuerpo como un robot, sin levantar los pies, con las manos por delante. Entonces escuchó un ruido. Un ruido casi imperceptible. Provenía de la misma dirección en la que se encontraba el despacho de Antonio. Las farolas de la calle intentaron encenderse y la reverberación de su intermitencia le permitió ver por un segundo algo extraño balanceándose. De nuevo la oscuridad ocupó su lugar en la oficina impidiéndole apreciar la visión del bulto a través de la cristalera. El sonido lo percibía sin nitidez. Su volumen ascendía y descendía en ondulaciones rítmicas. Comenzó a ponerse nervioso, a respirar más deprisa de lo habitual. O se estaba volviendo loco o aquel bisbiseo era una canción. ¿Quién podría estar cantado a oscuras en el despacho?

La alegría que le acompañó a la cita tras el hallazgo realizado en

una de las cartas se evaporó con rapidez; el sudor le pegaba la camisa a la espalda y la angustia de su boca cogiendo aire borró del ambiente aquella especie de extraña sintonía. Las farolas se encendieron definitivamente en la calle. El leve resplandor hizo que vislumbrara el bulto del despacho. Parecía la silueta de un hombre. Un hombre columpiándose de algún anclaje suspendido del techo. La mampara de cristal cortaba la figura a la altura del cuello, decapitándola y ocultando su rostro. Avanzó conteniendo la respiración para escuchar el sonido, tenía la certidumbre de que mientras lo oyera no podría ocurrirle nada. Cuando cogió el pomo su mano temblaba por el pánico. La posibilidad de retroceder hasta la entrada dando la espalda al despacho era tan terrorífica como averiguar qué estaba ocurriendo dentro. Tragó saliva y contó hasta tres antes de abrir la puerta de golpe, protegiéndose ingenuamente la cabeza con el otro brazo.

Sentado en el suelo, un hombre le sonrió con ademán infantil, sus ojos brillaban con un fulgor vidriado. Le mandó callar colocando un dedo sobre sus labios, después continuó cantando una nana mientras mecía con suavidad el cuerpo del ahorcado.

—Duerme –añadió en un susurro encajado con calzador entre las notas musicales.

Los fluorescentes del techo parpadearon hasta fijar la luz. Balanceándose en la cuerda, Antonio parecía aún más delgado.

La memoria es un territorio complejo. Las sensaciones que nos producen determinados acontecimientos son la causa de que éstos perduren en nuestra memoria. El acontecimiento en sí podremos deformarlo con el paso de los años, aumentarlo o disminuirlo al arbitrio de nuestra imaginación, o de nuestra inconsciencia, pero la sensación que nos produjo se anclará en nuestro cerebro para siempre. Podremos olvidar las palabras exactas que nos dijo la mujer que amábamos antes de que nos abandonara, nos costará recordar dónde nos las dijo, incluso con el tiempo, necesitaremos hacer un esfuerzo para pronunciar su nombre, sin embargo, la amargura volverá instantáneamente a desasosegarnos con su recuerdo en cuanto vivamos una actividad que teníamos asociada a ella: escuchar una canción concreta, el olor de una fragancia común, o ver una fotografía que nos sacó en una tarde lejana al derrumbe de los sentimientos.

La escena del cadáver de Antonio meciéndose en el aire por el impulso de un extraño personaje, le provocó durante muchos meses una cierta sinestesia. Le bastaba con cerrar los ojos o con

permanecer en una habitación en penumbra para que sus oídos recuperaran la melodía de una nana lejana cuya letra nunca supo.

En ese desconocido mundo de las sensaciones se amparaba la rubia desgalichada para exigir a Alberto que le escribiera. Se lo decía en una carta que leyó en su casa, después de ducharse y antes de acudir a la macabra cita.

Febrero, 1999

Hoy he releído todas tus cartas. Hoy he sentido mías tus palabras. Hoy he cerrado los ojos para tenerte a mi lado. Hoy he sido feliz.

Ya sé que no te gusta escribir, no es necesario que disfraces tu desidia con el riesgo que corremos si algún día él encuentra las cartas, más riesgo hemos corrido amándonos y no quiero ni pensar en qué sería de mi vida si yo no te amara.

¿Puedes concebir un desierto inmerso en otro desierto? ¿La soledad cubierta por una cúpula de absoluta soledad?

Sé que prefieres llamarme por teléfono y decirme lo que sientes en lugar de escribirlo, pero la memoria es caprichosa, Alberto, y distorsiona las palabras, las reduce inconscientemente alterando su valor, su significado. Con el tiempo no sabría si recordaba con exactitud lo que me habías dicho o lo que yo deseaba que me dijeras. Sin embargo, las cartas reflejan tus sentimientos sin errores y puedo leerlas una y otra vez sin el temor de añadir o restar algo que tú has sentido o que me has hecho sentir. Aunque hablemos por teléfono, ¿tanto trabajo te cuesta escribir una carta al mes?

Los precios de los apartamentos de alquiler están por las nubes, no podemos permitírnoslo, pero no te preocupes, he reservado una habitación en el hotel donde te alojaste durante las navidades. Leeré tus cartas mientras aguardo tu llegada.

Te quiero.

"El hotel donde te alojaste durante las navidades." Releyó la frase apoyándose en un gesto de satisfacción que curvó su boca con jovialidad.

Estaba seguro de que tarde o temprano hallaría algún dato en las cartas que le permitiría encontrar a la rubia. Buscó en un fichero –donde Carmen guardaba las tarjetas con la precisión de un coleccionista filatélico– el nombre del hotel en el que, contra su voluntad, Alberto se había hospedado en su primer viaje desde Zimbabwe.

—¿Qué ocurre? ¿No puedes vivir en mi casa? ¿Acaso no te sientes cómodo con nosotros? –Preguntó sin disimular la molestia que le había producido la noticia del alojamiento de su hermano.

—No es eso.

—Carmen –dijo levantando la voz para que le oyera desde la cocina–, ¿te puedes creer que ha reservado habitación en un hotel? Si no tuvieras familia lo entendería, pero en tu situación me resulta ridículo.

—No le saques punta. Vamos a pasar las fiestas juntos, en familia, pero reconoce que todos necesitamos un poco de intimidad –insistió Alberto para calmar su ofuscación.

—¿Intimidad? Cualquiera que te oiga pensará que tenías que dormir en nuestra cama.

—Déjalo ya, Javier –dijo Carmen defendiendo a su cuñado mientras les preparaba algo de comer–. Lo importante es que va a pasar la Navidad con nosotros, que más te da dónde duerma.

La simpleza de su argumento no consiguió convencerle, aunque logró aplacar momentáneamente la discusión. Alberto se reclinó en el sofá con un ademán de satisfacción por el resultado y Javier se fijó en su cara, más morena, curtida, con un par de bultitos a la altura de la sien izquierda.

—¿Qué te ha pasado? –Preguntó señalándoselos.

—Mosquitos –le aclaró sin entrar en detalles–. Bueno, ¿qué tal en el instituto con Isabel? ¿Tus alumnos de este año ya saben que la generación del veintisiete no era un equipo de fútbol?

—No lo tengo muy claro, algunos todavía me ponen alineaciones en los exámenes –encendió un cigarrillo con el ceño aún fruncido por la noticia–. A Isabel tenemos que llamarla para decirle que has venido. Estoy convencido de que querrá verte cuánto antes.

—Ya he hablado con ella. Le dije que quedaríamos una noche para cenar. Yo también tengo muchas ganas de verla. ¿Qué tal está?

—Como siempre, oliendo a caramelos de fresa.

Alberto sonrió.

—¿Y tú? Cuéntame, ¿qué tal te va por Zimbabwe?

—Bien, muy bien. Allí la gente es diferente, Javier, hasta los colores son diferentes. A Carmen le encantaría sacar fotografías ¡Tienes que ir a visitarme en cuanto puedas, Carmen! –Dijo elevando el tono para que también le oyera desde la cocina– ¿Sabes lo que más me ha impresionado? Su cielo. El cielo de Zimbabwe es alto, muy alto…

Y le aplastó el cigarrillo, como siempre, sin dejar de hablar, sin que Javier protestara, deleitándole con su descripción de un cielo

alto y de un sol más grande, y más rojo, y más resplandeciente.

No le resulto fácil encontrar la tarjeta del hotel por la cantidad de ellas que Carmen había ido archivando a lo largo de catorce años de matrimonio. Tarjetas de restaurantes, de comercios, de amigos, de compromisos… pero allí estaba, por riguroso orden alfabético: Hotel La Hacienda.

Si la rubia desgalichada se encargó de reservar la habitación, su nombre tendría que constar en el libro de registros. Se sintió eufórico por el descubrimiento, tan contento que no le importó salir con nocturnidad de casa para acudir a la cita de Antonio, ni que las farolas de la calle se hubieran tomado unos minutos de descanso la misma noche que la luna creciente reflejaba una luz sucia, desvaída.

ZIMBABWE

Una, dos, tres respiraciones fuertes. Después pulsó el inhalador para liberar el salbutamol y apretó la boquilla con los dientes. Contuvo la respiración unos segundos y volvió a repetir la maniobra. Renifa observaba las fichas caídas en el suelo sin saber qué hacer. El broncodilatador comenzó a relajarle los músculos de los pulmones y el pitido ronco se fue suavizando hasta quedar tapado por los ruidos de la calle al abrir la ventana. Aspiró la brisa caliente con ansia, a bocanadas, sudando por el esfuerzo anterior. Abajo, empujadas por el viento, las flores de las buganvillas parecían arroyos de aguas moradas que se precipitaban y ocultaban su curso para surgir con más colorido unos metros más adelante. Mercedes se guardó el Ventolin en el bolsillo del pantalón y miró a Renifa que seguía inmóvil, con un atisbo de temor en la vista que mantenía clavada en las fichas.

—Tranquila. Yo las recogeré ahora –dijo con la voz todavía áspera por el medicamento –. No te preocupes por nada –y añadió un carraspeo con el fin de eliminar la veladura.

Apoyó la espalda en la hoja de cristal para tomarse un descanso; pero los nombres que había leído desconocían la palabra tregua, y pronunciaban en su memoria las palabras que escribieron su destino: injusticia, crimen, avaricia. Los rostros se sucedían en sus retinas. Rostros que reían y lloraban cuando ella los visitaba en su poblado. Rostros que eran amados, y amaban. Rostros sin vida, sin futuro, rostros de África.

Desde la ventana observó el Parque Harare Gardens con sus jacarandás de flores violáceas, y sus ceibas de ramas rojizas, y a la gente que paseaba por los senderos con sus hijos, o corrían tras ellos entre los setos, o se sentaban en un banco a merendar; gente ajena a su propio sufrimiento. A la izquierda, un grupo de hombres y mujeres blancos lanzaban unas bolas en un juego similar a la petanca. Estaban separados del resto del parque por una alambrada. Una alambrada que impedía la entrada a su selecto club, que ocultaba en sus nudos el dolor y la vergüenza. Una simple alambrada los convertía en ciudadanos de primera en el tercer mundo. Y sonreían, y gritaban alborozados con su entretenimiento, embutidos en sus pulcras ropas, ignorando, o fingiendo ignorar, que otros se manchaban de sangre para otorgarles una placentera vida.

Mercedes Espert no lo ignora, ni finge ignorarlo, y se mancha, se mancha de sudor, de barro, de polvo, se mancha de incomprensión, de insolidaridad, y no puede olvidar, ni fingir que olvida, que uno de esos nombres era el del pequeño Ngalew, el hijo de Tamala y de Nyathi, el niño que ella vio nacer, y cuidó, y vacunó, y besó la tierra de su tumba bajo la sombra de un *muuyu,* y suelta el quejido más fuerte que le permiten sus pulmones asmáticos, y Renifa se encoge asustada en la silla, y ella la tranquiliza acariciando su pelo enmarañado, susurrándole palabras en shona. Y después se enfrenta a la inmovilidad de sus párpados dispuesta a continuar manchándose.

—Renifa, ¿puedes llevarme al lugar en donde viste a los enfermos con cicatrices?

MADRID

El inspector Ayuso le sacó de la escena mientras sus compañeros se encargaban del hombre de la nana y de Antonio. Bajaron solos en el ascensor, sin dedicarse una mirada, amparándose en reflexiones distintas para retrasar la confrontación. Ayuso abrió la puerta de su coche y lo empujó dentro sin emplear un excesivo tacto en la maniobra, después arrancó el motor. En la radio sonaba una canción. La misma que había escuchado a través del tabique de su casa. Sin duda estaba de moda, aun así, era incapaz de recordar el título.

—¿Usted no sabrá el título de la película de esta canción? –Le preguntó sin querer invertir más esfuerzo.

En respuesta, Ayuso apagó la radio.

Un coche los adelantó a toda velocidad en el Paseo de la Castellana y le oyó maldecir por lo bajo a los ocupantes, un grupo de adolescentes en busca de emociones equivocadas. Entre sus manos el volante parecía de juguete, el accesorio de un video juego de carreras.

—¿No va a decirme nada? –Preguntó Javier aprovechando la parada en un semáforo que se había olvidado del color verde.

—Es usted quien tiene que hablar y no parar de hacerlo hasta que me aburra de oírle.

Bajó la ventanilla. El aire entró sesgado pero era agradable y le ayudó a contar su visita a la Organización para firmar los papeles del seguro, haciendo hincapié en que la secretaria le entregó un sobre en la calle con una copia de la documentación, dentro había una nota de Antonio pidiéndole por favor que acudiera esa noche a las doce.

—Perdone, pero no voy al ático, prefiero que me deje en mi casa.

El inspector ni contestó a su sugerencia ni modificó el itinerario del viaje.

—¿La nota está escrita a mano? –Le preguntó segundos después.

—No.

—¿Conoció a Antonio Fernández antes de la muerte de su hermano?

—No.

—¿Por qué motivo le citó para esta noche en lugar de decírselo

cuando estaba en la oficina?

—No lo sé.

Lo cierto es que cualquiera se habría enfadado por la escasa información que aportaba con sus respuestas y se lo dijo, se excusó por la torpeza con la que encaraba el caso, pero desconocía los delitos que según ellos había cometido su hermano, salvo el genérico "tráfico de órganos" que se le escapó a su acompañante antes de que él lo callara apuntándole convenientemente con su bigote; desconocía qué datos le serían útiles para avanzar en la investigación. El problema era mutuo. Ambos debían mostrar más confianza.

Entraron en el ático. Continuaba igual de deprimente que el primer día, con los libros y los cuadros tirados por el suelo. Había pensado en decirle al portero que contratase a una mujer de la limpieza para que ordenara aquel desbarajuste pero, por una razón o por otra, nunca lo hizo, y cualquiera de las excusas que esgrimiera para justificar el olvido se resumían en una sola: su desmedido interés por encontrar a la rubia.

—¿Conocía al hombre que estaba en el despacho de la Organización? –Le preguntó marcando con una mueca su desagrado ante el desorden. *La Comedia de las equivocaciones* de Shakespeare reposaba sobre el brazo del sillón, en el mismo sitio donde él la había dejado en su primera visita.

—No, no lo había visto en mi vida.

—Se llama José Ramón Prieto. Es un médico que trabajó con su hermano en Zimbabwe. Su estancia allí le produjo una depresión y tuvo que volver a España. Dos meses después le ingresaron en el psiquiátrico de donde seguramente esta noche se ha escapado.

Ahora sí lo recordaba. Era el mismo hombre que provocó la discusión de Álvaro y Antonio cuando éste se negó a facilitarle su teléfono para invitarle al homenaje de Alberto.

—¿Cree que él tiene algo que ver con el suicidio?

—¿Por qué piensa que ha sido un suicidio?

La obviedad de la respuesta le sumió en una total confusión, y la afrontó con la misma reticencia que empleamos cuando en un examen nos ponen una pregunta demasiado fácil, pregunta que siempre acaba enredándonos en su sencillo enunciado por miedo a que sea una trampa.

—¿No irá a decirme que ese hombre lo ha matado?

—No, yo no voy a decirle nada. ¿¡Qué demonios ha encontrado en este piso que le preocupa tanto!?

Levantó los brazos en un gesto mesiánico dando una vuelta

sobre sí mismo. Y en ese cambio de actitud, Javier comprendió sus razones para acompañarle hasta el ático, comprendió que no se marcharía de allí hasta obtener lo que buscaba, que la relación distante entre los dos se había acabado y que, sin duda, Ayuso necesitaba perder peso.

—¿Qué suceso le ha obligado a dejar el asesinato de su hermano en un segundo plano? Escuche, Javier, mi paciencia también se agota. Intento averiguar quién lo mató y por qué. El destrozo de esta casa lo debieron de hacer ellos antes de que usted llegara. Eso significa que están buscando algo que seguramente su hermano Alberto escondía. ¿Qué es? ¿Por qué les asusta? ¿Qué datos conocía el director de la ONG para que lo eliminaran o se suicidara? Mientras no lo sepamos usted se encuentra en peligro. ¿Es tan difícil de entender para un profesor de literatura que nunca ha vivido una película mala y absurda como ésta?

Era la primera vez que le escuchaba gritar tantas frases seguidas. Probablemente le habría supuesto un esfuerzo aparcar su personalidad para hacerle entrar en razón. Se sentó en el sofá y encendió un cigarrillo. Esta vez no le ofreció; aguardaba una respuesta.

Le acercó un cenicero al sofá mientras le contaba a regañadientes la historia del paquete que había recibido desde Zimbabwe, de las cartas que contenía, de la rubia, de su empeño en descubrir su nombre y de la fascinación que sentía al leerlas.

—¿Se lo ha dicho a su mujer?

—No –contestó sin entender la relación de Carmen en el asunto.

—¿No le ha contado nada?

El tono le irritó por la insinuación desacertada sobre su relación que se podía leer entrelíneas.

—No –respondió con sequedad–, no se lo he contado porque mi mujer se encuentra en la Capadocia, supervisando el rodaje un spot para su productora de publicidad.

—Claro.

Fue un “claro” tibio, tan lánguido que hasta le hizo dudar de si debía seguir defendiéndose.

—El motivo por el que quiero encontrarla es porque esa mujer amó a mi hermano, y él a ella. Es una historia que me ha conmovido y solo espero devolverle algo de lo mucho que él me ha entregado. ¿Lo entiende?

—Yo sí, ¿y usted?

Esquivó la ironía de su mirada, y la pregunta, y la respuesta. Incluso llegó a sospechar que se esquivaba a sí mismo. Fue a la

mesa de la biblioteca y sacó el paquete con las cartas del segundo cajón de la derecha.

—¡Esto es lo único que le he ocultado! –Lo dejó en el sofá con desgana, sin disimular el reproche hacia su desconfianza–. La única interrogación importante que plantea ese paquete es quién lo envió desde Zimbabwe, y para qué. El contenido de las cartas no es un tema que le interese a nadie salvo a la persona que las escribió; en ellas no hay nombres, no hay direcciones, ningún dato que nos pueda desvelar una pista para resolver el caso que a usted tanto le preocupa. Son cartas personales, inspector, cartas que esa mujer escribió a…

—El paquete lo envió su hermano.

—¿Qué?

—Lo que debemos averiguar es por qué lo hizo –ni se molestó en repetir su conclusión pese al gesto de incredulidad que le lanzó desafiante Javier.

—¿Se atreve a asegurar que fue él quien lo envió? Mi hermano estaba muerto.

—Por el matasellos del paquete –señaló con indiferencia la fecha marcada con tinta roja–. Fue enviado una semana antes de que lo asesinaran.

Hay instantes en la vida en los que te sientes pequeño, ridículamente pequeño. Este era uno de ellos. ¿Cómo no se le había ocurrido mirar el matasellos?

—No se mortifique por el error –continuó al verle encogido en sí mismo.

Ayuso se levantó con el paquete debajo del brazo y caminó hacia la puerta sin dar más crédito a su estupefacción.

—Si estas cartas son tan personales, su hermano debía de ser la única persona que tenía acceso a ellas. Lo importante es hallar el motivo por el que las envió una semana antes de que lo asesinaran, y si tienen alguna relación con el caso.

—¿Va a llevárselas? –Le salió una voz lastimera, imitando el ladrido de un perro que demanda su hueso preferido.

—Por supuesto. Le sacaré una fotocopia si desea seguir leyéndolas. Mañana le espero en la comisaría a las diez. Quiero que me acompañe al psiquiátrico. Ah, no se olvide de la nota que le mandó Antonio –dio un portazo y le dejó en el sofá. Sin una cita de Shakespeare que poder rumiar.

Solo.

Sin las cartas.

VIII

MADRID

Nunca había acudido a una comisaría salvo para renovar el carnet de identidad o el pasaporte. Las clásicas gestiones que realizas a disgusto, soportando colas, groserías de los que esperan su turno y desidias de los funcionarios. Esa mañana perdida, entre policías que se creen la reencarnación de Napoleón y ciudadanos que reclaman una cantidad de derechos tan extensa que en la constitución no hay artículos suficientes para recogerlos, te das cuenta de que la gente no es feliz, salvo que a esos edificios públicos solo acudan personas tristes, enfadados con su vida y amargados por la vida de los demás. En ese estado de mal humor incipiente, que te hierve la sangre nada más ver la cara sarcástica del primer uniforme, no te fijas en la gente que habitualmente transita por ella. Gente encogida por las drogas, abrumada por la exigencia de una sociedad que les ahoga, rota por no disponer de más futuro que su pasado, gente que aguarda en el purgatorio un primer juicio para conocer cuál será su destino, si el infierno de la cárcel o el infierno de su libertad.

Después de que el gesto hosco del Napoleón de la entrada mutara en un ademán displicente al mencionarle el nombre del inspector Ayuso, fue conducido hasta una sala pequeña en donde había seis sillas de plástico blanco cosidas a un espárrago de hierro para impedir que fueran robadas; aunque, analizando fríamente la situación, los únicos que presuntamente podrían sustraer las sillas eran los propios policías, con las esposas puestas no se cargan bien los muebles. Y ahí comprendió por qué los agentes siempre reflejan en sus rostros cierta irritación: es duro que los superiores desconfíen de tu honradez.

En una de las sillas, al extremo del espárrago delator, se encontraba sentado el hombre, o lo que quedaba de él, causante de estas reflexiones que le hicieron olvidar su discusión con el director del Hotel La Hacienda, el motivo de su visita al purgatorio y hasta la muerte de su hermano Alberto. Seguramente no sería mayor que Javier pero su aspecto envejecido con premura delataba una edad que no le correspondía. Tenía una mano esposada a la barra y la cabeza hundida en el pecho. Se mordisqueaba las uñas con avidez,

ignorando que los extremos de sus dedos carecían ya de una mínima capa córnea. Los hilos que relampagueaban en sus ojos eran una prueba fehaciente de la falta de sueño de quien no necesita dormir, sino satisfacer otras necesidades que lo mantenían temblando de angustia y de pavor. Al sentarse comprobó que por la piel acartonada de su cara resbalaban unas lágrimas sin dueño; lloraba sin llorar, indiferente a las gotas que humedecían sus mejillas, parecía que el sufrimiento le hubiera inmunizado y el llanto fuese un reflejo provocado por su cuerpo, no por sus sentimientos. Ante aquella imagen destruida, sus problemas se evaporaron igual que el agua en una fumarola. Pensó que por esa razón los seres humanos somos morbosos con la tragedia de otras personas; que por esa razón los periódicos y las televisiones nos machacan a diario con noticias macabras y espeluznantes que gozan de una audiencia envidiable. Quizá la gente necesita conocer las miserias ajenas porque su contemplación les hace olvidar las propias.

—Acompáñeme –exclamó Napoleón desde la puerta del fondo, imprimiendo a su voz un tono de orden rigurosa que eliminó la posibilidad de incluir cualquier por favor educado.

Le siguió por un pasillo que desembocaba en una sala rectangular, llena de mesas enfrentadas y de gente trabajando en mangas de camisa.

—Es aquella puerta –se la señaló con desgana, a mitad del camino; tampoco Javier parecía una persona importante como para someterse al esfuerzo de recorrer los veinticinco metros que les distanciaban del despacho. Pobre hombre, pasarse toda la jornada laboral dando órdenes a ciudadanos caprichosos y desobedientes debía resultar agotador.

—Yo sí creo que algunos policías son honrados –le dijo en voz baja según pasaba a su lado.

El agente se llevó la mano a la porra, no para emprender un acto violento contra Javier, sino por un mecanismo involuntario, parejo a su oficio, que se activa cuando escuchan algo que no comprenden.

Ayuso lo esperaba con las cartas en la mesa y un gesto de animosidad en la boca. Dedujo que había sacado las copias prometidas por el montón de folios en donde apoyaba su brazo izquierdo.

—Llega tarde –espetó sin darle tiempo a examinar el despacho para conocer más a fondo la personalidad del inspector.

—Lo siento.

—Falta una carta. La de Febrero de 1999.

Ese era el motivo que tensaba su bigote hacia la mejilla de la cicatriz.

—Es cierto –respondió Javier con una sonrisa para cortar la tirantez–. La saqué ayer por la mañana para ir leyéndola y no me acordé de dejarla en el paquete cuando volvimos al ático. Tenga, la carta y la nota de Antonio.

Hizo caso omiso a la nota del fallecido. Desdobló el folio y leyó con avidez los renglones, sin recrearse en los desiertos del alma, ni en las cúpulas aislantes de la soledad. Después la archivó por la fecha entre las otras cartas.

— ¿Qué le han dicho en el hotel?

La pregunta salió de sus labios con cierta fatiga fluctuando en la entonación, la fatiga de cuando sabes que permanentemente alguien intenta ocultarte algo sin ningún resultado. A Javier le sorprendió la falta de acritud y la rapidez con la había averiguado el motivo de su tardanza.

El Hotel La Hacienda era un edificio encajonado entre dos bloques de apartamentos en una callejuela estrecha del centro. Conocía bien esa zona de la ciudad porque la productora donde trabajaba Carmen, estuvo situada en la calle paralela hasta que la trasladaron a una planta diáfana y moderna en una de las torres inclinadas de la Plaza de Castilla. Era un hotel de tres estrellas cuando lo construyeron, ahora le sobraban dos y alguna punta de la tercera. El recepcionista, un hombre gris al que no le sentaba bien cumplir años, no quiso compartir su interés por averiguar el nombre de la mujer que acompañó a Alberto en sus habitaciones, negándose rotundamente y sin ninguna delicadeza a perder el tiempo buceando en los registros del año 1999.

—Muy bien. Quiero hablar con el director –soltó con un aire de amenaza muy socorrido cuando pretendemos ningunear a nuestro interlocutor por no acceder a nuestros deseos.

—Es imposible, ahora está reunido –la respuesta dejaba claro que la intimidación no había surtido efecto. El reloj marcaba las ocho y media de la mañana, Javier decidió armarse de paciencia.

—Entonces esperaré a que acabe su reunión.

Se sentó en un sillón de tela raída por el roce y colocó el paquete de tabaco encima de la mesa, insinuando con el gesto que disponía de toda la mañana para hablar con su jefe. El recepcionista se limitó a señalar con su dedo índice el cartel que anunciaba un espacio libre de humos. Desgraciadamente era lo único moderno que había en el hotel. No consiguió desanimarle. Calmó el ansia de

nicotina jugueteando con el mechero y recordando la ilusión con la que había descubierto el hallazgo. No estaba dispuesto a darse por vencido a las primeras de cambio.

Media hora después, cuando indagaba en cómo debía tirar el mechero a la cabeza del recepcionista para hacerle más daño, comprendió que lo único que calmaba el mono de nicotina era un cigarrillo. Optó por guardar el mechero en el bolsillo para evitar tentaciones. Comenzaba a temer que llegaría tarde a la cita con el inspector Ayuso. Por la recepción solo habían pasado un par de turistas obsoletos, de los de camisa floreada y sandalias con calcetines, pero Javier colgaba una sonrisa en la boca, cuando sus miradas se cruzaban en la casualidad del aburrimiento, para negarle que estuviera nervioso por su obstinación en no colaborar. Sacó la carta de la rubia y la leyó por enésima vez. Concentrado en sus sentimientos, consiguió olvidar que el cigarrillo, dibujado en el cartel de espacio libre de humos, le instaba a gritos que se lo fumara.

A las nueve y media apareció el director con un traje que debía acudir solo a la tintorería de las veces que había emprendido el camino de ida y vuelta. Murmuraron entre ellos un par de minutos antes de dirigirse a Javier.

—Buenos días, señor. Soy el director del hotel, lamento decirle que la información que nos pide es confidencial y no podemos dársela –tenía una mancha de café en la corbata. Siendo optimista hacía juego con el hotel que regentaba–, si nos deja un teléfono dónde podamos localizarlo, le avisaremos si esa señora vuelve por aquí y nos autoriza a desvelar su nombre –la forma educada de enfocar el tema contrastaba hasta con su propia personalidad.

—Escuche, no han entendido nada. Ella no va a volver por aquí. Mi hermano ha muerto y necesito saber el nombre de esa mujer para que reciba parte de la herencia, ¿comprende?

—Por supuesto –se rascó la ceja izquierda antes de insistir en su negativa–, y usted comprenderá que no podemos darle el nombre de un cliente sin su autorización. Hay otros cauces para averiguar lo que usted desea. Debería consultar su problema con un abogado.

—¿Cuánto dinero quieren? –Y sacó la cartera dispuesto a acabar de inmediato con la situación. Fuera hacía una mañana espléndida, podría encender un cigarrillo y pasear hasta la comisaría saboreando el nombre de la rubia sin importarle llegar tarde a la cita.

—¿Perdón?

—Lo que ha oído. Estoy dispuesto a pagar por las molestias de

mirar en un viejo archivo y…

—Se confunde, señor. Le ruego que abandone en seguida el hotel, tenemos mucho trabajo.

—¿Trabajo? –Repitió con sorna– ¡Hace años que les están esperando en la oficina del paro y ustedes son los únicos que no se han enterado!

—Si no se marcha llamaré a la policía –contestó sin perder el aplomo de una dignidad que Javier pretendía restarle.

Sintió vergüenza por su actitud arrogante y abandonó el hotel musitando unos perdones que seguramente no llegaron a los oídos destinados.

Ayuso escuchó el relato con los párpados bajados a media asta, sin emitir un reproche.

—¡Díez! –Gritó mientras repasaba la nota que Antonio había metido en el sobre con la documentación.

En la puerta apareció el hombre enjuto de rasgos comunes que estuvo en el ático el primer día, se limitaron a saludarse con un somero movimiento de cabeza.

—Ve al Hotel La Hacienda, quiero el nombre de todos los clientes que se registraron entre febrero y marzo de 1999. Y pásale esta nota a Perucho, dile que averigüe si está escrita con alguna impresora de la ONG –antes de elevar la vista hacia Javier se pasó la yema de los dedos por las ojeras–. Si todos colaboramos en este caso será más fácil, ¿no cree?

LONDRES

John permanecía sentado con una elegancia inglesa. Sin mezclarse en la confusión de conversaciones cruzadas que se había establecido en la mesa. Peter, su hijo mayor, un cachorro de *neocon* que estaba estudiando su último año de derecho en Oxford, atacaba, quizá con demasiado fervor, a los gobiernos que habían tomado medidas socialistas para contrarrestar la crisis sin permitir que el mercado se autorregulara. Connie, su hija menor, abogaba con dulzura e ingenuidad por el fin del denostado capitalismo, y Tom Hirch, su cuñado, avivaba divertido la discusión de los hermanos para refugiarse después en el dialogo más sereno de Claire, su mujer, y de Cecile, su cuñada y esposa de John, que criticaban el pésimo gusto de un conocido productor de televisión para decorar la mansión que se había comprado en Gloucestershire.

En el reloj de la pared sonaron dos campanadas y John dio por terminado el almuerzo familiar.

—Cecile, por favor, que nos sirvan el *brandy* en el gabinete –dobló la servilleta con meticulosidad, dejándola al lado del plato–. Tom, acompáñame.

—Por supuesto.

Cecile cacareó una risa alegre al ver en una fotografía de la entrevista, la alfombra de piel de cebra que el productor había colocado delante de la chimenea.

—¡Santo Dios! –Exclamó Claire–. Únicamente por este detalle deberían encarcelar a su interiorista.

—No, mucho peor que enviarle a la cárcel sería condenarlo a vivir en la casa y obligarlo a que viera la alfombra cada mañana –contestó su hermana, Cecile, camino de la cocina.

John cerró la puerta del gabinete y abrió con llave un cajón del escritorio para sacar un paquete de tabaco.

—¿Es un Stewell? –Preguntó Tom con admiración.

—Sí –afirmó orgulloso, pasando con suavidad la mano por la madera pulida–. Un Dickens realizado en caoba, de 1860, lo compré la semana pasada a un buen precio. ¿Te apetece un cigarrillo?

—No, gracias.

La cristalera daba al jardín trasero, donde habían instalado un velador para tomar el té en las tardes de verano. John hizo un gesto de contrariedad al ver moho en una de las columnas, seguramente

producido por las últimas lluvias. Habría que remozarla de nuevo y no recordaba si había guardado la pintura sobrante en el sótano.

—¿Háblame de la lista de espera? –Preguntó sin volverse.

—¿Quieres reanudar los safaris?

—Sí.

De no haberla guardado tendría que pintar todo el velador, pues Cecile había optado por hacer una mezcla con diferentes tonos hasta conseguir un color silenciado.

—¿No es un poco arriesgado?

—La vida es arriesgada –respondió con laconismo.

Tom se removió molesto en el Chesterfield victoriano. El relleno de crin de caballo se le antojaba duro.

—Habrá unas treinta personas. Quizá alguna más. Pero de confianza no sobrepasarán la veintena. Tres son de Madrid.

—Organizaremos el safari para veinte, cuatro cada semana, durante cinco semanas. Por razones de seguridad será mejor que no se conozcan entre ellos, y que no coincidan en el avión.

La llamada de la criada a la puerta para servirles el *brandy* cortó el bufido que había expelido Tom al levantarse.

—Deje la bandeja en la mesa, Charlotte.

—Sí, señor.

Una vez de pie, paseó nervioso estrujándose los dedos hasta que la sirvienta abandonó el gabinete. Después cogió el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo.

—Nunca se encuentra el momento idóneo para dejar de fumar –dijo John, tendiéndole la copa de *brandy*–. El precio del safari ha subido a cien mil libras, en efectivo, y antes de iniciar el viaje.

—¿Todos a cien mil? –Preguntó nervioso.

—No, dependerá del órgano que necesiten. Haremos una escala hasta las ciento cincuenta mil libras. Mañana mismo te enviaré a tu despacho un correo con las nuevas tarifas.

—John, es mucho dinero.

—Tommy, Tommy, Tommy –había una musiquilla paternal en la repetición del diminutivo–, el dinero es lo de menos cuando está en juego la vida.

—¿No ibas a trasladar la infraestructura a Mozambique? –Preguntó intentando acomodarse en el Chesterfield.

—Sí, Donald se ha marchado a Harare para resolver cierto asunto y de paso organizarlo todo, pero aún tardaremos unos meses en estar operativos en Maputo. Las relaciones con las autoridades son complejas, conviene hacer los contactos con calma, sin apresurarnos por cerrar el negocio.

—¿Mientras seguiremos trabajando en Zimbabwe?

—Exacto, aunque supongo que éstos van a ser los últimos safaris que hagamos en Harare.

—¿Y ese médico que se dedicaba a hacer chantajes?

—Ya no es un problema. Ha muerto.

Tom apagó el cigarrillo antes de beberse de golpe el *brandy* y de chasquear la lengua con fuerza.

—¿Podrás hacerlo?

Asintió convencido mientras se servía otra copa. John escondió una mirada lastimosa por desperdiciar un gran reserva con alguien que no sabía disfrutar de su peculiar y profundo aroma. Diez años envejeciendo en una barrica envinada de roble americano para ser injerido como si fuera agua del grifo. Se recostó en su sillón Gainsborough sin demasiado entusiasmo por la compañía.

MADRID

Le entregó un cartel arrugado del tamaño de una cuartilla que llevaba guardado en la guantera del coche. Era la fotografía de un niño negro con el torso desnudo, tenía la cara sucia, con dos regueros secos que bajaban desde las ojeras hasta casi la comisura de los labios, las lágrimas habrían limpiado el polvo que acumulaba en la piel. El miedo se precipitaba por sus enormes ojos hacia el objetivo. En el costado izquierdo tenía una cicatriz que se perdía en la espalda. Debajo habían escrito un lema: ¡Ayuda a los niños invisibles!

—¿Por qué me ha entregado este cartel? –Preguntó Javier sin conseguir apartar la vista de la foto.

—En Zimbabwe, en la región de Kariba, solo en el año dos mil seis, desaparecieron diez niños sin que se haya vuelto a saber nada de ellos, a cuarenta y dos personas les extirparon un órgano en contra de su voluntad, y murieron otras treinta que supuestamente habían contraído el S.I.D.A.

—¿Supuestamente? ¿Qué quiere decir?

—Que no murieron por el virus, sino porque también les habían extirpado un órgano. Extraño, ¿no?

Salieron por la M—30 a la Nacional I entre carriles que se elevaban y entrecruzaban formando un gigantesco nudo de cemento y acero. Javier comenzó a reflejar cierta crispación en el rostro por deshacer lo que presentía en las reflexiones de Ayuso.

—¿Quiere decir que no estaban enfermos y que usaron sus órganos para transplantárselos a otros enfermos?

—Es una posibilidad.

—¿Ninguna familia denunció lo ocurrido?

—Lo denunció un camarero que trabajaba en la Embajada de España, pero no le sirvió de mucho. África es el caldo de cultivo idóneo para cometer cualquier aberración. Allí la gente se muere sin protestar. Se suceden las plagas, las guerras, los genocidios… Occidente se compadece y envía ayuda con una mano, mientras promueve guerras y recoge los beneficios ocultos con la otra.

—¿Y el gobierno de Zimbabwe no dijo nada? ¿Consintió que esa tragedia ocurriera?

—El gobierno de Mugabe miró para otro lado y nos negó cualquier información sobre el caso. No nos permitieron seguir

investigando, ni si quiera cuando el camarero que lo denunció sufrió un accidente que le costó la vida a él y a su esposa –encendió un cigarrillo y le ofreció el paquete para que cogiera uno–. Fume ahora si le apetece, cuando lleguemos al hospital no podrá hacerlo.

Recordó la conversación que mantuvo con Álvaro, cuando le habló de la corrupción de la policía en Harare, del modo de sobornarlos para poder recuperar las medicinas que recibían desde Madrid. Los malos presentimientos se le clavaban como alfileres en las sienes.

—¿Y usted cree que mi hermano estaba involucrado en ese asunto de los trasplantes? –Preguntó con malestar, sin disimular la indignación que sentía después de dar varias caladas.

—A finales de ese mismo año, José Ramón Prieto se volvió a España y fue ingresado en el psiquiátrico al que nos dirigimos –siguió hablando sin contestar exactamente a la pregunta–, según los médicos sufrió una depresión reactiva que le provocó la neurosis aguda por la que se encuentra internado.

—¿Qué le produjo esa depresión?

—Nadie lo sabe con exactitud y es lo que intentamos averiguar. Él sólo dice frases inconexas, sin sentido para los médicos o para nosotros. Por esa razón le he pedido que me acompañara esta mañana. Espero que sus palabras tengan algún sentido para usted.

—¿Para mí? ¿Por qué?

—No lo sé, pero fue colaborador de su hermano. Tal vez conozca algún término o nombre de los que utiliza y eso pueda aclararnos algo. Le aseguro que si no fuera importante no le habría traído.

Se desvió por una carretera secundaria. El campo todavía conservaba el verdor y en diversos tramos los árboles proporcionaban un falso techo ocultando el cielo con sus ramas. En otra época le habría parecido un camino idílico, sin embargo, en aquel momento, no disponía de tiempo para literaturas, se limitó a tragar saliva para calmar el dolor que le apretaba con fuerza el estómago.

—Ayuso, aún no me ha respondido –dijo mordiendo las sílabas para contenerse–¿Por qué cree que Alberto tiene la culpa de todo? ¿Qué tiene que ver él con la depresión de este médico?

Detuvo el coche a la derecha, después de cruzar un arco de piedra que anunciaba la entrada al hospital psiquiátrico.

—Cuando los servicios secretos alemanes nos pasaron la información de las cuentas opacas del banco de Liechtenstein, vimos una posible conexión con el caso. Se trataba de un médico en una ONG de Zimbabwe con unos ingresos desorbitados; así

comprobamos que su hermano hacía una transferencia mensual a una cuenta corriente en España. Descubrimos que el beneficiario era José Ramón Prieto y que Alberto Ferrer pagaba los tres mil quinientos euros que cuesta su estancia en este psiquiátrico de lujo. ¿Por qué lo hacía? ¿Se sentía obligado por algún motivo que desconocemos? Lamentablemente él ya no puede respondernos.

Javier se bajó del coche. Necesitaba caminar, estirar las piernas, respirar, absorber con fuerza un aire sin contaminar por las noticias que lo vapuleaban. De minuto en minuto, Alberto era menos Alberto, su referente se desdibujaba en una sombra de horrores transformando su imagen, su recuerdo, incluso el amor que ambos se profesaban. Las vivencias compartidas años atrás, y en las que había fraguado su ideal de honestidad, se encorvaban sin misericordia devolviéndole un reflejo distorsionado, que únicamente le permitía observar las horas de su pasado a través del cruel reflejo de los espejos deformantes de una feria.

"En estos momentos, en estos momentos, se ha oído un golpe muy fuerte en la cámara. Se ha oído un disparo. No sabemos lo que es porque… porque se ve… la policía, la guardia civil entra en estos momentos en el congreso de los diputados, hay un teniente coronel y con una pistola, sube hacia la tribuna…

"—¡Quieto todo el mundo!

"—Es un guardia civil, está apuntando con la pistola, está apuntando con la pistola… entran más policías, está apuntando al presidente del congreso con la pistola y vemos, vemos…

"—¡Silencio! ¡Al suelo! ¡Al suelo!

"—Y cuidado, la policía… la policía…

"—¡Al suelo!

"—No podemos emitir más porque nos están apuntando… nos están apuntando con la… llevan metralletas…

"—¡Al suelo! ¡Al suelo!"

Se escucharon una serie de disparos en la televisión seguidos de una ráfaga de metralleta, Alberto y Javier se volvieron hacia su padre que se había levantado del sillón de un salto y corría hacia el teléfono.

—¡Juan! ¡Juan! Han asaltado el congreso, los militares. Es un golpe de estado. Tienes que ir ahora mismo al sindicato y destruir las fichas de los afiliados. Pues quémalas. ¿Y yo que sé? Con un mechero. ¡Joder, no puedes dejarlas allí! ¿Sabes lo que nos ocurrirá a todos si caen en sus manos? ¡Juan! No, no, tienes que ir ahora. No puedes marcharte y dejarlas. ¡Juan!

—¿Qué vas a hacer? –Le preguntó su mujer angustiada al verle colgar el teléfono. No pudo contestar. El aire se tornó blanquecino, denso, y una fuerte opresión en el pecho le obligó a sentarse, a pedir con urgencia la pastilla de cafinitrina. Alberto se acercó a su padre y le enjugó el sudor.

—Tranquilo, papá, tranquilo.

—El fichero… los nombres… de todos…

—Se va a solucionar, no te preocupes.

—Toma –María llegó corriendo de la cocina y le puso la pastilla debajo de la lengua– ¡Alberto! ¿Adónde vas? –Gritó al verle caminar decidido hacia el pasillo de la entrada con la cazadora en la mano.

—Al sindicato, a destruir las fichas.

—Haz el favor de volver aquí. Jesús, díselo tú.

Levantó la cabeza encharcada de sudor y Javier apreció en la mirada desesperada de su padre, el orgullo por la valiente actitud de su hijo mayor.

—¡Por Dios! Sólo tiene dieciséis años, no le permitas que vaya –lloró María ante el silencio de su marido.

—Mamá, es mucho peor no hacer nada y pasar miedo toda la vida.

¿Qué había de verdad o de mentira en su pasado? ¿En sus conductas? ¿En la actitud de Alberto ante los problemas a los que se había enfrentado desde niño? Los espejos deformantes iban desfigurando lentamente su recuerdo, aplastándolo contra la superficie pulida, restándole aristas de simpatía, ángulos de honestidad, ofreciendo una versión plana y ondulante de una personalidad nueva que le horrorizaba. La sonrisa amplia y generosa que siempre le había infundido tranquilidad se retorcía hasta convertirse en una mueca corrompida.

—Esta mañana –continuó Ayuso saliendo del coche–, desde un cibercafé de Zurich, alguien ha intentado pasar los fondos de la cuenta del banco de Liechtenstein a otra cuenta en las Islas Caimán. Esa persona disponía de la clave de acceso, pero ignoraba que nosotros la tenemos intervenida.

—¿Quién era?

—No lo sabemos, debió de notar algo raro y huyó. La policía suiza no ha llegado a tiempo para detenerla, aunque más tarde o más temprano volverá a intentarlo. Es demasiado dinero lo que hay en juego, no creo que renuncien por un ligero contratiempo.

Con la punta de su zapato aplastó la colilla que había tirado en la cuneta de la carretera antes de enfrentarse a sus ojos.

—Bien, ahora, Javier, ya sabe lo mismo del caso que yo, si quiere puedo dar la vuelta y dejarle en el ático, o ayudarme a descubrir quién está detrás de todo este entramado. La decisión es suya.

El drogadicto esposado al espárrago de la comisaría era un hombre sin futuro, Javier era un profesor al que le estaban borrando el pasado, ambos debían luchar para no perder el presente.

—Vamos al hospital.

IX

MADRID

Mayo, 1999

Ayer, después de acompañarte al aeropuerto, volví a casa y reafirmé que mi vida en tu ausencia es absurda, tediosa, insufrible. Él estaba en el sofá leyendo el periódico y pretendí engañarme a mí misma buscando tus ojos en los suyos, tu sombra en su sombra. Creyendo que de esa forma volvería a sentir algo por él que haría más soportable tu nostalgia. Pero es inútil arañar los recuerdos en busca de un sentimiento tan lejano en la memoria que he llegado a olvidar si alguna vez lo amé, y hasta cómo lo amé.

Contigo no es necesario ahondar en el pasado, ni soñar con el futuro, todos los sentimientos acuden a mí solo con pronunciar tu nombre. Y acuden desde la locura, y desde la serenidad. No necesito cerrar los ojos para verte como una imagen difusa en la que reconozco tu forma de andar, de sentarte, de mirarme, y al atravesar con mi mano tu cuerpo intangible tiemblo, y me emociono, y pienso que soy muy afortunada por quererte tanto.

No sé de qué manera vas a conseguir dinero para comprar una casa. La idea de tener un lugar para nosotros me seduce tanto como a ti, y trato de imaginar cómo será nuestro hogar, si estará en la playa o en la ciudad, si tendremos muebles confortables o un espacio diáfano, un apartamento o un ático desde el que miraremos la piscina por las noches, piscina en la que te haré aguadillas, y te salpicaré para que encojas la nariz en ese guiño que tanto me gusta. Pero después de tantas divagaciones siempre llego a la misma conclusión: ¡Me da igual la casa! Lo único que deseo es estar a tu lado.

Te quiero.

Leyó la carta sumido en la destemplanza que le produjo la visita al psiquiátrico, apurando cada una de las frases de la rubia para hallar una razón que le permitiera seguir creyendo en su hermano, seguir encontrando cariño en el refugio de sus recuerdos. Se negaba a cerrar definitivamente esos espacios de la memoria que nos blindan contra los fracasos y a los que recurrimos cuando la desesperación te obliga a respirar con desgana.

Según pasaban los días, la supuesta imagen de esa mujer enamorada adquiría matices maravillosos; una fotografía en blanco y negro que va asumiendo colores cada día que la observas, colores que primero te sorprenden, luego te atraen, y después te desequilibran; colores que te hacen maldecir por no haber sido el destinatario de las cartas. Inversamente la imagen de Alberto iba perdiendo su encanto, y ahora languidecía con un retrato en sepia cuyos vértices comenzaban a ennegrecerse.

La lectura también le proporcionó algunos instantes positivos, al comprobar que la rubia se comportaba en la vida real tal y como él había pergeñado en su mundo imaginario después la última carta que había leído: *Una piscina en la que te haré aguadillas, y te salpicaré para que encojas la nariz en ese guiño que tanto me gusta.* Y ese detalle le acercó más a ella, y acortó milimétricamente la distancia que le separaba de Alberto, por comprar el ático con el que su amante había soñado. Pero la alegría de esos renglones fue rápidamente pisoteada por las dudas de cómo habría conseguido el dinero para adquirirlo, pisoteada por el hilo de saliva que descendía por la comisura de los labios de José Ramón Prieto en el psiquiátrico de lujo, pisoteada por la mirada temerosa de un niño negro al que le habían robado el futuro para vendérselo a otro niño, quizá más rico, quizá más occidental, quizá más blanco.

—Si le soy sincero, no hemos podido averiguar cómo se marchó del centro. Hemos hablado con el celador de ese turno y en la última visita que realizó para inspeccionar la habitación, se encontraba en su cama y dormido –era un hombre afable, de maneras suaves y orejas desiguales.

—¿Sabe a qué hora fue esa visita?

—Sí, a las diez de la noche.

El inspector emitió un sonido gutural que alarmó al director del psiquiátrico.

—¿Ocurre algo? –Preguntó subiéndose las gafas.

—Alguien lo ayudó a salir de aquí y después lo llevó a la ciudad.

—Si está pensando en alguien del hospital, le aseguro que el personal es de la máxima confianza y…

—No estoy pensando en nadie –añadió cortándole la frase–, pero en poco más de una hora, y en el estado en que se encuentra el paciente, le aseguro que jamás habría llegado solo hasta las oficinas de la Organización.

Hubo un silencio que dedicaron a calcular horarios y distancias. El director carraspeó con timidez antes de atreverse a romperlo.

—Les pido que sean discretos con este suceso, el prestigio del centro puede verse afectado y no es…

—Disculpe, doctor –esta vez fue Javier quien le interrumpió–, yo llegué a las oficinas de la Organización sobre las doce y cuarto, son más de dos horas desde que el celador hizo el turno.

—Antonio Fernández fue asesinado según el forense entre las diez y las doce, es de suponer que el asesino llegaría antes a la ONG. A las once y cuarto se fue la electricidad en la zona hasta las doce y media. Lo que dificultaría todo el montaje. Creemos que el crimen se efectuó entre las diez y las once y cuarto.

La constatación del asesinato fue recibida por Javier con un escalofrío que le congeló la nuca. Al cerrar los ojos para sobreponerse a la conmoción, escuchó un ruido casi imperceptible que ascendía y descendía en ondulaciones rítmicas; era la melodía de una nana cuya letra nunca supo.

—¿Está insinuando inspector, que un asesino entró en el hospital por la noche y se llevó al enfermo sin que ninguno de los guardias de seguridad se percatase de ello? –Cuando el doctor consiguió hablar, su voz sonaba tan escandalizada que rozó una tonalidad meliflua.

—No lo insinúo.

La afirmación seca del inspector lo empujó contra el respaldo del sillón. Sacó una gamuza del bolsillo delantero de la bata y limpió los cristales de sus gafas con tal rapidez que parecía sufrir un tic en los dedos.

—¿Han avanzado en el diagnóstico del paciente? –Preguntó después de que el doctor terminara con su labor de limpieza.

—Le hemos hecho un PET-TAC –respondió mientras se guardaba la gamuza con elegancia.

Javier cambió la mirada hacia Ayuso por si reflejaba en su cara el significado de esa prueba. El resultado fue una leve oscilación de la cicatriz.

—¿Un…? –Arrastró la “n” hasta quedarse sin aire– ¿Y? –Trató de disimular su desconocimiento pero el doctor ya se había percatado del problema y comenzaba a aclararlo.

—Es una Tomografía por Emisión de Positrones y Tomografía Axial Computerizada, se utiliza para valorar patologías en los lóbulos temporales, vemos la imagen de su cerebro en cortes paralelos a sus principales ejes. Es una técnica de diagnóstico dentro del campo de la medicina nuclear.

—¿Y cuál ha sido el resultado?

—Hemos hallado que el nivel general del metabolismo cerebral

está ligeramente disminuido debido probablemente a una depresión. En las imágenes PET-FDG se observa una hiperactividad relativa del córtex prefrontal de predominio derecho, especialmente en el cíngulo anterior, órbito-frontal derecho y dorsolateral bilateral. Además a nivel subcortical se visualiza la activación de una parte anterior del tálamo derecho.

—¡Ya! –Escueto, simple, pero la cicatriz volvió a realizar un ligero guiño delator– ¿Y cuál es su diagnóstico, doctor?

—El diagnóstico es el patrón típico de un trastorno obsesivo-compulsivo grave.

—Lo que nos interesa son las causas que han llevado a José Ramón Prieto a ese trastorno, según sus palabras.

—Supuestamente una depresión, pero temo que en el estado del enfermo es imposible saber el motivo; sólo balbucea, pronuncia palabras inconexas, está cerrado a su pasado.

—Queremos verlo –dijo Ayuso levantándose al tiempo que hacía una señal a Javier para que lo acompañara.

—Inspector, el paciente llegó anoche muy excitado, tuvimos que sedarlo y una visita podría alterar…

—¿No quería que fuésemos discretos?

El hospital estaba formado por dos edificios con forma de cubo unidos por un pasillo transversal. El primero había sido destinado a oficinas y dependencias médicas, en el segundo se encontraban las habitaciones de los enfermos. En ambos bloques, el hueco interior conformaba un jardín zen con cerezos japoneses en los laterales, con arces rojos y una isleta de césped y azaleas, rodeada de grava modulada en ondas que imaginaban un estanque.

Mientras atravesaban el eje acristalado que los unía, Javier intentó desprenderse de la turbación por la noticia del asesinato. En su mente estructurada y analítica de profesor de literatura, el cadáver de Antonio Fernández se balanceaba con un sosiego esperpéntico. El encuentro con el autor de la danza macabra no le hacía presagiar nada agradable.

Llegaron al pabellón de los enfermos en silencio y caminaron en sentido inverso a las agujas del reloj por el pasillo que rodeaba toda la planta hasta alcanzar el ángulo opuesto.

—Se encuentra aquí, en el aula de terapia ocupacional –dijo el director–. Les ruego que sean breves.

Entraron en una sala de unos cincuenta metros. Las paredes estaban forradas de estanterías con libros, pinturas de varias clases, revistas, cuadernos para colorear, estuches de plastilina. En el

centro había un par de mesas ovaladas de madera de roble, con unos taburetes distribuidos sin orden alrededor de ellas.

José Ramón Prieto daba la espalda a la puerta y dibujaba algo en una hoja. A su lado, un enfermero vestido de azul miraba aburrido el trabajo.

—José Ramón, han venido unos amigos a verte.

Concentrado en la tarea que realizaba ni siquiera se movió. Esparcidos por la mesa había muchos folios con un sol grande y abrasador en el centro. El mismo sol que dibujaba ahora con empeño.

—¿No les vas a decir nada?

—Cielo alto –musitó sin cejar en su esfuerzo de enrojecer el círculo–. Cielo alto, cielo alto.

Y a Javier le resultó difícil encontrar alivio en una respiración adecuada, al escuchar las palabras de su hermano saliendo por unos labios agrietados y húmedos.

—¿Conocías al hombre que te llevó anoche de paseo? –Preguntó Ayuso al tiempo que ocupaba un taburete a su lado.

No le contestó. Borró unos trazos de pintura que se salían del sol y apartó los restos de goma con el dorso de la mano. Después giró la cabeza hacia Javier hasta clavarle la mirada. Por unos segundos dio la impresión de que iba a hablar, de que le había reconocido a pesar de la oscuridad de su primer y único encuentro. José Ramón tenía las pupilas enrojecidas y por la boca abierta se le deslizaba un hilo de saliva amarillenta.

—Yami –musitó.

—Soy el hermano de Alberto, de Alberto Ferrer –repitió muy despacio–, un compañero tuyo en Harare.

—Yami –volvió a decir elevando el tono, con una mueca de horror en la comisura de los labios que hizo descender con más caudal el reguero de saliva. El enfermero avanzó unos pasos e intentó limpiárselo con un pañuelo de papel. José Ramón le apartó la mano con violencia. A continuación, tiró el folio con el sol y comenzó a hacer otro dibujo.

—Ya les dije que era inútil –dijo el doctor pretendiendo cortar la visita lo antes posible.

—¿Qué significa Yami? –Preguntó Ayuso sin levantarse del taburete.

—No lo sabemos, esa palabra no pertenece a ningún dialecto pero la repite constantemente. De la misma manera que pinta soles enormes, o dice entre murmullos lo de cielo alto.

—Supongo que se refiere a Zimbabwe –los tres lo miraron

expectantes, aguardando una aclaración–. Alberto me contó, la primera vez que volvió de Harare, que le había sorprendido el cielo alto de Zimbabwe. Y el sol, un sol grande y rojo, el mismo que dibuja José Ramón.

—Lo único de lo que estamos seguros es de que su trauma procede de algún acontecimiento que sufrió en ese país. Pero eso es todo, inspector, por el momento no va a conseguir nada más.

Ayuso se incorporó a regañadientes y caminaron hacia la entrada de la sala.

—¡Yami! –Gritó José Ramón agitando el folio con una mano. Se volvieron hacia él sorprendidos– ¡Yami! –Repitió entre esfuerzos y borbotones de saliva provocados por el enfermero que le sujetaba por los hombros impidiendo que fuera tras ellos. El director asintió con la cabeza para que le permitiera acercarse. Dio unos pasos deslavazados al soltarse de los brazos del vigilante y le entregó el dibujo a Javier; después se sentó a su lado, en el suelo, envolviéndose en una especie de ovillo, acurrucándose en un dolor del que todos ignoraban la causa.

Había dibujado una casa con muchos árboles detrás y una palabra en la puerta: Kaguvi.

ZIMBABWE

Bajaron por Second Street hasta alcanzar Robert Mugabe Road. La luz de la mañana era tan blanca que los objetos parecían iluminados por fluorescentes. Mercedes observaba recelosa el temor con el que Renifa la iba dirigiendo por la ciudad, las pequeñas gotas de sudor que le brotaban en la frente, el ritmo descompasado que agitaba sus piernas. Cuando llegaron a la altura del Hotel Queens giraron a la izquierda. Era una calle estrecha, de dos carriles, con algunos coches aparcados a los lados. Las casas se apelotonaban apoyándose con cansancio en los costados; su arquitectura era totalmente anárquica, unas anchas, otras estilizadas, algunas altas, la mayoría bajas.

—Ahí –dijo Renifa señalando un edificio de estilo colonial que a simple vista pasaba desapercibido al estar situado en un callejón que se recogía de la propia calle. Mercedes avanzó unos metros y detuvo el coche en la siguiente esquina.

—¿Quieres esperarme aquí?

—No

—¿Te quieres marchar?

Renifa asintió temerosa

—Bien –aparcó el jeep a la izquierda–. Escucha, puedes irte a casa tranquila, te prometo que no le diré a nadie lo que me has contado. Te veré mañana en la oficina, ¿de acuerdo?

La muchacha tenía tanta prisa que no atinaba a abrir la puerta, sus dedos sudorosos resbalaban en la manilla sin conseguir apalancarla.

—Espera.

Mercedes Espert se estiró desde el asiento para ayudarla. En cuanto puso un pie en la calle echó a correr hasta que su figura desapareció por Abercon Street.

Ignoraba si su actitud era la correcta. Si tenía derecho a comprometer a Renifa de esa forma, a comportarse con violencia y a retorcerle la muñeca como había hecho minutos antes –cuando se escondía entre lágrimas y gemidos medrosos– para obligarla a confesar que, a cambio de unos dólares y por orden del doctor, llevaba a determinados enfermos a una clínica privada en Harare; enfermos que eran seleccionados por él y que ella iba a buscar a sus casas, o a recogerlos a la estación cuando venían desde Kariba, y

que dos días después volvía a dejarlos en el mismo lugar, algunas veces mareados, otras veces febriles, y siempre con una cicatriz en el costado que les llegaba hasta la mitad de la espalda.

—¿¡Qué doctor!? –Gritó Mercedes desbordada por la angustia de un relato que la impulsaba hacia un mundo de sombras raídas– ¿¡Qué doctor!? –Repitió con las cuerdas vocales enronqueciendo su indignación. Pero ya eran demasiadas preguntas, demasiadas palabras pronunciadas bajo la tensión de un interrogatorio para la frágil mente de Renifa–. Escúchame bien, vas a llevarme allí ahora mismo.

La clínica era una antigua casa colonial, de fachada blanca y columnas emparejadas que sujetaban el arco de entrada al porche. Las ventanas del primer piso estaban cerradas por unas persianas con láminas de madera pintadas también de blanco. Deambuló por la acera contraria sin atreverse a cruzar. No había ninguna actividad que delatara el flujo continuo de gente que visita un hospital, más bien parecía una vieja mansión deshabitada, de las muchas que había a las afueras de Harare. La parte trasera se recostaba en un bosque de acacias y flamboyanes. En la esquina de enfrente había un pub de estilo inglés y sorprendida por el hallazgo caminó hacia el local. Podría apostarse tras el escaparate para vigilar la entrada mientras calmaba los nervios con un té o un refresco. Era un pub típico de la etapa colonial, con bancos de madera roídos por las termitas, pomos dorados y hombres, con cuello de toro y estómago educado por la cerveza, abrazados a la barra. Algunos se giraron con el ruido de la puerta. Mercedes se quedó parada, dudando en acercarse al camarero del mostrador o en sentarse en una de las mesas vacías del local.

Entonces lo vio. Tenía una jarra en la mano y las guedejas de pelo ralo se le abrían a la altura de las orejas.

—¿Donald Berry?

MADRID

En el fregadero había tres tazas de café y un par de platos sucios. Javier los miró con los pensamientos cansados y la boca seca de tanto tabaco. Dudó en meterlos en el lavavajillas, su relación con los electrodomésticos rozaba la indiferencia, ni él sabía utilizarlos, ni ellos se lo ponían fácil. Decidió fregarlos, no significaba demasiado esfuerzo y le ocuparía unos minutos. Vació el cenicero lleno de colillas en el cubo de la basura y cogió el estropajo. El problema fue encontrar el jabón. Abrió los armarios buscando una pequeña botella verde. Creía recordar su color de cuando veía a Carmen, o la chica que iba a limpiar la casa dos veces por semana, fregando algún vaso o algunas copas que no se podían meter en aquel diabólico aparato que no hacía nada para ayudarle. Dispuesto a no dejarse vencer ante la dificultad, fue al baño y regresó satisfecho con el gel de la ducha. El chorro, vertido sin duelo, creó tanta espuma que debió dejar el grifo abierto para que el sumidero fuera tragando la nube formada al aclarar la vajilla. Observar el agua corriendo le provocó sed, y se acordó de cuánto le gustaba beber a morro de niño, cuando subían sudorosos de jugar en la calle, y se pegaba con su hermano por ser el primero en meter la boca debajo del grifo. Su madre les regañaba desde el salón y el segundo se veía obligado a coger un vaso para evitar el castigo anunciado.

—Uno de nosotros entretiene a mamá mientras el otro bebe –le propuso Alberto una tarde que la zapatilla de su madre les había enrojecido los muslos.

—¿Un día cada uno? –Preguntó Javier con desconfianza.

—No, nos lo jugamos a los chinos, el que pierda… –y se quedó absorto en la elegancia con la que había levantado la ceja izquierda haciendo innecesaria el resto de la frase.

Desde aquel día, siempre le tocó engañar a su madre con historias inventadas o leídas a trasmano en algún libro del colegio. A pesar de que cambiaron de juego infinidad de veces, de que apostaron en lances diferentes, el resultado siempre fue el mismo: él era el segundo, el del vaso.

Colocó la boca debajo del grifo sin el temor de aguardar una reprimenda. El agua, que corría fresca, le desbordó los labios y resbaló por su mentón mojándole el cuello; en aquel instante no

tenía otra preocupación salvo la de recuperar las emociones sentidas en su infancia. Era una sensación de libertad, de felicidad inocua. Transgredir las normas que nos impusieron de pequeños, nos devuelve parte de la rebeldía que los años han ido restando, aunque sea a través de un hecho tan cotidiano como meter la boca debajo de un chorro de agua fresca. Y en esa postura se mantuvo tres, tal vez cuatro minutos, permitiendo que lo salpicara, sin aguardar con temor el zapatillazo traicionero de su madre, sin la obligación de ceder el puesto a un hermano más inteligente y más simpático. Se mantuvo sin beber, incluso sonriendo cuando ya había saciado la sed; se mantuvo hasta que el recuerdo añorado se enturbió por la certeza de que hubiera preferido que le sorprendieran con un zapatillazo, hubiera preferido cederle el grifo a Alberto, y esperar su turno con un vaso en la mano, mientras contaba anécdotas para entretener a su madre en el salón, habría entregado no sólo parte de esa rebeldía recobrada, sino toda la rebeldía que algún día fue capaz de sentir, con tal de volver a tenerlos a su lado.

El cuello de la camisa se le había empapado. Estaba secándoselo con un paño de cocina cuando escuchó un ruido detrás de la puerta. Alguien arrastraba un objeto pesado por el pasillo exterior. Los vecinos se habían ido de vacaciones y en el descansillo únicamente había otra vivienda, la suya. Quien fuera esa persona, pretendía entrar en su casa. Instintivamente buscó con la mirada un arma para defenderse; acabó abriendo el cajón de los cubiertos para coger con torpeza un cuchillo de carne. En la cerradura estaban introduciendo una herramienta metálica que bien podría ser una llave o una ganzúa. Tensó el cuerpo observando el filo de la hoja y se sintió tan ridículo esgrimiendo un arma que arrojó el cuchillo en el fregadero. De dos zancadas se presentó delante de la puerta y la abrió con violencia. La sorprendió aún con el brazo estirado y con la maleta apoyada en las piernas.

—¡Carmen! –El llavero tintineaba por la sacudida colgado de la cerradura–. No te esperaba hasta mañana por la tarde.

—He adelantado el vuelo. Allí no me necesitaban –remarcó el final con la esperanza de que en Madrid sí la necesitara alguien.

Javier se agachó para ayudarla con la maleta pero Carmen lo detuvo con un abrazo. Se quedaron unos segundos en silencio, abrazados en una postura embarazosa y retorcida. Ella con el inicio de un llanto ahogado, él medio inclinado para no soltar el asa de la maleta.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, tranquila. Será mejor que entremos en casa.

—Por supuesto.

Apenas tuvo tiempo de esconder la carta que había dejado en la mesa del salón. Se la guardó en un bolsillo del pantalón con prisas, estrujándola, sintiendo la prueba de una infidelidad adolescente, a pesar de que la culpabilidad solo habitaba en sus sentimientos. Carmen sirvió un par de *whiskys* al tiempo que escuchaba una versión parcial de la historia, componiendo gestos de incredulidad y sofocando lágrimas ante la nueva imagen que la historia proyectaba de su cuñado. Era una mujer fibrosa, de rasgos dulces y ojos escépticos, que buscaban con ansia los de Javier para constatar unos hechos que la abrumaban.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé, mañana es el entierro de Antonio, y el inspector Ayuso me ha pedido que acuda. No sé muy bien por qué. Según me ha dicho, tal vez pueda averiguar alguna información sobre el caso.

Carmen apuró la copa y emitió un chasquido de insatisfacción por la respuesta. Era una mujer de belleza tardía, de las que no te sorprenden a primera vista, sino después de conocerla.

—No me refería a eso –dijo con desánimo dejando el vaso– ¿Qué vas a hacer con tu trabajo? ¿Con tu vida? –Y se mordió el labio inferior con delicadeza–. Ahora tienes dinero –añadió con miedo a que la muerte de Alberto supusiera un punto y final en todas sus relaciones–. Supongo que ya no necesitas continuar dando clases en el instituto.

—No… no lo he pensado. No he tenido tiempo –contestó ajeno a los temores. Y al meter la mano en el bolsillo sus dedos acariciaron la razón que justificaba la ausencia de planes sobre su futuro. Razón que, negándose a descubrir los detalles, había borrado de su conversación, ocultando a su mujer cualquier referencia a las cartas de la amante de Alberto.

— Deberías hacer un viaje.

— ¿Un viaje?

—Sí, siempre has deseado conocer Nueva York y vivir un tiempo en Londres, cogerte un año sabático. Eso te ayudaría a olvidarlo todo. Puedo hablar con la agencia de viajes que trabaja con nosotros, ellos te lo organizarían, incluso pueden buscarte una casa de alquiler en…

"*Zimbabwe. Podría ir a Harare y entrevistarme con Mercedes Espert. Podría mirar su cielo alto, sentir el calor de su sol enorme. Y recabar entre sus compañeros algún dato para identificar a la rubia*

desgalichada. Necesito hablar con Ayuso y decírselo."

Con la yema de su dedo pulgar tanteó uno de los pliegues de la carta imaginándose que el roce abarcaba el te quiero de la despedida; un te quiero del que deseaba apoderarse.

—¿Quieres que lo haga? –Le preguntó.

—¿Qué? –Contestó abstraído en sus pensamientos.

—Lo del viaje. ¿Adónde te gustaría ir?

—A Zimbabwe.

Carmen recogió la mirada con angustia.

X

LONDRES

Sacó un pie de entre las sábanas mientras acomodaba su posición en la cama para observar a Christine a través de la mampara de la ducha. Le gustaba deleitarse con su cuerpo recibiendo el agua, ver cómo se acariciaba con la esponja y se iba cubriendo de espuma resaltando las escasas islas de piel por donde el gel resbalaba sin llegar a ocultarlas. Lanzó un prolongado gemido de satisfacción. Ni siquiera contemplar un cuadro de su admirado Mark Rothko le producía semejante placer. La felicidad para John Sttudmayer era tan perversamente sencilla como mirar a Christine duchándose.

—¿Y esta llave? –Preguntó Christine al abrir un paquete cuidadosamente envuelto en papel de regalo de Burlington Arcade.

—Es tuya –contestó sin clarificar las dudas.

—¿Mía? Pero, no sé… –hizo un mohín tierno con los labios y John le sonrió divertido.

Conservaba esa mueca anclada en la memoria y con frecuencia solía acudir a ella cuando no gozaba de su compañía.

—Sttudy, ¿es lo que estoy imaginando?

—No sé lo que te imaginas. Los artistas poseéis una imaginación desbordante, demasiado diría yo.

—No es la llave de un coche…

Decidió entrar en el juego para alargar una sorpresa carente de fundamento; conocedora de su influencia sobre John Sttudmayer, la noticia escondida en aquella llave apenas era un trámite que habría de producirse tarde o temprano.

—No es la llave de una caja fuerte… no es la llave de un buzón… no es la llave de una hucha… no es…

—Fairfield Barns –la cortó y Christine saltó sobre él con un grito que se escuchó hasta en el Royal Albert Hall–. Puedes mudarte a la "granja" cuando quieras y empezar a trabajar en tus…

Le resultó imposible continuar hablando, los besos alocados ocuparon el lugar de las palabras, John se dejó arrastrar hacia la habitación dando traspiés entre risas y carantoñas. Cayeron con torpeza sobre el colchón y Christine lo desnudó con rabia,

mordiéndole los labios, arañándole el pecho, agitándose en escorzos cuando lo sintió dentro. John se limitó a contemplarla mientras se le acumulaban los gemidos.

Después de hacer el amor, ella se había metido en la ducha y él la observaba lamentándose de no poder fumar en el dormitorio; era el único lugar del apartamento donde se lo había prohibido, pero la obsesión por deleitarse con su cuerpo desnudo realizando tareas ajenas al sexo era superior al ansia de nicotina. Salió del baño con el pequeño albornoz abierto, secándose el pelo con una toalla grande de rizo americano.

—Sttudy, ¿cuándo me llevarán los bloques de piedra?

—¿Qué tipo de piedra necesitas?

—Piedra serpentina.

John movió ligeramente la cabeza sin entender a qué clase de piedra se refería.

—Es la ideal para mis esculturas porque es dura y carece de grietas. Quiero hacer una combinación con tres clases de piedra para reflejar a la perfección su espíritu. Se llaman springstone, opal y verdite –se tumbó a su lado, apoyando el cabello húmedo en la tibieza de su hombro–. El springstone es una serpentina de color negro, negro profundo; el opal tiene diferentes tonalidades, pero me gustan sus vetas anaranjadas y rojizas; y el verdite es de un color verde intenso, por su contenido en cromo, similar al verde de talio para que te hagas una idea.

—Entiendo, ¿y dónde se encuentran esas piedras?

—¿Dónde va a ser? –Emitió una risa cautivadora en un vano intento de suavizar la petición–. En África.

—¿En África?

—En las canteras de Tengenenge y también en la zona de Chiweshe, en Zimbabwe.

—¿Pretendes que traiga las piedras desde Zimbabwe?

Christine se levantó de la cama con un rictus de insatisfacción. Su movimiento enérgico le dejó respirando el aroma del gel en su cuerpo.

—Según lo has dicho juraría que te obligo a traerlas atadas a la espalda –sacó un tarro de crema hidratante de un cajón de la cómoda y lo volvió a cerrar de golpe. John cerró los ojos angustiado. Era una cómoda de caoba estilo Luis Filipe, con los bocallaves de palisandro y los tiradores de bronce.

—No es eso, querida, pero ¿tú sabes lo que supone llevar bloques de piedras desde Zimbabwe hasta Fairfield? –Antes de

acabar la frase se percató de que la marquetería del friso superior estaba arañada. Christine, igual que la mayoría de los artistas, era egoísta con el arte, únicamente apreciaba el suyo.

—Si voy a reflejar su vacío, su opresión, debo hacerlo con sus propios elementos –se defendió esparciendo la crema con delicadeza por sus piernas–. El caos de África surge de esas piedras, vive en su interior.

Cuando sonó el móvil de Sttudmayer en el salón, las manos formaban oleadas cremosas alrededor de los muslos.

—Disculpa –se excusó con cierto fastidio por perderse una escena en la que le gustaba recrearse. Christine le embadurnó la nariz con un pegote de crema, y se dejó caer en la cama con la imagen de las esculturas en piedra serpentina tallándole una sonrisa.

Al ver el nombre de Tom Hirch en la pantalla del teléfono estuvo a punto de no descolgarlo y regresar rápidamente al dormitorio, desechó la idea y encendió un cigarrillo dispuesto a armarse de paciencia.

—Tom estoy reunido, ¿es urgente?

—George Pentleton ha ingresado en la clínica de Chelsea.

—¿Cómo? ¿Qué le ocurre?

—Necesita un trasplante de hígado.

MADRID

La familia de Antonio Fernández había decidido preservar su intimidad durante la incineración. Los amigos que deseaban acompañarlos fueron citados tres horas más tarde, cuando recogieron la urna con las cenizas y caminaron cerca de un kilómetro, entre praderas sembradas de columbarios de tierra, hasta llegar a las lomas del bosque de la paz. Era un terreno arbolado con encinas, alcornoques y pinos, destinado a enterrar las urnas biodegradables junto a un árbol joven que se plantaba en ese mismo momento. Su esposa había escogido un olmo de tronco aún enclenque y hojas elípticas. Un par de operarios los esperaban con el hueco cavado y con el cepellón listo para realizar el último acto en memoria del hombre delgado.

Javier indagó entre las caras en busca de algún rasgo conocido sin ningún resultado. La secretaria de la sonrisa enigmática no estaba en la ceremonia, ni Álvaro, ni siquiera Ayuso –a pesar de que la idea de hacer acto de presencia había sido suya– se encontraba entre el medio centenar de personas que escuchaban atentamente el discurso con el que la familia le despedía.

—Verá, nunca se sabe lo que puede ocurrir en un entierro –le dijo el inspector dejando el vaso de cerveza en el mostrador.

—En un entierro nunca ocurre nada –protestó mientras examinaba el dibujo de José Ramón Prieto–, la gente habla en voz baja para no molestar y la familia llora. Eso es todo.

Las líneas de la casa no eran rectas, y su trazo ondulado le proporcionaba un aspecto fantasmagórico. Detrás, los árboles la superaban en altura y había coloreado la punta de las ramas con círculos rojos, igual que señales de prohibido el paso.

—Puede quedarse con el dibujo que ha hecho José Ramón pero no lo pierda. Quién sabe si podría sernos útil.

—Gracias –se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Debe observar más a las personas, profesor. Cuando sufren un dolor suelen hablar más de la cuenta. Necesitan sincerarse, arrepentirse de lo que han hecho o de lo que han dejado de hacer.

—Pero si no conozco a nadie.

—Eso es lo mejor. Un desconocido soporta por educación las quejas y guardará el secreto porque no sabe quién se las está

contando –sacó la cartera y le entregó un billete de cinco euros al camarero–. Un desconocido es un muro de las lamentaciones pero en vivo, sientes su respiración, su mirada, crees que te está escuchando. Javier, lo único que necesitamos en esta vida las personas es que alguien nos escuche.

—¿De verdad piensa que alguien se va a acercar a mí para contarme un secreto de Antonio?

—Esa es una posibilidad, y otra que al verle "ese alguien" se ponga nervioso y descubra su juego.

Salieron a la calle. Ayuso soltó un bufido por el calor y porque Javier continuaba rezongando para no acudir al entierro. El ruido del tráfico le hizo levantar la voz.

—Yo nunca hablo con desconocidos, será porque soy tímido, no lo sé, pero no me imagino a nadie contándome secretos del fallecido, y mucho menos poniéndose nervioso por mi presencia –se detuvo en la acera y miró al inspector un instante antes de continuar–. Un muerto ya ha pagado todas sus deudas.

Ayuso curvó la cicatriz en un amago de sonrisa.

—Esa frase no es suya. Y Shakespeare nunca la habría escrito para este contexto.

¿Quién se iba a sincerar con él? ¿Quién se iba a arrepentir? ¿Y de qué? ¿Quién se iba a poner nervioso al verle si no lo conocía nadie? Si al menos tuviera un físico peculiar, grotesco, incluso inquietante, comprendería que alguien de la comitiva lo observara e hiciera algún comentario mordaz que serviría de detonante para formular alguna pregunta, aunque únicamente fuera por curiosidad. Pero él se consideraba un hombre normal, común, demasiado común para su gusto. El clásico hombre que cuando se presenta a un desconocido, éste cree que ya han coincidido en algún sitio que jamás ha visitado.

Acabados los discursos enterraron la urna junto a las raíces del olmo y su esposa, presumió Javier, se colocó en fila para recibir las condolencias junto a otras dos personas, una chica que rondaba la veintena y un señor mayor, alto, enjuto, de mejillas hundidas; dedujo que sería el padre de Antonio. Él no se acercó. Nadie agradece el pésame de un extraño.

Bajó por las lomas y rodeó los columbarios pensando en si podría pedir un taxi desde la puerta del cementerio. Eran las dos de la tarde, y le angustiaba la sensación de haber perdido toda la mañana, aunque en realidad no le apremiaba ninguna ocupación salvo la de leer las cartas de la rubia. Le molestó su falta de

previsión, de habérselo imaginado podría haber cogido un par de ellas para leerlas por el camino.

—Sube al coche –la voz del Álvaro lo desconcertó–. Hoy no te puedes negar a que te invite a comer.

ZIMBABWE

Hacía años que conocía a Donald Berry, sin embargo desde que llegó a su apartamento, después de la inesperada charla en el *pub*, frente a la clínica clandestina, no dejó de repasar una y otra vez la primera tarde que lo vio, sin conseguir recordar quién se lo había presentado; dudaba de si había sido Álvaro, o Alberto, o Alejandro, incluso Robert Fellow… o si su amistad había surgido al encontrarse tomando una copa en algún bar de Harare, y ese encuentro propició los siguientes, y que desde entonces se pasara por la ONG cada vez que visitaba Zimbabwe para charlar con ellos. Nunca había puesto en tela de juicio su pertenencia a Human Rights Watch, pertenencia que lo obligaba a saltar de país en país denunciando las continuas atrocidades que se cometían en África. Pero aquella mañana sintió algo extraño en su comportamiento. Tal vez fuera por su actitud huraña al verla, ya que no se dirigió directamente a saludarla sino que apuró la jarra de cerveza con los ojos cerrados, antes de cogerla con frialdad por un brazo para acompañarla hasta una de las mesas vacías. O tal vez fuera por las dudas que balbuceó para justificar su presencia en Harare, o por el nerviosismo con el que interrumpió la conversación para realizar una llamada imprevista.

Donald iba camino de Mozambique para comprobar los efectos de la epidemia de cólera; acababa de abandonar el Congo, donde había visitado la provincia de Kivi Norte para supervisar la guerra del coltán.

—Me enteré de la muerte de Alberto, sentí mucho no poder acompañaros en su entierro.

—Lo comprendo –respondió Mercedes interrumpiendo la conversación para pedir un té con limón al camarero que se había acercado hasta la mesa– ¿Conocías este pub?

—No –contestó de forma nerviosa, sin dejar un espacio lógico al final de la pregunta–. Habitualmente me alojo en el Hotel Queens, y hoy dando un paseo lo he encontrado. ¿Y tú? ¿Qué haces por aquí?

Mercedes sintió que las pupilas azules de Donald aguardaban con demasiada impaciencia la respuesta.

—Por favor, con dos azucarillos –gritó al camarero según se alejaba con el pedido–. He venido a visitar a un enfermo.

Anochecía, por la ventana se apreciaban jirones de nubes rojizas sangrando en el cielo. Marcó el teléfono de Robert Fellow, el director de la oficina en Harare, un inglés pelirrojo y fatuo, más preocupado por sacar fotografías a cualquier bicho que por resolver los problemas diarios del trabajo. De hecho, era Alberto quien dirigía todas las actividades de la organización, y después de su muerte, Alejandro había ocupado involuntariamente su lugar. Robert se limitaba a cursar las peticiones a Madrid y a viajar por África, era un turista más en busca de las falsas emociones que le proporcionaban los safaris. Al principio de su designación como director, habían protestado por su falta de compromiso y entrega, pero la respuesta de la central fue clara y contundente: el inglés estaba impuesto por el mayor benefactor de la ONG, John Sttudmayer. Saltó el contestador de Robert y colgó. Mercedes jamás dejaba mensajes. Odiaba hablar con las máquinas. Ella ni siquiera tenía activado el servicio del contestador en su móvil.

—¿Cómo está la situación en el Congo? –Le preguntó mientras ganaba tiempo para averiguar si podía contarle lo que estaba ocurriendo en la clínica clandestina situada a escasos metros de ellos.

—Horrible –dijo Donald sujetándose una guedeja de pelo detrás de la oreja izquierda–. El general tutsi Laurent Nkunda ha desatado una ofensiva. Se ha logrado establecer un corredor humanitario, pero no acaba de llegar el agua potable ni la comida a los campos de refugiados.

—¿Y la ONU no hace nada?

—Continúas siendo una ingenua, a occidente solo le preocupa el coltán. Tampoco hicieron nada cuando les pasamos un informe detallando que ya habían muerto cuatro millones de personas en la guerra.

—Es increíble las atrocidades que se permiten por ese mineral.

Donald soltó una carcajada difícil de justificar.

—El coltán es más valioso para las telecomunicaciones que el oro. Se necesita para fabricar ordenadores, móviles, centrales nucleares, misiles… –suspendió la frase para dar un trago de cerveza–. Para que te hagas una idea, la multinacional Sony tuvo que aplazar el lanzamiento mundial de su Play Station 2 por la escasez de coltán. ¿Sabes los millones de dólares que supone eso?

—Ni lo sé, ni me importa. Pero me avergüenzo; me avergüenzo de que para que los niños occidentales jueguen con las consolas, los

niños congoleños mueran atrapados en las toperas arrancando el coltán a la tierra –la aspereza de su voz marcó una pausa desagradable.

—Así es la vida –acertó a decir tras unos segundos. Por la entonación parecía afectado; Mercedes ignoraba si era por la injusticia que ella había denunciado en su comentario o por que acababa de soltar la jarra vacía sobre la mesa.

—No, Donald, así la hacemos nosotros –dio un sorbo al té, no le había echado azúcar y frunció el entrecejo con desagrado antes de continuar–. ¿En qué nos hemos convertido? Tu móvil y mi ordenador, están manchados de sangre. Por cada kilo de coltán extraído mueren dos niños. Las guerrillas violan a mujeres y niñas, convierten a los niños en asesinos. Occidente les vende… –interrumpió la frase para reiniciarla con más rabia– ¡Joder, qué coño occidente! Ya basta de escondernos en eufemismos. ¡Tu gobierno, el mío! ¡Nosotros! Vendemos armas a los grupos rebeldes para mantener al país en guerra y conseguir más barato el coltán. Así podemos lucir el último modelo de móvil ante nuestros amigos, regalar a nuestros hijos una consola y verlos felices jugando. Nuestra felicidad, Donald, se sustenta en el infierno ajeno, en el asesinato de miles de personas. Cada vez que hagas una llamada, cada vez que recibas una llamada, piensa que una niña ha sido violada en el Congo, que un niño ha muerto asfixiado en la mina.

Miró los sobres de azúcar. No tenía fuerzas, ni ganas de endulzar el té.

—¿Y qué tal el enfermo? ¿Lo has curado?

No esperaba que reincidiera en el tema después de oír sus palabras. El interés esquinado de las preguntas le añadió más amargura a la conversación.

—¿Perdón?

—El enfermo que has venido a visitar.

—Ah, sí, no era nada importante, una reacción alérgica a la vacuna que le pusimos ayer.

—No sabía que los médicos de la ONG visitarais enfermos, parecéis médicos de cabecera en vez de…

De repente suspendió la frase y Mercedes creyó ver que los músculos de la cara de Donald se le descolgaban hacia el cuello. A su espalda sonó la campana de la puerta del *pub* pero cuando se giró hacia ella no vio entrar a nadie. Donald se levantó con precipitación.

—Discúlpame, debo hacer una llamada urgente.

Mercedes volvió la cabeza hacia la cristalera. En la columna de

madera que separaba el escaparate de la puerta le pareció que se ocultaba una persona. Distinguía, en el borde del marco, el final de una manga blanca, podría ser de una chaqueta o de una bata de médico. Quien fuera acababa de sacar del bolsillo un móvil. Donald le había dado la espalda para hablar por teléfono. Se levantó de la silla en un acto reflejo, sin saber muy bien qué hacer; sintiendo la tentación de correr hacia la puerta para averiguar su identidad. Dio dos pasos hacia atrás pero un ruido ensordecedor la detuvo. Un camarero había tropezado, y al caer sobre una de las mesas, estrelló las botellas contra el suelo. El estrépito tensó más sus nervios. Un sudor frío comenzó a descender por su pecho y el ruido de sus pulmones la amenazaba con la falta de aire. Si descubría quién era la persona que se escondía tras la columna, seguramente el doctor que Renifa no llegó a delatar, no permitirían que se marchara de allí. Un cliente cogió al camarero en brazos y corrió con él simulando el sonido de una ambulancia, el resto de clientes rieron la gracia. Necesitaba concentrarse y obrar con cautela. Sacó el tubo de Ventolín y aspiró un par de veces. Donald se giró hacia ella y, cogiéndola del brazo, la volvió a sentar de espaldas a la puerta.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es el maldito asma, que se me ha revuelto –le sonrió al tiempo que miraba con disimulo hacia la cristalera por si reconocía al sujeto que no tardaría en abandonar su improvisado escondite para alejarse.

—¿Qué te estaba contando antes de la llamada? –Donald procuró con la conversación que cambiara la mirada hacia él–. ¡Ah, sí! ¿Sabías, Mercedes, que Ruanda y Uganda han pagado su deuda externa expoliando las riquezas minerales del Congo? ¿Y que además están protegidos por Estados Unidos?

—Ya me extrañaba que los yanquis no estuvieran en este fregado. ¿No habían prohibido importar coltán de Ruanda?

—Sí, la compañía Sabena suspendió sus vuelos desde Kigali, pero se han buscado rutas alternativas, y ahora lo venden argumentando que es coltán de Brasil o de Tailandia.

Cuando volvió a mirar, amparándose en un comentario tópico sobre la condición humana, ya era demasiado tarde. El retazo de tela había desaparecido de la columna.

Horas más tarde, en su apartamento, después de repasar con minuciosidad lo que había ocurrido, se alegraba de que Robert Fellow no hubiera cogido el teléfono. No podía confiar en nadie. Mañana hablaría con Renifa para intentar sonsacarle la identidad

del doctor que estaba involucrado en las atrocidades cometidas en la clínica. Apagó la luz de la lamparilla, le gustaba pensar a oscuras y mirar el póster de Casablanca bañado por la escasa iluminación nocturna que entraba desde la ventana abierta del salón. Olía a flores y a tierra mojada por la tormenta que había comenzado a caer. El recuerdo de Alberto le sobrevino como un arañazo doloroso. Lo echaba de menos.

MADRID

La comida transcurrió entre confidencias intrascendentes, igual que el motivo que esgrimió Álvaro para no acudir a la ceremonia después de haberse presentado en el cementerio. Según le explicó, se sentía obligado a despedirse de Antonio, pese a que sus relaciones no eran fluidas, pero aborrecía la parafernalia que rodeaba a los entierros, las condolencias, el reconocimiento póstumo, el llanto de las viudas.

—Cuando me disponía a marchar, te vi llegar en un taxi y decidí esperar para traerte a Madrid y comer juntos.

—¿Viudas? –Preguntó pensativo sin prestar atención a lo que había dicho después de ese comentario.

—Sí, Antonio era reincidente, se casó dos veces. La última hará unos tres años, más o menos, con una chica de veinte años, ya te dije que le gustaban jovencitas –y soltó una risa prolongada, sin duda una crítica hacia las inclinaciones del difunto.

Javier recordó la escena de la familia colocada en fila junto al olmo, en el bosque de la paz. Su primera mujer, su segunda mujer y el padre. Pensó en la frase del inspector Ayuso: las cosas a veces no son lo que parecen.

—Tampoco ha asistido su secretaria –apuntó con un deje de desilusión.

—Eso demuestra que eran amantes. ¿Te lo imaginas? Su primera mujer, su segunda mujer y su amante, recibiendo una por una el pésame de sus amigos: era un buen hombre, os quería mucho a todas.

Javier no consiguió impedir que sus labios amagaran con un intento de sonrisa.

—Solo faltaba que se hubiera colocado el querido millonario que ha sustentado la carrera de Antonio desde que se quedó huérfano a los dieciocho años.

El amago de sonrisa se quedó petrificado y Álvaro no tardó en adivinar la causa.

—O sea que también estaba. No hay nada como una familia unida para que decidas suicidarte.

Intercambiaron una mirada fugaz, embarazosa. Cediéndose el uno al otro la iniciativa sobre el tema del suicidio. El camarero apuró la botella de vino llenando sus copas.

—¿Desean otra botella?

—No, gracias. ¿Querías decirme algo, Javier?

—No, nada.

—Ya. ¿Te apetece un café?

—Sí, por favor –dijo apartando los cubiertos y sacando el paquete de tabaco con rapidez.

—Lo siento, señor, pero en este comedor no se permite fumar. Si les apetece puedo servirles los cafés en el salón de fumadores.

—Gracias.

—¿Cómo lo desean?

—Solo, ¿y tú Javier?

—Con hielo y dos sobres de azúcar.

Era una estancia amplia que se repartía entre diversos sofás, con mesitas de mármol y ceniceros de cerámica serigrafiada que continuamente eran cambiados por los camareros del restaurante. Se sentaron en dos sillones de cuero que disponían de un velador metálico en medio. A la derecha, un grupo de inversores comentaba con escándalo un suceso ocurrido en la bolsa al tiempo que una señorita de uniforme repartía habanos entre los fumadores. Álvaro le ofreció fuego con un Dupont de oro totalmente anacrónico en estos tiempos de mecheros desechables. Javier, en contra de su voluntad, se descubrió realizando una similitud con su dueño: ambos parecían o deberían ser un vestigio del pasado.

—Ayer por la tarde me visitó un policía, un tal Ayuso –dijo bajando ostensiblemente el tono habitual de su voz. Se guardó el encendedor en el bolsillo inferior de la chaqueta antes de continuar–. Supongo que lo conoces.

—Sí, claro, es el inspector que está investigando el asesinato de Alberto en Zimbabwe.

—Javier, no hay nada que investigar, y menos en Madrid. No permitas que manchen la memoria de tu hermano.

—Alberto ganó mucho dinero en África –lo dijo empleando un tono peyorativo contra esa actividad–, ¿tú sabes cómo lo hizo?

—Por supuesto que no, pero todo el mundo gana dinero en África, no hay nada de malo en ello. Los mayores negocios se están realizando allí: diamantes, oro, coltán, petróleo. La forma con la que lo consiguió es lo de menos.

—¿Y también crees que da igual que asesinara a niños para conseguir una fortuna?

El camarero interrumpió la conversación para dejar los cafés en el velador.

—¿Desean algún habano? –Preguntó dejando una cesta con

diferentes tipos de azúcares.

—No, gracias –Álvaro se frotó el mentón. Esa mañana no se había afeitado y las mejillas comenzaban a teñírsele de una sombra cenicienta–. ¿Tu hermano te contó algo sobre ese tema? ¿Te pasó alguna información que confirme las acusaciones que acabas de hacer?

—No. Nunca me habló del dinero que ganaba.

Álvaro hizo una pausa forzada, esperando que se contradijera de su negación.

—Javier, por culpa de la crisis de occidente, en Somalia el precio de los cereales ha subido este año un trescientos por cien y la gente se muere de hambre. En Darfur el genocidio se ha cobrado más de cuatrocientas mil vidas, y dos millones y medio de personas han tenido que abandonar sus casas. En el Congo han muerto treinta mil niños extrayendo coltán. Ese mineral permite que hables por el móvil, que trabajes con el ordenador, que dispongas de calefacción en invierno, ¿Tienes hijos?

—No, no –contestó con un hilo de voz al tiempo que expelía el humo.

—Es igual. ¿Qué vas a hacer ahora sabiendo que tus comodidades se sustentan en el sufrimiento de otras personas? Dímelo, ¿Tirarás el móvil? ¿No usarás el ordenador? ¿Pasarás frío las próximas navidades?

—No lo sé, pero no podemos consentir que eso ocurra. Habrá que impedirlo, denunciarlo.

—¿A quién pretendes denunciar? ¿A las multinacionales que lo promueven? ¿A los gobiernos que lo consienten? ¿A nosotros mismos por comprar esos productos? –Álvaro aprovechó para bajar el tono que se le había elevado con la brusquedad de las preguntas–. Hay mucha mierda en África, no metas las narices. Olvídalo, Javier, olvídalo. Coge la herencia y disfrútala. Tienes una oportunidad única delante de ti. No intentes arreglar el mundo tú solo.

Dio un sorbo al café con la memoria recorriendo otra conversación menos agria, por supuesto más inocente, y sobre todo respaldada por el loable intento de evitar que su hermano se marchara a un país desconocido.

—¿Vas a dejar el puesto en el hospital?

—Sí.

—Lo perderás todo, un trabajo fijo, un sueldo…

—Te equivocas, Javier, lo ganaré todo.

—¿Te pagan más?

—¡Olvídate del dinero! En África la gente se muere porque no hay médicos, ni enfermeras que les pongan una sencilla inyección, una vacuna. ¿Sabes la cantidad de niños que mueren de sarampión? El año pasado murieron un millón de personas y el 99% de las víctimas eran del tercer mundo. ¡El sarampión! Es de locos.

—Alberto, tú solo no vas a solucionar las injusticias del mundo.

¿Qué locura se había desatado para dar ese giro a sus vidas? ¿Por qué razón Alberto, que siempre pretendía combatir las injusticias, se había transformado en uno de sus brazos ejecutores? ¿Por qué razón Javier, tan condescendiente con las normas que imponía el sistema, había enarbolado las ideas que olvidó su hermano acumulando riquezas y cadáveres?

Había una razón para que ambos cruzaran a la orilla opuesta de sus ideales. La misma razón que a uno lo empujó a envilecerse, al otro lo empujaba a defender una justicia en la que nunca llegó a confiar. Y esa razón era una mujer, una mujer cuyo nombre desconocía.

—Me voy a Zimbabwe –le dijo cuando salieron a la calle y el sol caliente de las cinco de la tarde le confirmó que el aire acondicionado de la sala de fumadores sobrepasaba los límites racionales. Álvaro lo miró con pesadumbre.

— ¿Lo sabe tu mujer?

—Sí.

Se quedaron parados, en silencio, como la primera vez que se vieron en la librería cercana al ático, sin saber por dónde agarrar una conversación que los había distanciado.

—¿Quieres que te acerque a casa?

—No, gracias, prefiero dar un paseo.

—Cuídate.

Se dieron la mano con flacidez, y Javier tuvo la sensación de que la falta de ímpetu en el saludo, encubría una despedida. Sin duda, Alberto se iba a quedar sin su homenaje.

—¡Álvaro! –Lo llamó cuando ya se metía en el coche–. ¿Cómo sabes que estoy casado?

Quizá tardara unos segundos de más en contestar, pero no fue la pausa lo que sobrecogió a Javier, sino la extraña veladura que enturbió sus ojos.

—La alianza que llevas en la mano derecha. Es la de tu boda, ¿no?

XI

LONDRES

La niebla comenzó a ascender de forma caprichosa. Unas madejas de bruma emborronaban el contorno del estanque y posaban su humedad en las hojas oblongas de las hayas. John aguardaba con la mirada fija y el gesto impaciente a que George Pentleton saliera del duermevela que le mantenía con los ojos cerrados. La familia, siguiendo su consejo, acaba de abandonar la habitación para cenar en la cafetería de la clínica. La piel amarillenta de su rostro había suplantado el color arrogante con el que menospreciaba aquello que no le satisfacía. Visto en estas circunstancias, el temible Pentleton, el magnate de Penbrick & Co. el hombre de quien dependía la salvación de Alssott Brennan Inghen, no era más que un enfermo luchando por alargar su vida.

—Hola, George –saludó ansioso al primer movimiento de sus párpados. Pentleton aclaró la voz antes de responder.

—¿Te han dicho ya lo que tengo? –Le gustaba ser directo, igual que en los negocios.

—La enfermedad de Wilson.

No daba la sensación de que lo hubiera impresionado. Sin embargo, Pentleton sufrió para incorporarse hasta que consiguió apoyar la espalda en el centro del cabecero, situándose justo debajo de un crucifijo celta de metacrilato, con el círculo característico uniendo los brazos y la raíz. Sttudmayer esperó a que terminara la dificultosa maniobra. En esa postura se observaba con claridad el agrandamiento de su abdomen.

—¿Sabes qué enfermedad es?

—El único Wilson que he conocido era el dueño de Organic Systems, y nuestra relación terminó cuando absorbí su empresa. Fue un buen negocio para todos, menos para él, naturalmente.

La broma no surtió el efecto deseado. Sttudmayer seguía mirándolo con escasa misericordia.

—Es un exceso de cobre en los tejidos que te ha producido una lesión hepática. Lo curioso es que normalmente esta enfermedad la suelen padecer personas menores de cuarenta años.

—Siempre me he mantenido joven –presumió ignorando por completo su aspecto actual.

—Y curiosamente es un trastorno hereditario –añadió John.

—Hay hombres con suerte que heredan auténticas fortunas, mi padre fue un desdichado que únicamente me dejó en herencia una enfermedad rara con un nombre vulgar.

John simuló una sonrisa totalmente desubicada.

—Conmigo puedes ahorrarte la palabrería –alisó una arruga de la sábana antes de continuar–. ¿Me voy a morir?

—Sí.

Notó un leve tic en su ojo izquierdo, la abultada ojera de Pentleton se había hinchado más de lo habitual invadiendo todo el párpado inferior. John encendió un cigarrillo sin preguntar si le molestaba el humo y abrió la ventana. El estanque había desaparecido en la niebla. Fumó en silencio. Permitiendo que el enfermo rumiara lentamente la afirmación de su respuesta.

—Podríamos hacerte un trasplante de hígado… –dijo sin convicción tras apurar la colilla.

—¿Pero?

—Pero tú sabes que hay una lista de espera interminable. Aunque nos olvidáramos de la ética, por ser tú el enfermo, y te colocáramos en primer lugar, no puedo asegurarte que recibamos a tiempo un hígado en condiciones idóneas de ser trasplantado.

Nunca había sentido placer al comunicarle a un paciente que se abstuviera de pensar en el futuro, pero George Pentleton no era un paciente cualquiera, era un presuntuoso que se había adjudicado a sí mismo el papel de su verdugo.

—¿Me estás diciendo que mi vida se ha convertido en una lotería? ¿Que las probabilidades de premio son mínimas?

—No debes preocuparte, tú siempre has sido un hombre de suerte –intentó decirlo sin forzar la ironía, pero no pudo evitar que sus palabras brotaran con un amago de reproche que George encajó con frialdad–. Vivimos malos tiempos para los trasplantes.

Al devolverle la conversación amenazante que mantuvieron en el Sheraton Park Tower, recibió en la palma de sus manos la aspereza del Kota Mama y un calor de satisfacción le ensanchó gratamente los pulmones. Únicamente echaba en falta la copa de jerez en las manos temblorosas de su interlocutor.

—La gente no es muy generosa con sus órganos –añadió.

—No quiero morir –dijo sin demostrar un ápice de humildad en sus desmedidas pretensiones.

—Nadie quiere morir, George.

—¡Joder, John! –Exclamó irritado–. ¿Habrá alguna solución? ¿Alguien dispuesto a vender su hígado?

—Sí, supongo que sí. No obstante estamos en un momento delicado. En Inglaterra la ley prohíbe manipular los trasplantes, y cualquier escándalo en ese sentido nos perjudicaría en conjunto. Lo comprendes, ¿verdad?

—Estás hablando de mi vida, John, no lo olvides. De modo que no me trates como a uno de tus vulgares enfermos que no tienen dónde caerse muertos. No me interesan las leyes de este país, ni la lotería, quiero salvar mi vida. ¿Me has entendido? ¡Te exijo que me la salves!

Fue una orden contundente que John Sttudmayer escuchó con agrado. Ya había situado a su enemigo bordeando esa línea de la desesperación que tanto deseaba. Se mordió la lengua para no sacar a relucir el nombre de Christine Fellow, ni el juicio sin fundamento que realizó sobre sus pinturas catalogándolas de dudoso valor.

—Por favor, somos amigos, sabes que siempre podrás contar conmigo –se sentó en la cama, a su lado, pretendiendo saborear de cerca el miedo que Pentleton encubría a base de irritación–. Escucha, te lo explicaré: un hígado sano se obtiene de un donante que haya muerto recientemente, pero que no haya sufrido ningún tipo de lesión hepática. Después se traslada en una solución salina refrigerada que lo conserva durante ocho horas. Ese es justo el tiempo que disponemos para realizar las pruebas de compatibilidad. De todas formas, el trasplante…

—¡Quiero que me salves la vida! –Golpeó con el puño en la mesita y un florero con agua salió disparado contra el suelo. Los cristales rotos se esparcieron por las losetas de la habitación–. No me interesa cómo lo haces, ni a quién le quitas el hígado. Abandona ese papel de médico íntegro que has asumido inútilmente y dime ¿qué coño vas a hacer?

Durante unos segundos, John se quedó hipnotizado por uno de los cristales, a continuación lo apartó pacientemente con la punta de su zapato. Empleó demasiado tiempo en la operación, sin duda no quería dañar la piel de los Shannon que había comprado en Church's. Era evidente que destinaba más cariño a sus zapatos que a Pentleton.

—¿Hablaste con los del Lloyds Bank?

La pregunta la formuló sin molestarse en elevar la mirada, las aristas puntiagudas del florero roto parecían una preocupación mayor que recibir un crédito para reflotar su empresa. George tragó saliva y la comisura de sus labios no tardó en recuperar el trazado horizontal.

—Los llamaré mañana a primera hora. Cuenta con el crédito –

sabía captar una indirecta.

—Bien, George, estupendo.

La respiración agitada por presentir cercano el triunfo convirtió en agradable una mueca que había congestionado el lado izquierdo de su cara hasta oír la respuesta de Pentleton. Se levantó con suma tranquilidad para pulsar el botón del interfono.

—Que venga alguien a limpiar la habitación –después le entregó un último gesto afable–. Prepárate para ir de safari a Zimbabwe.

MADRID

Febrero, 2000

Demasiadas tardes, en medio de las interminables reuniones con los clientes, cuando ya había agotado el café y las esperanzas, mirando al sol. Era un acto involuntario, provocado por la necesidad de encontrarte en su luz. Sin embargo, tenía la certeza de que el tuyo y el mío eran soles diferentes. Uno es rojo, joven, cruel, hermoso, y alarga tu recuerdo hasta confundirlo con mis ilusiones. El otro es amarillento, gastado, antiguo, y sin fuerza para proyectar mis sentimientos. Crecida en esa nostalgia, me enloqueció la idea de sacar el primer billete de avión para Harare y sorprenderte dejándome acariciar por tu sol.

Me temblaban las piernas cuando bajaba por las escalerillas sin más señas que una dirección de la oficina escrita en un viejo papel. Quizá fuera una irresponsabilidad pero no me arrepiento. Necesitaba hacerlo Alberto, necesitaba vivir Zimbabwe contigo para unirlo a nuestra memoria, para unirlo a los paseos por Madrid, a las tardes en el hotel y a los abrazos furtivos.

Todas las sensaciones fueron tan nuevas, a pesar de que éramos los mismos, que las llevo cosidas a tu imagen. Cuando nos tumbamos bajo las ramas de aquel baobab en silencio, escuchando el sonido de nuestras respiraciones, apoyándose la una en la otra sin hallar más eco que el roce de la piel; o cuando nos quedamos solos, a la orilla del lago, con el agua apaciguando promesas en nuestros cuerpos.

Desde la distancia que nos propone la cordura, siento que mis días son noches sin tus labios, y mis noches inviernos, y mis inviernos escarcha.

Los viajes inesperados son cortos, fugaces, apenas duran horas, pero hay veces que unas horas son suficientes para dar sentido a toda una vida. A mi vida.

Te quiero.

La dobló cuidadosamente con un principio de desilusión en la lentitud de sus dedos. Por primera vez no le acuciaba el deseo de volver a leer una carta. La perplejidad que le produjo saber que había viajado a Harare en una aventura relámpago, le dividió en dos argumentos antagónicos. En uno reafirmaba sus pensamientos, la rubia desgalichada era una mujer valiente que se precipitaba

miles de kilómetros para soñar unas horas junto al hombre que amaba, sin importarle las excusas que habría de inventar para justificar su ausencia, sin importarle que si la reconocían podrían averiguar su doble juego, sin importarle que lo único que realmente deseaba era apoyar su respiración en Alberto bajo la sombra de un baobab. Admiraba ese amor, sentía ese amor, envidiaba ese amor. Y entre la confusión de sentimientos se le mostraba el otro argumento, amargo en cuanto a que se dolía por ella, por haber sido víctima de un engaño, porque nadie se merece entregar tanto y recibir tan poco.

Liberó un suspiro que tenía agarrado a la garganta y cerró los ojos con la cabeza levantada. Se mantuvo en esa posición un par de minutos, preguntándose de que manera habría conseguido su hermano que la rubia y Mercedes Espert no se encontraran en la casualidad de un paseo en Harare, o el día que ella fue a buscarle a la oficina sin mediar aviso para no descubrir la sorpresa. Abocado al resentimiento para justificar su pasión, para sostener un amor ilógico que se debatía en una barra de equilibrio, se sorprendió a sí mismo dirigiendo su odio contra Alberto por despreciar de una manera tan vil lo que él anhelaba.

Cuando Ayuso se sentó a su lado el parque se replegaba en su propia oscuridad, iba comiendo un bocadillo de calamares y por el bolsillo derecho de la chaqueta se asomaba una lata de cerveza. No le saludó esperando a que acabara la pelea que sostenía con un calamar con genes de chicle que se negaba tozudamente a abandonar el pan.

—¿Qué tontería es esa de que se va a Zimbabwe? –Preguntó sin acabar de masticar.

—La rubia estuvo allí –musitó ajeno a la preocupación del inspector.

—Si se marcha no podré protegerlo.

—¿Me protegerá igual que en el entierro? –Inquirió usando un tono áspero– ¿Por qué me obligó a asistir al entierro de Antonio si luego usted ni siquiera apareció por el cementerio?

—¿Cómo sabe que no fui? –Tiró un trozo de bocadillo a un perro famélico que no pudo permitirse el lujo de ladrar en agradecimiento–. Otra cosa es que no me viera. En todo momento estuvo controlado. Incluso dentro del restaurante. ¿Qué tal la comida con Álvaro Selfa?

—Mal –contestó sin mostrar asombro por la pregunta que demostraba lo injustificado de su queja–. No quiere que me marche

a Zimbabwe, no quiere que investigue el asesinato de mi hermano. No sé por qué pero le ha molestado incluso que usted lo visitara.

—Lo sé. Su padre es un hombre con influencias y ya ha empezado a mover los hilos.

—Si estuvo en Harare alguien tuvo que verla –reincidió con desesperación, añorando los días anónimos en los que todavía no remitía sus pensamientos a un nombre desconocido.

El perro miró a Ayuso con ojos lastimosos, pasándose la lengua entre los descarnados colmillos.

—La secretaria que le entregó el sobre con la nota de Antonio ha desaparecido. Y la nota no fue escrita con ninguna impresora de la ONG –decidió renunciar al bocadillo y se lo tiró. Le ponía nervioso que un desconocido le apuntara con esa mirada hambrienta, aunque fuera un perro desnutrido.

—¿Qué quiere decir con que ha desaparecido?

—Que ha hecho las maletas y se ha marchado, largado, esfumado –sacó un pañuelo blanco y se limpió las manos antes de dar un buen trago de cerveza–. Javier, alguien quería que usted viera el cadáver de Antonio y urdió ese plan. ¿Por qué? –Fue una reflexión que no esperaba respuesta–. Supongo que pretendían asustarle.

—¿¡Y el hotel!? –Preguntó con excesiva energía para el transcurso de la conversación, recuperando un tema que prácticamente había olvidado con los últimos acontecimientos.

—¿Perdón?

— El hotel La Hacienda donde se alojó mi hermano. ¿Les enseñaron los libros de registro?

—Sí, claro. Pero las reservas se hicieron siempre a nombre de Alberto Ferrer. ¿Está seguro de que su hermano no le entregó alguna información encubierta? ¿Algo que para usted no suponga un dato concluyente y que para nosotros sea una pista que nos sirva…?

—¿Por qué me cambia de tema cada vez que le hablo de esa mujer? –Protestó con hastío.

Ayuso dejó que discurrieran unos segundos con paciencia antes de acabar la cerveza y tirar la lata a la papelera. No encestó. El perro fue a olisquearla por si sacaba algo en claro.

—No diga tonterías. Debería olvidarse de la amante de su hermano. No es lo más importante en este asunto.

—¿Sabe ya quién es?

—No –la cicatriz se balanceó en un ligero movimiento–. Aún no.

Y por esa fugaz mueca, apenas imperceptible, Javier se creyó

condenado a esperar el desenlace final con un sentimiento de fatalidad. Ante ese cúmulo de ansiedades, el amor que le obsesionaba solo dejaba al descubierto su lado más imperfecto.

Llamó al portero automático y se entretuvo con los faros de un coche que arrancaba en ese momento. Un matrimonio de avanzada edad se despedía del conductor desde la acera y después echaron a andar cogidos del brazo con cuidado, necesitando apoyarse el uno en el otro por cariño y por la torpeza de los años. Tendrían la misma edad que sus padres –si no hubieran fallecido– y les dedicó una mirada de ternura, y hasta un "buenas noches" cuando pasaron por su lado. Agradeció que la voz de Isabel interrumpiera sus nostalgias familiares.

—¿Quién es?

—Isabel, soy Javier.

—Espera, ya bajo.

Era extraño que no le invitara a subir a su casa; aprovechó la circunstancia para encender un cigarrillo y concentrarse en la actitud negativa de Ayuso. Le irritaba que demostrara escaso interés en averiguar el nombre de la rubia. Analizando esa desidia, tuvo la sensación de que el inspector no creía que esa parte de la investigación le fuera a aportar las pruebas necesarias, o también podría ser que, resolver el problema de su identidad, fuese algo tan sencillo que no merecía la pena perder el tiempo en indagaciones. En cualquier caso le molestaba su indolencia. Isabel no tardó en aparecer.

—Perdona –dijo abriendo el portal–, prefiero que demos un paseo. Agustín está trabajando en casa y yo llevo todo el día encerrada.

—Claro, lo que tú quieras.

Cruzaron la calle y dudaron en dirigirse hacia la derecha o hacia la izquierda. Miraron hacia ambos lados por si alguno ofrecía más intimidad. A la derecha la calle se elevaba en una cuesta de quinientos metros; la subida se presagiaba ingrata, sin consultarlo echaron andar hacia el camino fácil.

—Mañana me voy –dijo tras comprobar que esa noche Isabel desprendía un olor a caramelos de fresa en vez de a la goma de nata que usaban de niños.

—Lo sé, he hablado con Carmen y me lo ha contado. Tú estás siempre ilocalizable –podría ser un reproche, pero la dulzura de Isabel lo impidió–. No te preocupes por los exámenes, Celia se va a encargar de corregirlos. Además, supongo que tampoco te vas a

quedar mucho tiempo en Zimbabwe.

—¿Por qué?

—Porque de lo contrario tendría que avisar al departamento de administración para que te den de baja.

—Entiendo. Verás, no sé si seguiré dando clases, estoy hecho un lío. Isabel, si no te importa, será mejor que lo hablemos cuando vuelva de Harare.

Sin saber de dónde procedía, escuchó un quejido agudo, entrecortado, incluso llegó a girarse hacia su espalda por si pertenecía a alguna persona que caminaba detrás de ellos, enseguida vio a Isabel llevarse las manos a la cara. Estaba llorando.

—¡Vamos, vamos!

La cogió por los hombros y se abrazaron. Javier sacó un pañuelo y se lo ofreció. Se sentía incómodo, ignoraba cuál era la manera más correcta de comportarse; apenas había tráfico para fijar la mirada en la luz de algún faro; acabó elevándola al cielo. Solo se veía un punto luminoso y, dando tiempo a que se tranquilizara, le dio por pensar en si aquel punto brillante era Júpiter o Venus, confiando en que averiguar el nombre del planeta sería la clave para que Isabel dejara cuanto antes de llorar.

—Lo siento –musitó limpiándose las lágrimas–, ya sabes que os quiero mucho, que estaba muy unida a Alberto. Esta situación me ha desbordado por completo, discúlpame.

Caminaron en silencio unos cincuenta metros, pausando la respiración, hasta que inconscientemente, sin venir a cuento, retomaron el dialogo recordando anécdotas del pasado que les servían de salvavidas para desahogar las frustraciones del presente. Ni siquiera necesitaron precisar los detalles, se conocían tanto que en realidad les bastaba con enunciarlos para saber con exactitud a qué momento divertido de su vida se referían.

—Te acuerdas del fin de semana en Soria, cogiendo setas…

—Calla, por Dios –se tapó la boca con el pañuelo para ocultar una risa aguda que siempre despertaba hilaridad en sus compañeros.

—Si no hubiera sido por aquel muchacho vasco… el de Bilbao, ¿te acuerdas de su nombre?

—Arturo.

—Arturo, eso, si no llega a ser por él, seguro que Alberto nos habría envenenado a todos.

Mientras recolectaban viejas aventuras llegó a la conclusión de que Isabel siempre había estado a su lado, con su ingenuidad y su peculiar aroma, con su cariño y su terrible timidez; lo había

acompañado en trances duros como la muerte de sus padres; en momentos más divertidos: las vacaciones y viajes de fin de semana que realizaban al estilo de las pandillas quinceañeras.

—¿Y los insectos del hotel de Lanzarote? –Le preguntó más animada.

—¿Insectos? Con ese tamaño podrían ser perfectamente descendientes de los dinosaurios. ¿Quién eligió aquel hotel tan horrible?

—Me parece que Alberto, no, Carmen –rectificó con celeridad–, bueno, uno de los dos. Menos mal que nos marchamos antes de morir devorados.

Ella fue quien le animó a ingresar en el colegio para dar clases de literatura, y quien suavizó con la familia la decisión de Alberto de marcharse a Zimbabwe. Su relación de amistad había surgido mientras cursaban el bachillerato en el colegio Liceo Nuevas Luces de Fuencarral, y ni siquiera la interrumpió su boda con Agustín, un ejecutivo de bolsillos apretados que nunca llegó a encajar en el grupo. Alberto y él siempre la trataban con mucho afecto porque ambos la consideraban su hermana pequeña.

Dieron la vuelta en un punto sin determinar, y cuando se quisieron dar cuenta habían regresado al portal y al silencio. Isabel bajó la mirada al suelo y él reanudó la búsqueda de Júpiter o de Venus.

—Isabel, ¿tú conoces Harare? –Le espetó sin apartar la vista del punto luminoso. Ahora estaba convencido de que era Júpiter.

—¿Yo? ¿Harare? ¿Por qué me lo preguntas? ¿Acaso crees que fui a ver a Alberto sin decirte nada?

—No, no. No es eso –de repente se avergonzó por caer en una sospecha que rápidamente consideró descabellada–, no me hagas caso.

—Cuídate mucho –le dijo tras carraspear para que la frase ganara un tono de firmeza.

—Descuida, lo haré.

Tenía el pelo rojizo, los ojos inquietos y seguramente un despertar agradable. Javier se sorprendió porque, desde que se conocieron, era la primera vez que la estaba examinando como mujer, olvidando en ese juicio inesperado a la antigua compañera de estudios. Desde la calle la vio coger el ascensor, sonreír con tristeza y despedirse agitando una mano. Era una mujer bonita.

Los astrónomos calificaban a Júpiter de “estrella fracasada”, se quedó contemplándolo antes de volver a casa. Aunque ignoraba que era Venus quien le estaba confundiendo con su brillo.

ZIMBABWE

El camino de tierra estaba flanqueado por multitud de chabolas que se empujaban unas a otras para abrirse un hueco de entrada. Los tejados de zinc relampagueaban entre la confusión de alturas formando una marea de reflejos deslumbrantes que ascendía y descendía, una marea salpicada con ropa tendida en las ventanas, o colgada de cuerdas atadas a palos en medio de las explanadas. Camisas, sábanas, pantalones, pañuelos, colores vivos, fuertes, agresivos, colores africanos. Los viejos, sentados a la sombra de los rincones irregulares que formaban las fachadas, interrumpían su conversación frunciendo el entrecejo por el polvo levantado con las ruedas. Los niños correteaban detrás del coche unos metros y después se detenían exhaustos para continuar con sus juegos. Algunos, los más osados, intentaban subirse al jeep agarrándose al retrovisor para arrancarle a Mercedes un gesto amable y unas monedas. El camino giró bruscamente a la derecha y tuvo que frenar el coche ante el gentío que se acumulaba taponando la calle.

—*Munugara kupy* Renifa? –Preguntó a un muchacho de sonrisa perenne que no se soltaba del retrovisor.

—*Ndi-pei-wo* dólar –le pidió extendiendo una mano cuarteada por el polvo.

—No. *Ibvaipo*.

A pesar de la negativa no recogió la mano, ni la sonrisa, cambió la mirada hacia el asiento del acompañante, hacia un paquete de galletas saladas que Mercedes iba comiendo.

—*Ndine nzara*.

—¿Tienes hambre? –Le entregó el paquete y las pupilas se le encendieron como linternas. Se bajó de un salto, engullendo dos galletas con ansia mientras corría a la puerta del conductor.

—¡*Handei!, ¡Handei!* –Gritó agarrándola de la mano para que se bajara cuanto antes del coche.

—*Sei?*

—Renifa, Renifa, *handei* –las galletas acumuladas en la boca le impedían pronunciar con claridad.

Comenzaron a atravesar el gentío para llegar hasta la casa de Renifa, viéndose obligados a sortear a las personas que observaban en silencio un incidente que ellos ignoraban, musitando disculpas por los empujones involuntarios que daban en su carrera. De

repente, se oyeron unas voces desgarradas y un leve murmullo agitó la calle. Mercedes tuvo que soltar la mano del chico cuando llegaron a la primera línea de la multitud. Una mujer con una pañoleta de colores chillones retrocedió unos pasos que le permitieron ganar su posición. Había un claro de unos cien metros. Al otro lado de la calle se acumulaba más gente cerrando un círculo cuyo epicentro era un camión militar. De la casa salió un grupo de soldados escoltando a Renifa y a su madre que gritaba desesperada abrazándose a su hija. El sargento las separó con violencia, arrojando a la anciana al suelo. El círculo se agrandó unos metros y a Mercedes no le dio tiempo ni a pensar en lo que estaba ocurriendo. Renifa echó a correr. Unos soldados dispararon sus fusiles. La multitud gritó aterrada tirándose al suelo y ella se quedó sola, de pie, sin comprender nada, mirando a Renifa que hacía un escorzo y caía sin vida entre el polvo, a su madre que se revolcaba de dolor, y por fin, mirando al pequeño que, con las migajas de las galletas resbalando por su barbilla, la señalaba con un dedo mientras hablaba con el sargento.

Ya no había espacio para la indignación, ni para maldecir la pasividad de Robert Fellow que se había negado unas horas antes a averiguar por qué Renifa no había acudido a la oficina.

—¡Es una trabajadora nuestra, Robert! Quizá esté enferma.

—¿Y qué quieres que haga yo? –Preguntó ojeando un catálogo de las canteras de Tengenenge.

—Está bien –concluyó ante la certeza de que Robert no movería un dedo por averiguar el paradero de la muchacha–. Dame su dirección.

—¿Su dirección? –Se quitó las gafas de cerca, depositándolas con fastidio encima del catálogo–. ¿Acaso crees que sé dónde viven todos los colaboradores de la ONG?

—¡Habrá una ficha con sus datos!

—Supongo. Pero esas fichas las lleva Renifa –el improperio de los labios de Mercedes no consiguió alterar su flema británica–. Escucha, John Sttudmayer me ha pedido que le busque unas piedras para llevárselas a Londres. Él está volando a Harare y debo localizarlas antes de que llegue.

—¿Unas piedras?

—Sí, para una escultora. Las necesita porque quiere esculpir una serie de esculturas sobre África.

Mercedes respiró con fuerza levantándose de la silla en busca del inhalador; la indignación por la desidia del director le impidió

llegar al bolso antes de lanzar su siguiente andanada.

—Y para ti es más importante el capricho de una estúpida escultora que encontrar a una compañera que ha desaparecido.

—En primer lugar, Renifa no ha desparecido. Ni es la primera vez que falta al trabajo, ni será la última. En segundo lugar, no necesito recordarte que John Sttudmayer es el principal benefactor de esta ONG, y para terminar, la estúpida escultora es mi hermana.

El final de la frase fue subrayado por el ruido del aliento que aspiraba el salbutamol para dilatar sus pulmones.

— ¿Qué ocurre?

Mercedes giró la cabeza hacia Alejandro que observaba la discusión desde la puerta. Llevaba la camisa sucia y el pelo blanquecino de polvo. Contuvo la respiración sin hacer ningún comentario sobre su aspecto y repitió el ejercicio con el broncodilatador un par de veces.

—Mercedes quiere saber la dirección de Renifa. Hoy no ha venido a trabajar y está preocupada –terció Robert mientras volvía a ojear el catálogo de la cantera dando por terminada la conversación.

—Vive en el barrio de Mbare, al sur.

—¿Cómo podré localizarla?

—Preguntando a cualquiera. En ese suburbio se conocen todos.

Guardó el Ventolín en el bolso y apartó a Alejandro para salir de la oficina.

—¿Tú no estabas en Kariba? –Le preguntó sin cortar la marcha.

—Acabo de llegar.

El griterío de la gente ocultó las órdenes del sargento señalando a Mercedes. Algunos se levantaron con rapidez, otros gatearon pegándose a las paredes de las casas, la mayoría caían y se levantaban apoyándose en espaldas o en brazos menos afortunados. El polvo aumentó la confusión, las toses, el pánico. Mezclada entre la turba se sorprendió corriendo desenfrenadamente hacia el jeep. Las ideas se desvanecían en su cerebro más deprisa que sus pasos. Saltó por encima de varios cuerpos sin saber dónde pisaba, haciéndose un hueco a empellones entre los hombres que huían de los militares. Desechó subir al coche, sería imposible conducir entre aquella multitud. Esquivó codazos y zancadillas hasta llegar a unos puestos de ropa de segunda mano. Los soldados dispararon al aire y los vendedores se unieron al pánico abandonando sus mercancías. Debía mezclarse, ir siempre rodeada del mayor número de personas. Giró a la izquierda y vio una manta con blusas desperdigadas y

sucias. Intentó coger una para tapar su camisa blanca pero según echaba la mano le pareció ver un perfil conocido apoyado en la pared de una casa, una melena lacia le ocultaba el rostro. Dobló el cuello para asegurarse las facciones del hombre y por culpa del escorzo cayó al suelo rodando unos metros. Una bocanada de tierra la obligó a escupir con asco mientras se incorporaba buscando la imagen que precipitó su caída. Había desaparecido. No podía detenerse a pensar, tenía que seguir corriendo, pero sus pulmones ya estaban al límite. Entonces se acordó del bolso, del Ventolín, todo estaba en el jeep. Descartó retroceder. ¿Era Donald Berry el hombre que vigilaba la carga de los soldados? Pausó el ritmo de su carrera mientras buscaba algún sitio para esconderse. Había llegado a un mercado de hortalizas y verduras. La gente arrollaba los carros desparramando el contenido por el suelo, convirtiendo la explanada en un terreno resbaladizo. Sintió pinchazos en el pecho y supo que la huida se había acabado. Embotada por la falta de aire miró con miedo hacia atrás. Los soldados gritaban a la gente que se apartara con los fusiles en alto. Uno de ellos disparó una ráfaga y tres hombres cayeron abatidos. Mercedes observó sobrecogida como el más joven rodó varios metros hasta agarrase con desesperación a sus piernas. Una bocanada de sangre puso el punto y final en sus pantalones. La bala le había impactado en la nuca. Avanzó un par de pasos y se dejó caer sobre las rodillas junto a uno de los carros derribados, boqueando como un pez fuera del agua, doblada por la fatiga y el terror. Alguien le echó por la cabeza un velo y la abrazó cubriéndola con su cuerpo. Tenía las manos duras, callosas. Después escuchó su voz.

—Tranquila, tranquila –Nyathi buscó sus ojos antes de ocultarle el rostro contra su pecho.

MADRID

La azafata le entregó la tarjeta de embarque indicándole la puerta por la que saldría su vuelo. Todavía faltaban cuarenta y cinco minutos pero Javier odiaba las despedidas y Carmen tras catorce años de matrimonio era consciente de esa debilidad. Caminaron sin dirigirse una palabra hasta llegar a las escaleras mecánicas que descendían al control de pasaportes del aeropuerto. Allí se miraron indecisos y tuvieron que separarse para no ser arrollados por una pandilla de adolescentes que emprendía un viaje de fin de curso.

—Prefieres tomar algo o… –dijo en un susurro apenas audible por las voces de los chiquillos.

—No.

—¿Vas a entrar ya?

—Sí, verás, es que me gustaría comprar algunas cosas en el Duty Free, colonia, unos cartones de tabaco…

Los gritos de una aspirante a Scarlett Johansson le impidieron continuar. Sus compañeros la habían dejado atrás y los tacones de aguja no eran lo más adecuado para lanzarse en una carrera alocada por ser la primera en cruzar el detector de metales.

—Tienes que dejar de fumar –dijo Carmen.

—Lo sé. Cuando vuelva de Harare lo intentaré –los dos sonrieron sabiendo la inconsistencia de la afirmación.

—Cuando vuelvas todo será diferente.

—Eso espero.

Quizá por eso odiaba Javier las despedidas, las frases de compromiso lanzadas al aire se acumulaban sin albergar ninguna esperanza de ser cumplidas

—Cuídate.

—Y tú. Llámame cuando llegues al hotel.

—Sí, descuida, lo haré.

Se dieron un beso lánguido, dejando los labios blandos en el envite. Era inútil prolongar más tiempo la situación.

Javier cogió el equipaje de mano y se alejó dejando atrás una mirada de agradecimiento, refugiándose en la feliz idea de comprarle un perfume a Mercedes Espert. Sin haberse parado a averiguar el motivo, estaba ilusionado con la teoría de causarle una

buena impresión a la enfermera, y en esa, digamos corazonada, no influía su relación con Alberto ya que estaba convencido de que ella no era la rubia desgalichada. Al fondo le esperaba la manada de colegiales haciendo cola tras recibir la reprimenda de un guardia civil obligándoles a callar. No obstante, en su generosa e incomprensible decisión de última hora, había algo que le agobiaba: su dudoso gusto a la hora de elegir una fragancia adecuada para una mujer del estilo de la enfermera. Nunca había sido demasiado detallista, ni siquiera con Carmen, y cuando se veía obligado por los acontecimientos a comprarle un obsequio, siempre se dejaba aconsejar por la buena de Isabel, una experta en acertar con los regalos más exquisitos.

Cuando llegó al final de la escalera mecánica se volvió hacia Carmen, con las prisas y el alboroto montado por los jóvenes, no le había preguntado si le haría ilusión algún recuerdo típico de Harare. No encontró respuesta, ya era demasiado tarde para cumplir con el compromiso y Carmen había desaparecido; se encontraba transitando por otras dudas mientras encendía con dificultad un cigarrillo en la puerta de salida del aeropuerto. Nunca había fumado, de hecho era una mujer deportista y solía unirse a los reproches de Alberto para que Javier abandonara el maldito vicio de fumar, sin embargo, los últimos acontecimientos la habían empujado a cambiar de hábitos confiando en que la novedad desplazaría con su encanto a la angustia. La primera calada, tras unas toses inevitables, le condujo a pensar que su relación era insalvable a pesar del dolor que arrastraba. Sobre todo porque ninguno de los dos parecía demasiado interesado en salvarla. Se habían convertido en una pareja de tresillo, de las que ansían que esa noche echen en la televisión una buena película para ocultar sus secretos en las imágenes y no perder el tiempo en conversaciones cotidianas. Con la segunda calada, y aunque no pudo tragarse el humo, empezó a reafirmarse en que nunca debió animarle a realizar un viaje, y mucho menos a Harare. La tercera no consiguió aspirarla porque una mano la agarró sin delicadeza por la muñeca y a punto estuvo de arrojarle el cigarrillo al suelo.

—Vamos, sube al coche –Álvaro Selfa aguardó unos segundos escrutando a su alrededor antes de sentarse al volante y arrancar el motor. Después tomó la salida hacia la M-40 mientras recibía con disgusto el humo que desprendían sus labios sin filtrar por los pulmones–. ¿A qué coño estás jugando?

XII

ZIMBABWE

El sol no defraudó a Javier. Era rojo, grande, era África. Y encendía un cielo alto, demasiado alto para observarlo con cariño, sin sobrecogerse ante la distancia que anunciaba en su lejanía un mundo diferente, más intenso, más inocente, más injusto. Se quedó parado, al pie de la escalerilla, recibiendo el calor con los brazos caídos a los costados y el recuerdo de Alberto narrándole las mismas sensaciones, los mismos sudores que en el pasado escuchaba como parte de una leyenda, de una historia tan alejada de sus sentimientos como ese sol implacable que ahora vivía en primera persona.

Atrás quedaban las indecisiones del viaje, algunas carentes de peso, por ejemplo la inutilidad para decidirse a comprar un perfume concreto frente a unas estanterías repletas de sugerentes envases y fragantes aromas, por lo que abandonó la tienda con dos cartones de tabaco y la certeza de que habría sido ridículo presentarse ante Mercedes Espert con un regalo tan frívolo. Otras indecisiones se adivinaban más tortuosas: la sospecha de que su relación con Carmen había supuesto un lastre para sus emociones. Retrocediendo por su vida, en un ejercicio que solemos abordar cuando los sueños se niegan a saludarnos, reconoció que ver pasar los días aguardando que ellos aporten la solución a nuestros problemas, no era la forma más eficiente de sentirse realizado. Hacer felices a las personas que nos rodean puede ser un fin, si para ello no empeñas tu propia felicidad. Dejarse amar, sin sentir que te quemas con el roce de los sentimientos, solo sirve para proyectarte en una sensación de vacío, de soledad, y quizá de amargura.

—Se va a Zimbabwe huyendo de su vida –Ayuso se incorporó del banco con cierta percepción de fracaso en cada uno de sus movimientos–. Allí no encontrará lo que busca.

—¿Por qué está tan seguro? –Preguntó amparándose en la reciente oscuridad del parque.

—Porque los demonios no nos abandonan por mucho que cambiemos de país o de profesión.

El perro se alejó con el rabo entre las piernas, olfateando otro

rastro para calmar el hambre que enmudecía sus ladridos.

—Pero no trates de guiar al que pretende elegir su propio camino.

Javier no se sorprendió al escuchar de nuevo una frase, que seguramente pertenecía a otros tiempos, acomodada a su propia historia. Esta vez ni siquiera se molestó en indagar su procedencia.

—Escuche, no puedo impedírselo pero tenga mucho cuidado. Visite la tumba de su hermano y cumpla con su conciencia; haga un safari fotográfico, si le gustan los animales, y regrese cuanto antes. A ser posible, con vida.

—Eso haré –respondió hurtándole la cara, imitando a cualquier alumno que se avergüenza de su irresponsable actitud.

El inspector dio un par de pasos y se volvió sin sacar las manos de los bolsillos.

—¿No sería más fácil decirle a su mujer que no la ama?

Jamás se había atrevido a hablar de sus sentimientos con Carmen, seguramente porque la propia mujer nunca es la persona idónea para sincerarnos y confesarle nuestros deseos de mirar hacia otro lado. Él había preferido enrocarse en un mundo paralelo creado por sus inseguridades, un mundo que le permitía cerrar la ventana a los fracasos; un mundo de trabajo, de roces circunstanciales y buenas palabras, de sonrisas fingidas y excesiva educación. Así aprendió a rechazar cualquier inquietud empeñada en demostrarle que estaba pasando de puntillas por la vida. Refugiándose en una posición que ahora desembocaba en las orillas de la locura por culpa de la pasión imposible que le consumía, que le exigía por primera vez tomar la iniciativa y renunciar a su espíritu contemplativo.

Encontrar a la rubia desgalichada se había convertido en una obsesión, la bomba que había hecho saltar en pedazos el caparazón bajo el que refugiaba el desencanto contraído; y entre los escombros de su pasado, humeaban las palabras de una mujer a la que necesitaba amar hasta la extenuación, abrazar su nombre y susurrarle en los labios que un cielo tan alto, un sol tan rojo, carecen de sentido si no se reflejan en sus ojos.

Noviembre, 2000

Ayer volví a casa, a "nuestra" casa, para recorrer cada rincón como si fuera tu cuerpo. Busqué tu olor en la almohada, tus deseos en el aire, tus palabras en libros que no se han escrito. Subí y baje las escaleras

gritando, chillando, entregando mi alegría al silencio de unas paredes que guardan nuestro secreto y envidian nuestra felicidad.

Después de recoger un puñado de ilusiones que olvidamos sin llegar a apurarlas, me acurruqué en la mecedora de la terraza. Al fondo, a través de la cristalera, veía el final de la piscina y la hierba del jardín aterida de frío. Y soñé ese invierno, ese invierno a tu lado, sentados frente a cualquier mañana sin más pretensiones que estar juntos para inventarnos las horas que nos aguardan.

Ahora sólo ansío tu regreso, convencida de que cada fin de semana que pasemos en nuestra casa será una nueva vida, una vida que acabará con tu marcha y que renacerá en el siguiente viaje, más fuerte, más ambiciosa, más amada.

Desde tu recuerdo,

Te quiero.

Había acudido a las cartas con la esperanza de salir del pozo en el que se estaba precipitando. El entusiasmo de la rubia, al encontrarse con un hogar para su amor, le sirvió de bálsamo. Se la imaginaba corriendo por el ático como una niña que recibe un regalo inesperado, desbordante de alegría, acariciando los muebles, saltando de sofá en sofá en busca de las mejores vistas, acurrucada en la mecedora con la cabeza inclinada sobre el hombro y un gesto de tímida felicidad iluminándole la cara.

La voz de la azafata pidiendo que se abrocharan los cinturones para el aterrizaje en el aeropuerto internacional de Harare, eliminó un pensamiento que comenzaba a enturbiar aquellas imágenes: ¿Nunca le preguntó a Alberto de qué modo había conseguido comprar un piso tan lujoso?

MADRID

Al final de la calle los automóviles se apelotonaban contra un semáforo averiado que ralentizaba la circulación y aceleraba los nervios. Álvaro detuvo el coche a la derecha y se recostó en el asiento sin apagar el motor. Era un síntoma de que no pensaba dedicarle más tiempo de lo estrictamente necesario a la conversación con Carmen.

— ¿Qué ocurrió en Zurich?

—Ya te lo dije por teléfono.

—Repítelo –dijo sin ninguna inflexión en la que Carmen pudiera presentir sus intenciones. Tiró por la ventanilla el tercer cigarro que había encendido desde que abandonaron el aeropuerto y expulsó el humo con prisa.

—Tardaron demasiado en contestar a mi orden de transferencia. Sentí miedo, empecé a sospechar que me vigilaban, y me marché sin esperar respuesta –el sonido de las bocinas ahogó la última sílaba. Álvaro tamborileaba con los dedos en la palanca de cambio–. Lo siento –musitó.

—¿La cuenta está intervenida?

—No lo sé.

—¿Por qué has permitido que tu marido se marche a Harare?

Le costó responder, quizá ni ella misma sabía los motivos, y cuando lo hizo sonó totalmente fuera de contexto.

—Es un buen hombre.

—A estas alturas resulta demasiado simple escudar nuestras decisiones en que somos buenos o malos, ¿no crees?

—¿Qué vas a hacer? –La pregunta se la ofreció con miedo.

—Enterrar de una vez a los muertos –quitó el seguro de las puertas lanzándole un leve giro de su cabeza–. Márchate.

Se bajó del coche con la misma sensación que tuvo al teclear la clave secreta de la cuenta bancaria en un cibercafé de Zurich. La misma angustia que masticaba cuando salió por la puerta del despacho de Luis Selfa, propietario de la productora de publicidad donde ella trabajaba, después de una reunión totalmente inusual.

—¿Tu marido es el hermano de Alberto Ferrer? –Le preguntó sirviéndole una copa y ajustando una sonrisa.

Era la primera vez que entraba en aquellas oficinas situadas en

un edificio emblemático de la ciudad. Desde allí dirigían el entramado de empresas que la familia Selfa disponía dentro y fuera del país. Un mapa de sociedades interpuestas difícil de desentrañar.

—Sí, Alberto es… –dudó una respuesta tan sencilla al no comprender la relación que existía entre Alberto y su jefe– es… mi cuñado.

—Te presento a mi hijo, Álvaro. Le gustaría hablar un rato contigo y me ha pedido que te llamara.

Hasta aquella mañana, su relación con Luis Selfa se limitaba a intercambiar algún saludo en los ascensores de la productora, cuando coincidían en un viaje tan corto como embarazoso.

—Encantado –Álvaro le estrechó la mano con delicadeza y después le arrimó una silla contrayendo los labios con amabilidad–. Siéntate, por favor. Alberto y yo trabajamos juntos hace años en Harare. ¿Te habrá hablado de mí?

—No, me temo que no.

—Es igual. Te he hecho venir porque queremos ayudarte.

Le extrañaba tanto aquel comportamiento que abrió la boca sin llegar a emitir sonidos equivalentes a una palabra. Había acudido a la reunión calibrando la posibilidad de que iban a felicitarla por algún trabajo, incluso a recibir un ascenso, y se encontraba manteniendo una conversación sobre Alberto que no era capaz de comprender.

—A ti, y a tu marido –puntualizó Álvaro con una sonrisa perfecta.

Llegó al portal de casa y decidió subir por las escaleras, en lugar de coger el ascensor, enredada en la desesperación de unos días que consideraba inapropiados, aferrándose a un pasado con el que ya no podía ni deseaba fabular. El nombre de Alberto penetraba con dolor en sus huesos. Cuando la vida nos sitúa al borde de ciertos acantilados, resulta difícil encontrar un camino que nos deposite en la cordura.

En la puerta, sentado en los primeros escalones, había un señor gordo, con una cicatriz en la mejilla y un pañuelo en la mano. Carmen lo miró con temor.

—¿Es usted Carmen Rojo?

Asintió con un leve movimiento.

—Soy el inspector Ayuso, me gustaría hacerle unas preguntas.

ZIMBABWE

Había visto miles de veces aquellos rostros arrugados, arañados por el dolor y la miseria, pero no pudo evitar sobresaltarse al abrir los ojos y ver uno tan cerca, observándola igual que si fuera un minúsculo objeto de decoración que precisa de un detallado examen antes de ser reparado. La anciana retrocedió unos pasos mientras con las manos le sugería que volviera a tumbarse. Ignoraba donde se encontraba, seguramente habría perdido el conocimiento por la falta de aire. Lo último que recordaba era a Nyathi cubriéndola con su cuerpo. De repente le vino un golpe de tos que le hizo sentir un peso enorme en el pecho.

—*Munofora here?* –Preguntó la mujer con una voz rota que se distanciaba de su cara.

—Sí. *Hongu.* Estoy bien.

Se sentó sobre el jergón para respirar con fuerza y maldecir la torpeza de haberse dejado el Ventolín en el jeep, siempre lo llevaba en el bolsillo del pantalón, ahora necesitaba urgentemente un broncodilatador que apaciguara el ruido de sus pulmones. La única solución era ir a su casa. Se pasó la lengua por los dientes y se detuvo en un grano de tierra que le frustró la idea. También se había dejado el ordenador, y el pasaporte, y las fichas, y…

—¡Mierda! –Masculló con rabia volviendo a toser por el esfuerzo mientras escupía los restos de arena tragada en la caída. Los soldados se habrían apoderado de toda la documentación. Las personas que ordenaron asesinar a Renifa tenían pruebas de que ella sabía lo que estaba ocurriendo, pruebas que relacionaban las intervenciones de la clínica clandestina con los pacientes fallecidos. La anciana le acercó un cuenco con agua.

—*Kunwa, kunwa.*

—*Tatenda.*

Bebió atropelladamente, al ritmo de unas reflexiones que la sobrecogían. La patrulla estaría buscándola por Harare y mantendrían su casa vigilada. Sintió una contracción de miedo arrugándole los párpados que se extendió rápidamente por todo el cuerpo, cientos de agujas remontando por sus venas. Debía huir, llegar cuanto antes a la Embajada de España. ¿Era Donald Berry el hombre que no pudo identificar en la huida? ¿Qué hacía en Mbare?

—Nyathi, *uri kupi,* Nyathi? ¡Busca a Nyathi!

—*A-ri mwana wangu, mwana wangu* –contestó la anciana saliendo de la choza con paso premioso a pesar de la urgencia de Mercedes, que no tardó en incorporarse y en abandonarla tras ella.

Se encontraba en un *kraals*, con una veintena de chozas formando un círculo alrededor del corral de la aldea. A la derecha, un grupo de hombres tallaban máscaras y estatuillas de madera pero no vio a Nyathi. Un ruido llamó su atención. Provenía del interior de una caja de cartón con el logotipo de una marca de café. Se acercó extrañada al comprobar que era un sonido gutural. Dentro de la caja no había sacos con semillas sino un bebé que jugaba en la endeble cuna con las sombras de sus dedos. Mercedes se arrodilló para acariciarle una mejilla demasiado pegada a la mandíbula y el bebé emitió una leve carcajada, una risa fresca, sincera, sin miedo al escaso futuro que le aguardaba tras aquellos cartones grapados. Y ella se dejó acompañar por esos gorjeos hacia unos sentimientos incapaces de admitir que existieran cunas de cartón y de madera, o que las miradas de África carecieran de valor por el simple hecho de que nadie quisiera verlas. Desde el escalofrío que produce la impotencia, sintió que todos sus anhelos se concentraban en ese niño, en miles de niños africanos, en aumentar sus probabilidades de sobrevivir a la ambición de Occidente.

Comenzó a dibujar pequeños círculos en la arena, círculos concéntricos, que la ayudaban a meditar en busca de una razón para abandonar Zimbabwe, a parte de la imperiosa necesidad de sobrevivir; lamentablemente no la encontró, a ella no la esperaba nadie, salvo la mirada evocadora de Ingrid Bergman en el póster de *Casablanca* pegado en la pared con celo. Pensó que solo necesitan huir quienes han dejado atrás una historia sin completar, y allí, de rodillas, al contacto de aquella dulce mejilla, reconoció que su historia ya estaba escrita por manos idénticas a las de aquel bebé que jugaba con la inocente sombra de sus dedos.

—*Munodo chii?* –Preguntó Nyathi ayudándola a levantarse. Iba acompañado por su madre, la anciana de voz cavernosa–. *Amai vangu* –se la presentó a Mercedes con una inclinación respetuosa–, dice quieres verme.

—*Kanjan,* Nyathi –lo saludó con el tono aún carcomido por las emociones y el asma– ¿Dónde estamos?

—En *kraals* familia, cerca Mbare. *Munofora here?*

—No, no estoy bien, pero necesito que me lleves a Harare.

—Peligroso. Soldados buscan. *Sei?*

Dudó en confesarle lo que ocurría, pero no podía permitirse el lujo de perder más tiempo con medias verdades. Necesitaba el

broncodilatador, y recuperar las fichas, y encontrar a alguien que pudiera ayudarla a esclarecer las mentiras.

—Porque tengo pruebas de quién está matando a tu pueblo, a Ngalew, tu hijo, a Renifa, a…

—Ngalew asesinó médico. Nyaminyami hizo justicia.

—No, los culpables siguen haciéndolo desde una clínica de Harare. Y debemos impedir que continúen cometiendo crímenes. Debemos impedir que asesinen a más gente inocente.

Nyathi cogió un puñado de tierra aplastando con fuerza los granos de arena roja contra su palma.

—*Mukura*, es color de tierra. *Mukura* es color de nuestro sufrimiento.

—Si no me ayudas lo haré sola. Indícame en qué dirección debo ir para volver a la ciudad.

HOTEL MEIKLES

HARARE

Desde la habitación, Christine Fellow, observaba entusiasmada el colorido de los puestos de flores de African Unity Square. Los árboles del jardín trazaban líneas rectas partiendo de los ángulos del cuadrado de la plaza hasta confluir en un círculo central, acentuando el encanto de una fuente de múltiples chorros que servía de punto de encuentro.

—John, ¿y la cámara? ¿Dónde está la cámara?

—No lo sé. En el bolso de mano, supongo –contestó mecánicamente, demostrando una total falta de interés por el artilugio–. Tom, Tom. Tom ¿puedes escucharme?

La comunicación con Londres era especialmente difícil aquella tarde. La conversación que intentaba mantener con su cuñado se entrecortaba haciéndola incomprensible.

—Quiero sacar unas fotos de los vendedores.

—Bien –cortó la llamada y volvió a marcar el número sentándose en uno de los sillones enfrentados a la chimenea de la suite Imperial–. Tom, ¿me oyes ahora?

—¿Cuándo vamos a ir a la galería?

—Dame un segundo, Chistine. Tom, Tom…

—¿Vendrá Robert a buscarnos?

—Por supuesto. Tom, necesito saber si… –las interferencias le interrumpieron de nuevo y lanzó airado el móvil contra uno de los sillones– ¡Maldita sea!

Christine disparó un par de fotos antes de acudir a calmarle con un beso ligero de intenciones.

—Tranquilo, Sttudy.

—No consigo hablar con Tom y es importante.

—¿Por qué no lo llamas desde el teléfono de la habitación?

No era partidario de mantener determinadas conversaciones privadas a través del teléfono de los hoteles. Se hizo un silencio obvio que rápidamente fue ocultado por el sonido del disparador de la cámara.

—¡Me encanta esa plaza! Fíjate, entre las copas de los árboles puedo ver la torre de la Catedral Anglicana.

John se dirigió a la mesa del teléfono y apartó una cesta de

frutas y una botella de champagñe que la dirección del hotel había dejado como obsequio de bienvenida. Cuando comenzaba a marcar los interminables números de los prefijos internacionales alguien llamó a la puerta.

—Cariño, están…

—¿Te importaría abrir, Sttudy? –Se adelantó a su petición con un tono seductor, sin abandonar su actividad fotográfica–. Estoy ocupada.

Colgó el auricular soltando un bufido de infinita paciencia.

—Antes de ir a la galería quiero sacarles unos primeros planos, ¿crees que me lo permitirán?

—Si les pagas.

Esas tres palabras, exentas de intención a simple vista pero pronunciadas con evidente mordacidad debido a los nervios del momento, resumían la filosofía de John Sttudmayer. Cualquier ambición que tuvieras en la vida podrías conseguirla gracias al dinero. El dinero formaba la base piramidal que sustentaba sus ideales, su vida, y aunque él se negara a reconocerlo, también sustentaba su amor. De ahí el afán invertido en amasar una fortuna que le concediera los caprichos y lujos necesarios para sentirse realizado consigo mismo. De ahí también, la exasperación por no conseguir hablar con Tom Hirch e informarse de si el Lloyd's Bank había reaccionado a la llamada de George Pentleton para concederle el crédito que le permitiría seguir viviendo de forma ostentosa. Detrás de la puerta aguardaba Robert Fellow.

—Hola, Robert.

—John –apuraron un saludo rápido por el grito infantil de Christine al ver a su hermano.

—¡Bobby! ¡Bobby! –Exclamó tirando la cámara junto al móvil de John y corriendo hasta él para echarse en sus brazos–. Dame un beso, dame un beso –saltó a horcajadas sobre su cintura, entre risotadas y giros alegres– ¿Cuánto hace que no nos vemos?

—Desde las última navidades.

—Juraría que hacía más tiempo. ¡Qué guapo estás! Cuéntame, ¿has encontrado las piedras que te pedí? ¿Vamos a ir a la galería? ¿No te harán trabajar mucho en esa ONG?

John intentó aislarse de la torrencial conversación y se separó unos metros para marcar de nuevo el número de Tom esperando que esta vez no fallara la línea.

—Mira, te he traído un catálogo de la galería.

Robert sacó del bolso un díptico con una fotografía en la portada

de unas rocas que parecían balancearse en el aire. Christine se lo arrebató con su habitual incontinencia.

—¿Quién expone?

—Fanizani Akuda, Lazarus Takawira, Rangarirai Makunde…

—¡Dios! ¿Has visto? –Le señaló la escultura abstracta de una mujer doblada por el dolor tallada en piedra serpentina–. Es pura sinceridad. Podrían haberla firmado Picasso o Henry Moore.

—Sí, es muy interesante.

—¿Interesante? –Soltó una carcajada corta, sarcástica–. Bobby, aquí nació el arte, el mundo. Los diez escultores más importantes del momento proceden de Zimbabwe, y todos trabajan esta piedra. Tienes más arrugas –dijo cambiando el énfasis y encogiendo la nariz. Después le alisó con un dedo la parte orbicular de los ojos—. Has tomado demasiado sol –la piel lechosa de Robert estaba enrojecida.

—No, no he tomado el sol, es que adoro ir de cacería, y ahí no puedes evitar que el sol te…

—Es verdad, ¿qué tal las cacerías? –No le dejó terminar.

—Impresionante, Chris, deberías venir con más tiempo para poder organizar una. Te encantaría.

—¿Has oído, John? Bobby quiere que hagamos una cacería. ¿Nos dará tiempo en este viaje?

—Sí, sí. Por supuesto –respondió con amabilidad para apartarse de la conversación–. Tom, no sé qué le ocurre al móvil, te estoy llamando desde el teléfono del hotel, ¿has conseguido hablar con ellos?

La voz de Tom llegaba ahora con claridad.

—Sí, pero no ha servido de nada.

—¿Qué quieres decir?

—El expediente sigue archivado. Y según me han comunicado no será sencillo que revoquen su decisión.

John Sttudmayer se mordió el labio inferior hasta hacerse daño para contener la rabia.

—¡Viejo avaricioso!

—¿Vas a decirle algo a Pentleton?

—Sí, voy a ir a verle. Escucha, estamos en la suite Imperial, cualquier novedad que surja avísame, a la hora que sea –no le dejó margen para que se despidiera, colgó el teléfono con la mirada fija en Christine que se estaba poniendo un sombrero de explorador.

—Venga, Sttudy, nos vamos a la galería.

—Cariño, ha surgido un imprevisto.

La muchacha se quitó el salacot con un gesto demasiado infantil

para tomarse en serio su enfado.

—No, no –continuó John para anticiparse a sus protestas–. Yo tengo que acudir a la clínica para solventar un problema de última hora, pero puedes ir con Robert y luego nos vemos los tres en el restaurante del hotel para cenar juntos. ¿Qué te parece? ¿Es un buen plan?

—¿Bobby? –Remitió la pregunta a su hermano con mimo, deseando que dispusiera de tiempo para acompañarla.

—Soy todo tuyo –le contestó tensionando las arrugas enrojecidas.

—¿A qué esperamos? –Besó a John en la frente y salieron de la habitación entre risas y más preguntas–. Pero no cenaremos en el hotel, Sttudy, dile al recepcionista que nos reserve una mesa en el Regency. Me tienes que contar qué haces en la ONG ¿Puedo ir a verla? ¿Tienes secretaria?

Sttudmayer encendió un cigarrillo mientras abría el mueble bar de la habitación. Necesitaba una copa antes de enfrentarse a George Pentleton. Entre algunas cervezas nacionales y *whiskys* de importación encontró un botellín de Sapphire. No había llamado a Cecile para decirle que ya se encontraba en Harare. La ginebra estaba caliente pero no le apetecía sacar hielo. Si la línea del móvil seguía con interferencias la conversación con su esposa sería corta. Esa idea lo animó.

XIII

HARARE

Rodearon la manzana por Second Street hasta llegar a una cafetería que estaba enfrente de High Court. Era un local decorado con motivos africanos; del techo colgaban unos ventiladores de aspas cansinas que no lograban agitar ni la paja de los artesonados. A esa hora no había más de tres o cuatro clientes sujetándose la cabeza en una barra estrecha y de forma irregular. Los mosquitos oteaban la zona con un zumbido similar a los helicópteros.

—¿Le apetece una cerveza?

—No, gracias, prefiero un café, doble, descafeinado de máquina, con hielo y dos azucarillos, si eso es posible.

—Es posible si consigo acordarme de todo –respondió Alejandro con un gesto divertido que alargó inconscientemente su nariz. Javier se sentó a esperarle en uno de los sillones de mimbre, observando las lanzas y los escudos de diferentes tribus fijados en las paredes. De un manotazo se cargó dos mosquitos que habían elegido su pierna derecha para aterrizar.

No disponía de mucha información sobre Zimbabwe; apenas había leído un folleto turístico en el avión, donde le indicaban que era un conjunto de altiplanicies entre los ríos Limpopo y Zambeze, con un gran número de reservas naturales que atraían la visita de los turistas europeos. Harare, la capital, antiguamente Salisbury, estaba situada en una importante zona aurífera, y se la consideraba una de las ciudades más modernas de África. Pero a Javier no le interesaban los datos generales, ni que el clima fuera tropical, ni que el principal atractivo del país no estuviera en las ciudades sino en los parques de Hwange o Matusadona, junto con las cataratas Victoria. A él le interesaba respirar su aire, ese aire denso que le había recibido a su llegada al aeropuerto, ese aire sólido que convenció a Alberto para permanecer en el país hasta su muerte. Por esa razón, nada más llegar a la habitación del hotel, dejó la maleta encima de la cama sin molestarse en deshacerla y se echó a la calle siguiendo las instrucciones de la recepcionista. Carmen, a través de la agencia de viajes, le había recomendado el hotel Holiday Inn Harare por encontrarse a escasas manzanas de las

oficinas de la ONG. Bajó por Samora Machel Avenue sorprendido por las frondosas jacarandás que ensombrecían las aceras con sus espesas ramas punteadas de flores violáceas. Era una avenida amplia, de tres carriles por sentido que apenas eran ocupados por el escaso tráfico.

En la total desinformación que la mayoría de los occidentales poseen de una ciudad africana, esperaba encontrarse un terreno árido, con personas dolientes y moscas devoradoras de legañas aposentadas en los tiernos ojos de los niños; su ignorancia se estrelló contra los rostros alegres que se iban cruzando en el camino, contra los flamboyanes de la mediana y contra la ausencia de tragedia que apreciaba en las calles. ¿Dónde habían escondido a la gente enferma de los documentales? Quizá, el único detalle que llamó su atención, fue comprobar que la mayoría de las mujeres que paseaban por la calle, llevaban el bolso anudado en el brazo o apoyado con fuerza sobre su cuerpo. No tardó en llegar a Third Street.

—Buenas tardes, quería ver a Mercedes Espert.

—No está, lo siento.

Le atendió un muchacho flaco, con los ojos saltones y la mandíbula retraída.

—¿Y el director? ¿Robert Fellow?

—Tampoco.

Pudo comprobar que no solo era parco en palabras porque se dio media vuelta y continuó con su actividad.

—Perdone, necesito hablar con ellos.

—Bien, vuelva mañana –le sugirió con desgana, sin dedicarle más atención.

—¿Mañana? Acabo de llegar de España.

El chico lo miró con un imperceptible movimiento de hombros, tal vez porque no sabía dónde estaba ese país o seguramente porque ignoraba que fuera un país; el caso es que no comprendía que la razón que había escuchado fuera tan poderosa como para no volver al día siguiente.

Javier comenzó a impacientarse. ¿Y si no conseguía ver a Mercedes Espert? ¿Y si había hecho el viaje en balde? Quizá en África un asesinato sea un hecho habitual porque horas más tarde siempre surge otro crimen más devastador que borra de la memoria el nombre de la primera víctima, relegándolo a un dato estadístico incapaz de alterar los sentimientos.

—He llamado a Mercedes a su móvil pero lo tiene apagado o fuera de cobertura. ¿No podría decirme el modo de contactar con

ella? Por favor.

El muchacho le clavó el mismo movimiento de hombros, apático, indiferente.

—Oiga, ¿hay alguien más en la oficina que me pueda atender?

—No.

La falta de colaboración le hizo reflexionar sobre la frontera que marca un mostrador entre dos personas, ese obstáculo, en ocasiones minúsculo, activa la desidia del encargado de solucionar tus problemas, ya sea un funcionario español o un colaborador nativo de una ONG en Zimbabwe.

—Soy el hermano de Alberto Ferrer –dijo con cierta indignación, deseando que ese nombre fuera el arma precisa para derribar la gran muralla china que suponía el mostrador. Y no se equivocó. Al oírlo, la mandíbula fue cogiendo algo más de cuerpo según se alejaba hacia uno de los despachos. Un minuto después regresó con otro hombre de mirada más afectuosa pero de nariz desproporcionada.

—Hola, soy Alejandro Aliaga. ¿Es usted el hermano de Alberto? –Le preguntó tendiéndole una mano.

—Sí.

Fue un saludo cálido que le reconfortó agradablemente del desaliento inicial.

—Siento mucho lo que ha ocurrido. Alberto y yo somos co… fuimos compañeros durante muchos años –la corrección apenas había modificado el ritmo de su diálogo–. ¿En qué puedo ayudarle?

—Espero que en mucho. Verá, quería hablar con Mercedes Espert, y visitar la tumba de Alberto.

Notó el desconcierto de Alejandro por la pequeña pausa que hizo mientras se frotaba una mejilla sin rasurar.

—Mercedes no está.

—Lo sé, me lo ha dicho… –señaló con la cabeza al muchacho parco en palabras que se había apartado de ellos para continuar trabajando–. La he llamado bastantes veces a su móvil pero no me contesta.

—¿Sabía ella que usted iba a venir?

—No, no la avisé. Realmente ha sido un viaje improvisado. Pero habrá alguna forma de localizarla y me gustaría…

—No se preocupe –atajó su frase con amabilidad, suavizando una conversación que no lo necesitaba, aunque era conveniente para incluir en ella su siguiente comentario–. Intentaré localizar a Mercedes y se pondrá en contacto con usted. Lamentablemente lo que no podrá hacer es visitar la tumba de Alberto, su hermano fue

incinerado.

La sorpresa que acudió a los ojos de Javier no fue motivada por su desacuerdo con la incineración, sino porque jamás le había comunicado a Antonio qué deseaba hacer con el cadáver de su hermano. Ese olvido, propiciado por los acontecimientos, arrancó de su garganta un leve quejido, un reproche hostil hacia su pasión por la rubia desgalichada, por las cartas, por perderse en el hallazgo de un futuro cuando aún no había enterrado el pasado. Alejandro no supo calibrar la complejidad de su breve lamento.

Dejó el café y la cerveza sobre la mesa de cristal antes de proferir un largo suspiro quejándose del bochorno. Era una tregua lógica antes de retomar el hilo de la historia que se había quedado enredado en la oficina con el quejido y la necesidad de buscar un lugar más agradable para charlar; el ovillo se desenredó después de que Javier le diera las gracias, fijándose en el desencanto de la cerveza sin espuma que se iba a beber el médico. Ambos se miraron con un gesto de compromiso.

—¿Viene para muchos días?

—Sinceramente, no lo sé.

Aunque leídas a renglón seguido sus palabras podrían resultar incongruentes, dado que hoy en día nadie emprende un viaje desconociendo la fecha de regreso, Javier decía la verdad. No había cerrado el billete de vuelta fabulando con su encuentro con Mercedes Espert. A pesar de estar convencido de que ella no era la rubia desgalichada, no quería desterrar de sus ilusiones la posibilidad del error, y quizá, al encontrarse con sus ojos en aquél país huérfano de sentimientos, los suyos no necesitarían más que ese fugaz contacto para no separarse nunca.

Vertió el azúcar en la taza intentando aclarar el gesto extrañado de Alejandro por la ambigüedad de su respuesta.

—Me explicaré, he venido para despedirme de mi hermano, se lo debía, y de paso para charlar con Mercedes. Cuando hablé con ella desde Madrid, por la herencia ya sabe…

Aceleró el movimiento de la cucharilla mientras pensaba en salir de aquella frase inoportuna que le reveló, por la cara de perplejidad que compuso el médico al escucharle, que Mercedes no le había contado nada sobre la herencia de Alberto.

—Es igual, cuando hablé con ella por teléfono quedamos en que tomaríamos un café con tranquilidad si algún día nos veíamos –continuó soltando la cucharilla para espantar la amenaza de otro mosquito motorizado.

—¿No se conocen?

—No, sí… bueno, de oídas. A ella, Alberto, le hablaba mucho de mí, y por supuesto a mí me hablaba de ella. Digamos que nos conocemos aunque nunca nos hayamos visto en persona.

—Entiendo.

De un trago se bebió media cerveza ahorrándose el gesto de limpiarse la espuma con una servilleta de papel. Los hielos del vaso se derritieron al primer contacto con el café dejándolo simplemente tibio.

—Mercedes se fue esta mañana a visitar a una empleada…

—¿A Kariba? –Le cortó preocupado por la distancia.

—No, no, aquí en Harare. Esta noche le diré que lo llame, ¿supongo que tiene su teléfono?

—Sí, bueno, supongo.

—¿En qué hotel se aloja por si acaso?

—En el Holiday Inn, está muy cerca de…

—Sí, lo conozco –carraspeó con suavidad–. Mercedes se encargó personalmente de recoger las cenizas de Alberto.

—Le quería mucho –añadió apartando el vaso con el café aguado. No le apetecía bebérselo–. Para ella fue un golpe muy duro.

—Para todos fue duro –remarcó la frase con un énfasis especial, sin querer figurar de comparsa en el dolor provocado por el asesinato–. Todos éramos compañeros suyos.

—Sí, lo comprendo, pero ella…

—¿Sí?

—Mercedes era…

De nuevo se sintió incómodo en una pausa forzada para analizar los matices que ignoraba Alejandro. Los secretos de su hermano volvían a abrirse en un abanico de recelos e inseguridades; varillas de tela que esconden intenciones y verdades en cada pliegue, en cada golpe de aire que impele tus temores. Al principio ocultaron su relación, puesto que Álvaro solo la presumía, pero ¿era posible que alguien tan cercano a ellos durante años ignorara sus sentimientos? Salvo que ese doctor tan simpático, que le apuntaba con una nariz desmesurada aguardando el final de los puntos suspensivos, no fuera exactamente la persona idónea para hacerle partícipe de esa clase de confidencias.

—¿Puedo fumar?

—¿Quiere suicidarse?

—¿Perdón?

—Que soy médico y no se lo recomiendo –dijo amparándose en una media sonrisa–. Sí, claro que puede. Si sus pulmones se lo

permiten puede envenenarse. Era una broma.

—Gracias.

Los ramilletes anaranjados de los flamboyanes, que se ofrecían a través de la cristalera, supusieron un alivio mientras buscaba las palabras adecuadas encendiendo un cigarrillo. Un mosquito se posó en el borde del vaso esperando que diera una calada para atacar. Javier soltó un bufido expeliendo el humo.

—Le conviene comprarse una loción anti-mosquitos.

—Gracias. ¿De que estábamos hablando?

—De Mercedes.

—Ah, sí –dio otra calada y esperó para hablar hasta que terminó de expulsar el humo–. Quería decir que ella es una mujer muy sensible.

—Cuando ocurre una tragedia como la de Alberto, no es cuestión de sensibilidades, sino de humanidad –giró la cabeza hacia la calle, buscando el punto donde Javier mantenía clavados los ojos–. Le gustan los flamboyanes –afirmó.

—Eh… –tardó en reaccionar por lo inesperado del comentario– sí, sí me gustan. Si le soy sincero no esperaba encontrar una ciudad tan verde y con la gente sonriendo por la calle.

—Está usted en el centro de Harare, la verdadera África no la encontrará aquí, pero está muy cerca, demasiado. No necesita ir a los poblados, le bastará con andar un par de kilómetros en cualquier dirección y se dará de bruces con ella. Le aseguro que la realidad es más dramática que la que ha visto en los documentales.

MADRID

Le ofreció algo de beber y Ayuso rehusó con amabilidad al tiempo que aceptaba sentarse en un sofá que había dejado atrás sus mejores días. Carmen permaneció de pie, apoyada en la mesa del comedor con los brazos cruzados y la mirada fija en el inspector, animándole a que la visita oficial no se prolongara demasiado.

—Siento presentarme de esta manera, debí llamarla antes de venir. Imagino que su marido le habrá puesto al corriente.

—Sí, me contó lo que supuestamente había hecho Alberto y que usted lo estaba investigando.

—Un asunto feo –musitó moviendo negativamente la cabeza mientras doblaba el pañuelo y se lo guardaba en el bolsillo de la chaqueta– ¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—¿La última vez?… pues si no recuerdo mal… –refugió la mirada en los visillos blancos intentando hacer memoria. Su color se había oscurecido, no les vendría mal un viaje por la lavadora– creo que fue cuando murió su padre. Alberto vino al entierro, de forma precipitada, puede imaginarse.

—¿Conoce a Álvaro Selfa?

—¿Álvaro Selfa? –Silabeó un nombre que hubiera preferido ignorar–. Sí, creo que coincidimos en una reunión de la productora. Es el hijo del dueño de mi empresa, Luis Selfa.

—¿Sabe qué relación mantenía con su cuñado?

—¿Con Alberto? –Volvió a iniciar su respuesta repitiendo un fragmento implícito en la pregunta–. No.

—Fueron compañeros durante un año en Zimbabwe, en la ONG. ¿No se lo había dicho?

—Si no me lo había dicho ¿quién?

—Alberto.

—Si le soy sincera no lo sé, conmigo no solía hablar nunca de su trabajo. Pudo comentarlo en alguna comida familiar con Javier sin que yo le prestara demasiada atención.

—¿Ha estado alguna vez en el ático de su cuñado?

—No –fue la primera vez que contestó sin ambages.

Ayuso se frotó con suavidad la cicatriz dándole un margen para que continuara.

—Javier me contó que había heredado ese piso de su hermano, y a los dos nos sorprendió que Alberto hubiera podido comprarse un

dúplex tan lujoso, pero nunca estuvimos al corriente del dinero que ganaba.

—Ese dúplex pertenecía a una inmobiliaria Álvasel, S.A. empresa que, por alguna razón que todavía desconocemos, se lo vendió a su cuñado en octubre del año 2000.

—Las inmobiliarias se dedican a vender pisos, ¿no?

—Sí, lo extraño es el precio que figura en la escritura: cinco millones, de las antiguas pesetas– aclaró sin emplear ningún tono–, casi podríamos decir que fue un regalo. O un favor.

—Sin duda. ¿Seguro que no le apetece beber algo? ¿Un refresco o…?

—Bueno, si es tan amable, un vaso de agua.

Se dirigió a la cocina mientras Ayuso se quedaba observando con atención una foto que tenían colocada en el mueble. Javier estaba situado a la izquierda, soltando una carcajada, y sujetaba de forma extraña la espalda de Carmen, que se caía encima de él, al tiempo que sonreía divertida por una mueca de Alberto hacia la cámara con la barbilla apoyada en su hombro.

—¡Bonita foto! –Levantó la voz para que le oyera desde la cocina.

—Gracias –dejó correr el agua apoyando la frente en el armario superior–. Nos la sacó su padre, en navidades.

Los hombros se le hundieron incapaces de soportar la tensión. A veces los secretos son más pesados que los fracasos. Debía concentrarse y no cometer ningún fallo en las respuestas para que no se alargara innecesariamente el interrogatorio. Cogió un vaso y lo llenó hasta el borde.

—¿Se encuentra bien?

Carmen pegó un respingo y a punto estuvo de soltar el vaso.

—Perdone, no quería asustarla.

Ayuso estaba en la puerta de la cocina con la fotografía en las manos.

—No es nada, me ha sorprendido porque creí que seguía en el salón. Tenga –le entregó el vaso derramando unas gotas por la rapidez del movimiento.

—Gracias. Es que no la he entendido, ¿me ha dicho que se la sacó su padre en navidades?

—Sí.

—Ya. Están los tres en bañador, sentados en un jardín y… –señaló el lateral derecho– ¿Esto no es el borde de una piscina?

Carmen miró con atención la fotografía y añadió a su cara un

recuerdo de cariño.

—Pensaba que hablaba de la que estamos los tres vestidos de Papá Noel. Esta es un montaje que hice yo, con el Photoshop, de unas vacaciones que pasamos juntos. En realidad nunca posamos así, lo hice con fotos diferentes pero a Javier le gustó y la colocó en ese marco.

—Es una foto simpática –se bebió el vaso de un trago antes de dejarlo sobre la encimera–. ¿Usted o Javier han tenido alguna vez tratos con esa empresa? ¿Con la inmobiliaria?

—Que yo sepa no. Esta casa se la compramos a un particular.

—¿Y el apartamento de la playa?

—Es una herencia de los padres de Javier y de Alberto. Yo nunca he sabido el nombre de la constructora, tendría que buscar las escrituras. Se le podrá decir mi marido, es quien lleva todo los asuntos de… bueno, cuando vuelva de Zimbabwe…

—No es necesario, ya lo mirarán mis hombres en el registro de la propiedad. Lo que me pregunto es: ¿Qué clase de favores le debía Álvaro Selfa a su cuñado para regalarle el ático?

—¿Álvaro? –Repitió con asombro, sin comprender la relación de la pregunta.

—Ah, no le había dicho que el propietario de la inmobiliaria que le vendió el ático es Álvaro Selfa.

—No.

—Disculpe. Por cierto, quiero que sepa, porque veo que está usted preocupada por su marido y es lógico, que intenté convencer a Javier para que no emprendiera el viaje a Zimbabwe.

—Se lo agradezco.

—Le advertí que era un peligro innecesario. Pero debe reconocer que su marido es muy terco.

—Estaba muy unido a su hermano, lo admiraba.

—¿Y usted?

—¿Yo? –Inició un gesto que se atrancó a medio camino–. Yo también lo quería. Alberto era un hombre que hacia la vida feliz a su alrededor. Un triunfador que no presumía de sus triunfos. Javier siempre necesitaba su aprobación, y ahora se ha quedado solo.

—La tiene a usted.

—Sí, claro. Me tiene a mí –Carmen tragó saliva aguantando con firmeza la mirada inquisitorial del inspector, sus ojos no reflejaron el temor que ocupaba su mente–. ¿Desea algo más?

—¿Usted sabe si Alberto tenía una amante?

El inspector señaló su rostro en la foto y Carmen le contestó recreándose en el guiño gracioso de su cuñado.

—No, él jamás nos hablaba de sus sentimientos. Siempre fue un hombre muy reservado.

—Mucho, eso indica que no era excesivamente feliz –chasqueó los labios y se dirigió hacia la puerta dando por terminada la visita–. Ya me dijo Javier que el fin de semana pasado estuvo usted en Turquía.

—Sí, en la Capadocia. Fui a supervisar el rodaje de un spot que realizaba la productora.

—Un lugar precioso, yo estuve hace años, incluso me bañé en una especie de piscinas naturales muy frecuentadas por Nerón, según nos contaron, vaya usted a saber. La pena fue el vuelo.

—¿Por qué? ¿Viajó en un charter?

—Exacto, un chárter, y hacía escala en Zurich. ¿A usted le ha pasado lo mismo?

—Sí, mi avión hizo escala en Zurich.

—Una incomodidad, demasiadas horas perdidas subiendo y bajando de aviones. Bueno, muchas gracias por su colaboración. Si se acuerda de algún dato que nos pueda servir en la investigación, llámeme.

—De acuerdo.

Sucedió en un instante, cerró la puerta y el ruido seco contra el marco la hizo vacilar, derrumbarse bajo el ensordecedor aleteo de cientos de pájaros heridos que zumbaba en sus oídos como preludio de un final impensable. Cayó de rodillas y lloró. Nunca se había sentido tan sola.

CLÍNICA DE ALSSOTT BRENNAN INGHEN

HARARE

Se sentó en el sillón observando el haz de luz que caía perpendicular sobre la cama y rozaba el rostro apergaminado de George Pentleton. Odiaba a ese hombre de piel amarillenta y párpados caídos que, desde el castillo inexpugnable de su fortuna, pretendía manejar el destino de los demás olvidándose de que el suyo ya tenía inscrita una fecha de caducidad. Aguzó el oído para escuchar su respiración, una respiración gastada, tan deteriorada por los años que reclamaba con su lentitud un retiro definitivo.

Seis millones de libras. Esa era la cantidad por la que John Sttudmayer estaba dispuesto a armarse de paciencia. Las malas inversiones y la quiebra de Lehman Brothers, le habían obligado a hipotecar sus propiedades para continuar con el ritmo de vida actual. Seis millones de libras. Si no conseguía ese crédito ejecutarían las órdenes de embargo y sería el primer Sttudmayer que tendría que vivir de la caridad pública. El pánico, por la humillación que significaría semejante desgracia para su familia, le hinchó las venas de la frente y tuvo que clavarse las uñas en una palma enrojecida para no saltar sobre aquel despojo y acabar el trabajo que la vida ya había iniciado.

—George –musitó conteniendo su rabia–. George. ¡George! –Repitió a voz en grito golpeándole un pie que abultaba la parte baja de la sábana.

Pentleton se despertó sobresaltado, mirando con alienación a su alrededor.

—¿Has hablado con el Lloyds Bank? –Le espetó sin permitir que retomara una posición digna en la cama.

—¿Mm?

—Lloyds Bank –ralentizó las sílabas como si le hubieran enquistado en la lengua.

—¿Qué? –Durante unos segundos parpadeó aleatoriamente sin decidirse a dejar los ojos abiertos o cerrados.

—Escucha, George. Continúan sin concederme el crédito y el tiempo juega en nuestra contra.

—Llamé al director antes de emprender el viaje.

—Pues el director no se ha dado por aludido y eso representa un ligero contratiempo –hizo una pausa antes de continuar–. Sobre todo para ti.

—¿Qué es lo que estás… qué quieres decir? –La pregunta no le salió ordenada al notar cierta amenaza en sus palabras.

—Tu reloj biológico está a punto de pararse y necesitamos hacer el trasplante lo antes posible.

—Pues hazlo ya, para eso he venido hasta aquí.

—George –dejó que una sonrisa irónica fluctuara mientras pronunciaba el nombre con una exquisita dicción–. No lo entiendes, o lo que es peor, no lo quieres entender. Si no hay crédito, no hay hígado.

Pentlenton intentó incorporarse en la cama sin conseguirlo. La indignación había aumentado el temblor de sus manos.

—¿Estás diciendo que por ese dinero vas a permitir que muera?

—Esa pregunta deberías hacérsela al director del banco, o a ti mismo. Siempre has valorado mucho tu vida. Hicimos un pacto, yo cumpliré mi parte cuando tú cumplas la tuya.

Donald Berry golpeó en la puerta de la habitación al ver llegar por el pasillo de la planta a James Pentleton acompañado del doctor Greene. Después se giró hacia la enfermera que estaba en el control enarcando las cejas con disimulo.

—Hola, John, ¿cómo estás? –Saludó James al entrar.

No tendría más de cuarenta años pero el exceso de gomina en el pelo le restaba elegancia, pensó Sttudmayer mientras estrechaba con afabilidad su mano.

—Bien, me alegro de verte. Por lo que veo sigues haciendo deporte.

—Sí. Ya me ha dicho el doctor que han encontrado a un donante compatible con papá –su voz rayaba la euforia.

—Una buena noticia, ¿verdad, George?

Pentleton apenas acusó la información con un tic en la ojera derecha.

—Y que mañana mismo podrán operarlo –añadió James ilusionado.

—Mañana quizá sea un poco precipitado, aún nos movemos en los márgenes de tiempo –le dio unos golpecitos cariñosos en la espalda–. Si me disculpas un segundo, tengo que hablar de ciertos asuntos con el doctor Green.

—Ya, pero… todo va a salir bien, ¿no?

—Por supuesto, James, no debes preocuparte. Tu padre es fuerte y ahora todo está en sus manos.

Nada más salir al pasillo de la planta, John Sttudmayer barrió los rasgos de amabilidad en los que se había apoyado durante la conversación con el hijo de Pentleton.

—Paraliza la operación –ordenó después de aspirar con profundidad.

—¿Qué?

—No se hará esa intervención hasta que yo la apruebe.

El doctor Green no consiguió frenar el descenso de su mandíbula hasta quedarse con la boca abierta.

—John, si no la realizamos mañana el paciente puede morir.

—Es un riesgo asumible –dio por zanjada la conversación mientras le hacía una señal a Donald para que le acompañara hacia la salida de la clínica. Su jefe de seguridad siguió sus pasos igual que un perrito faldero–. ¿Cómo va el traslado de la infraestructura a Mozambique? –Le preguntó cuando vio que se situaba a su altura.

—Hemos encontrado un viejo hospital colonial en una zona retirada, es interesante. Estamos negociando su compra; el inconveniente es que allí el gobierno no es tan asequible como el de Mugabe.

—Ocúpate de que no haya problemas y ya me encargaré yo de negociar con el gobierno. ¿Algo más?

—El hermano de Alberto Ferrer ha venido a Harare para hablar con Mercedes, la enfermera –aclaró–. Ha visitado la ONG esta tarde.

John expulsó un suspiro, tardío quizá para entenderlo a modo de respuesta.

—¿Qué hacemos?

—Donald, en Londres te regalé un paraguas para que este asunto no nos salpicara. Utilízalo aquí para que no te queme el sol –abrió la puerta del coche y se metió dentro con rapidez. Después bajó la ventanilla–. Tengo la sensación de que viniendo a este país el hermano del médico te lo ha puesto fácil, ¿no crees? Acaba de una vez con ese asunto. Vamos al Regency –el chófer arrancó el motor y enfilaron Kaguvi Street en dirección al restaurante.

HARARE

Nyathi abrió la ventana del salón y acercó la silla en donde estaba sentada Mercedes mendigando una porción de aire nocturno. Cientos de puntitos blancos relampagueaban alrededor de sus pupilas dilatadas, mientras analizaba las reticencias de Alejandro a creer en las actividades criminales de la clínica privada, a creer que Donald Berry fuera el instigador de un plan para asesinar a Renifa. Plan que la incluía a ella entre los objetivos. Sintió algo parecido a una brisa y se agarró a ella con desesperación, al tiempo que erguía la cabeza hasta apoyarla en el respaldo de la silla. Nyathi vigilaba sus recuerdos con prudencia.

El trayecto desde Mbare hasta el edificio de apartamentos, donde también vivía Alejandro, había resultado bastante complicado. Sin saber a ciencia cierta la identidad de sus perseguidores, no les quedaba más remedio que esconderse de todos los militares o policías que pudieran encontrarse. La sola presencia de un camión del ejército aparcado, les obligaba a huir a golpe de aliento, a mezclarse en las sombras y a agazaparse en cunetas o en casas desvencijadas. Decidieron evitar las calles principales de Harare y dando un rodeo por la zona Este, cortaron en diagonal hacia el centro. Mercedes se había vestido con ropas de mujer shona, cubriéndose con velos de las curiosidades extrañas. Pero fue allí, al llegar al apartamento de Alejandro, donde observó con temor el sobresalto de la mirada que su compañero proyectó sobre Nyathi cuando les abrió la puerta y aún ignoraba que era ella quien se escondía bajo los velos prestados. Fue allí, donde de nuevo el asma comenzó a asediarla por las dudas de hacer partícipe al médico de la trama de operaciones clandestinas. Pero Alejandro era la única persona de la ONG en quien podía confiar, y esa certeza la empujó a desechar cualquier recelo y a tirarse en picado; comenzó a hablarle a borbotones por culpa de una asfixia que iba mordiendo sus palabras según aumentaba la incredulidad del médico; agotándose por el esfuerzo de hacer verosímil una historia que ya sonaba estridente al salir de sus labios.

—Es imposible, Mercedes, ¿de verdad piensas que algún compañero nuestro se ha prestado a ese juego? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Eres un ingenuo. Por dinero –la voz le salía pesada, espesa.

—Por dinero se habrían quedado en sus países ejerciendo su profesión. No tiene sentido, no tiene…

—Te estoy hablando de "mucho" dinero –subrayó el adjetivo con el mayor énfasis de la frase, empleando las pocas fuerzas que le quedaban–. No te hablo del sueldo que ganaría cualquier médico en España. ¿Qué más pruebas quieres? Las fichas, la muerte de Ngalew, el asesinato de Renifa, mi persecución…

Dejó la boca abierta sin emitir más ruido, el ronquido de sus pulmones le impedía seguir hablando. Se tuvo que sentar, en esa silla de enea que Nyathi acercaría luego a la ventana, mientras Alejandro bajaba precipitadamente a su apartamento para recoger un broncodilatador que le permitiera continuar con la trama. Y en esa espera afligida se encontraba, boqueando aires y sospechas contradictorias, repasando miradas equívocas y miedos contrastados.

—Nyathi quedar contigo –susurró cuando ya estaban solos–. Tú no fiar de médico.

Mercedes, con la cabeza hundida en el pecho, esbozo un intento de caricia sobre la mano áspera que le limpiaba el sudor.

—Nyathi quedar contigo.

Sintió que la levantaba y que una ligera brisa penetraba en el salón.

—*Ndine urombo*.

Alejandro no tardó en aparecer con el inhalador en la mano y un dibujo de perplejidad en el rostro.

—Alguien ha entrado en tu casa y lo ha revuelto todo –dijo mientras ella se abalanzaba sobre el ventolín y lo aplicaba con desesperación a su boca– ¿Qué significa esto? –Se preguntó a sí mismo observándola aspirar con fuerza para introducir la mayor cantidad posible de salbutamol en los pulmones.

—Ya te lo he dicho –contestó con un hilo de voz que no ayudó al médico a desprenderse de las suspicacias.

—Debes marcharte de aquí, volver a España.

—No puedo, tienen mi pasaporte.

—¿A quién se le ocurre ir con el pasaporte en el bolso? ¿¡Estás loca!? –El grito desproporcionado hizo que Nyathi se tensara–. Perdona, Mercedes, no sé, estoy demasiado nervioso.

Realizó unos movimientos afirmativos con la cabeza al tiempo que caminaba angustiado hacia el lado opuesto del salón.

—Lo primero que te dicen cuando vas a un país de riesgo es que debes tener siempre el pasaporte a mano –la alivió poder

pronunciar una frase seguida, con resuello, aunque sentía la saliva oxidada por el sabor amargo del medicamento–. ¿Tú no acudiste a las charlas?

—No. Mañana te llevaré a la embajada.

—Ni hablar –aseguró más pendiente de guardar el inhalador que de ofrecer un tono convincente–. Saben que para salir del país necesito ir a la embajada. Me detendrán antes de llegar.

—Y entonces, ¿qué hacemos?

—No lo sé, pero tengo que recuperar el pasaporte, y el ordenador, y mi teléfono, y las fichas…

—¡Claro! –Gritó cortando su frase–. Por eso el hermano de Alberto me dijo que te había llamado y que no le contestabas.

—¿Quién?

—Javier, ha venido desde Madrid para despedirse de su hermano y charlar contigo.

—No lo conozco.

Alejandro escondió la cara entre sus manos para reflexionar sobre una noche que había nacido vacía, y que lentamente se iba poblando de amenazas y de malos presagios. Nyathi lo miraba imperturbable.

—Vamos a ver. Javier me dijo que no os conocíais personalmente pero que había hablado contigo por teléfono, que habíais quedado en tomar un café si algún día os veíais, incluso insinuó que tu relación con Alberto era algo más que una simple amistad.

—Te juro que no he hablado con el hermano de Alberto en mi vida –se mordió el labio inferior, omitiendo aclarar la historia de una relación que nunca abandonó los límites laborales a pesar de haberlo deseado.

—¡Joder! –Exclamó. Las aletas de su nariz temblaron de indignación– ¿Qué coño está pasando, Mercedes? ¿Quién es ese hombre?

XIV

HOTEL HOLIDAY INN HARARE

Cuando oyó que alguien llamaba con los nudillos a la puerta de su habitación, Javier acababa de dejar una carta de la rubia desgalichada sobre la cama para comprobar por enésima vez si el móvil disponía de cobertura, y asegurarse de que esa no era la causa por la que no recibía ningún mensaje de Mercedes. En la mesa estaba la bandeja con los restos de una cena fría que había pedido al servicio de habitaciones, no le apetecía cenar solo en el restaurante del hotel. Pensó que la llamada era de la camarera que venía a recogerla y decidió ganar tiempo llevando él mismo la bandeja hasta la puerta. Quería continuar leyendo más cartas para relajarse en una espera que se le estaba antojando interminable. La sujetó contra el pecho mientras forzaba la postura y abría con la otra mano. No le dio tiempo ni a levantar la cabeza para ver quién llamaba, recibió un golpe en la cara y cayó de espaldas lanzando al aire la bandeja. Hasta que perdió el conocimiento, oyó un murmullo de voces apresuradas confundiéndose con el estruendo de los platos al estrellarse contra el suelo. Después, un pitido agudo y silencio.

Abril, 2001

Ayer, mientras hacía hueco al dolor de tu ausencia, me quedé un rato en la biblioteca leyendo los títulos de algunos libros. Subí por la escalera de caracol, y fui acariciando los lomos en busca de uno que se adaptara a nosotros, a nuestra historia, que abarcara, en las escasas palabras que lo componen, la imperfección del amor que nos impulsa a esta locura sin la que no podríamos respirar. Los leí apasionados, evocadores, románticos, desconcertantes, rocambolescos. Algunos te hacían innecesaria la lectura porque ya sabías lo que iba a suceder, otros, en cambio, te incitaban a sumergirte en sus páginas, pero ninguno de ellos serviría, y no es que la vanidad me haga creer que, como nosotros, nadie ha sufrido la soledad de los besos ausentes, o ha gritado de felicidad cuando los cuerpos comparten hasta su sombra, sino que el amor, a pesar de pronunciarse siempre con las mismas letras, nunca es igual. Somos nosotros quienes lo hacemos diferente, quienes lo sublimamos o lo vulgarizamos, somos nosotros quienes confiando en un

gesto, que para los demás pasa desapercibido, encontramos un motivo para entregar en otras manos cada uno de nuestros sueños. Por esa razón, toda historia se merece un título, un nombre si quieres, igual que las personas, que la haga distinta a las demás. ¿Cuál sería el nuestro?

Me senté en el sofá decidida a encontrarlo, decidida a bucear en las cualidades de nuestro amor, en los ligeros matices que lo convierten en especial, en maravilloso. Al principio, el recuerdo cercano y abrumador de tu presencia en mi piel, me obligaba a recrearme en lo feliz que soy a tu lado. Después, cuando la soledad se fue adueñando de mis pensamientos, comprendí que la clave de nuestro amor se basa en aceptar sus deficiencias, en aceptar que nunca gozaremos de actos cotidianos, y que por eso debemos aprovechar cada segundo que pasamos juntos como si fuera el primero y el último.

El título surgió solo, cuando pensaba en ti, en cómo podrías expresar en pocas palabras el lugar que ocupo en tu vida. Para ti, Alberto, yo siempre seré: La Amante Imperfecta.

Desde nuestra imperfección,

Te quiero.

La amante imperfecta. Releyó la carta imaginándose las sensaciones que sacudirían a Alberto cuando, desde la culpabilidad de su engaño, comprendiera el amor que era capaz de despertar. Los deseos de conocerla aumentaron proporcionalmente a su admiración por una persona que amaba hasta los defectos de una relación; sin pretender cambiarlos; sin obcecarse en anular las partes negativas que dificultaban su convivencia, simplemente las asumía y se recreaba en ellas con delicadeza, alejándose de la intolerancia que nos impulsa a modelar a nuestra pareja para convertirla en una prolongación de nuestra imagen.

Esa reflexión le impulsó a recordar que muchos matrimonios que él conocía, con el paso de los años, no solo compartían las mismas opiniones, las mismas intransigencias, sino que además, sus rasgos físicos se iban asemejando sorprendentemente hasta responder con gestos idénticos a situaciones similares. Los Fernández, los García, los Asenjo, nadie pensaba en ellos individualmente porque carecían de personalidad propia, formaban un todo indivisible, con sus hijos, sus perros, su casa, su coche, incluso su olor.

Bebió un trago de agua y aprovechó para mirar de nuevo el móvil por si no tenía cobertura. Le inquietaba que Mercedes Espert no le hubiera llamado, quizá Alejandro no pudo comunicarle la noticia de su llegada. Sonaron unos golpes en la puerta de la habitación. La bandeja estaba sobre la mesa con los restos de la

cena. No dudó en cogerla y en acercarse a abrir para ahorrar tiempo a la camarera y seguir leyendo más cartas.

Lo primero que vio, a través de la neblina de un ojo tumefacto, fue a una mujer de pelo corto y mirada recelosa sentada en una silla; tras ella había un hombre negro con los brazos apretados contra el pecho.

—¿Quie… quiénes son ustedes? –Balbuceó incorporándose.

—¿Por qué le dijiste a Alejandro que habíamos hablado por teléfono? –Le tiró el pasaporte cerca del codo que tenía apoyado en el colchón.

—¿Qué?

—Soy Mercedes Espert.

Al oír el nombre, Javier se recostó en el cabecero de la cama clavando la vista con ansiedad en aquella mujer de facciones duras, pretendiendo aprenderse de memoria unos rasgos que la alejaban completamente del bosquejo de la rubia que había pergeñado en su mente. Era delgada pero de esqueleto ancho, de piel melada y labios rotundos. Una mujer que desprendía fuerza y seguridad en sus palabras. Sin duda no eran cualidades que su hermano valorara, más proclive a enamorarse de mujeres sumisas, de fisonomía dulce y posturas felinas. Mujeres, que dado su parecido, únicamente se diferenciaban por el capricho de un nombre o la arbitrariedad del color de su pelo: Lorena, pelirroja, Cristina, morena, Lucía, rubia… y en ese instante, recordando novias de rasgos intercambiables y ensimismado en la figura impaciente de Mercedes, descubrió su tremendo error. Había descartado todas las amistades de Alberto en Madrid porque la imagen que perseguía de la rubia desgalichada estaba fabricada con sus sueños, ignorando incomprensiblemente los gustos de su hermano.

—Mercedes, no sé qué está ocurriendo, escucha…

El ruido de la cadena del baño impidió que continuara. Había alguien más en la habitación. Cambió la vista con temor hacia la puerta y allí apareció Alejandro que chasqueó la lengua al verle despierto.

—Lo siento –musitó.

—No entiendo nada –dijo con estupor pasándose los dedos por el párpado hinchado–. Hace unos días te llamé, saltó el contestador y colgué, minutos después volví a llamarte y hablamos de Alberto.

—Yo no tengo contestador en el móvil, y jamás he hablado contigo.

El dolor quedó desubicado por la sorpresa. ¿Qué estaba

sucediendo? ¿Si esa mujer era la verdadera Mercedes Espert con quién había hablado por teléfono? ¿Hasta qué punto debía fiarse de unas personas que habían entrado violentamente en su habitación? ¿Qué papel comenzaba a jugar Álvaro Selfa en la historia?

Las cosas no son lo que parecen, le advirtió Ayuso, y nunca una apreciación casual había resultado tan acertada. Alberto, Mercedes, Álvaro, Alejandro, simples nombres que variaban su identidad como si fuera una etiqueta que te cuelgas en los apellidos para engañar con sus recomendaciones. Una etiqueta con demasiadas rebajas a sus espaldas para dejarte deslumbrar en la adquisición de la verdad. Echaba de menos los juicios rápidos del inspector y hasta el tic mentiroso de su cicatriz cuando eludía una respuesta. Cogió el paquete de tabaco de la mesilla y encendió un cigarrillo en un afán de aclarar sus ideas.

—No puedes fumar –dijo al quitárselo de la boca y aplastarlo enérgicamente en el cenicero–. Tengo asma.

—Perdón –lo susurró tanto que incluso a él le pareció más un movimiento de labios sin sentido que una disculpa.

—¿Quién te dio ese número de teléfono?

—Fui a las oficinas de la ONG en Madrid para firmar los papeles del seguro y allí…

—¿Antonio?

Tenía prisa por recabar información y lo demostró no permitiéndole terminar. Javier carraspeó mientras filtraba los datos que creía imprescindibles para ganarse unas cuotas de su confianza.

—A Antonio lo han asesinado.

Mercedes encogió el pecho mientras desprendía un gesto hacia Alejandro que se quedó a medio camino, desmayado, sin fuerza. Parecía sinceramente afectada.

—Te engañaron. Por lo que sea, a esa gente no le interesaba que tú hablaras conmigo –añadió con voz turbia, rugosa, esa voz recubierta por la corteza de un pasado con añoranzas que había echado de menos en la conversación telefónica con otra Mercedes Espert; otra Mercedes Espert más joven, más indecisa y seguramente más falsa.

—Toma.

El médico le ofreció unos cubitos de hielo de la nevera envueltos en su pañuelo. Se lo agradeció sin entusiasmo, con un movimiento descompasado, y cerró los ojos mientras se lo aplicaba a la herida.

—¿Por qué llevas este dibujo? ¿Quién lo ha hecho?

Cuando volvió a abrirlos, la casa que había dibujado José Ramón Prieto en el psiquiátrico estaba a escasos centímetros de su

cara.

MADRID

Tenía la maleta pegada a las piernas, y el pelo ocultaba un rostro que el maquillaje había sido incapaz de mejorar. Ayuso se sentó enfrente, después de dejar un paquete con comida en la mesa, lanzando un bufido de agrado al apoyar la espalda en el sillón.

—Un mal día para viajar –comentó sin mirarla, y a continuación se dispuso a sacar del envoltorio una hamburguesa doble y unos sobres de plástico– ¡Joder! Las servilletas –exclamó con excesivo pesar por el olvido.

Rompió el papel del paquete entre gruñidos y lo colocó a modo de mantel. Luego abrió los sobres con los dientes.

—¿Quieres un trozo? –No le contestó–. Cuando me despiertan de madrugada me entra hambre y mala leche –dijo extendiendo la mayonesa por la carne–. Y solo se me pasa comiendo.

Dio un mordisco pequeño para lo que era habitual en él, mientras buscaba con la mirada una papelera para tirar los sobres vacíos. Estaba fría y el desagrado le tensó la cicatriz. No tenían demasiada luz en el despacho. La lámpara de sobremesa iluminaba un círculo alrededor de la comida dejando los rostros en un claroscuro. En el segundo mordisco aprovechó para chupar una gota de mayonesa que le había manchado el pulgar. El tercero fue devastador, como a él le gustaba, llenándose tanto la boca que era un logro poder masticar. Ella continuaba con la cabeza hundida en el pecho, ignorando la manera de comportarse en un interrogatorio donde el policía en lugar de hacer preguntas comía en silencio. La hamburguesa apenas resistió otro bocado. Hizo una bola con el improvisado mantel, asegurándose de que los trozos de lechuga que había apartado quedaban dentro, y lo tiró a la papelera pasándose la lengua por los dientes. Después sacó un cigarrillo y lo prendió con calma, apartándose del redondel luminoso. Tras unas caladas echó de menos un café solo, bien cargado; aunque la expectativa de cogerlo de la máquina del pasillo no era excesivamente seductora –los bares cercanos aún permanecían cerrados– se levantó con paso cansino y fue a sacarlo.

Al verle salir de reojo levantó la cabeza sorprendida, mirando a su alrededor por si encontraba alguna cámara grabando su estupefacción. La habían detenido en el aeropuerto, cuando se disponía a coger un vuelo a Brasil para disfrutar de vientos más

favorables que airearan las angustias de una historia de la que aún ignoraba sus consecuencias.

Entró con el café y se volvió a sentar lanzando el mismo bufido que al principio, cuando sintió la espalda protegida. Ella lo miró intentando provocarle unas palabras, pero Ayuso no atinó con su deseo.

—¿Querías un café?

—¿Es lo único que va a decir? –Preguntó enfadada, sin poder soportar más la tensión.

—Hija, creo que eres tú la que tienes que decir cosas, yo estoy aquí para escucharte.

—¿Por qué me han detenido?

—Tch, tch, tch. Has elegido el peor camino. La causa de tu detención la conoces tan bien como yo.

Sacó un expediente del cajón y lo dejó caer con estrépito sobre la mesa. Después lo extendió igual que si fueran las piezas de un puzzle.

—Silvia Arjona Gutiérrez, veinticinco años. Profesión: secretaria. Sin antecedentes. Con la documentación de la compañía de seguros le entrega una nota encubierta a Javier Ferrer para que presencie el asesinato de su jefe, Antonio Fernández, y después huye sin dejar rastro. Es detenida en el aeropuerto con una maleta en la que lleva trescientos mil euros –dio un sorbo y gruñó con desagrado. El café de la máquina era deleznable. Dejó el vaso de plástico en la mesa y continuó–. O eres muy ahorradora, o ya puedes empezar a hablar hasta que se te canse la lengua.

—No tengo nada que ver con el asesinato de mi jefe –dijo apoyando la mano sobre una maleta rellena de sueños y ropa de playa, consciente de que ya no podría utilizar ninguna de las dos cosas.

—Eso espero. Convénceme –sugirió volviendo a dar un sorbo al purgante. Deseaba descubrir cuanto antes todas las piezas del caso sobre el tablero.

—Álvaro me pidió que entregará ese sobre, yo no sabía lo que contenía. Después recibí una llamada haciéndome pasar por Mercedes Espert, y me proporcionó una documentación falsa para que cobrara en su nombre un seguro de vida –logró contener el llanto cargando la respiración en cada frase–. El dinero lo ingresaron en una cuenta corriente. Yo tenía que guardarlo hasta que él me llamara, pero me asusté con la noticia de la muerte de Antonio y huí. No sabía qué hacer.

—¿Cuánto dinero te iba a dar por tu colaboración?

—Nada. Se iba a casar conmigo.

Empleó un tono de ofendida y Ayuso no pudo evitar un gruñido sarcástico que le amargó el último trago del sucedáneo de café. Los delitos románticos siempre le hacían rechinar los dientes. En ese momento no le interesaba averiguar si Silvia era la chica ingenua que se mostraba, o una ambiciosa cegada por las circunstancias. En ocasiones la línea que separa ambas personalidades es tan fina que seguramente quedaba retratada en las dos.

Descubiertas las piezas guardadas por la secretaria, había que empezar a encajarlas.

—¿Con quién hablaste por teléfono?

—Con Javier Ferrer, él quería ponerse en contacto con Mercedes Espert, una enfermera de la ONG que, según me contó Álvaro, había tenido relaciones con su hermano.

Ayuso encendió otro cigarro y le acercó el paquete.

— No, gracias. No fumo.

—¿Y Javier tampoco se dio cuenta de que el número al que llamaba era de Madrid?

—Álvaro disponía de un teléfono en Harare, solo tuvo que desviar la llamada de ese número a mi móvil –las lágrimas comenzaron a caer sin prisas–. Yo no he participado en ningún asesinato, tiene que creerme.

Estuvo tentado de ofrecerle su pañuelo pero siguió colocando su particular puzzle.

—Pero Álvaro Selfa se encontraba en Madrid, alguien tuvo que desviar la llamada en Harare. ¿Quién?

—Tiene un amigo, una especie de socio en Zimbabwe, que se encargó de eso. Suelen hablar muy a menudo.

—¿Sabes su nombre?

—Sí, Donald.

—Donald, ¿qué más?

—Nunca me dijo su apellido.

—¿De qué empresa son socios?

—No estoy segura, pero creo que es algo relacionado con la organización de safaris.

Safaris. Oír esa palabra le originó una serie de calambres en las varices de las piernas. Odiaba la matanza indiscriminada de animales, casi tanto como ver a Díez apoyado en la puerta de su despacho con la cara borrada, sin ningún gesto en el que pudiera vislumbrar ni la razón de su presencia, ni de que hubiera vida inteligente en ella.

—¿Qué quieres? –Preguntó irritado.

Díez se limitó a levantar la mano derecha, a modo de disculpa, después abandonó su puesto de vigilancia inútil. Ayuso sacudió la cabeza de izquierda a derecha, no recordaba el día en que le había oído a su ayudante pronunciar dos frases seguidas. En la comisaría le habían puesto el mote de "Harpo", por su similitud con el mudo de los hermanos Marx a la hora de expresarse. A veces la vida nos gasta bromas, haciéndonos desempeñar oficios para los que no estamos preparados, y lo que es peor, que ni siquiera nos interesan.

—¿Dónde estuviste la noche en que mataron a Antonio? –Se lo preguntó despacio para centrarse en el interrogatorio.

—En mi casa, con Álvaro.

—¿Estuvo toda la noche contigo?

—No. Fue a buscarme a la oficina, sobre las ocho me pidió que le dejara mi coche para acudir a una reunión muy importante. Volvió a casa cerca de la una.

Se removió en el sillón inquieto, incluso adelantó su apoyo en la mesa para distinguirla mejor bajo la luz de la lámpara.

—¿Estas segura?

— Sí. Una amiga mía hizo un pequeño papel en una película que echaban esa noche: *La ciudad sin límites*. Me llamó para que la viera y la película duró hasta casi la una. Cuando Álvaro llegó, yo me estaba desmaquillando para meterme en la cama.

—¿Has vuelto a coger ese coche?

—No, está aparcado en la calle de mi casa, donde él lo dejó.

—Bien, bien, bien –emitió un suspiro de satisfacción que hizo temblar su voluminoso estómago.

El amor y el crimen ofrecen una mala combinación pues el olor nauseabundo del segundo arrebata cualquier esencia. No se acordaba de quién era el autor de la decimonónica cita, posiblemente algún escritor leído con admiración en la adolescencia y olvidado con justicia en la madurez, pero se ajustaba con certeza al caso. La declaración de la ingenua o ambiciosa secretaria, acababa de echar por tierra la coartada de su novio millonario y, al mismo tiempo, la privaba de cualquier posibilidad de reanudar su crematístico amor.

—¿Qué relación tenía Álvaro con tu jefe?

—No lo sé.

Esta vez no la interrumpió, dejándole espacio para que siguiera hablando. Tras unos segundos de incertidumbre continuó.

—Supongo que la normal, habían trabajado juntos y solía pasarse por la oficina para charlar con él. Así nos conocimos.

—¿Eran amigos?

—No, creo que amigos no. Antonio no quería verle y últimamente discutían mucho.

—¿Sobre qué?

Silvia se encogió de hombros secándose una lágrima.

—¿De qué pueden discutir unos amigos que no son amigos? –Insistió–. Y además, has dicho que lo hacían a menudo.

—Yo los veía discutir a través de la cristalera pero nunca me quiso contar nada. De lo único que le oí quejarse fue de que Antonio pretendía pasarle toda la información de Mercedes a Javier.

—¿Y?

—Si lo hacía le estropeaba el plan de quedarse con la herencia.

Se dio cuenta de que Silvia no le iba a aportar las piezas suficientes para armar el puzzle, y eso le hizo arrugar la cicatriz antes de frotársela como si quisiera borrársela de la mejilla. Álvaro era millonario, un millonario no mata a nadie por trescientos mil euros. Debía de haber otra causa, otras razones que le llevaran a involucrarse hasta las trancas en una trama que goteaba por todas partes.

—¿Antonio sabía que pretendía estafar la herencia a Mercedes?

—Sí, claro, por eso discutieron.

—Y si al final accedió a no darle los datos a Javier, ¿por qué lo mató?

—Yo no sé si lo mató –dijo con miedo mientras se limpiaba la nariz con un pañuelo de papel. Las lágrimas le habían hinchado los párpados.

Ayuso puso a prueba la resistencia del respaldo apoyándose con fuerza. Aquella noche no iba a acabar el puzzle.

—¿No crees que ignoras demasiadas cosas de tu futuro marido?

HARARE

El taller de la galería había subyugado a Christine, y ahora remitía sus impresiones en la cena de forma atropellada, saltando de un acontecimiento a otro sin concederse un descanso para degustar el *biscuit* glasé de higos secos. Los cinceles y las limas de distinto grosor que utilizaban para arrancar a la piedra la estructura deseada, había sido el tema de los volovanes de foie con huevos de codorniz; la forma de esmerilar la escultura, usando papel de lija y agua hasta alisar la superficie, les ocupó el *chateaubriand* de impala; el calentamiento de la piedra para que la cera penetre por los poros abiertos y así resaltar determinadas partes de la obra, les acompañó durante los postres. John se preguntaba si el *bourbon* se lo servirían con cubitos de hielo, o con esquirlas de piedra serpentina.

—Después la dejan enfriar, y la pulen hasta terminarla –concluyó con un suspiro que alargó delicadamente sus labios hacia un infinito prometedor.

—Muy interesante.

Pero el tedio acumulado le restaba cualquier veracidad a una frase tan manida.

—El director de la galería nos ha proporcionado el nombre de la persona que nos venderá el material en la cantera de Tengenenge –añadió Robert dando un sorbo a su té helado–. Incluso ha hablado con él para que nos atienda.

—No deberías tomar tanto alcohol, Sttudy, y menos en la cena –le reprendió con cariño.

—Es la primera copa que tomo hoy –mintió.

—¿Sabías que el éxito del arte shona se debe a Frank McEwen?

—No.

Estuvo tentado de contestar afirmativamente para impedir que Christine enlazará otro soporífero discurso sobre el historiador de arte que en el año 1957 asumió la dirección de la galería nacional.

—Disculpe, señor. Tenemos un problema con su tarjeta.

El camarero interrumpió la charla unidireccional dejando a la entusiasta escultora con la eficaz fundación de escuelas taller resbalando por la boca. Sttudmayer lo miró perplejo.

—¿Perdón?

—La máquina no me la acepta, ¿tiene usted otra?

Los dedos se le aflojaron y el vaso de *bourbon* cayó sobre la

mesa. Robert y Christine se levantaron apresuradamente, intentando secar el mantel con las servilletas.

—No se preocupen, por favor, no tiene importancia –hizo una seña y dos muchachos aparecieron con otro mantel limpio–. Al viajar en avión la banda suele desmagnetizarse. Ocurre a menudo. Traed una botella de *bourbon* para el señor.

Sintió que sus pupilas no absorbían la luz, y que el rostro de Christine se difuminaba como el lienzo oscuro de su admirado Mark Rothko. Sombras degradadas que le confundían con su textura pesimista, franjas dolorosas que oscilaban en su mente consumiendo la energía de sus músculos, aislándolo de lo que sucedía a su alrededor.

—John.

Pero Sttudmayer no podía escuchar su nombre. La presión del miedo a perder sus privilegios le había incapacitado los sentidos. Nunca pensó que una cena con Christine, y esa frase tan vulgar: la máquina no me la acepta, marcarían el final de una vida en donde el valor de las cosas se reducía exclusivamente al importe de su compra.

—Tenga –Robert cogió la cartera de su chaqueta–. Pruebe con esta. El único problema es que tenga fondos suficientes –y soltó una carcajada en un intento de trivializar la situación.

—¡John! –Repitió Christine, y esta vez con una agresividad que por fin consiguió sacarle de su letargo.

—No, no –balbuceó al verle con la tarjeta de crédito en la mano–. No lo puedo consentir, Robert, eres nuestro invitado –en el rostro permanecía la huella ruborizada de su angustia–. Nos alojamos en el Meikles, por favor, hablen con la dirección del hotel y que la carguen en mi cuenta.

—Por supuesto, señor –le dejaron la botella encima de la mesa y una hielera. John se sirvió sin contemplaciones.

El viaje hasta el hotel transcurrió en silencio, evitando palabras comprometidas que pudieran obligarles a tomar decisiones precipitadas. Christine escondiéndose en catálogos y fotos que le habían regalado en la galería; John, descosiéndose en la telaraña de una deuda insostenible; y separando a ambos, la imagen de George Pentleton con su color de pergamino viejo y su olor a naftalina rancia. La única persona que podía evitar su caída en la bancarrota yacía en la cama con un hígado cansado de eliminar sustancias nocivas. Sttudmayer lo había estigmatizado, elevado a la categoría de enemigo irreconciliable, consciente de que ambos se podían

salvar la vida pero que ninguno de los dos deseaba hacerlo.

—¿Hay algún problema, Sttudy? –Le preguntó cuando ya estaban en la habitación.

—¿Problema? –Repitió con un gesto de asombro que le arqueó las cejas hasta el principio del cuero cabelludo– ¿No te entiendo. ¿A qué te refieres?

—¿Por qué no has pagado la cuenta del restaurante con otra tarjeta de crédito?

—No lo sé.

Se resistía a confesar sus temores. Si todas sus tarjetas estaban invalidadas no podría continuar ocultándole la verdad.

—Quizá no estoy acostumbrado a que me las devuelvan y no supe reaccionar –el argumento fue tan sencillo que Christine le correspondió con un beso–. Mañana llamaré al banco para que la activen.

En sus mentiras reconoció que no abrigaba demasiadas esperanzas respecto a ella. No la veía sobreviviendo en un apartamento oscuro de un barrio londinense, preparándole una bolsa de agua caliente para el reuma. Sin embargo, dentro de los conceptos sentimentales que su conciencia le permitía manejar, John Sttudmayer creía amarla profundamente, de la misma forma que amaba las obras de arte que adquiría, objetos de lujo como Christine cuya propiedad le proporcionaba un inmenso placer.

—Me voy a duchar. ¿Vienes a la cama?

—Sí, ahora mismo. Se me olvidó el móvil aquí, en la habitación, y tengo un par de mensajes de Tom.

—No tardes, estoy cansada.

La vio alejarse sin atreverse a activar el contestador. Se sentó con el teléfono entre las manos, haciendo tiempo hasta que escuchó el grifo de la ducha. El deleite de su cuerpo desnudo bajo el agua no encontró esta vez cabida entre sus pensamientos. Tom Hirch le había dejado diez mensajes, la voz entrecortada del primero tampoco lo ayudó a tranquilizarse.

—John, John, el banco… nos ha intervenido las cuentas… nos van a embargar.

XV

HOTEL HOLIDAY INN HARARE

Faltaba poco para que amaneciera. Desde el balcón observaba el color ceniza que iba aclarando las copas de los árboles de Harare Gardens. Los faros de los coches iluminaban con sus ráfagas perfiles de edificios y troncos de flamboyanes que rápidamente eran engullidos por la oscuridad. Igual que sus pensamientos, que acudían en oleadas salpicando temas y preocupaciones sin conseguir centrarse en un hecho para analizarlo con la profundidad necesaria.

—¿Quieres un cigarrillo? –Mercedes había salido al balcón y le ofrecía su propio paquete–. Supongo que lo necesitarás. Yo también he sido fumadora, aunque de eso hace ya mucho tiempo. Mucho tiempo –añadió con añoranza.

Javier miró el tabaco con indolencia.

—No, gracias.

Hasta él mismo se asombró de rechazar la invitación.

—Si es por mi asma no te preocupes, no creo que un cigarro al aire libre pueda perjudicar…

—No. La verdad es que me conviene dejar de fumar –apoyó los codos en la barandilla y exhaló un chorro de aire–. Alberto era una especie de cruzado antitabaco, insistía mucho en que lo dejara; se comportaba igual que tú, me los quitaba y luego los aplastaba con saña.

Y rieron la imitación de exterminar un cigarro contra la superficie de un cenicero imaginario.

—Alberto, Alberto… –el nombre se quedó suspendido, sin que ninguno de los dos precisara rematar la frase. La luna llena hacía resplandecer los edificios blancos como lápidas.

—¿Es cierto que no manteníais una relación?

Mercedes giró la cabeza y le miró a los ojos. Los tenía igual que su hermano, quizá más ingenuos, sin ese brillo de rebeldía que te desarmaba con su insolencia.

—¿Por qué iba a mentirte antes?

Javier esquivó su mirada para enfocar a Alejandro que descabezaba un sueño en el sofá de la habitación. Ella supo captar la indirecta.

—Podría decírtelo con una frase vulgar, pero aún no tenemos confianza. Jamás he tenido relaciones con un compañero de trabajo, no conviene mezclar intereses –le aclaró con desparpajo–. Te agradezco la intención pero no es necesario que seas tan discreto.

Las palabras sonaron con la suficiente sinceridad para que la imagen de Alberto diera un vuelco. La relación que le atribuían con Mercedes era falsa, nunca había engañado a la rubia. Todos los juicios precipitados sobre las relaciones de su hermano se desvanecieron con la misma fuerza que comenzaban a surgir reproches apabullantes por no haber confiado en él. La sensación de ingratitud era igual de amarga que el sabor de la nicotina reclamado por sus pulmones. Se sintió mezquino, incapaz de discernir si la falsa opinión que vertió sobre Alberto, había sido producida por agarrarse a una justificación que amparase la inconsistencia de su pasión por la rubia, o por las pruebas que le presentó Álvaro, ese taimado millonario que había jugado con él desde su primer encuentro en la librería, encuentro que entonces creyó casual y que ahora se mostraba parte de un plan del que aún desconocía las consecuencias.

Mercedes respiraba con esfuerzo a su lado, tenía la mirada fija en el contorno de unas nubes que comenzaban a presentirse entre la azotea de los edificios de enfrente. Parecía fatigada. Decidió no hablarle de Álvaro hasta que no supiera con exactitud que pretendía obtener con sus intrigas. Todavía conservaba el paquete de tabaco en la mano; se lo quitó con suavidad y lo arrojó a la calle; ella simplemente asintió con una palmada de camaradería en su hombro. Pero, si Alberto amaba tanto a la rubia como ella a él, ¿por qué no le dejó nada en el testamento? De nuevo la misma pregunta que al principio de la historia, y de nuevo la convicción de que solo sabría la respuesta si conseguía identificarla.

—Hace años, una mujer vino desde Madrid a verle, aquí a Harare. ¿Llegaste a conocerla?

Mercedes aguantó la contestación unos segundos, necesitaba rebobinar su cerebro para llegar al pasado, al instante en que sus ilusiones por Alberto se transformaron en una punzada dolorosa.

—No, yo no. Nunca la vi. Recuerdo que Alejandro me contó que la había recibido en la oficina, y que se quedó con ella hasta que Alberto llegó de Kariba para ir a buscarla –y continuó divertida–, durante un par de días no le vimos el pelo, y jamás olvidaré su enfadó por las bromas que le gastamos. Incluso nos prohibió hablar de ella –hizo una pausa para bajar el volumen hacia un tono más confidencial–. Era muy introvertido con sus sentimientos.

—Lo sé.

Se giró hacia Alejandro, hacia el hombre simpático de nariz desproporcionada que teóricamente poseía la clave para averiguar la identidad de la rubia. El mismo hombre que, horas antes de esta conversación en el balcón, negaba todas las pruebas que Mercedes había expuesto con vehemencia.

—¿No os dais cuenta? José Ramón dibujó en este folio la fachada de la clínica y el nombre de la calle: Kaguvi –dijo señalando con un dedo el trazo irregular de las letras–. Él presenció lo que allí se hacía, o participó en las operaciones, y ese horror lo llevó a la depresión y a la locura.

—Es una simple coincidencia –alegó un Alejandro escéptico–. En esa calle, en… en… en todo Harare –titubeó–, hay muchas mansiones coloniales deshabitadas desde los disturbios raciales. No puedes aportar como prueba irrefutable el dibujo de un hombre que ha perdido la cabeza.

—¡Por favor!, no hay mayor ciego que quien no quiere ver. El trastorno que padece le impide hablar y se expresa dibujando. Dibujando el horror, la angustia, la causa de su desequilibrio. ¿No me digas que necesitas más pruebas? –Se revolvió con ímpetu hacia Javier–. A ver, ¿qué te dijo el policía sobre la investigación del tráfico de órganos?

—Lo que ya os he contado. Las sospechas recaían sobre Alberto por la fortuna que había acumulado y porque pagaba el hospital a José Ramón. No disponía de mucha información.

—O no quería compartirla contigo –sentenció bajando los brazos con desolación— ¿Qué vamos a hacer?

Se dejó caer sobre la cama clavando la vista en el techo, concentrándose en aquella textura blanquecina como si fuera a encontrar una grieta imperceptible, un poro que supurara los datos necesarios para recomponer el caso. Javier aprovechó para ordenar la documentación y la ropa que le habían revuelto cuando todavía dudaban de su verdadera identidad y él dormía un inesperado puñetazo. Después abrió el balcón para que entrara un poco de aire limpio. El silencio los acompañó unos minutos más; en distintas ocasiones llegó a cruzar su mirada con Alejandro sin saber qué decir, bajo la atenta vigilancia de Nyathi.

—Escuchad –atajó el médico tras un leve carraspeo–. Os diré lo que vamos a hacer. Suponiendo que sea cierto el complot que tú crees ver, lo que necesitas es salir inmediatamente del país. Yo os cruzaré la frontera con Mozambique, y cuando lleguemos a Maputo,

en la Embajada te darán un pasaporte para que puedas regresar a España.

—¡Exacto! –El grito con el que Mercedes salió del trance les hizo dar un pequeño respingo. Nyathi se limitó a cambiar la orientación de sus pupilas–. Eso haremos, pero primero necesitamos recabar pruebas para presentárselas a ese policía… a… ¿cómo has dicho que se llama el inspector? –Chasqueó los dedos reclamando con urgencia su nombre.

—Ayuso.

—A ese.

—¿Y no sería mejor entregárselas a las autoridades de Harare? –Preguntó Javier con ingenuidad.

—¿Qué autoridades? En Zimbabwe el soborno es el deporte nacional. Las tienen compradas, no serviría de nada, créeme.

—Las fichas de Renifa las tienen los soldados que la asesinaron, no pretenderás que salgamos en su busca por todo Harare para recuperarlas –protestó de nuevo Alejandro.

—No, no debemos correr riesgos. Está claro que si me están buscando no puedo pasearme por las calles –la pausa hasta la siguiente frase no fue determinada por añadir dramatismo sino para ampliar su arco de observación y contemplar la reacción de los tres hombres a sus planes–. Dormiremos aquí, en esta habitación, y mañana iremos todos a la clínica.

—¿¡Qué!? –Las interrogantes sobrepasaron con creces el tamaño de su nariz.

—A plena luz del día llamaremos menos la atención y ellos no sospecharán nada. Recabaremos toda la información que podamos y después huiremos contigo a Mozambique.

—¡Te has vuelto loca!

—¿Y ahora te das cuenta?

El viento no era cálido a esas horas de la madrugada y extendió el velo para echárselo por encima de los hombros.

—Tienes frío, vamos dentro.

—Javier, ¿por qué te interesa saber si conocí a esa mujer? –Le preguntó sujetándole del brazo que le franqueaba el paso para salir del balcón.

Javier no dudó en sincerarse. Si conseguía establecer una corriente de afinidad con ella sería más fácil sonsacarle cualquier información al médico.

—Era su amante. Ni la policía ha conseguido averiguar su identidad. Tal vez si la encontrara podría descubrir la verdad de mi

hermano.

Mercedes agachó la cabeza. La luna comenzaba a perder nitidez.

—Te entiendo. Oye, las cenizas de Alberto las eché en el lago Kariba, cerca de las cataratas. Si no quieres venir a la clínica con nosotros, no te sientas obligado a hacerlo.

Javier se fijó en la profundidad de sus ojos, en ese punto donde se nos aposenta el sufrimiento.

—Alejandro no se equivoca, será muy peligroso sacar las pruebas de la clínica

–añadió.

—Quizá no comprendas lo que voy a decirte…

Y aprovechando la intimidad de unos puntos suspensivos, se le atropellaron diversos pensamientos que daban sentido a su decisión: la supuesta imagen de la rubia, el rostro suplicante de Carmen, la paternal figura de Ayuso, el dolor de las letras tatuadas en el pecho de Alberto, y sobre todo, la carga de adrenalina que le segregaba una pasión desconocida.

—Siento que he empezado a vivir hace unos días, y necesito seguir viviendo.

MADRID

Era una mañana que amenazaba con llegar a los treinta grados, de las que Ayuso prefería dormitar en el sillón, bajo la brisa falsa de un ventilador y con la refrescante verdad de una cerveza. Odiaba el buen tiempo, y esa generalización la extendía a veranos, a primaveras y a otoños reacios al frío. Los kilos de sobrepeso los manejaba mejor en invierno, sin el sudor que le agobiaba a cada paso. Se encontraba circulando por el paseo de la Castellana, en dirección a la comisaría, cuando recibió una llamada de teléfono. En la radio sonaba la música ramplona de una emisora que solía sintonizar como terapia de relajación contra los atascos de cualquier índole.

—¿Sí?

—Jefe, tenemos que hablar –era la voz de Perucho, un policía pequeño, con gafas gruesas y unos dedos tan afilados que parecían abrecartas.

—¿Qué has conseguido?

—Asustarme.

Y se lo imaginó subiéndose el puente de las gafas con la yema puntiaguda de su dedo índice.

—No me toques los huevos, Perucho.

—El entramado de empresas de la familia Selfa es alucinante, publicidad, artes gráficas, productoras, constructoras, prensa, importación y exportación, tocan todas las teclas. Pero me he centrado en las conexiones con nuestro caso.

—¿Por ejemplo?

—Una clínica.

—Llegaré en diez minutos.

Alzó el mentón con agresividad mientras sacaba una mano por la ventanilla para colocar la sirena en el techo. La rápida maniobra no le sirvió de mucho. La sirena no funcionaba. Masculló una grosería por tener que frenar de golpe en un paso de peatones y soportar la mirada acusadora de un cincuentón, vestido de veinteañero, que llegó corriendo hasta el paso de cebra y luego ralentizó su marcha hasta convertirla en un lento paseo sobre las rayas blancas. Ayuso estuvo tentado de preguntarle si se iba a quedar a vivir allí. A pesar de los percances, la posible relación de la familia Selfa con los trasplantes de órganos le había borrado las

tercas impresiones de su primera cita del día: la visita al portero del ático.

Era demasiado temprano para encontrárselo en la garita de centinela y eso le había permitido entrar en las dependencias comunitarias hasta llegar a la piscina. El terreno se elevaba hacia el final de la parcela dejándola en una hondonada sembrada de césped. Sobre el montículo había un grupo de sauces, con sus ramillas flexibles posadas sobre la hierba e invadiendo el seto alto que marcaba la linde del terreno. Se acercó hasta el borde de la piscina, mirando la distancia que la separaba del árbol más cercano, y después se agachó para raspar con una uña las láminas de madera de teca que bordeaban la piscina.

—¡Eh! ¿Quién es usted? ¿Qué hace ahí?

El portero se aproximó desafiante, embutido en el mono de trabajo y con un palillo en la mano. Ayuso se incorporó cuando sus pasos hicieron vibrar los listones.

—¡Ah!, perdone, inspector, no le había reconocido.

—Bonita piscina.

—Demasiado grande –protestó ya más tranquilo, metiéndose de nuevo el palillo en la boca–. Y para los vecinos que son… les bastaría con la mitad.

—Ya. Necesito que se pase por la comisaría.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Para que vea unas fotografías. Supongo que si ve una foto de la amiga del señor Ferrer podrá identificarla.

—Sí, claro –contestó sin demasiado entusiasmo, masticando el palillo con la sensación de que iba a ejercer de chivato, y eso, a un portero tan reservado, le resultaba desagradable–. Tendré que pedir permiso al administrador para ausentarme del trabajo –añadió a regañadientes, deseando que el trámite supusiera una traba insalvable.

—Pues pídalo.

—Ya. Y… ¿y para este tipo de cosas no tendría que venir usted con una orden judicial?

—¿Estas láminas son resistentes? –Le preguntó cargando el peso sobre una y obviando las reticencias de un desinformado por culpa de las películas y series americanas.

—¿Se va a comprar una piscina?

La sonrisita con la que acompañó a la frase irritó al inspector.

—Puede.

—Son caras.

—Tanto mejor –silabeó la frase casi en su propia cara.

—Sí, son resistentes, pero a mí me gusta más el chino grallado –retrocedió con disimulo un paso para no respirar su aliento–. Es más económico y mucho más fácil de limpiar.

—¿Y ese chino rallado de qué…?

—Grallado –le corrigió complacido, con otra sonrisa irónica oscilando en sus trabajadores labios.

—¿Qué?

—Grallado, que se llama chino "grallado". El pavimento, vamos.

Ayuso respiró con paciencia antes de seguir.

—"Grallado"… ¿De qué color es?

—Blanco. Aquí lo teníamos hasta hace unos años, luego decidieron poner la madera de teca porque resulta más bonito –hizo un ruido con la boca al atravesar el mondadientes con un colmillo.

—Me voy antes de que vuelva a sonreír y se trague el palillo, y aunque también sea de madera no es tan bonito.

Se dirigió a la entrada del edificio sin mediar otra palabra pero pisando el plato de la ducha para mancharlo con la huella embarrada de su suela. Siempre fue un poco retorcido.

—¡Eh! ¡Inspector! –Gritó sin hacer ademán de ir tras él– ¿A qué hora voy a la comisaría?

—¿A qué hora sale de trabajar? –Le preguntó sin volverse ni aminorar la marcha de sus pasos.

—A las siete de la tarde.

—Buena hora. Mañana a las siete y media.

—Pero, coño, entonces no tengo que pedir permiso.

—Pues no lo pida, no vaya a ser que el administrador de la finca no se lo conceda.

Recorrió el pasillo interior de la central hasta llegar al despacho de Perucho, un cuarto sin ventanas y atiborrado de documentos en el que siempre olía a papel viejo y a polvo anacrónico. Antiguamente era un tabuco utilizado para dejar enseres inútiles, desde una multicopista en desuso a un organillo requisado, pero la obstinada persistencia de Perucho había conseguido transformarlo en un calamitoso despacho.

—Continúa –le ordenó a modo de saludo cuando aún no había cerrado la puerta. El policía esbozó un gesto de satisfacción por la curiosidad despertada en su jefe que dejó al descubierto sus dientes ratoneros.

—En el año 1999, compraron una clínica especializada en operaciones de estética: Multiestetic, S.A. Luis Selfa colocó a su hijo

en la dirección del centro cuando este abandonó la ONG, y casualmente, es de las pocas clínicas que jamás ha sido denunciada por ningún cliente.

—Eso es bueno. Para ellos –matizó apartando unos ficheros de cartón para sentarse en un minúsculo taburete.

—O malo. Quizá las operaciones de estética sean una tapadera y realmente se dedican a otra cosa.

Ayuso percibió un movimiento en su ceja izquierda y supuso que, tras la pasta de las gafas, había guiñado un ojo con orgullo.

—¿Al trasplante de órganos?

—Es una posibilidad. Sin embargo, en el año 2000, Luis Selfa se operó de un trasplante de riñón y no lo hizo en Multiestetic, acudió a una reputada clínica inglesa, Alssot Brennan Inghen. Y ahora vienen los datos que te van a interesar –removió con agilidad los papeles que guardaba en una carpeta y los puso delante de las narices de Ayuso.

—¿Qué es esto?

—Los folios con toda la documentación que he investigado, te interesará echarle un vistazo.

—Me aburre leer informes escritos por gente que ni siquiera sabe quién fue Milton.

Perucho suspendió el parpadeo de sus ojos unos segundos, parecía inmerso en un concurso importante.

—¿No es el tío que inventó eso de los biberones?

—Cuéntame lo que has escrito y ya te diré si me interesa –dijo después de soltar un bufido desalentador por la pregunta.

—Esa clínica inglesa fue sometida a una investigación por una denuncia en la que era acusada de utilizar donantes anónimos, es decir, que compraba o traficaba con órganos para sus pacientes en un hospital privado de Harare. No se pudo o no se quiso demostrar nada, ya que las autoridades africanas se negaron a colaborar, y cuando extrañamente retiraron la denuncia, Scotland Yard dio carpetazo al caso. Se cree que pagaron una cantidad desorbitada para que cerrasen la boca.

—¿Has averiguado quién puso la denuncia?

—No, aún no. Pero coincidiendo con la retirada de la denuncia, Alssot Brennan Inghen, adquirió el treinta y cinco por ciento de Multiestetic.

Ayuso intentó apoyar la espalda en los ficheros pero estos cedieron estrepitosamente con el peso. Empezaba a sentirse irritado y no era sólo por el tamaño del taburete.

—¿Qué sabes de los safaris?

—No poseen ninguna empresa dedicada a la organización de safaris, pero… –y elevó uno de sus puntiagudos dedos por encima de la cabeza– hay un dato que concuerda, algunos pacientes ingresaron en Multiestetic y días después realizaron un viaje a Zimbabwe. El mismo viaje que hizo Luis Selfa cuando le operaron en la clínica inglesa. ¿No es extraño que los médicos te envíen a un país africano para hacer la rehabilitación?

Ayuso se acarició la cicatriz antes de contestar. Comenzaba a presentir que las aristas del caso estaban tan afiladas como los dedos que enarbolaba Perucho en su discurso.

—Lo extraño es que puedas aguantar ocho horas en este chiscón –dijo con un par de toses por el polvo.

—Estoy esperando a que te jubilen para ocupar tu puesto. Incluso he pensado en dejarme bigote –añadió señalándose el labio superior.

—¿Y de toda esta información se puede saber qué coño te asusta? –Preguntó Ayuso de forma desabrida.

—El nombre de los pacientes. Ya te puedes imaginar que no son obreros ni inmigrantes. Es gente importante, muy influyente, jefe.

Díez entró en el cuarto cuando Ayuso digería la noticia de las altas esferas intentando cambiar su penosa postura en el asiento. Bastaba con fijarse en la inexpresividad de sus comunes rasgos para adivinar que sería un buen jugador de mus, si fuera capaz de retener en la memoria el valor de las cartas.

—Estamos registrando el coche de la secretaria –dijo de un tirón.

Ayuso y Perucho lo miraron en silencio esperando que continuara hablando, pero no era un policía locuaz.

—¿Y por qué coño te has parado? Continúa –dijo animándole a que dijera dos frases seguidas por primera vez en su vida.

—Encontramos una pintura en los asientos traseros.

Les enseñó una bolsa de plástico transparente con un lápiz de colores en su interior.

—¿La has llevado a huellas? –Inquirió Perucho, incapaz de aguantar los silencios inútiles.

Díez acompañó con su cabeza el movimiento oscilatorio de la bolsa para contestar afirmativamente a la pregunta.

—¿¡Y qué!? –Atronó Ayuso.

—Tiene las huellas digitales de José Ramón Prieto.

El inspector se incorporó de un salto del taburete sin proferir su habitual gemido.

—Solicita una orden de detención contra Álvaro Selfa y que

sigan buscando más huellas. Y tú, don temores, quiero saber quién es su socio en Zimbabwe, ese tal Donald, y el nombre de la persona que cursó la denuncia.

—¿Tienes alguna sospecha de quién pudo ser?

—Tengo más dudas sobre el nombre de mi padre. Por cierto, ¿vosotros sabéis qué es el chino grallado?

—Claro –contestó Perucho con suficiencia, y sabiendo que "Harpo" Díez no se arrancaría nunca concluyó–. Una postura de yoga.

—¿Una postu…? ¡Joder!

CLINICA DE ALSSOTT BRENNAN INGHEN

HARARE

Cuando llegó a la habitación, George Pentlelton tenía un gotero con suero inyectado a la vena y un tic en los labios que le temblaban como si estuviera rezando una letanía. Pero a Sttudmayer no le sacudieron instintos religiosos al contemplar la decrepitud del magnate de Penbrick & Co., sino una rabia obstinada contra el dueño de aquellos ojos de córneas amarillentas que oponía resistencia a la muerte por la ensoñación de un futuro que jamás conocería. Cada arruga de su moribundo cuerpo le recordaba las excusas que le había dado a Cecile cuando lo llamó a primera hora de la mañana alertada por Claire, su hermana y esposa de Tom Hirch, de la desgracia que se cernía sobre la familia. De nada sirvieron las promesas de que lo arreglaría todo a su regreso a Londres, ni los intentos de eximirse de la culpa por la mala gestión financiera de sus empresas.

—Entonces, ¿quién tiene la culpa, John? –Le preguntó entre sollozos– ¿Yo? ¿Tus hijos?

—Cecile, querida, estás sacando las cosas de quicio.

Había salido a la terraza para que Christine no oyera una discusión que le obligó a lanzar un exabrupto por la torpeza de no coger antes un cigarrillo para calmar los nervios.

—Tom ha exagerado. La crisis afecta a todas las empresas pero no es tan grave como asegura.

—John, me han cancelado las tarjetas de crédito, no puedo sacar dinero. ¡Por Dios! ¡Estamos arruinados!

—Escucha, la informática suele…

—No, escúchame tú. He hablado con mi hermano…

—¿Con tu hermano…?

—… para que me envíe dinero. Hoy mismo me marcho a su finca de Yorkshire, y he llamado a los niños para que abandonen la universidad cuanto antes y se reúnan conmigo.

—¿Los niños? ¿Se lo has dicho a los niños?

—Por mí puedes quedarte con esa zorra. El abogado de mi hermano te enviará la demanda de divorcio.

—Cecile… ¡Cecile!

No pudo seguir hablando. No tenía con quién. Desde la puerta de la habitación, Christine le observaba a través de los visillos con el cepillo de dientes en la mano.

De no ser por el profundo asco que le provocaba Pentleton, lo habría estrangulado con sus propias manos.

—John –musitó con un hilo de voz al verle en la habitación, a los pies de su cama–. He hablado con el banco. El Lloyds ha quebrado –tragó saliva tan despacio que parecían sus últimas palabras.

—¿Y mi crédito?

—¿No lo entiendes?

No, no lo entendía. Sttudmayer se negaba a aceptar que tantos años de esfuerzo se hundieran de una forma tan ineludible. Todos se habían vuelto en su contra, los bancos, su mujer, el imbécil de Tom, corriendo con sus miedos a refugiarse como un polluelo bajo las faldas de la gallina clueca de su cuñada para cacarearle hasta los secretos de su relación con Christine, el propio Pentleton. Le parecía estar inmerso en una pesadilla y solo deseaba salir de ella, despertarse en el apartamento de Albert Hall Mansions, sentado en su sillón de orejas, contemplando a Christine y la forma en que trazaba lazos de textura luminosa, círculos radiantes que impregnaban sus manos de colores fuertes y los lienzos de ilusiones.

—El gobierno lo ha intervenido, han paralizado todas las operaciones. Las malditas *subprime* americanas nos van a arruinar a todos. Esta crisis no hay quien la frene, John.

—Si quieres el trasplante, dámelo tú. Consigue el dinero, vende acciones y préstame seis millones de libras.

—No puedo conseguir esa suma de dinero. No se venden las acciones, el mercado está paralizado.

Los temores de George aumentaron al escuchar la crudeza de Sttudmayer, la frialdad que empleaba para mercadear con su vida.

—Ayúdame, John, por favor –recurrió a la única baza que podría ayudarle: la súplica–. Sálvame y te juro que te recompensaré, te recompensaré de la forma que quieras. Cuando la crisis acabe te daré el dinero que necesites, te ayudaré a liquidar tus deudas.

—¿Y cuándo va a acabar? ¿Cuándo ha empezado? ¿Quién ha decidido que entremos en crisis? ¿Los americanos? ¿Los bancos? ¿Tú, George? ¿Los Bilderberg? Seguro que os habéis reunido en esa pretenciosa *suite* Exploratión con el Kota Mama de fondo, y después de tomaros una copa de *Sherry*, decidisteis apartar de las finanzas a

unos cuantos para enriqueceros aún más. Ese es el plan, ¿verdad, George? Os queréis repartir la tarta entre cuatro y yo sobraba, todos sobramos. Queréis quedaros el mundo para vosotros solos. Vosotros sois los elegidos. Los herederos de la tierra.

—¿Qué estás diciendo?

—A mí no me engañas. Ni tú, ni ese grupo de fanáticos que pretende adueñarse hasta del aire que respiramos. Todo es mentira. Vosotros marcáis cuándo y cómo se entra en crisis. Escondéis el dinero, lo refugiáis en algún sitio seguro y cuando la gente vende su alma por una libra, aparecéis con los millones y os apropiáis de todo. ¿Dónde lo tienes guardado, George? ¿Dónde tienes el dinero? Dímelo ¿En un paraíso fiscal? ¿En lingotes de oro? ¿¡En este colchón!? –Agitó la cama con tanta fuerza que el gotero estuvo a punto de caerse. Pentleton sujetó tembloroso la vía conectada al brazo.

—No puedes dejarme morir –barbulló entre sollozos.

—Entérate ya de una vez, George. ¡Me importa una mierda tu asquerosa vida!

–Gritó rompiéndose por dentro, con una vena hinchando su frente hasta desfigurarle por completo la cara– ¿¡Acaso te importa la mía!? ¿¡Te importa que Cecile se lo haya contado a mis hijos!? ¿¡Que mi cuñado disfrute con mi desgracia!? ¿¡Que los bancos me quieran embargar hasta mi propia casa!? –Ya era incapaz de controlarse, necesitaba vomitar la rabia tragada durante tantos meses– ¡No has movido ni un dedo por ayudarme! ¡¡Ni un dedo, George!! ¡¡Sólo piensas en ti y en amasar cada día más fortuna!! ¡¡Y te juro que esa ambición, esa puta ambición es la que te va a llevar a la tumba!!

En la habitación apareció una enfermera asustada por los gritos. John la calmó con una mano mientras luchaba por ralentizar su respiración. Los latidos del corazón le atenazaban la garganta. Detrás de ella entró Donald, con las guedejas de pelo ralo ocultándole las orejas.

—Dejadnos, por favor, solo era una pequeña discusión –dijo con voz afónica, recuperando la flema y secándose el sudor con un pañuelo de hilo egipcio que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón.

Donald agarró a la enfermera por los hombros y la sacó de la habitación. Transcurrieron un par de minutos en silencio, sin que ninguno de los dos se atreviera a interrumpirlo. Sttudmayer tosió con suavidad y dio media vuelta tras alisarle los pantalones con su mano derecha.

—Sálvame, John –suplicó por enésima vez Pentleton al verle abandonar la habitación.

—No puedo, George. Ya estás muerto.

XVI

HARARE

Esquivó a un repartidor, que entraba por la puerta trasera del hotel, y alcanzó a Mercedes y a Nyathi cuando cruzaban la calle corriendo hacia Sixth Street. Era una acera estrecha y la parte exterior estaba ocupada por una hilera de jacarandás, se vieron obligados a saltar en medio de los coches para no empujar a una anciana que salía del edificio rodeada de niños. Sonaron un par de cláxones y algunas voces reprochándoles la maniobra. Al llegar a Silundika Avenue se pararon unos segundos sin saber que camino debían tomar. El aire era demasiado caliente para agradecer las bocanadas.

—¡Por aquí! –Le gritó Mercedes señalando hacia la derecha y emprendiendo la carrera.

A mitad de la avenida las punzadas en el bazo le impidieron respirar con regularidad para mantener el ritmo.

—¡Corre, corre!

Se colgó la mochila y apretó los dientes para no perder la referencia de sus espaldas. En Fourth Street doblaron a la izquierda. Era una calle más amplia y los pocos transeúntes se apartaban con docilidad a su paso. Mercedes se volvió hacia Javier, los seguía a una distancia de veinte metros pero era evidente que no aguantaría mucho más tiempo corriendo. Buscó con la mirada algún lugar donde pudieran esconderse y recuperar el aliento. El resultado no fue esperanzador.

—¡No te pares, por Dios! –Le ordenó sin detenerse.

Javier sentía las piernas pesadas. Cada zancada era más lenta que la anterior. Al fondo, un grupo de gente se arremolinaba en la estación de autobuses formando largas colas. Temió perderlos entre la multitud y alargó el paso a pesar de los calambres. Bordearon las primeras filas de viajeros hasta pararse en un autobús que se disponía a salir.

—¡*Mirai zvishoma*! –Gritó apoyando un pie en el primer escalón para impedir que cerrase las puertas–. *Handei tatu*.

El conductor los miró con extrañeza y tardó unos segundos en vocear al cobrador, un hombre mofletudo y con gorra de plato, que estaba vendiendo los tickets en la parte trasera del vehículo. Javier

llegó hasta ellos con el rostro descompuesto.

—*Pindai! Chigarai pasi.*

—*Tatenda* –agradeció Mercedes dejando que Nyathi y Javier pasaran delante de ella para ocupar los asientos libres.

En el estrecho pasillo comprendió la mirada compleja del conductor, se habían subido a un autobús turístico y la mayoría de viajeros eran orientales cargados con cámaras digitales para inmortalizar su inolvidable excursión por Harare y sus alrededores.

—Espero que en la mochila, aparte de esas cartas románticas, habrás guardado también algo de dinero –dijo sentándose a su lado mientras buscaba el broncodilatador en los bolsillos. Javier afirmó con la cabeza, incapaz de preguntarle si las había leído por el hormigueo que recorría sus músculos. A duras penas conseguía centrarse en todo lo que había ocurrido esa mañana, antes de que los soldados irrumpieran con violencia en el hotel.

Es asombrosa la capacidad que tiene el peligro de unir a personas diferentes. Allí estaban los cuatro, en la habitación del Holiday Inn Harare, aguardando con cautela a que la mañana madurase para salir hacia la clínica; dedicándose gestos de apoyo con la intención de infundirse unos ánimos infundados.

Javier, siguiendo las instrucciones de Mercedes, había comenzado a introducir en una mochila algunas cosas imprescindibles por si las circunstancias aconsejaban no regresar al hotel; el pasaporte, dinero, el móvil… le extrañó pensar en las escasas pertenencias que uno necesita llevar consigo y en lo superfluo de todo cuanto atesoramos, incluidos recuerdos y sentimientos escondidos en cajones indescifrables con actitud huraña, creyendo que su acumulación nos proyectara hacia la felicidad, o nos impidiera caer en el vértigo del olvido. Si la vida de una persona se pudiera resumir nombrando los objetos o las ilusiones que jamás dejaría abandonadas, la de Javier quedaría reducida a unos folios: las cartas de la rubia desgalichada. No lo dudó. Las metió en la mochila.

—Alejandro, ¿te acuerdas de la mujer que vino a ver a mi hermano hace unos años? –Le espetó después de cerrar la cremallera.

El médico miró a Mercedes con la cara borrada por la inesperada pregunta.

—Al parecer tú la recibiste cuando llegó a las oficinas –continuó Javier– y estuviste con ella hasta que llegó Alberto.

—Sí, sí, me acuerdo de eso.

—¿Te dijo su nombre?

—No, creo que no –se levantó del sofá para hacer unos estiramientos cerca del balcón–. Ha pasado mucho tiempo –la voz se alargó con el movimiento de los brazos hacia el techo. No parecía muy interesado en el tema.

—¿Y no te acuerdas de cómo era?

—Pues no –se giró hacia él con el sol en la espalda–. La verdad es que no me fijé en ella. ¿Acaso es importante?

—Es raro –dijo Mercedes interrumpiendo la siguiente intervención de Javier. Tenía los pies apoyados sobre la mesa y se había subido las mangas cortas de la camiseta hasta dejar al descubierto los hombros–. Es muy raro que tú no te fijes en una mujer –aclaró ante la interrogación embarazosa que planteaba Alejandro– ¿No te acuerdas de si era alta o baja? ¿Morena o rubia? ¿Delgada o gorda?

—Era… normal, no sé, tampoco estuvimos juntos mucho tiempo. Llamamos a Alberto para que regresara lo antes posible de Kariba y luego yo seguí trabajando en el despacho mientras ella se quedó esperándole en la sala de visitas. ¿Por qué os preocupa tanto?

—Por nada –añadió quitándole importancia–. Simple curiosidad, un cotilleo si quieres. Nos hizo gracia a los dos que Alberto tuviera una amante y nadie de su familia lo supiera.

Javier agachó la cabeza y comprobó el peso de la mochila analizando las reticencias de Alejandro a contestar y las de Mercedes a hacerle partícipe de la trama. El paquete de cartas hacía que la mochila resultara pesada pero no estaba dispuesto a perderlas.

—Está bien, intentaré hacer memoria –era una frase tan de segunda mano que los dos enmudecieron–. Si me acuerdo de algún detalle ya os lo diré –apuntilló para salir del envite.

—Gracias. Tenemos que irnos.

—Escuchad, yo bajaré a por el coche y cuando esté en la puerta del hotel tocaré el claxon para que bajéis. No conviene que nadie os vea merodeando por la puerta. Dejad el balcón abierto.

—De acuerdo.

—Y tápate con el velo –abandonó la habitación sin más.

Nyathi se apostó tras las cortinas vigilando la calle mientras Javier remoloneaba una pregunta con ojos perezosos.

—Cuando a Alberto no le gustaba algo –le abordó Mercedes–, solía dar vueltas sin sentido escondiendo la mirada, lo mismo que estás haciendo tú. ¿Vas a decirme qué te ocurre?

—No sé. Tú conoces a Alejandro mejor que yo pero me ha dado

la impresión de que no nos quería contestar, de que se sentía molesto por revelarnos algún dato de esa mujer.

—Los hombres tenéis un extraño código de compañerismo. Si se trata de un asunto serio y Alberto no te dijo nunca el nombre de su amante, él tampoco lo hará. Pero… –hizo una parada frunciendo los labios que le marcó dos hoyuelos en las mejillas y un brillo de complicidad en las pupilas. A Javier le gustó–, si añadimos al asunto un toque de frivolidad y unas cuantas cervezas, cualquier hombre contaría hasta la forma caprichosa de un lunar que apenas llegó a intuir por culpa de un riguroso escote. Ahora sólo nos faltan las cervezas –y volvió a subirse las mangas hasta los hombros.

—*Onai! Onai*! –Gritó Nyathi señalando atemorizado la calle.

Un camión militar acababa de llegar a la entrada principal del hotel y los soldados saltaban por el portón trasero.

—¡Vámonos! –Le agarró por un brazo empujándole enérgicamente hacia el pasillo.

—¿Qué ocurre?

—Saben que estamos aquí –corrieron en dirección a los ascensores sin preocuparse de cerrar la habitación–. No podemos salir por el vestíbulo principal. Lo tendrán controlado.

—¿Quién… quién sabe que estamos aquí? –Preguntó Javier entrecortando las sílabas por el esfuerzo.

—Los soldados.

—¿Los sol…?

—*Handei!* –Nyathi los llamó desde la puerta que daba acceso a las escaleras del hotel.

Bajaron dos pisos casi sin apoyar los pies en los escalones, agarrándose a la barandilla para girar en cada descansillo, hasta que escucharon pisadas de botas ascendiendo hacia ellos. Volvieron a entrar en una planta agazapándose detrás de la puerta.

—*Mirai zvishoma* –les mandó esperar ocultándole a Mercedes la cara con el velo.

No tardaron en oír la parafernalia de los militares subiendo hacia los pisos superiores, animados por las voces enérgicas de algún mando. Un ejecutivo salió del ascensor y los observó atemorizado antes de entrar en su habitación. Javier sentía los dedos agarrotados por las cintas de la mochila que le cortaban la circulación. En ningún momento se le pasó por la cabeza soltarla. Nyathi los apartó ligeramente del arco de la puerta y la abrió con sigilo. Los soldados habían pasado hacia los pisos superiores.

—*Pamberi ne!* Sin ruido.

Bajaron por las escaleras en silencio hasta desembocar en la

parte trasera del hall. En la puerta principal había un grupo de soldados fumando aburridos. Mercedes ahogó un gemido al reconocer a Donald en la recepción, hablando con los conserjes.

—Fíjate en ese hombre –le susurró a Javier.

Pero apenas había reparado en las guedejas de pelo ralo que le caían sobre los hombros, cuando la enorme mano de Nyathi tiró de su muñeca para que les siguiera hacia una puerta que se había abierto a su izquierda y por la que un repartidor introducía mercancías en el hotel.

MADRID

A la derecha se veían multitud de tejados con la última cosecha de antenas parabólicas apuntando a un cielo limpio de tachaduras; de frente, las torres inclinadas de la Plaza de Castilla desafiaban a la lógica y también, por qué no, al buen gusto. Ayuso retrocedió unos pasos, le daban vértigo las alturas, en especial las del poder, y en aquella sala de espera con paredes de cristal situada en el piso treinta y tres, la sensación de poder se pegaba a la piel como un chicle obstinado. Luis Selfa tardó en recibirle alegando una reunión de última hora; el inspector aguardó pacientemente el engaño, permitiéndole disfrutar de ese juego infantil en el que la gente que se cree importante marca su territorio para demostrarse a ellos mismos, y a las visitas, que realmente son poderosos.

—Usted dirá –lo saludó con simpatía, pero Ayuso no fue ajeno al gesto adusto de su cara cetrina, avisando de que la entrevista no iba a transcurrir por vericuetos agradables si decidía formularle preguntas incómodas–. Siempre he colaborado con la justicia, sostengo que hacen ustedes un trabajo encomiable.

Era un hombre que carecía de elegancia; vestía un traje caro pero le quedaba grande y el cuello de la chaqueta se le abovedaba en la espalda.

—Gracias. Me gustaría hacerle algunas preguntas sobre Multiestetic.

—¿No me diga que está usted interesado en alguna operación de estética?

–Sonrió su propio chiste. La dentadura era tan postiza como el riñón que le habían trasplantado.

—¿Qué tipo de intereses comparten con Alssott Brennan Inghen?

—Comerciales. Somos socios.

—¿Ustedes también realizan trasplantes?

—No. En absoluto. Multiestetic es una clínica dedicada a la cirugía estética y reparadora. Y si me lo permite, debo añadir que con unos resultados magníficos para nuestros clientes.

—¿Qué puede decirme sobre los safaris que organiza una de sus empresas a Zimbabwe?

—Temo que le han informado mal. No tengo acciones en ninguna empresa que organice safaris. Si le interesa mi opinión de cazador, hay lugares más interesantes. Si me encontrara mejor de

salud yo mismo le serviría de guía de viajes. ¿Le gusta la caza?

—Me gusta comérmela, puede usted comprobarlo.

Luis Selfa soltó una carcajada.

—Yo siempre estoy a régimen. Le envidio.

—Gracias. Perdóneme que continúe, usted participó en un safari cuando le hicieron el trasplante de riñón en Londres –Luis Selfa cogió un rotulador de la mesa y lo deslizó con agilidad entre sus dedos antes de contestar. Aún conservaba el rastro de la sonrisa.

—¿Adónde pretende llegar?

—A la relación de sus socios con el tráfico de órganos.

Notó que una punzada le contraía los músculos de la cara hacia la izquierda, y mantuvo la mueca para que pareciera voluntaria mientras Ayuso se fijaba en la tensión antinatural de la mejilla.

—¿Sabe alguien más que ha venido a verme? –Lo preguntó sin titubeos, decidido a postergar las florituras de su humor rancio para otra ocasión.

—No me gusta estropear las sorpresas.

—Escúcheme, Inspector…

—Lo tiene ahí escrito –dijo señalando una nota que tenía encima de la mesa con su nombre y hora de llegada. Sus empleados eran eficientes.

—Inspector Ayuso –apuntilló con énfasis–. Multiestetic es una clínica que dirige mi hijo, yo sólo formo parte del accionariado. Por lo tanto, todas las preguntas sobre esa empresa deberá hacérselas a él. Mi secretaria le facilitará su teléfono en caso de que lo necesite – se levantó dando por terminada la visita. La chaqueta también le quedaba larga.

—Ya lo hemos intentado, señor Selfa, pero ha sido imposible – dijo amparándose en su gruñido habitual para levantarse.

—No le entiendo.

—Su hijo, Álvaro Selfa, ha huido del país.

—¡No le consiento que utilice esos términos!

—Perdón, ha salido del país antes de que lo detuviéramos y se encuentra en Zimbabwe.

—¿Y por qué iban a detenerlo? –Preguntó en un volumen ostensiblemente más humilde.

—Por secuestrar al paciente de un psiquiátrico, por estafar a un seguro y por asesinato.

Intentó mantener la compostura a pesar del impacto de los últimos cargos, pero el cuerpo se le fue arrugando sin orden e inconscientemente buscó el apoyo de la mesa. Daba la impresión de que el traje pertenecía a una persona con diez kilos más de peso.

—Oiga, no sabe dónde se está metiendo. Más vale que tenga pruebas de esas acusaciones.

—Se me olvidaba, presuntamente también está implicado en un caso de tráfico de órganos. Por eso esperaba que usted nos ayudara a… –tardó en encontrar la palabra—, a desmentir esta acusación, contándonos los detalles de su trasplante en la clínica inglesa.

—¿Se está divirtiendo? –Y el tono fue tan sombrío que Ayuso equilibró el peso entre ambas piernas preparándose para la acometida.

—No, si le soy sincero me duele el estómago. No soporta el ayuno.

—Desde hace años, concretamente desde el 2001, no tengo ninguna relación con mi hijo.

Al decir la frase dejó caer la barbilla hacia el pecho y en contrapartida el inspector se irguió ligeramente. Contemplar el hundimiento de Luis Selfa no entraba en sus planes del día.

—Hoy la juventud es diferente a nosotros. ¿Tiene usted hijos? –Le preguntó al tiempo que se sentaba con cansancio. No parecía el mismo hombre que minutos antes había entrado en el despacho.

—No.

—Entonces no sabe lo que significa trabajar toda una vida para que no les falte de nada y encontrarte solo en los momentos que más los necesitas. Son muy egoístas. Seguramente yo habré tenido la culpa, por consentirle todos los caprichos, pero su comportamiento no es de recibo. No sé a qué se dedica, no sé si es culpable de los delitos que usted lo acusa, pero es mi hijo, inspector, no lo olvide. Que no tenga relación con él, que lo haya desheredado, no significa que no intente defenderlo si alguien lo ataca.

—Puedo saber los motivos de su distanciamiento.

—No, no puede –respondió con sequedad, aunque su rostro había perdido la arrogancia del principio–. Su madre murió hace cinco años y él es mi único hijo. Ahora dudo de que tanto esfuerzo haya merecido la pena. Dice usted que se ha marchado a Zimbabwe.

—Sí.

—Todo empezó por marcharse a ese país, por estudiar una carrera inútil que yo sabía que nunca iba a ejercer. Álvaro siempre disfrutó llevándome la contraria –removió afanosamente en el interior del cajón de su mesa hasta encontrar un paquete de cigarrillos escondido. Encendió uno con rapidez, fumando con tacañería, sin expeler el humo. Ayuso permaneció callado hasta la

quinta calada. Era un viejo conocedor del vicio.

—¿Sabe quién denunció a Alssott Brennan Inghen por un caso de tráfico de órganos?

—No sea estúpido –Luis Selfa esbozó un amago de sonrisa afilada. Sin duda el tabaco era un buen sedante para él. Consumió otra calada antes de continuar–. No le serviría de nada saber el nombre. Ya no puede interrogarlo.

—Gracias por su ayuda, señor Selfa –se inclinó a modo de despedida pero ni siquiera consiguió iniciar el giro para abandonar el despacho.

—Aguarde –apagó la colilla en un cenicero tan limpio que Ayuso creyó que era un cuenco de plata labrada, un adorno lujoso que podría haber sido adquirido en una de sus cacerías furtivas por los países del tercer mundo– ¿De verdad piensa que sus superiores le permitirán acabar la investigación? Escuche lo que voy a decirle, tal vez no sea correcto pero le ayudará a reflexionar –aspiró una bocanada de aire sin nicotina para enfatizar con estilo su discurso–. Hay personas imprescindibles, personas integradas en un grupo reducido e influyente, que trazan el camino que debemos seguir desde la política, desde la economía, desde las artes o desde las ciencias, personas con talento que benefician a la humanidad con su esfuerzo, con su trabajo. Sin embargo, hay otras personas que desgraciadamente cruzan por este mundo de forma efímera, y que a pesar de su fugaz estancia, suponen un pesado lastre para el resto –cogió un lapicero y una pluma estilográfica de marca y los elevó apoyando ambos codos en la mesa–. Si tuviera en su mano la posibilidad de salvar a un científico capaz de descubrir una vacuna contra el SIDA y curar a millones de personas, o a un negro de África cuya esperanza de vida es corta e inútil, ¿a cuál de los dos salvaría? Piénselo –hizo una pausa teatral, excesiva, como si en verdad estuviera aguardando a que Ayuso dictara sentencia en el absurdo juicio que le proponía–. A veces hay que ser inteligente para sacrificar a unos pocos en beneficio de la mayoría. Las riquezas naturales se agotan, no hay alimento para todos, el mundo ha sobrepasado con creces el número de habitantes que lo hace sostenible. A ese hombre africano no lo conoce, jamás verá su rostro, ni le presentarán a su familia, podría ser cualquiera de esos moribundos que aparecen en los documentales de la dos. ¡Hay tantos! –Partió el lapicero por la mitad y un trozo de mina resbaló por la mesa. Era negra. Selfa posó la yema de su dedo índice sobre ella y se le quedó pegada. Después se deshizo de los restos tirándolos a la papelera–. Digamos que es una selección natural, y

de ningún modo es más cruel que las propias leyes de la naturaleza.

Ayuso se acarició la cicatriz con un gesto desapacible, se sentía más cómodo con un Luis Selfa soberbio e irritado.

—¿No tiene nada qué decir, inspector? –Le preguntó encendiendo otro cigarrillo y expeliendo dos finas columnas de humo por la nariz.

—Sí. Búsquese otro sastre.

HARARE

—George Pentleton ha muerto.

Sintió un latigazo en el pecho, fue corto pero lo suficientemente intenso para agazaparle la vista en el vaso de Talisker y encontrarse con el recuerdo de Christine avanzando entre los hielos. Donald, que en aquél momento lo acompañaba, se había levantado para ofrecerle su asiento pero ella ni siquiera hizo intención de sentarse, se mantuvo de pie, observando, escrutando con frialdad el derrumbe de John.

—¿Quieres tomar algo? –Preguntó Donald mientras se bordeaba la oreja derecha con el pelo. No le contestó, y ante la falta de respuesta intuyó que Christine deseaba un poco de privacidad. Decidió alejarse hacia la barra para permitirles hablar a solas.

John nunca había considerado que el anonimato fuera una opción plausible. El simple hecho de ocultar tu verdadero nombre bajo un seudónimo lo consideraba un acto de cobardía. Por esa misma razón, denostaba el arte urbano y a artistas del estilo de Banksy, recriminando su actitud y esquivando cualquier obra que se expusiera sin conocer con certeza la autoría de la misma. Sin embargo, en aquél instante, sufriendo el silencio de Christine, habría pagado la mitad de su dilapidada fortuna por ser invisible, tan invisible como esos grafiteros que invaden las calles con sus pinturas dejando solo un apodo, una marca para que la sociedad los reconozca como artistas y los ignore como personas. Habría pagado por no verse reflejado en el desprecio de sus ojos.

—Lo siento –musitó con la lengua densa por la derrota.

Era consciente de que su relación se asemejaba más a un contrato comercial en el que acaba de incumplir la primera cláusula: costear sus caprichos. John Sttudmayer confiaba en las palabras dichas al encuentro de las caricias, confiaba en que, una vez desbrozadas de la pasión, conservaran una porción de verdad, y por ello insistió en las excusas.

—Dame tiempo, unos meses. Te doy mi palabra de que todo volverá a ser igual que hasta ahora.

Por ese motivo no le importó humillarse suplicando por un amor que, a pesar de no reconocerlo, no se había cimentado entregando sentimientos, sino abonando facturas.

—No me abandones ahora, te quiero.

Y entre las frases deslavazadas le pareció intuir un rictus de asco en los labios de Christine, un rictus inmisericorde en aquella misma boca que le había hecho soñar durante noches enteras.

—En unos meses me recuperaré y tendrás tus esculturas, te lo prometo. ¡Te lo prometo!

Ahondó en la promesa con vehemencia para arañar unos días gozando de su relación, dispuesto a ofrecerse al infierno con tal de no verla partir. No, a ella no.

—Te daré todo cuanto me pidas.

Christine sacó la cartera del bolso y le tiró dos tarjetas de crédito del Lloyds Bank sobre la mesa del pub.

—Tienes mi número, si te recuperas… llámame.

Tal vez fue por el tono indiferente, los contratos comerciales no se basan en las promesas de cariño sino en la liquidez, o por el desprecio con el que se giró dando la espalda a sus años de relación, por lo que John Sttudmayer sintió que la vena de la frente volvía a palpitarle con saña.

—¡Donald! –Gritó bajo la angustia de negarse a aceptar el abandono más doloroso–. Llévatela a la clínica.

Sttudmayer agitó el vaso de Talisker y el recuerdo del desagradable encuentro con Christine se derritió como los hielos al contacto del whisky de malta.

—George Pentleton ha muerto.

Álvaro Selfa se sentó al lado esperando su reacción a la noticia. John dio un trago pausado. Últimamente todo le sabía ácido, hasta su propia saliva. La muerte de su antagonista le dejaba huérfano de odios y de esperanzas; el viejo avaro se las llevaba de mortaja para ocultar su piel amarilleada por la enfermedad de Wilson.

—Que se joda –masculló con vulgaridad ante la perplejidad de Álvaro.

Él estaba vivo, y asistiría a su entierro para escuchar cómo se revolvía en la tumba y ofrecer sus condolencias a James Pentleton. Estaba vivo para luchar por recuperar la fortuna perdida, para recuperar a Christine y vengarse de ese grupo de iluminados que pretendían repartirse el mundo igual que si fuera una finca particular. Lo que George se había negado a costear en vida, se lo sacaría con creces a su hijo después de su muerte. La idea le hizo pegar un respingo. Apuró el Talisker y le pidió un cigarrillo a Álvaro.

—El hermano del médico no estaba en el hotel cuando fueron a

buscarlo esta mañana –expelió el humo con placer, sintiendo que recobraba la serenidad que había perdido tras su encuentro con Christine.

—Lo sé.

—Compré las acciones de Multiestetic para que pagaras, retirara la denuncia y cerraras ese desagradable asunto que aún colea. Si queremos comenzar en Maputo debemos limpiar el pasado y estamos dejando demasiados cabos sueltos. Los chantajes, la enfermera, el hermano…

Álvaro cambió de postura en el asiento, removiéndose irritado por la enumeración de deudas pendientes. No era un hombre que supiera acatar órdenes con humildad, y mucho menos encajar críticas a su trabajo.

—Estamos informados de todos sus movimientos. La enfermera y Javier están juntos desde anoche, es cuestión de horas que los encontremos. Ese tema puedes olvidarlo.

Al fondo, un grupo de jugadores ingleses vitorearon al campeón de una partida de dardos. Álvaro aguardó a que cesaran las voces.

—John, te voy a ser sincero –y se inclinó sobre la mesa para emplear un registro más confidencial–. Lo que me preocupa es que hayas dejado morir a Pentleton. ¿Quién te va a introducir en ese lobby selecto de los Bilderberg? O… ¿Quién va a financiar ahora la nueva clínica?

El murmullo del ambiente no le impidió concentrarse para escoger las palabras con las que iba a anticipar sus planes.

—La vida cuesta dinero, Álvaro, sobre todo cuando padeces una enfermedad hereditaria y has visto a tu padre consumirse lentamente en ella.

—No te entiendo.

—Dile al doctor Green que prepare una analítica para James Pentleton.

XVII

WARREN PARK

HARARE

El autobús no realizó una parada hasta llegar al monumento erigido a los Héroes de Acre, situado sobre una loma a diez kilómetros de Harare. Los turistas orientales se bajaron con ímpetu para disputarse el honor de ser los primeros en disparar sus cámaras contra la escultura de bronce. Nyathi, sin embargo, escrutaba con recelo y asombro aquel cementerio diseñado por arquitectos coreanos para albergar los restos de los héroes de Zimbabwe; desconocía quienes eran Josiah Tongogara, Moven Mahachi o Leopold Takawira, y tampoco alcanzaba a comprender el significado de aquella estatua dorada conformada por dos hombres y una mujer enarbolando una bandera. Nadie de su familia había sido enterrado en ese santuario nacional, su hijo, Ngalew, descansaba bajo la sombra de un *muuyu* en la aldea, pero no fue un héroe; su padre, Masotsha, tenía la tumba a escasos veinte metros de su nieto, pero tampoco fue un héroe, igual que su abuelo Masiyiwa, o su hermano Jonasi, o Magombo y Wadzanayi; todos ellos fueron gente humilde, gente que sangraban la tierra cada día con el único objetivo de vivir con hambre, que se dolían ante la impotencia de ver morir a sus hijos; pero no fueron héroes, no. Y por esa razón, tan susceptible de juicio, el gobierno de Mugabe no les concedió el alto honor de ser enterrados en el mausoleo, les concedió otros honores más mundanos: la injusticia, la opresión, y hasta el exterminio.

—Yo no querer Ngalew enterrado aquí –dijo conteniendo el aliento mientras se sentaba al lado de Mercedes y Javier en un escalón de granito negro traído desde Mutoko. Él prefería que su hijo estuviera sepultado en Kariba, cubierto de *mukura* y protegido por las raíces del baobab, en la misma aldea, para que no echara de menos el ruido de su gente, el calor de sus días o el frío de sus noches–. Ngalew feliz, pero allí –aseguró dando gracias a Vadzimu porque en su familia no hubiera héroes.

Los turistas orientales se organizaron en una fila para posar ordenadamente delante de la escultura e inmortalizar su paso por el monumento sin estropear fotografías ajenas.

—¿Has leído las cartas?

Antes de contestar, Mercedes se arremangó la manga izquierda de la camiseta y se acarició el hombro. Lo hacía de forma inconsciente, necesitaba refugiarse en un movimiento para hablar.

Javier creyó intuir en ese tic incontrolado los síntomas de una mujer eternamente ocupada, una mujer que desdeñaba citarse con sus pensamientos para no reconocer la realidad de su vida. Los giros de sus manos, los constantes paseos, la escasa tregua que imprimía a sus miradas buscando siempre un objetivo para mantener una conversación, una charla que la alejara del mutismo, de la quietud, que la alejara de sí misma.

Aún tenía fresca su llamada a Alejandro, cuando viajaban en el autobús escuchando las exclamaciones de los turistas al pasar por el Eastgate, un edificio ecologista diseñado por Mick Pearce que a pesar del calor no necesitaba aire acondicionado –su construcción estaba basada en la forma que tienen las termitas de enfriar sus nidos de barro– Mercedes, entre los gritos de admiración, aguardaba a que el médico cogiera el móvil sin escuchar las explicaciones del guía, alisando y arrugando el velo que la cubría, haciendo y deshaciendo la labor una y otra vez.

—¿Alejandro? Alejandro, ¿dónde estás?

—En Silundika Avenue. No he podido avisaros, cuando he llegado con el coche a la esquina, el hotel estaba lleno de soldados. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estáis? –Preguntó alarmado.

—Escucha, nos subimos a un autobús turístico, la primera parada será en el monumento a los Héroes de Acre.

—Gracias a Dios, creí que os habían detenido. No sabía qué hacer. Estaba pensando en acudir a la Embajada.

—Olvídate de la Embajada y ve deprisa al santuario. Nosotros te esperaremos allí.

—¿Javier no se ha marchado? ¿Sigue contigo?

—Sí, claro –suspendió su faena con uno de los pliegues para mirar fugazmente a Javier, tenía la vista clavada en la tela arrugada.

—Mercedes, ¿Me escuchas? –Insistió Alejandro.

—Sí, sí, estamos los tres.

—Estupendo, no os mováis del monumento, quedaos los tres allí. No tardaré en llegar.

Mercedes tardó unos segundos en contestar a la pregunta, los suficientes para sentir cierta turbación por la mirada directa de Javier.

—Lo siento –musitó incapaz de responder con un monosílabo que justificara su intromisión—. Cuando te desmayaste por el golpe, buscamos entre tus papeles cualquier documento que pudiera

identificarte. No sabíamos quién eras, o para ser más exactos, no creíamos que fueras quien habías dicho y necesitábamos saber la verdad antes de que te despertaras…

—Ya, ya, déjalo, no importa –se anticipó al final para ahorrarle el rosario de disculpas, aunque era consciente de que Mercedes no era una mujer de pausas prolongadas.

—Leí tres o cuatro –había permanecido tres segundos callada–, de la mitad del paquete, y también la última. Suelo hacerlo con los libros. Sé que es una fea costumbre.

— ¿Leer las cartas de otra persona?

—No me refería a eso, aunque también lo sea, sino a leer el final. Con los años he perdido la paciencia para las aventuras románticas y necesito saber cómo acabará la historia antes de involucrarme.

—Lo maravilloso de las historias, como tú las llamas, es que nadie puede asegurarte su final. Quizá eso sea lo más bonito, ¿no crees? Eso les imprime una urgencia excitante, una necesidad de apurar el momento sin pensar en las consecuencias, de sentir que rozas la locura en otra mirada, una locura que te impide preocuparte por lo que vaya ocurrir más adelante. Lo único que te pide el amor es vivir el presente, entregarte; el resto son frustraciones o recuerdos más o menos afortunados.

Mercedes balbuceó algunas sílabas sin encontrar la palabra adecuada, y esas dudas le condujeron a pensar que había trazado un diálogo demasiado trascendente para la situación.

—Alberto solía decir… –añadió Javier con un ligero carraspeo para reconducir la conversación–, que el amor es un gran trampolín, o te tiras o ves tirarse a los demás. Siempre hay que elegir una de las dos opciones.

—Yo hablaba de las novelas –apostilló avergonzándose por el malentendido–, no de las historias de amor personales.

—¡Ah! Bueno… vaya metedura de pata.

Los dos sonrieron sin saber por dónde continuar. Tenía una sonrisa preciosa y Javier se sonrojó al pensarlo, y ella, al ver su rubor, compartió la turbación. Después hubo un silencio, Mercedes lo aprovechó para bajar la mirada y él para cambiar la suya hacia Nyhathi que continuaba observando con inusitado interés los nichos del monumento.

—Pues alguien –prosiguió Javier sobreponiéndose–, no me acuerdo ahora del nombre pero no era Alberto, y prometo que ya no te daré más citas, escribió que para ser feliz en la vida, hay que vivirla igual que si fuera una novela, y dejar la realidad para la

literatura. Es un buen consejo, ¿no te parece?

Se apartaron de las escaleras para dejar pasar a los orientales que se habían sacado la foto en la estatua y comenzaban a subir hacia la torre de la Llama Eterna. Mercedes cogió unos granos de tierra y jugó con su textura entre los dedos. Javier se fijó en sus manos, eran grandes, torneadas, con unas tenues venas que le azuleaban el dorso.

—Es bonito que alguien te quiera tanto –dijo sin mirarle, empleando en la reflexión la voz áspera de los desengaños, esa voz que lamenta ausencias y pasiones orilladas. Él la agarró de las manos, con ternura, limpiando los granos de tierra roja adheridos a sus dedos como los sentimientos no correspondidos, como los sueños que jamás llegan a cumplirse–. Me extrañó la última carta –añadió con torpeza, alzando el tono más de lo habitual, deseando interrumpir el silencio por la vergüenza que sentía con el roce de sus manos.

—¿Por qué?

—No sé, me pareció que no te la había escrito la misma persona.

Javier no alzó el tono, de la misma forma que había hecho ella, ante la sorpresa por el comentario, inició un gesto que le mantuvo con la boca abierta ante la duda de qué debía aclarar primero, si que él no era el destinatario de las cartas, o cuáles eran los parámetros de su lectura para sospechar que la rubia desgalichada no era la autora de la última.

—Mercedes…

—¡Ahí está Alejandro! –Le cortó levantándose con rapidez para salir a su encuentro– ¡Nyathi! *Handei!* ¡Nos vamos a la clínica!

MADRID

"Según la información facilitada por los ministerios de Educación y Ciencia y de Medio Ambiente, a lo largo de las últimas veinticuatro horas se ha producido la intrusión de vientos de origen subsahariano fuertemente cargados de partículas en suspensión. Aunque estas partículas, al ser de origen natural, no suponen un riesgo para la salud, es recomendable que las personas con problemas respiratorios y los ciudadanos en general, eviten realizar actividades que supongan esfuerzo físico al aire libre".

A pesar de las recomendaciones del ayuntamiento, Carmen salió a hacer *footing* porque ella no era una deportista al uso, ella corría para olvidar, para cansarse, para huir de una casa que se había vuelto sórdida desde la muerte de Alberto y la marcha de Javier a Harare. Corría exprimiendo al máximo sus músculos, sin preocuparse de las partículas subsaharianas que podía inhalar en la calle, concentrada en ajustar la respiración al ritmo de las zancadas, manteniendo la mente ocupada en el esfuerzo, en los latidos. Avanzaba por el parque ignorando lo que ocurría a su alrededor, sin escuchar los murmullos o la voces de las personas que paseaban plácidamente por donde ella huía con desesperación. Pero hay sucesos esquinados, pertinaces, que se niegan a abandonar nuestra memoria aunque esté encharcada de sudor, y acuden en oleadas, bombeados por el movimiento enérgico de los brazos, solapándose entre el aliento entrecortado por el cansancio; lo ratificó con la imagen del inspector Ayuso, con su paso de elefante sin manada, llegando a la cafetería donde ella almorzaba junto a Isabel, su saludo amable, desde la distancia, para no apremiar con su presencia pero exigiendo una conversación que intuía brusca y en la que no iba a gozar del olor a caramelos de fresa que le ofrecía Isabel.

Carmen acelera la carrera en un intento de borrar los recuerdos, de sepultarlos bajo el desgaste físico; y se fija en las hojas sofocadas de los árboles, y en un grupo de niños que corretean tras un balón sin dueño, y hasta en un perra pequeña, llamada Shyra por su dueña, que envalentonada al verla pasar decide perseguirla unos metros. Shyra le muestra desafiante una cicatriz en el morro, similar a la de Ayuso, cicatriz que él se acarició mientras le pedía la fotografía de los tres juntos, aquella donde estaban alegres,

divertidos, jugando como los niños del balón pero en un tiempo inexistente, pues ella reafirmó su teoría de que era un simple montaje, de que podía ofrecerle alguna mejor. No obstante, se vio obligada a claudicar ante la insistencia del inspector y a suavizar la carrera por la descoordinación de los músculos; y tras una pausa empieza a correr de nuevo, con rencor, contando las zancadas, creyendo que los números serán un obstáculo para las ideas, siete, ocho, nueve, diez, once… seis, cero, siete, siete, nueve… son los primeros números del móvil de Javier, el inspector se lo pidió para avisarle de que Álvaro Selfa estaba en Harare, de que es el asesino de Antonio y de que debe volver lo antes posible.

Llega a una explanada sin árboles pero con unos hierros retorcidos formando un laberinto por donde los niños se contorsionan para ascender a la cima, y una madre regaña a su hijo que grita desde el punto más alto para que todos sepan que él es el campeón.

Ayuso la regañó desde la quietud, se tomó el café solo, sin azúcar, y aguardó con paciencia a que se decidiera a hablar, a contar lo que sabía sobre Álvaro; es evidente que su marido corre peligro, pero Carmen conoce otros peligros, esos abismos a los que te precipitas cuando descubres la debilidad de las personas amadas, y no está dispuesta a arrojar a Javier con una confesión innecesaria. A veces, la verdad es simplemente un accesorio de lujo, hace más daño a quien la oculta que a quien la ignora.

Se detiene junto a un banco de madera y realiza estiramientos. La respiración se va relajando al ritmo que crece su odio hacia Álvaro. Desde el primer día que lo vio tuvo el presentimiento de que ese hombre iba a destrozar su vida.

El callejón estaba desierto y por la ventana abierta se colaba el olor agridulce de un restaurante chino. Ayuso, apoyado en el marco, fumaba observando los cubos de basura vacíos, y una vez más se preguntó cómo podía oler a restos de comida si los camareros no tiraban ningún desperdicio. Dio una última calada al cigarro y suspendió el movimiento de tirar la colilla al ver a un empleado del restaurante salir por la puerta trasera.

—Cierra la ventana, no hay quien aguante el tufo –protestó Perucho mientras dibujaba en una pizarra el organigrama del caso. El nombre de Alberto Ferrer lo había encerrado en un rectángulo, en el vértice de la pirámide, y desde esa figura descendían las líneas de tiza que lo unían a diversos personajes de la trama.

—Espera.

Se miraron en silencio, Ayuso con la colilla humeando entre el pulgar y el índice, el chino con una enorme bolsa de plástico negro que sujetaba cuidadosamente con ambas manos.

—El comentario de Luis Selfa nos ha ofrecido el dato que yo estaba investigando. El autor de la denuncia fue Alberto Ferrer, y por esa razón ya no puedes interrogarlo, está muerto.

Retrocedió unos pasos hasta tocar con su espalda la puerta, dando a entender con la maniobra que la presencia del inspector en la ventana suponía un impedimento para tirar la bolsa en el cubo de la basura. Ayuso aguantó la posición con estoicismo, temiendo que el fuego de la colilla avanzara por el filtro y le quemara los dedos.

—Está muy claro –aseguró tamborileando con sus yemas puntiagudas en el dibujo–, Alberto Ferrer puso la denuncia contra Alssott Brennan Inghen, el propietario de la clínica inglesa conocía a Luis Selfa por el trasplante de riñón, y a través de su hijo, Álvaro, contactaron con Alberto.

La puerta del restaurante se abrió lentamente, el inspector escudriñó la abertura por si veía a alguien detrás; se conformaba con vislumbrar un brazo, un retazo de tela que justificara su curiosidad; fue inútil, el chino volvió a entrar con la bolsa negra apoyada contra el pecho, sin rehuir en ningún momento la mirada.

—Los ingleses compraron acciones de Multiestetic, pero fue una maniobra para encubrir el dinero que pagaron por retirar la denuncia. Álvaro le regaló prácticamente el ático de General López Pozas porque ya había cobrado su valor con las acciones sobrevaloradas de Multiestetic, y Alberto Ferrer retiró la denuncia. Perfecto. Un plan sin fisuras.

La puerta se cerró igual que se había abierto: lentamente, sin que los goznes chirriaran en la sutil maniobra. Ayuso tiró la colilla al callejón con un bufido de fastidio.

—¿¡Por qué nunca los vemos tirar la basura!? ¿Dónde la esconden? –Se preguntó con el exceso de rabia que imprimen las viejas frustraciones. Perucho apartó la vista de la pizarra con incredulidad ante las voces y arrugando la nariz para colocarse las gafas de pasta en su sitio.

—Se la darán de comida a los gatos –contestó cargando la ironía al sentirse menospreciado en sus conclusiones sobre el caso.

—En este callejón no hay gatos. ¿Y no te has preguntado nunca por qué?

—Yo sólo me pregunto por qué no me escuchas –contestó limpiándose las manos del polvo de la tiza.

—Porque no dices nada que yo no sepa. Me aburres, Perucho. Ya

sé que Alberto Ferrer puso la denuncia y que le pagaron con el ático para que la retirara, pero ¿de qué manera consiguió el dinero que ingresó después en el banco de Liechtenstein? ¿Y por qué lo asesinaron?

—A lo mejor no lo mataron ellos.

—A lo mejor se suicidó después de quemarse la piel con las letras. En realidad quería hacerse un tatuaje tribal, y al ver que se le había ido la mano, no soportó la idea de vivir con el nombre de ese dios shona grabado en el pecho.

—O se le fue la mano con el chantaje.

Ayuso no le contestó, y ese mutismo en la jerga del inspector significaba que merecía la pena meditar sobre la opción que planteaba. El olor a rollitos de primavera flotaba en el aire.

—Sigue –dijo expectante, cruzándose de brazos.

—Eso justificaría que entraran en el ático y que persigan a su hermano. Buscan las pruebas que tenía Alberto sobre sus actividades. Pero, ¿por qué tardaron tanto en matarlo? Pagaron demasiado dinero antes de decidirse a quitarle de en medio.

Le repugnaba ese olor. Desde que montaron el restaurante chino lo respiraba todos los días. Eran vecinos de callejón y de olores. Ellos le invadían con sus aromas agridulces requemados, él, tirando colillas delante de su puerta. La prohibición de fumar en el despacho había desatado las hostilidades, y ahora luchaban en una guerra ambiental sin que ninguno de los dos bandos hubiera hecho una declaración formal de agresión.

—Porque el chantaje no se lo hacía a ellos –dijo abriendo los párpados desmesuradamente. Se levantó de golpe y el sillón realizó un vaivén de ida y vuelta al liberarse del peso. Perucho repitió la frase en su mente con la vista clavada en el movimiento pendular del asiento.

—¿Y a quién si no?

—A los clientes millonarios, a los famosos que debían ocultar su trasplante a la opinión pública. Por eso tardaron tanto en intervenir. No sabían que Alberto los extorsionaba. No era su guerra, ¿entiendes? Comprueba la lista de los clientes de Multiestetic y de la clínica inglesa que viajaron a Zimbabwe en los últimos años. Sus cuentas corrientes, los desembolsos sin justificar, los pagos extras… y contrástalos con los ingresos en la cuenta de Liechtenstein.

—Le hacía chantaje a los clientes –afirmó intentando convencerse—. ¿Y sabía sus nombres a pesar de que él no trabajaba en la clínica?

Ayuso vaciló unos instantes. Los suficientes para que el mal

humor se hiciera un hueco a codazos entre la pasajera euforia.

—Siempre preguntas lo que no sé y aseveras lo que ya he averiguado. Como ayudante eres un auténtico desastre, Perucho –abrió la puerta del despacho con la cicatriz retorcida por el enfado–. Me marcho, no te aguanto, si descubres algo importante, llámame.

Las partículas subsaharianas provocaban un aire caliginoso que le obligó a maldecir de forma reiterada. Odiaba el calor, y los atascos, y el ruido, y encontrarse en el portal de su casa con la desagradable noticia de que una vez más el ascensor no funcionaba. Abrió el buzón mientras estudiaba seriamente la posibilidad de pasar la noche en la comisaría para evitar subir los cinco pisos andando. También odiaba el ejercicio físico. Tenía un aviso de correos para recoger un paquete regalo en la oficina de su zona. El recuerdo del olor agridulce de su despacho le hizo desestimar la idea de volver. En cuanto acabara el caso realizaría una inspección al restaurante, aunque solo fuera para amedrentar al chino de gesto desafiante. Arrugó el aviso de correos y lo tiró a la papelera. No esperaba ningún paquete y conocía la vieja técnica utilizada por algunas empresas para vender: enviar un paquete por correo anunciando que has sido seleccionado para obsequiarte con un producto del que únicamente debes pagar los gastos de envío, gastos que siempre superan el valor real del artículo. Era una estratagema que en épocas de crisis solía dar resultados… de repente se quedó hipnotizado, absorto en la bola de papel arrugada. Se agarró al pasamano de las escaleras y comenzó a subir de forma acelerada, sin levantar la vista de los peldaños de madera lavada. En el segundo piso la camisa ya se le pegaba al cuerpo igual que las cortinas de baño húmedas. Al llegar al tramo intermedio con el tercero se detuvo a respirar y a coger el teléfono.

—Diga.

—Porque no hay ratas.

—¿Qué? –Gruñó con la voz ahogada por el esfuerzo.

—Que no hay gatos porque no hay ratas –repitió Perucho con satisfacción por la conclusión a la que había llegado.

—¿Y es lógico que no haya ratas en un callejón en donde un restaurante tira la basura?

—Sí, porque no tiran la basura.

—¿Te das cuenta, Perucho? Ya has cerrado el círculo. ¿¡Y cómo puede ser que no tiren la basura!? –La pregunta adquirió por sí misma la irritación del principio.

Cortó la comunicación para continuar la carrera hacia su casa. El último piso lo subió renqueante, entre profundos resoplidos.

Nada más abrir la puerta se dirigió al gabinete. Allí guardaba el paquete que Alberto Ferrer había enviado desde Harare. El paquete que seguramente utilizaba de señuelo las cartas de su amante para dar la clave del caso. El salvoconducto que permitiría a esa mujer que amaba mantenerse a salvo de las intrigas.

HARARE

Estaba tumbada ligeramente sobre un costado, con el brazo izquierdo en alto, apoyado en la cabeza; el derecho lo tenía flexionado y la mano descansaba sobre el hombro. La composición de su figura le recordó uno de los óleos más conocidos de Modigliani, *Le Grand Nu*, que había disfrutado en su visita al MoMA. Al igual que la modelo, Christine estaba dormida con un gesto contrariado en la cara, la oscuridad de la habitación satinaba el brillo de su piel y la perspectiva de John, observándola desde arriba, era muy similar a la que había utilizado el pintor en la mayoría de sus lienzos para la serie de *Reclining Nude*. Quizá Modigliani no necesitó sedar a la modelo para pintarla pero Sttudmayer no quiso reparar en ese pequeño matiz, sino recrearse en la belleza que ambas compartían, en la torsión de su cuerpo, en la calidez de sus formas, en esa inquietante melancolía a la que lo arrastraba su visión.

Le habría gustado disponer de un ejemplar de *Les Chants de Maldoror* para recitarle sus poemas, igual que hacía Modigliani con su amada Jeanne Hébuterne. Quizá Christine no lo amaba como Jeanne a Amedeo, y jamás se suicidaría por amor igual que hizo ella a la muerte del artista. Esta reflexión lo indignó al sentirse malquerido, y en la obcecada tortura de la comparación, se imaginó a la modelo de *Le Grand Nu* saliéndose del lienzo, abandonando el cuadro por culpa de una demanda que el pintor no pudo satisfacer a tiempo, demanda que dejaría el óleo con una silueta blanca recortada contra el fondo rojo, con un vacío infinito en donde segundos antes reposaba la voluptuosidad de la carne. Esa era la actitud reprobable de Christine, una criatura caprichosa que cegada por la ambición pretendía huir del bosquejo preparado por él para los dos, pretendía amontonarlo en el sótano oscuro de las obras inacabadas, un sótano tan escaso de memoria que al entrar se olvidaría hasta de su nombre. Ni siquiera tuvo a bien considerar la cuota de responsabilidad que le correspondía en la quiebra de sus empresas, solo pensaba en sus esculturas africanas, en hacer brotar de la piedra esos rostros alargados, lánguidos, que con tanto acierto supo reflejar Amedeo Modigliani. Y a través de la indignación, comenzó a sobrepasar la línea antinómica que une el amor y el odio, esa dualidad que nos embriaga y nos aflige, que nos obliga a

cruzar de una orilla a otra por la caricia de una mirada o por el simple roce de un pensamiento turbio. No es consciente de que al amor llegamos desde el egoísmo, y al odio desde el miedo. Y ese mismo temor le aconseja derribar la antigua imagen de ella, y ahora se la presenta como una mujer falsa, no solo en sus pretendidas ideas artísticas que carecen de toda originalidad —esa cacareada influencia africana en su obra ya fue plasmada por los grandes genios del siglo pasado— sino por sus sentimientos, por sus caricias, por sus palabras.

Modigliani jamás hubiera consentido que el público observara su lienzo con la modelo huida y unos chorretones patéticos resbalando por la silueta blanca. Sttudmayer tampoco iba a permitir que su obra de arte lo abandonara.

Donald llamó con suavidad y entró en la habitación. Aguardó unos segundos antes de inclinarse hacia John para que no dejara ningún pensamiento a medias.

—El doctor Green y Álvaro quieren reunirse contigo –lo dijo en voz baja, temiendo despertar a Christine de su sedación.

—¿Ocurre algo?

—Hay problemas con James Pentleton y con Maputo.

—¿Con Maputo?

—Nuestro contacto en el gobierno exige dos millones de dólares en negro para darnos el permiso. Sin él no podremos establecer allí la clínica.

John Sttudmayer se puso la chaqueta que se había quitado para no arrugarla al sentarse y se alisó el pantalón con un toque despectivo. No le gustaban los trajes de lino.

—Su hermano ha llamado –dijo señalando con la cabeza a Christine–, insiste en hablar contigo. ¿Qué le digo?

—Que me devolvió las tarjetas de crédito y no he vuelto a verla.

—¿Y qué quieres que haga con ella?

John apoyó la mano en el pomo antes de volverse. Su jefe de seguridad no llevaba un traje de lino, pero su camisa desconocía lo que era un buen planchado. La falta de elegancia le provocó una mueca de desagrado.

—No he vuelto a verla.

Donald se rascó el antebrazo con desgana mientras se cerraba la puerta. Christine giró sobre el costado y cambió la posición de sus brazos. En el sueño se había dejado la boca entreabierta, tenía los labios agrietados y un rictus de angustia en la comisura, pero seguía siendo tan bella que a Donald le dolió mirarla.

XVIII

HARARE

El calor desprendía un vaho del asfalto que disfrutaba difuminando los volúmenes contra el horizonte. A través de los cristales del jeep, los racimos colgantes de las acacias parecían temblar nerviosos, contagiados por su inquietud. La figura de Alejandro comenzó a degradarse según iba alejándose hacia el edificio de la mansión colonial. Al llegar a la acera contraria se volvió hacia ellos con precipitación, ocultando su cara a un hombre que salía por la puerta de la clínica; era joven, rubio, casi albino, y caminaba deprisa, enojado. Alejandro mantuvo las distancias, ofreciéndole siempre la espalda. El hombre se metió en un automóvil que le esperaba y desapareció entre reverberaciones. Todos respiraron con alivio.

A pesar de las reticencias de Mercedes a separarse de nuevo después de lo ocurrido en el hotel, habían optado por aceptar su sugerencia y permitir que él se adelantara al grupo para inspeccionar la entrada y evitar así peligros innecesarios.

—Mercedes, ¿por qué dijiste que la última carta no parecía escrita por la misma persona?

—No me hagas caso –sugirió mientras se abanicaba con un folleto publicitario de la ONG que había encontrado en el salpicadero–. Tú lo sabrás mejor que yo; son tuyas –y le hurtó la mirada para observar con atención el trayecto del médico.

Javier se incorporó entre los dos asientos delanteros. Del pub salieron unos hombres discutiendo que miraron con desconfianza al jeep aparcado y continuaron con su bronca por Kaguvi Street.

—Precisamente de eso quería hablarte. Escucha, las cartas que has leído no son…

—¡Es Yami! –Exclamó Mercedes sorprendida.

—¿Qué?

—Yami está con Alejandro.

Javier vio a los dos hombres hablando en la distancia y sintió que el pecho le atronaba, parecía que sus pulmones hubieran aspirado todo el vaho de la calle y no pudieran expulsarlo. Necesitó parpadear y limpiarse el sudor para cerciorarse de que era él; era él charlando con el mismo aire ausente de su primer encuentro,

cuando una fingida casualidad los reunió en la librería en torno a una guía de viajes. Era Álvaro Selfa manteniendo una conversación carente de emotividad para formar parte del reencuentro de dos viejos compañeros. Su camisa blanca absorbía la luz ofreciendo una imagen irreal que se descompuso, al dirigirse con celeridad hacia la clínica, manchando la bruma con trazos similares a los de un bosquejo. Sus espaldas fueron engullidas por la puerta y Javier comenzó a recordar un mundo de mentes raídas, de pupilas fragmentadas en cientos de píxeles que le entregaban un dibujo y unas sílabas balbuceadas al compás de unos labios temblorosos.

—Yami.

—¿Conocías al hombre que te llevó anoche de paseo?

—Yami.

—¿Qué significa Yami?

—No lo sabemos, esa palabra no pertenece a ningún dialecto pero la repite constantemente.

Fue un retroceso brutal, los pensamientos se dividieron en su cerebro en forma de pantallas paralelas, proyectándole instantes aislados de sus conversaciones con Álvaro sin desconectar el rostro esquizofrénico de José Ramón Prieto en el psiquiátrico.

—Es un país corrupto. Nunca sabrás quién es el asesino. No permitas que manchen la memoria de tu hermano.

—Yami –repetía con una mueca de horror en la comisura de los labios que hizo descender con más caudal el reguero de saliva amarillenta.

—Hay mucha mierda en África, no metas las narices. ¿Sabe tu mujer que te vas a Zimbabwe?

—¿Qué te ocurre? –Preguntó Mercedes al verle con la mirada colgada.

—Ese hombre que estaba hablando con Alejandro era Álvaro Selfa, ¿por qué lo has llamado Yami?

—¿Lo conoces?

—¡Contesta! –Gritó angustiado por la presión de confirmar cuanto antes las sospechas.

Mercedes retrocedió por la voz hasta acomodar la cabeza en la luna de la ventanilla. El folleto de propaganda se le había escurrido de las manos para quedarse inmóvil en el regazo. Nyathi se irguió del asiento sin comprender lo que ocurría, enfilando a los dos con la misma mirada.

—A Álvaro lo llamábamos Yami porque cuando estuvo trabajando con nosotros se comportaba con la altivez de un dios; el

clásico niño rico que se siente superior a los demás. A él le gustaba el apodo.

La fina capa de sudor hacía brillar en sus mejillas una docena de minúsculas estrellas, puntas de vidrio húmedas que atraían como un imán. Javier cambió la vista hacia el parabrisas para concentrarse en la reflexión.

—Nyaminyami, el dios del río. Fue el nombre que tatuaron en el pecho de Alberto.

—Sí, el diminutivo que usamos para…

—Tenemos que irnos de aquí.

Se deslizó hacia el asiento del conductor tropezando con la rodilla en el freno de mano y estampando la frente en el volante. El claxon emitió un pitido ronco, breve, un sonido más parecido a una queja que a una alarma.

—¿Las llaves? ¿¡Dónde están las llaves!? –Preguntó tanteando con desesperación.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Estoy seguro de que Álvaro Selfa asesinó a Antonio, y fue él quien me puso en contacto con la Mercedes Espert falsa, no quería que hablara contigo sobre la herencia que te dejó mi hermano.

—¿Herencia? ¿De qué estás hablando?

—Créeme, no hay tiempo para explicaciones, ¿alguno de vosotros sabe hacer un puente?

Ambos miraron a Nyathi que tenía los dedos crispados sobre los reposacabezas. Alguien golpeó en el cristal y los tres se revolvieron contra la amenaza aguantando la respiración. Una mujer shona extendía la mano solicitando una limosna, llevaba a un niño a horcajadas sobre su cintura y la obstinación del sufrimiento agrupada en el rostro.

—*Ndi-pei-wo* dólar –pidió describiendo un círculo con la mano que incluyera a los tres en el ruego.

—*Ibvaipo* –le respondió Mercedes antes de girarse hacia Javier– ¿Estás diciendo que Álvaro trabaja para la clínica?

—Sí, es uno de ellos.

—*Ndine nzara* –insistió la mujer señalando a su hijo; un niño de labios encostrados y mirada legañosa.

—Tenemos que huir de aquí –dijo buscando la manilla para abrir la puerta del conductor.

—¡No! No podemos irnos, Alejandro ha entrado con él, si nos vamos será imposible que volvamos a…

Los dos creyeron que Mercedes no había terminado la frase pero el silencio ocupó su espacio empujado por una ráfaga de aire

caliente que volvió sudorosas las palabras hasta hacerlas impronunciables. Se agitaron con pesar en los asientos, sin tiempo ni valor para reconocer en la actitud equívoca del médico una prueba irrefutable de su traición.

—¡Salid del coche! ¡Deprisa!

Un destello de miedo relampagueó en los ojos de la mujer shona haciendo dudar a Javier de la maniobra que había iniciado. El niño rompió a llorar por el movimiento repentino de su madre, abandonando la actitud pedigüeña para huir rápidamente calle arriba. Cuando por fin puso un pie sobre el asfalto ya era tarde, la puerta del jeep le aplastó la pierna contra la carrocería y algo metálico le oprimió el cuello.

—Hola, Mercedes –la voz de Donald Berry era fría– ¿Visitando otra vez a tu enfermo?

MADRID

La razón por la que no lo reconoció cuando se dirigía hacia su despacho, saludando amablemente con la cabeza a cualquiera de la comisaría que se cruzara a su paso, no fue porque se hubiera quitado el mono de trabajo para acudir a la cita oficial vestido con un polo de manga corta y unos vaqueros planchados a conciencia –llevaba una raya marcada en ambas perneras que parecía trazada con tiralíneas– sino por la falta de ese palillo en la boca que le contraía los labios y le dotaba de un aspecto al menos peculiar.

Los vicios, aunque sean inofensivos, siempre nos obligan a adoptar una serie de gestos postizos que vamos asumiendo con el paso del tiempo hasta convertirlos en un rasgo acusado de nuestra personalidad; cuando conseguimos abandonarlos, esos gestos se quedan vacíos, sin razón de ser, esperando que los olvidemos para no emplearse en balde.

—Aquí estoy –dijo con los dientes apretados para que no se le cayera un mondadientes ficticio, postergado en un afán de mejorar su aspecto. Seguramente siguiendo las recomendaciones de su tenaz planchadora.

Fuera de su hábitat parecía menos fiero y su mirada de mastín había cambiado de raza para enternecer con la melancolía de un caniche que reclama una caricia de su amo. Ayuso estuvo tentado de pasarle la mano por la cabeza y deslizarla por el lomo aplicándole unos suaves cachetes en el costado.

—Siéntese.

—Gracias. ¿Tendré que mirar muchas fotos?

—No, sólo una.

Emitió un gruñido de decepción mientras sacaba del bolsillo unas gafas para ver de cerca. Se había imaginado escrutando interminables álbumes de fotos, incluso algún retrato robot, sin conseguir reconocer a la amiga secreta de don Alberto para acallar su conciencia, pero descubriendo alguna cara conocida que le permitiera dar alas a la curiosidad de su mujer cuando regresara a casa. El inspector posó la fotografía sobre la mesa dando dos golpecitos con los dedos en los ángulos superiores.

—Fíjese con atención y dígame si algo le resulta familiar.

—¿Algo o alguien? –Preguntó mirándole por encima de las gafas.

Se reclinó en el sillón sin contestarle, dispuesto a examinar su reacción cuando bajara la vista y viera la cabeza de Alberto apoyada con cariño en el hombro de Carmen, las manos de Javier intentando sujetar la espalda de su mujer para evitar que se le cayera encima, como si inconscientemente no quisiera participar en el juego, la sonrisa de los tres provocada por sucesos diferentes y en espacios distantes, y que gracias al montaje compartía el mismo universo de papel, la misma alegría; una alegría que ignoraba que había sido trucada para ocultar sentimientos y actitudes difíciles de asumir desde la felicidad.

El portero ni siquiera titubeó al deslizar los ojos de rostro en rostro. Ayuso fue escalonando su análisis, comparando esa mirada recelosa que nos dibuja en la cara el temor a realizar un aspaviento, esa inmovilidad antinatural que nos incrimina en el delito del que pretendemos salir absueltos, con la indiferencia de Carmen al entregarle la fotografía, argumentando que llevaba otras instantáneas, primeros planos eficaces, verdaderos, sin fondos simulados que pudieran distraer la atención. La mujer de Javier no alteró su postura ni cuando le dijo que debía esperar en aquella habitación de diez metros cuadrados hasta que el portero del edificio examinara con detenimiento la foto. Mantuvo las manos sobre las piernas, con los dedos entrelazados y el cuello recto, parecía una figura de porcelana que se bastaba por sí sola para decorar una estancia sin más mobiliario que una vieja mesa y un par de sillas desparejadas.

—¿Eso es chino grallado? –Preguntó el inspector.

—¿Qué?

—Los bordes de la piscina.

El portero bajó la mirada desconcertado, balbuceando una respuesta que no tardó en dar.

—Sí, cla… claro. Es chino grallado.

—¿Y no le resulta familiar?

—¿El chino grallado?

—No, hombre, la piscina.

—¿La piscina? –Repitió agachando las orejas, sin entender la obsesión del policía por las piscinas.

—Fíjese bien, la porción pequeña de seto que se ve a la derecha, la forma ondulada de la parcela…

—¡Es la piscina de mi edificio! –Gritó exultante por el hallazgo.

—¿Seguro?

—Sí, sí.

—Bien, hay una pega. Cuando fui a verle, el sauce que se ve en el centro de la foto no estaba en su jardín.

—Tuvimos que cambiarlo de lugar, estaba demasiado cerca de la piscina y las raíces casi rompen el muro. Sí, esta foto la sacaron hace unos años, antes de que lo trasplantáramos y aprovecháramos para cambiar el chino grallado por la madera de teca. Pero… –había algo que distorsionaba su concepto de la imagen casera. Los dientes rechinaron al no encontrar la madera del palillo en el mordisco– pero hay algo raro en la foto.

—¿Qué?

—Lo que hay detrás de don Javier nunca ha estado ahí.

—Gracias, ya puede irse.

Encogió el hocico con la sorpresa de su libertad; Ayuso no esperó para constatar que su gesto era de alivio al no verse obligado a ejercer el duro oficio de chivato. Salió del despacho apartando el aire, sin prestar atención a Díez que pretendía pasarle una llamada urgente, ni a Perucho que agitó a su paso una lista de posibles clientes de Multiestetic chantajeados por Alberto Ferrer.

Cuando abrió la puerta Carmen seguía en la misma postura, con el aspecto frágil de la figura de porcelana. Vestía un traje chaqueta beige con falda de tubo que se ceñía con admiración a su cuerpo.

—Necesito fumar y usted también.

Salieron a la calle. El tráfico era denso. Cruzaron la avenida sorteando peatones que deambulaban sin destino fijo hasta llegar a un bar tan pequeño que hacía esquina consigo mismo. Un vendedor ambulante de gafas de sol y relojes de imitación se alejó corriendo de la puerta al reconocer al inspector. Pasaron a un reservado oculto tras un biombo chino de los que venden en los locales de Todo a Cien; más que un salón parecía un pasillo ancho, con cuatro o cinco mesas de formica adosadas a la pared, encima de cada una de ellas había un servilletero de plástico vacío y un cenicero rojo de Cinzano. Ayuso encendió un cigarrillo antes de pedir un café. Carmen esperó a que el camarero pasara una bayeta sucia por la mesa manchada antes de decidirse a no tomar nada.

—¿Quién les sacó la foto?

—No le entiendo.

Dio dos caladas seguidas y esperó a que el camarero sirviera el café y los dejara solos. Carmen se fijó en la taza, era grande, con el anagrama de Starbucks. En aquel bar todo era insólito. Incluso que lo llamaran bar.

—Usted trabaja para Luis Selfa.

—Sí, es el dueño de la productora. Ya se lo dije la primera vez

que nos vimos en mi casa.

—Él le puso en contacto con su hijo Álvaro, y éste le pidió que intermediara con su cuñado para que retirara la denuncia contra Alssott Brennan Inghen. A cambio le regalaron el ático donde les sacó esa foto que usted me entregó insistiendo mucho en que era un montaje –Carmen hizo un amago para defenderse pero Ayuso no le cedió la palabra–, y es cierto que está trucada, pero parcialmente –pronunció la frase despacio, cargando el adverbio–, lo único que hizo usted fue añadir la imagen de Javier. Por qué se lo ocultaron a su marido no es asunto mío –se calló unos segundos, los suficientes para que asimilara la complicidad que le brindaba a su secreto–. Pero desde ese momento ha participado estrechamente en la intrigas de Álvaro Selfa, hasta el punto de que, aprovechando su viaje a la Capadocia, fue la encargada de retirar los fondos depositados en un banco de Liechtenstein desde un cibercafé de Zurich –la taza en su mano no parecía tan grande. Dio un sorbo al café y apagó el cigarrillo–. ¿Quiere que continúe?

—No es necesario.

—¿Por qué no me contó lo que sabía de Álvaro Selfa? ¿Cuál es exactamente su relación con él?

En la pared se acumulaban manchas cuyos perfiles bien podrían conformar semblantes agónicos, cabezas decapitadas exangües, bocas sin dueño clamando su infortunio sin ser escuchadas. Carmen las observó y sintió su dolor, su vergüenza. Los recuerdos son cuchillos sin filo que golpean con la hoja plana. Ayuso aguardaba en silencio, ella no aguardaba nada, ya lo había perdido todo.

—¿Le importaría pedirme un whisky?

HARARE

El dedo acusador de James Pentleton señalaba con obstinación a Sttudmayer. La violencia del discurso le obligó a levantarse del sofá para ahogar en el movimiento la rabia por la muerte de su padre, por el asesinato, repetía una y otra vez con los ojos encendidos, atropellándose en el grito, farfullando las últimas sílabas al quedarse sin aire. Sus tonos agudos le hicieron pensar a John en un enorme violín, un violín humano gigante, desgañitando arpegios con un principiante en su interior; un aprendiz agobiado por no dominar los golpes del *staccato* y el *spiccato*; con la mano izquierda dormida sobre las cuerdas vocales, utilizando desplazamientos torpes y a destiempo, proponiendo una música que agredía a los oídos, como las palabras, como el rostro descompuesto de James.

—El mes pasado me hice una analítica completa para seguir compitiendo con el equipo de polo. Por supuesto no fue en ninguna de tus clínicas, John, y el resultado fue tremendamente satisfactorio. ¿Crees que si tuviera la enfermedad de Wilson no me la habrían detectado los médicos de la Federación?

—Es una enfermedad compleja, James –advirtió el doctor Green intentado reconducir la situación–. Los parámetros que nos indican la posibilidad congénita suelen variar…

—¡Cállese! –Gritó apartándose un mechón rubio, casi albino, que se negaba a seguir el rumbo marcado por la gomina–. Es usted patético, doctor. Si todavía le queda un ápice de dignidad profesional, no vuelva a abrir la boca.

Sacó del bolsillo de su chaqueta una nota escrita con letra temblorosa, inclinada hacia atrás. El viejo Pentleton no había tenido tiempo para salvarse antes de visitar otros infiernos, pero sí para rellenar una cuartilla con sus temores. John, refugiado en una postura hierática, aguantó la lectura sumergido en el concierto para violín en Re menor, Opus 47, de Sibelius, en la transparente ejecución de Christian Ferras, en los sentimientos que arrancó la precisión de su arco, en aquella tarde de lluvia redonda en la que acudió al concierto de Zubin Mehta acompañado de Cecile, cuando su única preocupación era controlar las emociones que le provocaba una de las composiciones más exquisitas que había escuchado. Ante tal cúmulo de nostalgias, sintió curiosidad por averiguar si la tinta de la carta era tan amarilla como la putrefacta piel de George

Pentleton.

—He hablado con la Embajada para repatriar el cadáver de mi padre. Y ten por seguro que les informaré de vuestras actividades –dobló con torpeza la hoja dando por terminada la entrevista–. John, ya estás arruinado, mi venganza no podrá ser económica, pero te prometo que voy a emplear hasta el último penique de la herencia de mi padre para recluirte en la cárcel. Mi padre no era uno de estos negros pordioseros que asesinas para los trasplantes.

No se despidió, quizá las palabras de cortesía no encajaban adecuadamente con las amenazas. Álvaro carraspeó ante la pasividad de Sttudmayer que quitaba con elegancia una hebra adherida a su chaqueta de lino.

—¿Vas a permitir que llegue a la Embajada?

John levantó la vista con desprecio al intuir cierta insolencia en la pregunta. No se explicaba que hubieran permitido escribir una carta de despedida al avaricioso George, y mucho menos que se la entregara a su hijo. El único error, que asumía como propio en la historia, era no haber sabido rodearse de gente más competente en sus negocios. Desde su precario estado financiero hasta su problema para continuar con la clínica en Maputo, lo achacaba a una mala gestión de su personal de confianza. Y ahora, en los momentos más comprometidos, aquel cachorro de millonario impertinente, cuyos méritos se reducían a saber derrochar el dinero de su padre, se atrevía a soltarle una orden encubierta entre interrogaciones.

—¿A qué esperas para detenerlo? –Respondió copiando su tono. Sibelius quedaba tan lejos que se sintió profundamente fatigado.

Álvaro observó al doctor Green que, nervioso y cabizbajo para excluirse de cualquier disputa, sudaba copiosamente apoyado en el armario metálico. La orden era para él.

Salió del despacho con la desagradable sensación de que todo el entramado se precipitaba al vacío igual que un castillo de naipes. Demasiados frentes abiertos por donde se filtraba la información de sus actividades en una hemorragia imposible de frenar. Los acontecimientos aconsejaban maniobrar con prudencia. Estaba convencido de que la pasividad que había demostrado John Sttudmayer lo incapacitaba para dirigir los nuevos proyectos. El sol lo deslumbró en los primeros pasos a la salida de la clínica, impidiéndole reconocer a Alejandro hasta que escuchó el reproche de su voz.

—¿Qué haces aquí fuera? Os avisé de que no salierais.

—Hay que detener al hijo de Pentleton –respondió colocándose la mano a modo de visera para evitar el resol.

—Se ha subido a un coche cuando yo llegaba.

—¡Joder! –Masculló con impotencia–. Si nos denuncia estamos perdidos. Hay que impedírselo. Debo avisar a Donald para que lo detenga antes de que llegue a la Embajada.

—No, Donald se va a encargar de Mercedes y de Javier. Date la vuelta y entra en la clínica conmigo –sus palabras sonaban apretadas, moviendo apenas los labios para evitar que se los leyeran en la distancia.

—¿Están en el jeep?

—Sí, espero que no te hayan reconocido. ¿Qué está pasando, Álvaro?

—John, coño, John lo ha estropeado todo.

XIX

HARARE

"Se acabó." Cerraron la puerta con un ruido hermético de cerrojos y en la oscuridad de aquel sótano infecto, su mente se negó a cualquier otra reflexión. "Se acabó". El suelo se hundía bajo los pies amortiguando las pisadas; parecía de tierra, tierra mojada por las aguas fecales que se filtraba entre las grietas de las tuberías, tuberías retorcidas igual que raíces podridas. Era inútil mantener los ojos abiertos, apenas distinguía sus manos, y en medio de la negrura volvió a escuchar la melodía de una nana cuya letra nunca supo; una nana saturada de crujidos y chirridos, como si un disco de vinilo se hubiera rayado y siempre ofreciera las mismas notas crepitadas. Y entonces sintió miedo de su propio miedo, miedo a desfallecer delante de Mercedes, a dejarse arrastrar hacia un punto sin retorno. "Se acabó". En la desesperación, intentó reclamar otros pensamientos más generosos para abstraerse del pánico que le produjo el encierro en el sótano. La rubia desgalichada acudió a la llamada con desgana, sin alicientes en su oferta de futuro. Sus movimientos carecían de vigor y su imagen desvaída se dejó absorber por las sombras con facilidad. "Se acabó". El trayecto en busca de recuerdos había sido corto. Ese viaje de ida y vuelta forma parte de nosotros, y aunque lo emprendamos con la maleta vacía para llenarla de esperanza, a veces regresamos con ella cargada de resentimientos que también nos ayudan a vivir porque son nuestros. En ese viaje de vuelta se bajó en una estación más cercana, cuando los llevaron a empellones hasta una habitación luminosa y sin lodo, donde se encontraron con la vergüenza de Alejandro por haberlos traicionado; con el cinismo de Álvaro que los trató como si en todo este tiempo hubiera estado jugando a decir frases ocurrentes en lugar de con vidas humanas; con los ojos acerados de Donald, que se mantenía en un segundo plano, sin bajar el arma, en un mutismo que, a pesar de abarcar cualquier amenaza, no logró amedrentar a Mercedes, ni su rabia por la falta de escrúpulos para enriquecerse a costa del sufrimiento, de la humillación, de la necedad de creerse superiores por el simple hecho de no pasar hambre; y les escupió su odio porque ellos son los culpables de que exista un tercer mundo y un segundo y un primero donde solo debería existir un mundo, sin

adjetivos que releguen a las personas a ser meras cobayas por la banal circunstancia de haber nacido en otro continente.

Álvaro se acercó a ella y tanteó con obscenidad en sus bolsillos. "¿Es esto lo que buscas, Yami?" le preguntó sacando el frasco de Ventolín, entregándoselo con un gesto altivo que irritó aún más a su antiguo compañero. "Ya no lo vas a necesitar." Y sonó a amenaza innecesaria, pues acto seguido lo arrojó al suelo y lo pisó con fuerza, esparciendo por las losetas blancas las piezas de plástico rotas. Mercedes no encogió el gesto a pesar de lo que significaba quedarse sin el inhalador, al contrario, le devolvió una sonrisa deslumbrante que se estrelló contra sus labios apretados por la contrariedad de no infligir el castigo deseado.

A través de la ventana se veían unos tiznajos blancos, sin ambición para ascender hasta un cielo tan alto. "¿Cómo conseguías el nombre de los clientes para que Alberto les hiciera chantaje?" La pregunta de Donald no encontró una respuesta satisfactoria porque Mercedes ignoraba de qué le estaba hablando; Javier se olvidó de las nubes bajas y desvió sus pensamientos hacia su hermano. No escuchó la defensa de Alejandro remarcando con su desproporcionada nariz la inocencia de la enfermera, solo experimentó un fuerte dolor en las sienes al intentar procesar con rapidez los datos que recibía. "¿Dónde está la lista que guardaba?" Los engranajes de la mente comenzaron a funcionar de manera caótica. El ruido le molestaba. Debía aislarse. Se sumió en la reflexión y apagó las palabras que se sucedieron a continuación, los gritos de Nyathi cuando dio un salto y golpeó a Alejandro. "¡Tú mentir! ¡Tú mentir!" Cuando le agarró del cuello para hundir los dedos en su garganta temblorosa, mientras Mercedes intentaba frenarle para impedir que la pistola de Donald atajara el problema. Los veía moverse en silencio, revolverse sin escuchar sus voces; las mandíbulas apretadas de Nyathi; el esfuerzo de Mercedes por sujetar sus brazos; los ojos desorbitados de Alejandro que anunciaban su brusca marcha hacia otras fronteras; el cañón de una pistola que descendía buscando el blanco de una cabeza negra. Y sintió que sus pulmones se ensanchaban, que le dilataban el pecho hasta soltar un profundo alarido, un rugido que ensordeció la lucha y aumentó la perplejidad; todos lo miraron desconcertados, cejando en sus diferentes empeños, hasta el punto de deshacer el enjambre de brazos y cuerpos amontonados por el suelo. "Ya basta." Y sin saber por qué señaló a Álvaro que estaba ayudando al médico a recuperar la vida a golpes de tos. "Seguro que él os puede contestar a esas preguntas. Él es quien ha urdido toda la trama. El asesinato

de Antonio, robarle la herencia a Mercedes. Preguntadle a él" Las miradas cambiaron de objetivo y de intención. La luz atenuó su fulgor. Los cúmulos se habían unido, compactado, formando un núcleo grisáceo que se interpuso al sol, como si la escena necesitara una iluminación menos cruda. "Llevadlos al sótano."

Hacía calor. Demasiado calor. Sus axilas empapaban la camisa. La imagen de Alberto haciendo chantaje a los pacientes le sobrecogió. Esa fue la razón de su asesinato. Entre el gorgoteo de las tuberías escuchó una respiración pesada, era la de Mercedes. Lamentó haberse olvidado de ella y forzó la vista para apartar la manta negra que los cubría mientras se concentraba en el ruido de sus pulmones. Sí, podía orientarse con su angustia, y caminó arrastrando los pies por el lodo hasta topar con sus piernas.

—Soy yo. Tranquila –le dijo mientras se agachaba a su lado.

Mercedes estaba tumbada y le agarró de una mano, se la retorció intentado morder algo de aire, aunque fuera nauseabundo, aunque tuviera que luchar para evitar los vómitos. Javier la incorporó, ayudándola a que recostara la espalda contra su pecho.

—Tranquila, tranquila –musitó apartándole los mechones de pelo que se le habían adherido a la cara–. Si te relajas, conseguirás superar el ataque de asma. Debes dominar la ansiedad, pensar en otra cosa –le dio un beso en la frente. Tenía la piel pegajosa de sudor y angustia–. Imagínate en otro lugar, imagina… –tragó saliva– fija tu mente en otros lugares, en cualquier sitio que desees estar.

El ronquido de la agonía se expandía atronador en el silencio, y él lo escuchaba doliéndose de su asfixia. Necesitaba calmarla pero no sabía qué hacer, ni qué decir.

— Si el hombre pudiera decir lo que ama, si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo como una nube en la luz; si como muros que se derrumban, para saludar la verdad erguida en medio, pudiera derrumbar su cuerpo, dejando sólo la verdad de su amor, la verdad de sí mismo, que no se llama gloria, fortuna o ambición, sino amor o deseo, yo sería al fin aquel que imaginaba; aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos proclama ante los hombres la verdad ignorada, la verdad de su amor verdadero. Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío; alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina, por quien el día y la noche son para mí lo que quiera, y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu, como leños perdidos que el mar anega o levanta, libremente, con la

libertad del amor, la única libertad que me exalta, la única libertad porque muero. Tú justificas mi existencia. Si no te conozco, no he vivido; si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.[2]

El ronquido se había ido suavizando, como si también hubiera querido escuchar la poesía, y al final de su queja emitía un ligero silbido de esperanza por una estrecha rendija. La mano de Mercedes ya no lo aprisionaba a modo de garra, se sostenía en su palma con ternura. Eso lo animó a continuar.

—Las cartas que leíste no son mías, eran de Alberto, de su amante.

Sus ojos se buscaron flotando en la oscuridad –dueños de una vida propia, sin pertenecer a ninguna cara– desprendiendo un brillo especial, una complicidad que fue calmando los espasmos.

Los cerrojos de la puerta se abrieron y Mercedes se refugió en su pecho. Un rectángulo de luz entró unos metros en el cuarto, los suficientes para ver cómo arrojaban un cuerpo que cayó inerte al suelo. Se oyó un grito de terror amordazado que no salió de sus bocas y de nuevo la membrana oscura los envolvió. Había alguien más en el sótano. Detrás de ellos. Posiblemente a su derecha.

—¿Quién está ahí? –Preguntó Javier girándose hacia el lugar de donde había salido la voz.

Mercedes se removió inquieta, aferrándose a sus ropas para evitar que la dejara sola. Él la tranquilizó, le acarició la nuca y posó los labios sobre su sien húmeda. Los pitidos de sus pulmones se iban espaciando. Nadie le contestó.

—Respira, respira –susurró acomodándole la cabeza sobre su hombro.

—Yo aquí –era la voz rota de Nyathi. Debía de estar a cinco o seis metros, pero frente a ellos– ¿Estar solos?

—No lo sé. Supongo que sí. Habremos oído el grito por las tuberías. ¿Sabes quién es ese hombre?

—No.

—Puede necesitar ayuda.

—No veo.

—¿Eh? ¡Oiga! ¿Se encuentra bien?

Mercedes se soltó del abrazo para buscar algo en sus bolsillos.

—Toma –le dijo con la voz áspera, consumida por el esfuerzo–. Es tu mechero, lo guardé cuando tiraste el tabaco.

Era un *zippo* negro, con sus iniciales grabadas. Se lo regaló Carmen hace dos años, el día de su cumpleaños. Pasó las yemas de sus dedos sobre la superficie. Siempre le había gustado su tacto pulido, el ruido metálico de la tapa al abrirlo y cerrarlo, el olor de

la gasolina al encender un cigarrillo. El recuerdo del ritual se vio truncado por Mercedes, que lo empujó con suavidad para sacarle del ensimismamiento. Lo encendió. La llama apenas consiguió iluminar su cara que surgió en la oscuridad igual que un espectro. Necesitaba acercarse. Avanzó de rodillas, apoyándose en una mano mientras en la otra sujetaba el encendedor. Los granos de tierra se le clavaban en la palma. Recorrió unos metros sintiendo los pinchazos. De repente descubrió un brazo descoyuntado, retorcido en un giro ilógico. La manga estaba cubierta de sangre y barro pero se apreciaba que era blanca. Javier respiró con fuerza y, sin moverse del sitio, se estiró para acercar la llama hacia la cabeza.

Álvaro Selfa tenía un agujero en la frente. Demasiado grande para seguir mintiendo.

MADRID

La pantalla indicaba que faltaban dos minutos para la llegada del siguiente tren. Ayuso se sentó en el centro de la estación. Apenas había seis o siete personas esperando. Dos chicas jóvenes que arrastraban los pies por el andén, un ejecutivo de medio pelo, sin cartera, y al fondo un grupo de chavales vestidos con chándal. Nada interesante. No era una buena hora. Se entretuvo mirando el cartel de teatro que había enfrente. Era extraño. Un actor, cuya cara le era conocida, parecía estar haciendo auto-stop, mientras sus dos compañeros, detrás de él, componían gestos asustadizos; la parte izquierda estaba llena de televisores con distintas imágenes que no alcanzaba a distinguir. Seguramente anunciaban algún programa nuevo de televisión que él nunca vería.

El tren llegó puntual. No hubo aglomeraciones de entrada y salida. Una pareja salió corriendo sin darle tiempo a fijarse en ellos; cuatro mujeres ecuatorianas, vestidas con colores alegres mal combinados, entablaron una despedida tan prolongada que casi se convirtió en un reencuentro; varios raperos salieron al ritmo de una música que desbordando sus auriculares se podría escuchar hasta en la siguiente estación sin demasiado esfuerzo; al final se quedó con una anciana; era flaca y malencarada, iba cargada de bolsas, como si acabara de comprar en las rebajas, por su ímpetu acarreando los bultos parecía llevar a cuestas lo único que le quedaba en la vida. Y no era mucho, aunque pesara. Apartó a una de las ecuatorianas de un golpe para que le dejara pasar y se dedicaron unas palabras poco cariñosas que cortaron de raíz la despedida del grupo, por lo que tuvieron que reiniciar los besos y los deseos de buena suerte desde el principio. La pantalla volvió a indicar que en dos minutos llegaría el próximo tren. Decidió esperar.

Para Ayuso era un hábito cotidiano. Le gustaba sentarse en la estación de metro y observar a la gente. Estudiaba sus movimientos, la forma de esperar una cita o las prisas por dejarla atrás. Incluso, a través de su conducta, se imaginaba sus opiniones, lo que una persona corriente diría sobre la investigación de un caso poco común.

El siguiente tren fue menos productivo. No se bajó demasiada gente y además lo hicieron por los vagones de cabeza y de cola. Cuando se marchó volvió a mirar el cartel de los tres actores. El de

la izquierda miraba hacia el lado contrario con cara de sospecha, temiendo que algo le pudiera sorprender desagradablemente desde el lateral. La frente le avanzaba sin misericordia hacia la coronilla y desprendía el brillo de algún foco. Era un hombre de labios exiguos pero de cara limpia, honesta. En lugar de actor –por la parafernalia y lujo que suele rodear al oficio– podría haber sido ese vecino que se limita a saludarnos con amabilidad por las mañanas, sin involucrarse más en la relación personal. Ayuso pensó que aquel rostro amable debía de albergar una vida oculta de amores y desamores, muchas amarguras y tal vez una felicidad. Ese hombre podría comprender y analizar perfectamente el caso: la pasión de Javier por conocer a la amante de su hermano, la tortura de Carmen por debatirse entre dos orillas opuestas, y su propio comportamiento al no mostrarle a ella la última carta del paquete que envió Alberto desde Harare. La sacó del bolsillo de la chaqueta y la desdobló con paciencia para leerla por enésima vez, creyendo que así sería posible arrancarle alguna opinión al actor de la cara limpia que aguardaba expectante en el cartel.

Junio, 2008

Hoy no tengo muchas cosas positivas que contarte. De hecho, he dudado en escribirte. Estoy cansada. El trabajo es agotador y los jefes quieren despedirme. No se lo pondré fácil. Aunque a veces deseo que acabe todo. Cuando pienso que por no destrozar la revista Litoral nos está ocurriendo esto, siento una profunda frustración. Una rabia que supera con creces la admiración y el amor que nos produce su lectura.

En tu última carta me preguntabas si continúo fumando. Sí. No ha servido de nada que me rompas los cigarrillos cuando vienes, ni que me adviertas del peligro que corro por fumar una cajetilla al día (Entre nosotros te confesaré que a veces es más de una) incluso he llegado a pensar que fumo para llamar la atención, para sentir que te preocupas por mi salud. El mes pasado, en mi último intento por dejarlo, tiré un paquete a la basura y escondí otro para que no se convirtiera en una tentación. Encontré un sitio perfecto. En el mismo sitio que guardaba los paquetes mi hermano para que no los descubrieran mis padres. Desde entonces está ahí, en su casa. Es un seguro de vida por si alguna vez lo necesito para una urgencia.

Por lo demás todo sigue igual. Si me despiden aprovecharé para hacer un curso de fotografía, así que prepárate para ejercer de modelo cuando vuelvas en tu próximo viaje. Seguro que Anne Leibovitz está temblando. Yo no tendré estrellas simulando escenas de Disney, pero me

ahorraré un dinero en maquillaje porque eres muy fotogénico.

Por último te sugiero que consultes la revista Litoral, aparte de lo que significa para nosotros, ella resolverá todas las dudas de tu trabajo.

Te quiero.

Miró de nuevo su cara, y las facciones temerosas del actor se fueron transformando en los rasgos desesperados de Carmen, cuando carraspeó para suavizar el primer trago de un whisky ajeno al envejecimiento en barriles de roble blanco con las suelas requemadas; cuando agitó el vaso para que el hielo enfriara su carácter mientras hablaba de forma sincopada, cortando las frases, sin llegar a terminarlas por el dolor o por la acumulación de palabras resentidas que necesitaba expulsar aquí y allá, dejando el nombre de Álvaro Selfa mordido entre ellas. Y en la memoria de Ayuso la escena se recreó a intervalos breves, como las fotografías a las que hace referencia la última carta, escuchando el ruido del disparador para separar una confesión de otra; comenzando por la primera cita, en el despacho de Luis Selfa, una tarde de sonrisas alternativas que nunca sonrieron, con los tejados de Madrid sembrados por el horizonte y las intenciones de Álvaro batiendo en sus oídos el aleteo de cientos de palomas ciegas. Cuando se estremeció al roce de una mano que fingía depositar cariño sobre sus hombros pero que la obligaba a someterse a unas condiciones inaceptables: convencer a Alberto para que retirara la denuncia, informar de sus movimientos, obedecer sus órdenes. "¿Qué tal tu viaje a Harare? Alejandro nos dijo que sólo estuviste un par de días. Una pena. Zimbabwe es un país que merece la pena visitar más tiempo." Un zureo agudo, ensordecedor, y la certeza de que a partir de ese momento ya nada sería igual.

La escena se para, se estanca, enmudece. Y Ayuso siente que sus párpados al cerrarse producen el sonido de la cámara disparando una fotografía. Una instantánea observada con detenimiento por su memoria: el primer plano de sus dedos estilizados rodeando como sarmientos el vaso de whisky.

"Y nada volvió a ser igual", repitió una y otra vez, reconociendo en su gesto ahogado el error de precipitar un viaje por necesitar vivir en labios ajenos. Y le cuenta la ambición de Álvaro para conseguir dinero a costa de sus propios pacientes. Extorsiones sencillas a unas víctimas que fueron verdugos de otras vidas para salvar las suyas, que pagarán sin protestar para ocultar su cobardía. "Alberto se negó. No quería hacer… dijo que si lo… fue horrible", musitó con los ojos fijos en ninguna parte, como si le hubieran

puesto en las pupilas tiritas de celofán que le hacían translúcida la mirada.

—¿Dónde va a parar tu ambición, Álvaro? ¿Tu falta de escrúpulos? Sois mercenarios. Asesináis a personas inocentes por dinero. Os aprovecháis del miedo a la muerte de un puñado de miserables para enriqueceros, y ahora pretendes que yo les haga chantaje. ¿En qué me convertiría? ¿Qué me diferenciaría de vosotros si aceptara ese plan?

—¿Qué diferencias necesitas para justificarte? Porque en realidad lo único que buscas es una justificación. Eres igual que nosotros.

—¡No! –Gritó Alberto–. Yo he ido a su país para curarlos, no para extirparles órganos. Yo he ido a trabajar para ellos, a proporcionarles una vida más digna, esa vida con la que vosotros comerciáis.

Álvaro se ajustó el pañuelo del bolsillo delantero de la americana antes de contestar. Carmen estaba a su lado, en silencio. Por la cristalera del ático se colaban los últimos rayos de sol calentando la tarima.

—Me parece bien que apeles a la ética, es lo único que nos queda, apelar a ella y luego olvidarla. Es lo que hace la mayoría de la gente. Vocean, gritan, de vez en cuando dan un donativo y luego miran para otro lado. Avestruces que esconden la cabeza para ignorar lo que sucede a su alrededor. Ninguno de ellos estaría dispuesto a renunciar a sus comodidades para que unos “africanos” tengan una vida más digna, como tú dices. Protestan por las pateras, se indignan porque los emigrantes les quitan trabajo, exigen que los devuelvan a sus países, les molesta verlos por las calles con la mano extendida hacia su conciencia. Que se vayan, que se mueran, pero que yo no los vea. ¡Avestruces! Nosotros no somos mercenarios, somos gestores que no escondemos la cabeza. Nosotros sabemos que necesitamos su miseria para costear los lujos de occidente; necesitamos su coltán, su oro, sus diamantes, su petróleo, sus órganos. Y gestionamos esa necesidad que criticáis al tiempo que os aprovecháis de ella. ¿Cuántos mueren testando las vacunas que luego salvarán a millones de occidentales? ¿Te imaginas que fuese al revés? ¿Que los laboratorios investigaran con la salud de los norteamericanos?, ¿o de los europeos, hasta conseguir una vacuna que salvara la vida de los africanos? Todos los ciudadanos éticos se negarían, lincharían a los científicos, ninguno se conformaría con mirar para otro lado; se tardarían años,

siglos en curar ciertas enfermedades. Sin embargo, nos aprovechamos de esas vacunas, y disfrutamos de Internet gracias al coltán, y tenemos móviles de última generación, y nuestros enfermos viven por un trasplante hecho a tiempo, y disponemos de un ático maravilloso para descansar de tanta injusticia por el simple hecho de retirar una denuncia a tiempo, de mirar para otro lado –sacó un cigarrillo de una pitillera de plata y se lo colocó con suavidad en los labios. Apenas había dado dos caladas cuando se levantó del sofá–. Ya ves, unos apeláis a la ética para refugiar la conciencia, y otros nos olvidamos de la conciencia y os damos motivos para que os sintáis mejores de lo que realmente sois. ¿Qué nos diferencia, Alberto?

Las lenguas de luz han ido retrocediendo del suelo, ahora apenas calientan los cristales. Carmen continúa a su lado, en silencio. Y Alberto la mira, y la ama, y la ama aún más, así, derrumbada, que cuando lo recibía henchida de felicidad y corrían a olvidar su historia en unas caricias que el destino les negaba.

—Tú sabrás si le conviene a tu familia que no aceptes –la amenaza es fría, y también el sosiego de enero que los envuelve.

El sonido del disparador congeló en un fotograma el cuello de Carmen, un cuello vencido, incapaz de erguirse con orgullo.

Alberto tuvo que ceder, y entró en el juego con la condición de que Álvaro la dejara al margen, no quería volver a hablar de ese tema, ni siquiera con ella. Hay recuerdos que te ensucian, que te envenenan hasta robarte los sueños. Y él no está dispuesto a renunciar a su sueño; necesita soñarla cada tarde, cuando el sol enorme de África sangra la tierra y sus deseos; cada noche, cuando se despierta gritando su nombre con tanta vehemencia que las aristas del dolor rasgan la oscuridad.

No tardó en recibir una pequeña lista y la promesa de no reincidir en el chantaje.

—Eran tres pacientes, tres llamadas. Sólo tres. Tres y lo dejaría en paz. Pero nada volvió a ser igual –repite monocorde, sin aliento ni para quebrar los lamentos, mordiéndose el labio inferior antes de dar el último trago de *whisky*.

Pero el dinero fácil no entiende de promesas, y aumentó la codicia y la lista de incautos. Álvaro lo planeaba con minuciosidad. Abrió una cuenta en un banco de Liechtenstein a nombre de Alberto para que sus socios ingleses nunca sospecharan de él. Las llamadas siempre las realizaba desde Harare. Era una conversación seca, escueta; comenzaba con una fecha, una fecha enquistada en la

memoria de quien ha vuelto a nacer ese día, después exigía una cantidad de dinero, daba los números de la cuenta, y se despedía con un adiós definitivo para ganarse su confianza. Los clientes ingresaban directamente el dinero mediante una transferencia. Una operación limpia. Sin desgaste. Exenta de peligro.

—¿Quién guardaba la clave de acceso a la cuenta?

—Los dos la tenían pero Alberto nunca quiso ese dinero. Solo lo utilizó para pagarle la clínica a un antiguo compañero.

La luz del fluorescente parpadeó con timidez hasta que consiguió encenderse y blanquear los sentimientos del reservado. Su luz palideció el negativo de la última fotografía que captó el objetivo de Ayuso: unos ojos enrojecidos con el sol de Zimbabwe. Él no la había escuchado llorar.

Por el altavoz avisaban a los viajeros de una línea con varias estaciones cortadas por obras. Guardó la carta sin saber exactamente por qué no se la había enseñado a Carmen. Seguramente, después de la confesión, los músculos de su cara reflejaron cierta laxitud, todo su cuerpo deseaba descansar tras haber revelado un secreto que la atormentaba. Ayuso prefirió callarse. La amargura siempre nos aguarda a la vuelta de la esquina, no hay razón para cruzar de calle antes de tiempo.

—Hola, jefe.

Perucho se sentó a su lado. Llevaba un folio en la mano izquierda y un bolígrafo bic con la caperuza mordisqueada en la derecha, ambas manchadas de tinta.

—¿Qué es eso?

—He apuntado los nombres de algunos pacientes a los que Alberto Ferrer hizo chantaje.

—¿Y por eso me has venido a buscar?

—No –contestó metiéndose el bolígrafo en la boca–. Imagino que no te importara que en la lista haya por ejemplo un exministro, un premio Nobel y hasta un famoso cantante.

—Tú lo has dicho. No me importa.

—Ya. Y tampoco que alguno de ellos pertenezca a un misterioso grupo al que despectivamente denominan “Los Bilderberg”.

—¿Quiénes son esos?

—Al parecer son los que mandan. No como tú o el presidente de gobierno. Gente influyente, jefe, tanto que si nos metemos con ellos, los días que nos quedan por vivir, serán de regalo.

Ayuso soltó una carcajada para restar dramatismo a lo que estaba escuchando. Entonces se dio cuenta de que había empezado

a dolerle el estómago. Necesitaba comer algo.

—Perucho, no me importa ningún nombre que esté en esa lista, ¿lo has comprendido?

—Yo sí. Pero lo malo del asunto es que al comisario principal si le debe importar. Cuestión de prioridades, supongo.

El conductor del tren hizo sonar la bocina al entrar en la estación. Perucho aguantó el estruendo sin hablar. Las puertas se abrieron para que salieran unos cuantos pasajeros nocturnos; en el andén no había nadie para subirse a los vagones y no tardó en enfilar el túnel con otro desagradable bocinazo.

—¿Por qué coño ha tocado el pito? –Protestó Perucho al desaparecer el último vagón– ¿Acaso hay otro tren en doble fila? ¿Se le ha cruzado un peatón con el disco en rojo? No lo entiendo.

—¿Qué te ha dicho?

—Y tampoco entiendo por qué te gusta sentarte aquí. Si fuera en un parque, en una terraza, incluso en un hospital; hay enfermeras tan guapas que merece la pena perder el tiempo mirándolas el…

—¿Qué te ha dicho? –Le interrumpió.

—¿El comisario? Nada. No he hablado con él, yo me cuido mucho. Pero lleva llamándote todo el día. Díez ha contabilizado veintidós llamadas –hizo un círculo en el aire con uno de sus puntiagudos dedos azulado por la tinta–. Ha ido anotando las horas en la pizarra. Es un chico callado pero obediente.

—No se parece a ti. ¿Eso es todo?

—Sí –se levantó y dejó el folio olvidado en el asiento–. Ya me regañarás mañana porque últimamente lo pierdo todo. Jefe, de algunos temas es mejor no saber nada, por salud, ¿me entiendes?

Ayuso cogió la lista y leyó los dos primeros nombres con la cicatriz retorcida.

—¡Ah, por cierto! –Gritó subiéndose a las escaleras mecánicas–. El chino ha puesto una denuncia; al parecer algún vecino le tira todos los días un paquete de colillas en la puerta trasera. Quiere que lo investiguemos.

Miró hacia el cartel de teatro. Su actor confidente no estaba. El hombre de la cara limpia había desaparecido. Sus dos compañeros mantenían el gesto con un rictus de desolación, presagiando lo inevitable. Unos operarios colocaban el cartel de otro acontecimiento y su lateral fue el primero en pasar al anonimato. Los minutos de gloria cada vez son más escasos.

HARARE

La hierba estaba húmeda lo que no impidió que Peter y Connie se retaran en una carrera por el jardín. John los observaba desde el porche mientras fingía leer una novela que le había regalado Cecile. No era un hombre que disfrutara con la literatura de ficción, y, a pesar de que al autor le acababan de dar el premio Nobel, las aventuras de Baltasar Sietesoles, un soldado manco, en los comienzos del siglo XVIII, no despertaban su interés. Rodearon el roble del final de la parcela bajo el temor de John a que tropezaran con los postes que sujetaban sus pesadas ramas. Él se sentía orgulloso de poseer ese viejo árbol en su terreno; su similitud con el gran roble de Sherwood en Nottinghamshire, le confería un atractivo especial y solía mostrarlo con satisfacción a las visitas. Llegaron al porche entre los gritos de Peter por la victoria y la euforia de la pequeña Connie que se proclamaba, con satisfacción, ganadora de la medalla de plata. "Connie, Connie, ven aquí", la niña acudió sudorosa a la llamada. "Escucha, no puedes celebrar el segundo puesto", le dijo limpiándole unas briznas de hierba que se le habían pegado en las mejillas. "¿Por qué? He quedado segunda." "El segundo es el primer derrotado, y las derrotas no se celebran. Debes luchar siempre por ser la primera." La niña encogió el morro y salió disparada hacia la casa. "John", le regañó Cecile yendo a consolar a su hija. "Las derrotas no se celebran."

—John… John…

"Las derrotas no se celebran." Abrió los ojos con lentitud y desilusión. No se encontraba en su casa, con los niños y el gran roble de Sherwood al fondo. Ni siquiera era el año 1998.

—John, ¿estás bien? –Le preguntó Álvaro al percibir su mirada desviada.

—Sí. ¿Has detenido a James?

—No.

Se había quedado dormido con la chaqueta de lino y estaba completamente arrugada. Todo eran contrariedades.

—Mercedes y Javier están fuera, en la puerta de la clínica. Donald ha ido a buscarlos –le dijo Alejandro.

—¿Quién?

—La enfermera y el hermano del médico –aclaró.

—¿Estás diciendo que los habéis traído aquí?

—Sí, claro.

Se tragó un improperio al tiempo que chasqueaba los labios con decepción. Por la ventana se colaba una luz cegadora que desconocía el sosiego de los cielos nublados de Inglaterra. “Las derrotas no se celebran.” Sin embargo, aquellos dos estúpidos, parecían estar alegres sin calcular las consecuencias de sus actos.

—Ordené que los entregarais a los soldados.

La puerta del despacho se abrió sin ninguna llamada. Dos hombres entraron empujados por los matones de Donald; él iba detrás, agarrando a una mujer del brazo. Supuso que era la enfermera. En el bolsillo de su chaqueta sobresalía el bulto de la pistola.

—Lo siento –dijo Alejandro. La mirada de la enfermera le hizo retroceder unos pasos.

—No mientas, eres un hijo de puta –le espetó con frialdad.

John la miró sorprendido. Era una mujer atractiva, de ojos profundos y rasgos precisos. En un símil improcedente por la situación, la comparó con la obra de su admirado Rothko: su fuerza te contagiaba cierta inquietud pero si te habituabas, jamás podrías prescindir de ella.

—La samaritana y el profesor, seguro que habéis pensado en amenizarnos con alguna parábola –dijo entre sonrisas Álvaro.

Donald hizo una señal a sus hombres y salieron del despacho. Sacó la pistola del bolsillo y apoyó la espalda contra el armario metálico para observar la escena con distanciamiento.

—Yami, para la gente como tú no hay parábolas, ni sermones, y si me apuras, ni palabras.

—Debo reconocer que tu mordacidad siempre me ha fascinado, igual que tu cuerpo.

—A ti solo te “fascina” el dinero. Y conseguirlo humillando a las personas, es la única forma que conoces para sentirte importante. Eres tan ruin que estoy convencida de que cuando estás solo, hasta tú mismo te das asco. Igual que tú, Donald –giró la cabeza para enfrentarse a él– ¿De verdad creéis que tenéis derecho a enriqueceros con el sufrimiento de otra gente? ¿Sois tan necios que os sentís superiores a ellos porque no pasáis hambre? ¿Porque vuestros hijos no pasan hambre, y van a colegios caros, y tienen ropas de diseño?

John acomodó la espalda en el sofá esperando que el turno de ataques llegara hasta él. Pero lo ignoró, ni siquiera se dignó a mirarlo, y esa osadía le resultó conmovedora.

—Vosotros sois responsables de que exista un tercer mundo. Esa cruel "marca" con la que os atrevéis a catalogar a un continente, a millones de personas para poder asesinarlas impunemente, para hacerlas invisibles. Apoyáis gobiernos corruptos que os sirvan de coartada para mantenerlos en la miseria, promovéis guerras tribales para saquear sus riquezas, propagáis enfermedades para testar medicamentos. Es patético que ese mundo supuestamente civilizado, permita que seáis unos criminales en África y unos hombres respetables en Europa. ¿Sabéis? En lugar de recibirlos con gestos hostiles, la gente de vuestro viejo mundo, debería pedir perdón cada vez que se cruza con un africano.

—¿Ya has terminado el sermón? Esta tarde me duele la cabeza –protestó Álvaro mientras se acercaba a ella.

—A lo mejor no es por el sermón sino porque has intentado pensar y no estás acostumbrado.

Se detuvo a escasos centímetros de su cara, retándola con la mirada, y comenzó a registrarle los bolsillos sin miramientos.

—¿Es esto lo que buscas?

John vio que le ofrecía un inhalador, posiblemente un broncodilatador por la fuerte aspiración que realizaba al acabar cada frase. Álvaro lo arrojó al suelo y lo pisó con rabia.

—Mercedes, ¿cómo conseguías el nombre de los clientes para que Alberto les hiciera chantaje? –Le preguntó Donald colocándose una guedeja tras la oreja derecha.

John chasqueó la lengua con desagrado. Detestaba verle manoseándose el pelo; una melena enteca y rala que su jefe de seguridad se empecinaba en llevar larga, al estilo *hippie* de los mitificados años sesenta.

—¿De qué estás hablando?

—Alberto hacía chantaje a nuestros pacientes y tú le pasabas los nombres. Sacabais una buena tajada, ¿no? ¿Dónde tenéis la lista con los nombres?

—¿Quién te ha engañado, Donald? Creí que me conocías mejor.

—¡Ya os lo dije! –Exclamó Alejandro saliendo de su mutismo– ¡Ella no sabía nada! John, escucha –Sttudmayer al verle acercarse sintió que lo apuntaba con su enorme apéndice nasal–, Mercedes no pudo pasar esos nombres. Se enteró de los trasplantes por las fichas de Renifa. Y ya habían asesinado a Alberto.

No le dio tiempo a analizar si la enfervorizada defensa del médico se debía a que albergaba alguna clase de sentimientos hacia la locuaz enfermera. Sin mediar aviso, el shona que los acompañaba se lanzó hacia Alejandro y éste acabó por los suelos con la nariz

destrozada y el nativo enganchado a su cuello. John se reclinó sobre el respaldo, observando con disgusto la pelea y con irritación unas gotas de sangre que le habían manchado sus mocasines Valencay de piel de becerro, tiñendo de rojo la firma de Louis Vuitton que llevaban grabada en la correa. Odiaba la violencia y no llevar un pañuelo de papel para limpiarlos. Le hizo un gesto a Donald para que cortara de raíz un incidente tan desagradable pero la mujer se interpuso, cuando ya empuñaba la pistola, agarrando al africano para que soltara al médico. Entre el amasijo de brazos y cuerpos enzarzados por el suelo, Donald dudó en el movimiento y cuando acercaba el cañón hacia la cabeza del nativo se escuchó un alarido que paralizó la escena.

—¡Ya basta! –Volvió a gritar Javier.

John lo miró con estupefacción. Hasta ese momento había permanecido callado, abstraído de la situación; sin embargo, ahora, las venas del cuello le palpitaban con fuerza. En el silencio resaltaba la respiración asmática de la mujer. Sintió lástima por ella.

—Seguro que él os puede contestar a todas esas preguntas –dijo señalando a Álvaro–. Él es quien ha urdido toda la trama. El asesinato de Antonio, robarle la herencia a Mercedes. Preguntadle a él.

Miró al cachorro de millonario que intentaba ayudar a Alejandro. Tenía la camisa blanca salpicada de lunares sangrientos y las frases le habían estampado una interrogación en la cara.

—Llevadlos al sótano –dijo John, dispuesto a acabar con aquel caos.

“Las derrotas no se celebran.” De nuevo el consejo que había impartido a su hija volvía a su mente diez años después. Nunca había creído en los sueños premonitorios pero no pudo evitar cierto desasosiego al relacionarlo con su actual situación. Álvaro mantenía un gesto estúpido en el rostro y eso aumentó su irritación.

—¿No tienes nada que decir? –Le preguntó cuando se quedaron solos.

—¿A qué te refieres?

—Ese hombre te ha acusado de algo.

—Por favor, John –la mueca se crispó sin llegar a abandonarlo– ¿Acaso vas a dar crédito al hermano de Alberto? Es un profesor de literatura. Ese tío ni siquiera se enteró de que su hermano se la estaba jugando con su mujer.

—Y sigue sin saberlo –añadió Alejandro entre carraspeos.

—¿Tenéis un pañuelo de papel?

Todos se miraron y negaron con la cabeza. John se levantó

malhumorado. Unas pequeñas nubes tamizaban la luz de manera insuficiente para su gusto. Sin motivo alguno comenzó a controlar su respiración –quizá fuera por el recuerdo de la enfermera y su dificultad para coger aire–, era demasiado aprensivo y siempre le había asustado padecer una enfermedad pulmonar. Su afición al tabaco le tenía obsesionado. No permitió que los pensamientos negativos lo apabullaran, necesitaba concentrarse en una idea que le había asaltado mientras comparaba a través de la ventana, las flores rojas de los flamboyanes con las gotas de sangre que manchaban sus zapatos.

—¿Les hiciste chantaje?

—¿Qué?

—Al médico y a su amante –añadió sin volverse–, a la mujer de ese hombre. Les hiciste chantaje y por eso retiraron la denuncia.

—Ehhh –alargó la interjección mientras pensaba en lo que iba a decir–, Alejandro me pasó su nombre cuando ella visitó Harare. Indagué un poco entre sus posibles amistades en Madrid y tuve la suerte de dar con ella. Digamos que le regalé a Alberto un ático para que se vieran a escondidas a cambio de que la retirara.

John se volvió hacia Alejandro. Tenía el semblante excesivamente taciturno.

—Es cierto –corroboró el médico.

—¿Qué es cierto? ¿Que les hizo chantaje o que tú le pasaste el nombre de su amante?

Alejandro tragó saliva despacio, aún le escocía la garganta. Tenía los dedos del shona marcados en el cuello.

—Que yo le pasé el nombre. Lo del chantaje no sé si…

—¿A qué viene esto, John? –Le cortó Álvaro en un tono poco amistoso– No comprendo adónde quieres llegar.

Sttudmayer no se dio por aludido.

—La mayoría de los pacientes que fueron chantajeados procedían de Multiestetic. Tú tenías acceso a sus datos.

—¿Estás insinuando que…?

—Cuando nos llamaron a ABI para protestar, por no haber respetado la confidencialidad que les habíamos prometido, fuimos haciendo una lista. ¿Te acuerdas, Donald? –Donald asintió con un medio gruñido–. Por esa razón creímos en tu teoría de que la enfermera española le pasaba los nombres a Alberto. Sin embargo, ya podemos constatar que esa mujer es inocente. ¿Por qué nos engañaste?

—No te consiento que me acuses. Pero, ¿quién te has creído que

eres? No tienes categoría para dirigir este negocio. ¡Estás arruinado! –Gritó concentrando su furia en los movimientos bruscos de sus manos– ¡Todo se va a la mierda por haber dejado que se muriera George Pentleton! Cuando su hijo llegue a la Embajada esto se llenará de policías que registrarán la clínica. ¿Has pensado en cómo vas a explicar los muertos del sótano? ¿De dónde vas a sacar el dinero para sobornarlos?

—Así que fuiste tú –John se sentó en el sillón de su despacho, alejándose de la ira de Álvaro. No parecía muy entusiasmado por haber llegado a esa conclusión–. Tú le pasabas los nombres a Alberto para que él hiciera chantaje a los pacientes más importantes.

—No tienes dinero para organizar el negocio en Maputo. Estás acabado, Sttudmayer –Pronunció el apellido con evidente desprecio.

—¿Quién te dio los nombres de los pacientes ingleses?

La pregunta le sorprendió caminando hacia la puerta. Se giró hacia él con un gesto sarcástico en los labios. Se oyó un ruido seco, penetrante. Donald aún mantenía el brazo estirado cuando John vio caer a Álvaro, primero de rodillas y después de espaldas, hasta que golpeó con la nuca en las losas. Alejandro ahogó un grito entre sus manos y se acurrucó llorando histérico en la esquina del sofá.

—John, es mejor que nos marchemos de aquí. Este hijo de puta tenía razón. Ya no podemos hacer nada.

Sttudmayer miró a Donald con una profunda tristeza. Se sentía tremendamente fatigado. “Las derrotas no se celebran.”

XX

HARARE

El cadáver de Álvaro levantó un muro de silencio entre los tres. Compartir encierro con un muerto, más si ha sido asesinado, tensa las emociones y te señala un destino tan paralelo que tu mente se agota buscando una salida para evitar que el futuro sea una mera reseña, un apunte de tus deseos.

El ruido del mechero no le pareció metálico, ni siquiera le reconfortó su tacto agradable al deslizar sobre la superficie pulida unos dedos viscosos por el sudor. Se acercó a Mercedes y la abrazó con vehemencia, pretendiendo encontrar en el contacto con su piel, la fuerza necesaria para olvidar las tinieblas. No quería caer bajo la trampa de los recuerdos en los momentos de angustia, cuando te obligan a analizar los errores cometidos en una vida presumiblemente corta. Necesitaba engañar al miedo, hablar, soñar y por qué no, también sonreír.

—¿Sabes qué vamos a hacer? Cuando esto acabe y volvamos a Madrid, voy a vender el ático de Alberto. El notario me dijo que su precio es de tres millones de euros. Con ese dinero y el del seguro, montaremos una ONG y nos vendremos a vivir a Harare.

—¿Qué? ¿Una ONG?

—Sí, sí. Bueno, una pequeña, no tendremos muchos recursos, pero podremos montar una escuela en la aldea de Nyathi. Y enseñar a los niños a leer, y veremos todas las mañanas este cielo tan alto –levantó la mirada hacia el techo pretendiendo que sus sueños despejaran la negrura–, y me llevarás a las cataratas, y nos bañaremos…

—En las cataratas no te puedes bañar.

—Quien dice en las cataratas, dice en un río, en un lago. No sé… algún sitio habrá. Me tendrás que enseñar Zimbabwe. Hasta ahora como guía has sido un verdadero desastre.

—Estás loco.

—¿Cómo no voy a estarlo? Vengo desde Madrid para conocerte y pasear por los lugares mágicos de los que me había hablado Alberto, y solo he estado en la habitación del hotel y en este sótano, que por cierto huele fatal. ¡Ah! Y en el monumento ese a los héroes de no sé qué. A ver de qué forma les explico a mis compañeros del

colegio que me marcho a vivir a un país maravilloso que no conozco; pensarán que el profesor de literatura se ha vuelto loco, igual que tú. A propósito, ¿quieres creer que no he visto ni un elefante?

—¿Te hacía ilusión ver un elefante?

—Sí, mucha. Los he visto en el zoo pero no es lo mismo. Y también en los documentales del National Geographic. A lo mejor cuando me lleves a la sabana reconozco a alguno de los que salían en el documental. ¡Eh!, le gritaré, te he visto en la tele. Parecías más limpio, ¿te maquillaron mucho?

Mercedes rompió a reír y a llorar, y Javier la acompañó en las risas y la consoló en el llanto, sin parar de hablar, limpiándole las lágrimas, saltando de un tema a otro, sin pensarlo, sin reflexionar; y así le comentó que la locución "*o sea*" equivale a "*es decir*", y sirve para introducir una explicación o precisión sobre lo que se acaba de expresar, pero que su pronunciación enfatizada por una parte de la población, llevaba al resto a tratar de evitarla para no causar hilaridad; o la anécdota de un muchacho nacido en Lorca, que detalló con amplitud las reformas en la casa de sus abuelos, incluyendo el modelo de los sanitarios, cuando en un examen sobre la generación del veintisiete le preguntó por la obra de Lorca.

Mercedes se dejó llevar por las anécdotas, sin demasiado entusiasmo al principio, pero participando activamente cuando Javier entró en el tema de la música, y le contó que ella solía escuchar *Don't give up* casi como un himno, canción que él desconocía pero le habló de Edward Grieg y de su concierto número 1 para piano, y de la sonata de Cesar Franck, y ella le interrumpió para preguntarle si había escuchado *Lágrimas negras*; al final unieron sus criterios con el *Yesterday* de los Beatles interpretado por Ray Charles, y memorizando algunos acordes del estribillo subieron a los acantilados del cementerio del Calvario, en Hiva Oa, donde están las tumbas de Paul Gauguin y de Jacques Brel, y se deleitaron con las vistas de la bahía de Atuona, con la brisa azulada que rompía contra sus cuerpos.

—*Pamusoroi!* –La súplica de Nyathi se oyó lejana, amortiguada por las aguas tranquilas de la Polinesia–. *Pamusoroi.* Él decir su *mukoma zvakaipa*, matar *vana vedu*, a Ngalew, gente de *musha. Sei? Sei?*

—*Mati-i?* –Preguntó Mercedes regresando de los acantilados.

—*Sei? Sei?* –Repetía entre lamentos– *Handina pamusoroi, ndine urombo, ndine urombo. Ndaneta.* Médico *zvakaipa*.

—*Taurai zvishoma zvishoma*, no te puedo entender.

—Él engañó. Dijo su *mukoma* asesino. Su *mukoma* matar a Ngalew.

—*Ndiani?*

—Médico falso.

Javier no comprendía lo que estaba ocurriendo. Los lamentos de Nyathi recortaban las sílabas y notó que los hombros de Mercedes se endurecían al escuchar sus frases quebradas.

—¿Alejandro? ¿Estás hablando de Alejandro?

—*Hongu.*

—¿Qué está diciendo, Mercedes?

—Alejandro te dijo que Alberto había matado a la gente de tu aldea, a tu hijo Ngalew…

—*Hongu. Ndi*… vengar…

—Calla, calla por Dios.

El ruido de las tuberías irrumpió en el sótano mezclándose con el llanto, con las convulsiones de Mercedes y las palabras carcomidas de Nyathi, que ansiaba un perdón difícil de otorgar por Javier, que aún mantenía la mitad de su mente recorriendo las Islas Marquesas, sin entender por qué las habían abandonado para dejarse arrastrar por aquella confusión de acusaciones y quejidos, ni por qué Nyathy les había interrumpido para confesar que el médico de la nariz desproporcionada le engañó diciendo que Alberto era el responsable de la muerte de su hijo.

—¿Me queréis explicar qué ha pasado? –Preguntó con cierto enojo cuando se sintió incapaz de retener ya en la memoria el eco de la brisa azulada contra los acantilados.

—Yo matar tu hermano.

Sintió que su cuerpo se sumergía en un vacío profundo, inmenso, donde no existían ecos, ni llantos, ni silencio, y mucho menos brisas. Aislado en una burbuja hermética que insonorizaba sus propios pensamientos. Descendiendo por las simas del rencor sin fuerza para reaccionar. Entonces oyó un pitido. Un pitido lejano, agudo, que fue aumentando su intensidad, penetrando en sus tímpanos, hiriéndolos, rompiendo con su onda la atmósfera que lo sumía en la nada más absoluta. Abrió la boca para expulsar un grito que hendía su garganta, pero fue un gesto mudo, sin sonido, que contrajo sus labios en una mueca contrita según se recogía en sí mismo, ovillándose por un dolor que ya residía en su memoria. Delante de él, amparado en la oscuridad del sótano, estaba el verdugo de su hermano, y escuchaba sus palabras solicitando perdón por un asesinato equivocado, y las ideas le revolvieron por que no comprendía que hubiera asesinatos acertados, y Mercedes

abarcó su cuerpo mientras su cerebro se transformaba en el carro de una máquina de escribir antigua que recibía sin cesar los martillazos de las teclas para imprimir el informe del forense, la amputación de sus manos, los cortes en la columna vertebral, y continuó oyendo los perdones deslavazados, soportando la tortura letra a letra, la fragmentación de la pelvis, la tibia y el peroné desarticulados y unidos solo por puentes de tejido cutáneo, las múltiples piezas óseas poli-fragmentadas, y los ruegos de Mercedes fueron la palanca que hizo girar el rodillo para avanzar en la escritura, porque no hay punto y final, nunca hay punto y final en el dolor, quizá algún paréntesis que te permite respirar sin angustia; y le habló de Ngalew, un niño de seis años que nunca llegó a cumplir los siete, de la cicatriz que atravesaba su costado, de la desesperación de unos padres por la muerte de su hijo, de la locura de este mundo. Pero a Javier sólo lo acuciaba la necesidad de observar la cara de Nyathi, de ver el rostro del verdugo de Alberto y fijar la mirada en los ojos que contemplaron sin piedad su sufrimiento. Se arrastró por el lodo gritando su nombre, llevando a Mercedes aferrada a la espalda, guiándose por los balbuceos que el shona desgranaba con arrepentimiento, en cuclillas y con el mentón escondido en las rodillas. Tuvo que encender el mechero varias veces hasta que consiguió fijar la llama y acercársela a escasos centímetros.

—Pamusoroi –suplicó con labios penitentes.

Entre las sombras no surgió el rostro de un asesino sino el de un hombre hundido mirándole con mansedumbre. La llama osciló dibujando errores en la humedad de sus mejillas, perfilando nombres que ya nunca pronunciarían desde la indiferencia. Ngalew, Alberto, Álvaro, Ayuso. Apagó el mechero y se abrazó a Mercedes.

La puerta se abrió de golpe y en el rectángulo de luz aparecieron dos soldados armados con fusiles. Javier les dio la espalda para protegerla con su cuerpo y, mirándola con cariño, le dedicó una sonrisa para no despedirse desde la amargura. Ella le agarró la cara con sus manos y lo besó. Estrellaron sus labios con furia, con desmesura, exigiendo a su cerebro que volviera inmediatamente a las playas de Hiva Oa para que la brisa azulada acunara sus caricias, para ingresar en el olvido con el sabor de los sentimientos recientes.

—¡Christine!

Escucharon la voz al tiempo que un conjunto de linternas cruzaban sus haces en la oscuridad hasta iluminarles la cabeza. A continuación, oyeron unos gemidos ahogados al fondo del sótano y los rayos de luz los abandonaron para buscar su procedencia. Había

una mujer en el suelo, atada a las tuberías y amordazada con un pañuelo.

—¡Christine! –Gritó Robert Fellow al reconocerla– ¡Aquí! ¡Está aquí!

Entraron varios soldados y un hombre vestido con un traje claro que se dirigió a ellos después de inspeccionar durante unos segundos el cadáver de Álvaro.

—¿Quiénes son ustedes? –Preguntó deslumbrándolos con la linterna.

—Me llamo Mercedes Espert –contestó protegiéndose del haz con la palma de su mano.

—Trabaja para mí en la ONG –dijo Robert mientras desataba a su hermana–. Es una de mis enfermeras.

—No se preocupen, somos de la Embajada inglesa.

MADRID

Podía considerarse una noche normal. Había abierto un par de latas de conserva, leía una biografía de William Shakespeare y mojaba pan en la salsa negra de los calamares. El libro lo había adquirido en una librería de viejo cercana a su casa. Tenía algunas hojas desprendidas y a su anterior dueño le dio por colorear parte de los márgenes con dibujos procaces, circunstancia que no le extrañó dado el escaso rigor del texto escrito. El autor, cuyo nombre ni quiso releer después de las primeras páginas no fuera que se le grabara en la memoria, se dedicaba a narrar amoríos y plagios ficticios en vez de analizar su obra. Incluso tenía un capítulo dedicado a los animales que salían en sus versos, contabilizando las veces que había escrito cisne, ruiseñor, o petirrojo, extendiéndose en un largo párrafo para explicar que su debilidad por las aves fue producida por un trágico suceso infantil en los bosques de Stratford. Las referencias a su esposa Anne Hathaway eran excesivas e insultantes. La acusaba de padecer incontinencia sexual y de ser una adultera a la que Shakespeare siempre odió. Motivo por el que en su testamento solo le dejó "*su segunda mejor cama*". Ayuso soltó una carcajada y arrojó el panfleto al cesto de los periódicos atrasados. Si Shakespeare hubiera odiado a su esposa no habría vuelto a Stratford para compartir su vejez con ella. Pinchó un trozo de calamar y lo saboreó despacio.

El presunto adulterio de Anne Hathaway le hizo pensar en el de Carmen, y a su vez, en si existiría alguna manera de que reanudara su vida con Javier cuando volviera de Harare. Después de su visita al librero sabía que la clave estaba en la última carta. Aunque Javier la hubiera leído, si ignoraba que iba destinada a su mujer, cabía la posibilidad de que no consiguiera averiguar la verdadera identidad de la rubia desgalichada. De modo que la futura relación de Javier y de Carmen dependía exclusivamente de la necesidad de encontrar la lista de pacientes. Si no fuera así, tal vez la soledad, el desamor, o el odio, le convencerían para pasar la vejez juntos y dejarle en el testamento "*su segunda mejor cama.*"

Llamaron al timbre y Ayuso miró la hora: las once de la noche. Demasiado tarde para una visita de cumplido y demasiado pronto para que mereciera la pena. Tomó un trago de cerveza y fue a abrir con su paso cansino. Al otro lado de la puerta, el comisario

principal Vallejo se escondía tras una sonrisa de conejo.

—Buenas noches.

Ayuso soltó un eructo que le borró la mueca.

—Siempre tan educado. ¿Me invitas a pasar o nos tomamos aquí el whisky?

—¿Ya están todos los bares cerrados? –Le preguntó mientras se echaba a un lado para que entrara.

—No me gustan los bares y quería charlar un rato con mi cuñado. No sé si te han dicho que llevo llamándote todo el día.

—¿Pensabas que era mi cumpleaños?

Vallejo llegó hasta el salón y encogió la nariz con desagrado al ver lo que estaba cenando. La salsa se había enfriado y se espesaba por el borde del plato. Se sentó en un sillón reclinable que tenía enfrentado al tresillo, junto a una lámpara de lectura con la pantalla de tela plegada.

—Sigues sin cuidar tu alimentación.

—¿Te apetece una cerveza o prefieres una cerveza?

—Tienes poca variedad.

—Soy un hombre de gustos fijos. Bueno, ¿a qué has venido? –Le preguntó mientras se sentaba y volvía a mojar un trozo de pan en la salsa– ¿Si quieres cenar te puedo sacar un plato?

—No, gracias.

Ayuso se chupó los dedos manchados con la tinta, aún le quedaba media barra de pan.

—Se trata del caso que estabas investigando, Multiestetic.

—¿Estaba? –Inquirió sin dejar de masticar.

—Sí, se ha cerrado.

—¿Puedo preguntar por qué?

—No.

Se limpió la boca con una servilleta de papel adornada con flores de colores y se bebió de un trago el resto de la cerveza. La visita le había restado apetito pero seguía teniendo sed, quizá también por culpa de la visita. Se levantó con su bramido habitual y fue hasta la nevera para coger otra lata.

—Al final no me has dicho si querías una cerveza –dijo levantando la voz desde la cocina.

—Quiero que me entregues toda la información que hayas averiguado.

Ayuso apareció en la puerta pasándose la lata de cerveza fría por la sien derecha.

—Hace calor –y añadió un gesto sardónico al comentario.

—Te estoy hablando en serio. Es un asunto grave.

—¿Tanto poder tiene Luis Selfa?

—No es Luis Selfa, de hecho puedes continuar con la acusación de asesinato que pesa sobre su hijo, pero el caso de los trasplantes se ha cerrado.

—¿El exministro? ¿El premio Nobel? No te veo haciendo un favor a ese cantante para que te regale su último disco. Hace años que no graba ninguno.

—Es una orden del CNI.

—¿Del CNI o de alguien del grupo Bilderberg?

Vallejo enderezó ligeramente la espalda.

—¿Qué sabes de esa gente?

—Lo que tú me quieras contar.

—Si pudiera contarte algo, no te iba a gustar.

Al abrir la lata un chorro de espuma salió con fuerza y tuvo que llevársela con prisa a la boca para no derramarla por el suelo. Desde la calle llegaba el sonido de una ambulancia. Ayuso se acercó a la ventana abierta, a esas horas aún había gente paseando.

—¿Desde cuando eres tan obediente?

Una pareja caminaba por la acera con un metro de separación, el chico aceleró el paso e intentó pasarle su brazo por el hombro pero ella lo rechazó con indiferencia. Ayuso tampoco recibió respuesta.

—Ah, se me olvidaba que tú siempre has sido muy obediente; por eso has llegado a comisario principal.

Vallejo se frotó una mejilla áspera, marcada con picaduras de viruela. Le apetecía tomarse un *whisky* y mantener una conversación distendida, de fútbol o de política, de cualquier cosa menos discutir con alguien tan tozudo. Lo aborrecía.

—¿Sabes lo que han hecho esas personas que vas a encubrir? Son cómplices de homicidio.

—Entrégame la lista –insistió sin reaccionar a la acusación– Scotland Yard se ocupará del caso. El dueño de la clínica es inglés. No debemos interferir.

—Pero hay pacientes españoles que aceptaron el asesinato de gente inocente en Harare para curarse de su enfermedad.

—¿No te cansas nunca?

Ayuso se giró hacia su cuñado sorprendido, sin entender la pregunta.

—Si no me canso, ¿de qué?

—De ser la conciencia del mundo.

La cicatriz se tensó de forma brusca. Cogió una carpeta marrón que tenía sobre el mueble y se la tiró encima.

—¿Qué es esto? –Preguntó abriéndola.

Dentro había fotos de niños, de mujeres, de hombres. Todos eran jóvenes, todos tenían un costurón en el costado. Todos eran cadáveres.

—Los llaman invisibles, pero algunas veces los asesinos también cometen errores y aparecen sus cuerpos. Los secuestran, les arrancan los órganos que necesitan para los trasplantes y los hacen desaparecer. ¿Ves a ese niño? –Señaló una de las fotografías–. No tendría más de diez años cuando le extirparon los riñones, la misma edad que tu hijo.

Vallejo cerró la carpeta de golpe.

—¿A qué coño estás jugando?

—A ser la conciencia del mundo. Y te aseguro que no es divertido.

Encendió un cigarrillo. Era una noche calurosa y parecía que el aire se había tomado unas vacaciones. Ayuso conectó el ventilador. Las aspas levantaron una brisa inoportuna que abrió de nuevo la carpeta. La primera fotografía era la del niño, la mitad de su rostro estaba enterrado en la tierra. Vallejo resguardó la carpeta para que permaneciera cerrada.

—Entrégame la lista de los pacientes.

—Hay un hombre en Harare. Creo que está en peligro y no he podido comunicarme con él. Necesito que lo saques de allí.

—¿Cómo se llama?

—Javier Ferrer.

—En estos momentos se encuentra en la Embajada inglesa. Está a salvo. Por ahora –añadió con un deje de advertencia.

La última calada le supo amarga, como si se hubiera tragado un trozo de jabón.

—Tienes mucha información ¿Qué me estás ocultando?

—Nada que debas saber. Pero esa lista es importante y no puede caer en otras manos –se llevó los dedos a los párpados y se los masajeó durante unos segundos. Empezaba a agobiarle la conversación–. Nadie que conozca los nombres de esa lista está seguro.

—¿Eso es una amenaza?

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. A tu hermana le gustaría que fueras algún domingo a comer a casa.

Un pedazo de calamar se había quedado solo en el centro del plato. Parecía una pequeña isla rodeada de profundas aguas negras. Le produjo la misma sensación de inquietud que la imagen de Javier, cuando salió de la librería en donde había comprado la

biografía de Shakespeare.

—Llegas tarde, igual que siempre –farfulló el viejo cuando lo vio agacharse para entrar en la tienda por debajo del cierre. Era un hombre huesudo, con una dentadura postiza tan desmesurada que le obligaba a sonreír y con una úlcera sangrante que le agriaba el carácter–. Si buscas un libro de bolsillo ya te estás largando por donde has venido.

—Quería hacerte una pregunta.

—Fuera, márchate. La librería está cerrada –se quitó un guardapolvos gris y lo colgó de un clavo que había en una de las estanterías.

—Y si sabes responderla te compraré el libro que me ofrezcas.

—Ese truco ya me lo hiciste en el setenta y dos, y me requisaste diez revistas pornográficas.

—¡Joder! ¿Todavía te acuerdas?

—Soy viejo pero ésta… –se tocó en la cabeza con un dedo macilento, sin huellas digitales de pasar tantas páginas– la tengo mejor que tú.

—He hecho una apuesta con Díez, él asegura que tú no conoces la revista *Litoral*.

El viejo lo miró pensativo y después chasqueó la lengua. En la comisura de los labios se le aposentaban restos de saliva.

—Año ochenta y tres –dijo guiñando un ojo que tardó en abrir–, la apuesta era con el comisario. Acababa de fallecer Tennesse Williams y queríais saber en qué año había ganado el premio Pulitzer por *Un tranvía llamado deseo*. Te dije año 1948. Ganaste la apuesta y me robaste un ejemplar de *Hamlet*.

—Eso es mentira, yo nunca te he robado nada.

—Pagar cien pesetas por un Hamlet del diecinueve es un robo, y bien que regateaste a mi pesar. Nunca has tenido conciencia. ¡Coño! Que vas a tener si eres policía –exclamó dando una palmada al aire.

—Entonces…

—Entonces márchate por donde has venido y dame diez euros por esta biografía de Shakespeare que te voy a regalar –le entregó un libro usado, con la portada deslucida.

—¿Diez euros por este libro viejo?

—Un Shakespeare nunca es un libro viejo, y ya te he dicho que te lo regalo. Los diez euros son por insultarme con un truco de pardillo.

Ayuso sacó la cartera. Nada más tenía un billete de veinte euros y dudó en dárselo pero el viejo lo cazó al vuelo.

—No tengo cambio pero te diré que los policías sois buenas personas. Y esa frase no hay dinero que la pague. Espero que el Señor perdone mis mentiras aunque me han dicho que Él es tan ateo como yo.

Le dio un pequeño empujón para sacarlo de la librería y Ayuso se dejó ir con una sonrisa. Aún estaba en la acera cuando lo detuvo. Se había agachado por debajo del cierre y tenía las manos apoyadas con fatiga en las rodillas.

—La revista *Litoral* la dirigieron dos poetas de la generación del veintisiete: Emilio Prados y Manuel Altolaguirre. Publicaban los trabajos de sus coetáneos: Luis Cernuda, García Lorca, Vicente Aleixandre, y su número más celebre fue un homenaje a Góngora en el que la portada era de Juan Gris. Espero que hayas perdido la apuesta –y bajó el cierre metálico.

Sin duda la había perdido. Las pistas que Alberto Ferrer daba en esa carta eran para que Carmen las consultara con su hermano, un profesor experto en la generación del veintisiete. Javier era en clave la revista *Litoral.*

Vallejo aguardaba una respuesta y, por la inclinación de sus cejas, no tenía relación con la comida en familia. Las punzadas de viruela en la cara de su cuñado aconsejaron a Ayuso que abandonara el calamar y salvara los restos del naufragio.

—Javier y su mujer ignoran el nombre de esos pacientes –dijo apretándose las manos hasta hacer crujir los nudillos.

—Mejor para ellos.

—Pero él es la única persona que puede encontrar la lista.

El comisario se levantó de golpe, sin disimular que estaba deseando abandonar la casa.

—Me ocuparé de que no le ocurra nada –se ajustó el nudo de la corbata antes de coger la carpeta de la mesa–. ¿Quieres que le diga algo a tu hermana?

—Sí, dile que se ha casado con un gilipollas.

—Eso ya lo sabe.

Sacó las fotos y las rompió en trozos pequeños, del tamaño de una tarjeta de visita. Después los tiró sobre un cenicero redondo y les prendió fuego con el mechero de Ayuso.

— ¿Puedes dormir bien?

Vallejo no se molestó en darse la vuelta para contestar. La cara del niño se retorcía por las llamas; a veces la injusticia te persigue hasta en tu última fotografía.

HARARE

Se ajustó el reloj a la muñeca; era un Vacheron Constantin con el brazalete de oro pulido y satinado de dieciocho kilates. Un regalo de Cecile para sus bodas de plata. Él le había comprado unos pendientes de diamantes de Harry Winston, pero no debieron complacerla ya que se los había puesto en contadas ocasiones. Tal vez ahora, en la finca de Yorkshire, en las reuniones con su vanidosa familia, los usara para criticar su pésimo gusto.

Se miró en el espejo de la habitación antes de salir a cenar. Aunque el traje de color acero le quedaba perfecto, las ojeras se hundían subrayando los ojos. Nunca se había visto con un aspecto tan demacrado, incluso la piel de su cara se le antojaba lacia. Lanzó un profundo suspiro de desaprobación.

El coche lo recogió en la puerta del hotel. Había ordenado que le reservaran una mesa en el Regency, la misma que ocupó con Christine y Robert la noche de su llegada. Pretendía celebrar su despedida con elegancia. Una palabra que no era frecuentada por ninguno de sus colaboradores. Seguramente Donald ni la tenía registrada en su vocabulario. El recuerdo de su jefe de seguridad lo deprimió; había huido de la clínica sin esperar ni a su sombra, dejándole en el despacho con aquél médico de nariz enorme que no cejaba de llorar.

—¿Te importaría dejarme solo, por favor?

Alejandro se levantó temblando, aterrorizado por la suerte que había corrido su compañero.

— ¿Qué voy a hacer? –Gimió.

—Llamar a una enfermera para que limpien el suelo. Y de paso dile que te de un pañuelo. Lo necesitas más que mis zapatos.

No dudó en pedir el mismo menú: *biscuit* glasé de higos secos y *chateaubriand* de impala. Únicamente se permitió cambiar el vino; aconsejado por el sumiller eligió un vino sudafricano de la región de El Cabo, un Pinotage de las bodegas Kanonkoop. Era un vino con color rojo rubí y una estructura media, dejaba en la nariz notas de vainilla, cerezas y frambuesas.

Cuando lo probó, no pudo distinguir ese tenue toque afrutado, ni si la integración de los taninos era correcta, el sabor de Christine le arrebató cualquier posibilidad de sorprender al sumiller con su

acertado juicio. Fueron muchas las tardes, en su apartamento de Albert Hall Mansions, en las que rozando un estado de embriaguez le ofrecía el vino en sus labios, y él lo bebía con delectación, asegurando que su carnosidad le restaba acidez y le aportaba contundencia. Y ella reía, y volvía a servírselo, aprovechando para acariciarle con la lengua mientras el vino se deslizaba por su barbilla, por su cuello, dejando senderos violáceos en su piel blanca que se ramificaban en afluentes al llegar a la altura de los pechos.

Se enjuagó la boca con agua mineral para desvanecer unas sensaciones que ya no debía permitirse y menos en público.

En el restaurante había pocos clientes, apenas cuatro o cinco mesas, todas ellas ocupadas por gente de color. Le extrañó. Creía que un local de semejantes características estaba situado por encima de su nivel económico. Pero la vida en Harare había pegado un cambio brusco en los últimos años. Una semana antes de salir de Londres, había leído en el *Times* que la tasa de paro era del 90% con una inflación de 14.000.000%. Para sus negocios había sido el país idóneo, pagaba al personal en dólares zimbawenses, y cobraba a los clientes en libras esterlinas. Pero un país en donde una barra de pan cuesta el salario mensual de un maestro, no ofrece demasiada seguridad para invertir a largo plazo. El propio Nelson Mandela lo había criticado desde las páginas de ese mismo periódico, y el líder de la oposición, Morgan Tsvangirai, había solicitado la presencia de fuerzas de la ONU en las elecciones que se iban a celebrar dentro de dos días. “Por algo son el tercer mundo”, pensó con evidente desprecio.

Cuando le sirvieron el *chateaubriand* de impala ya se había bebido más de media botella del Pinotage, lo que alteró de forma efectiva sus recuerdos. Echaba de menos Londres y sus visitas a la Tate Modern para observar los cuadros de Mark Rothko. Había oído en alguna tertulia que Rothko no pintaba cuadros, sino que construía mitos. Y estaba plenamente de acuerdo con esa opinión. *Underground Fantasy*, un lienzo pintado en 1940, representaba a la perfección el estado en el que se encontraba en la actualidad. Las figuras alargadas, lánguidas, casi violentas con su entorno; un hombre leía un periódico ajeno a las mujeres que había a sus espaldas, y ellas le devolvían la indiferencia con una frialdad intensa. Son personas altivas, igual que él, despojadas de ternura, igual que él, abandonadas hasta por sus sentimientos, igual que él.

No se molestó en pedir la cuenta. Sacó un fajo de libras ante la expectación de los camareros, que se alertaron unos a otros con codazos y miradas subrepticias, y depositó en la mesa una cantidad

con la que podría abonar dos o tres cenas.

—Lléveme a Mbare.

El chofer miró a través del retrovisor antes de arrancar el coche, sin atreverse a poner ninguna objeción. En el trayecto, John Sttudmayer, se dedicó a pensar en una música que resaltara su puesta en escena. La cuarta sinfonía de Brahms podría ser una de las elegidas, y además la compuso cuando ya le rondaba la muerte; o el vals *Mefisto* de Liszt, aunque esta composición narraba las aventuras amorosas de Fausto con una bailarina, pasiones comunes y muy alejadas de las suyas. El *Réquiem* de Mozart lo descartó por resultar demasiado obvio.

—Señor, hemos llegado.

Había detenido el coche en un cruce donde se acababa el asfalto y la carretera se multiplicaba en diferentes caminos de tierra con algunas chabolas medio derruidas. De frente, a escasos metros, había una especie de desguace, con planchas de hierro amontonadas y una acequia seca llena de matorrales. John le ordenó que siguiera por el camino de la izquierda.

La hora se acercaba y, ante la indecisión, recurrió a su amigo Sibelius. Determinados viajes conviene realizarlos con personas que han sido capaces de despertarte emociones que jamás sospechabas albergar. El camino era bacheado y el chofer redujo considerablemente la marcha para no dañar los amortiguadores. John siempre había tenido un sueño irrealizable: escuchar el concierto de Berlín que dirigió Richard Strauss con Karel Halff como solista.

—Perdone, señor, pero este barrio es muy peligroso. Deberíamos volver cuanto antes al hotel.

Llegaron a un punto en donde el camino se cortaba con una alambrada, supuestamente protegía una nave de la que solo quedaba el esqueleto. Habían arrancado la parte central y los rombos de alambre estaban doblados hacia el suelo. En el interior, un grupo de hombres quemaban unos listones de madera y en el centro de la hoguera ardía un neumático que soltaba una columna irregular de humo negro. Al ver el automóvil detenido, interrumpieron su actividad y se acercaron unos metros a curiosear. John se bajó del coche.

—¡Señor, señor! ¿Qué hace? ¡Vuelva!

Lo rodeó por la parte trasera hasta llegar a la ventanilla del conductor.

—Tenga –dijo sacando el fajo de billetes de manera ostentosa y

entregándole un puñado de libras–, para usted. Vuélvase a casa.

—No, señor, suba, suba, vámonos de aquí, vámonos de aquí.

—He dicho que se marche.

Cruzó por delante de los faros y se dirigió hacia una explanada solitaria. El chofer dio la vuelta con tanta rapidez que las ruedas derraparon en la arena disparando pequeñas piedras contra la alambrada. Cuando consiguió dar el cambio de sentido, continuó llamándole pero John Studdmayer ya no le oía. El segundo movimiento del concierto para violín de Jean Sibelius había acudido a la cita. Christian Ferras al primer violín.

Tuvo que rodear una zona de escombros en donde se apilaban trozos de madera contrachapada, lavabos rotos, persianas de plástico, el chasis de una moto, y atravesar un reguero pestilente que corría paralelo a la escombrera para llegar a un terreno abierto, sin basuras. La hierba estaba alta y se mecía con docilidad. Aquel era un buen lugar. Sintió un pinchazo en la espalda que no le impidió seguir caminando. De repente, se dio cuenta de que nunca se había interesado por el método que utilizó Mark Rothko para suicidarse, y lamentó profundamente el descuido ya que le hubiera gustado ser consciente de que, al menos, lo había superado en la puesta en escena. Notó un extraño sabor en la boca, una sensación desagradable. Al chasquear los labios vio el brillo de un filo metálico desaparecer en su cuello. Christian Ferras acababa de ejecutar el segundo movimiento.

XXI

VUELO BA—6268 BRITISH AIRWAYS

Se encontraba inclinada sobre la mesa abatible, mirando por el óvalo de la ventanilla el suelo caprichoso que proponían las nubes. Javier analizaba la forma geométrica que componía con el brazo al apoyar la mejilla en el puño, y analizaba la camiseta remangada hasta los hombros; y entre un análisis y otro, se distraía con las azafatas que pasaban por el pasillo con un carrito ofreciendo bebida a los pasajeros, con la minúscula señal luminosa de prohibido fumar parpadeando en el techo para mortificar a los fumadores y advertirles de que no se dejaran convencer por una tentación que perjudicaba a la salud ajena. Pero sobre todo analizaba la distancia. La profunda distancia que los había separado. Una barrera agobiante e inexplicable se había alzado entre ellos desde que los llevaron a la Embajada inglesa; como si las palabras, las caricias o los besos, solo tuvieran cabida en el peligro, y ahora, cuando sus vidas comenzaban a recobrar la normalidad, se sentían obligados a pausar, a racionalizar, para no precipitarse en una relación que los arrolló cuando intuían su escaso futuro, y que con el transcurso de los acontecimientos habían desvelado que, ésa, era posiblemente la única oferta que podrían compartir: su futuro.

Sin una certeza absoluta, creía que el empeoramiento de su historia empezó cuando no le permitieron a Mercedes volver al apartamento para recoger sus pertenencias.

—Lo siento –se disculpó William, el hombre alto, vestido con el traje claro que los sacó de la clínica–, por cuestiones de seguridad ustedes no pueden ir. Enviaremos un equipo de hombres para que les traigan lo que deseen. Esta noche dormirán en un hotel custodiados por nosotros y mañana a primera hora saldrán para Madrid.

—Mi hotel es el Holiday Inn Harare.

—Díganos el número de habitación y nosotros nos ocuparemos de traer su equipaje –dijo con frialdad, sin contestar a ninguna de las preguntas que recibió a continuación sobre los motivos de una vigilancia tan extrema–. Descansen –esa fue su despedida.

Los sacaron de Corner House desde el garaje, en un coche que

no habría recorrido más de setecientos metros por Leopold Samora Machel Avenue cuando se metió en otro aparcamiento subterráneo. Desde allí los subieron en el ascensor hasta una habitación en el último piso cuyas ventanas daban a una calle desierta. Había algunos edificios desperdigados, antiguas fábricas abandonadas, con los cristales rotos y sin ninguna actividad que reflejara su utilidad.

Mercedes abrió la ventana y respiró con ansia, sin importarle el deplorable aspecto del paisaje. Ninguno de los dos se atrevió a protestar porque los hubieran ubicado en la misma habitación, pero era evidente que cuando se quedaron a solas surgió cierta tensión en el ambiente. No sabían cómo reaccionar y ambos aguardaban a que el otro tomara la iniciativa. Que solo hubiera una cama no influyó positivamente para que se relajaran. Javier fue al baño y se entretuvo examinando la ducha, el lavabo, los dos grifos con ruedas; no era un hotel de lujo pero parecía limpio. Se miró en un espejo de color verdoso que estaba descascarillado en el vértice inferior. Aún conservaba manchas de lodo por la piel y necesitaba afeitarse. Apretó las mandíbulas antes de salir y enfrentarse a Mercedes, que a su vez, ya había cerrado la ventana y estaba sentada en la cama alisando las arrugas de la colcha de forma mecánica.

—¿Querrás ducharte? –Le preguntó.

—Sí.

—El baño está limpio –dijo señalando la puerta con un ligero movimiento de su cabeza.

En la inflexión de la voz se apreciaba la improvisación de las frases, frases ridículas, pronunciadas desde la tensión con la esperanza de zanjar con su murmullo otras inquietudes.

—Pasa tu primero.

—Gracias.

Mercedes entró en el servicio esquivando un amago de sonrisa en el trayecto. Javier dio una vuelta sobre sí mismo observando la habitación, no era ni mucho menos la del Holiday Inn. Se sentó en una especie de sillón que no llegaba a la categoría de sofá –era grande para una persona y pequeño para dos– luego extendió las piernas hasta colocarlas encima de una mesa de madera. La nuca pudo apoyarla en el respaldo y, con la comodidad de la posición, se le fueron cerrando poco a poco los ojos. Desde el baño llegaba el sonido del agua. Sereno, apacible. Cuando Mercedes acabó de ducharse, él se había dormido, ella se desilusionó.

—¿Desea algo de beber? –Preguntó la azafata.

—No, gracias.

—¿Y la señora?

—Mercedes, ¿quieres algo? –Susurró con educación para no molestarla.

Miró distraída el carro, después de realizar varias preguntas sobre las bebidas, se decidió por un zumo de naranja. La azafata se lo sirvió en un vaso de plástico y le dio una servilleta de papel con el anagrama de la aerolínea. Dejó el vaso en la mesa plegable y enrolló la servilleta haciendo un canuto de papel, acto seguido la desenrolló y la volvió a enrollar; la desenrolló y la volvió a enrollar. Javier posó una mano sobre las suyas y el canuto se deshizo junto al vaso. Al tocarla tuvo la misma sensación cálida que cuando le limpió las palmas de *mukura* en el monumento a los héroes de Acre. Una calidez que se acrecentó al acariciarle los dedos con timidez, palpando con suavidad el dorso, dibujando pequeños círculos en su piel, trazando mapas de sentimientos que no se atrevían a consolidar en palabras. En la confusión del roce, las manos se entrelazaron con fuerza, y entonces sintió que la cabina se despresurizaba y que la sangre le corría por las venas más deprisa de lo habitual.

—Te quiero.

Mercedes apoyó la cabeza en su hombro y comenzó a soñar.

MADRID

No serían todavía las doce cuando Ayuso llegó al aeropuerto con el paquete de cartas en una bolsa arrugada de El Corte Inglés. Vallejo y cuatro hombres más lo estaban esperando. Parecían agentes del FBI, con sus trajes oscuros, sus corbatas discretas, su pelo cortado al cepillo y sus gafas de sol.

—¡Los hombres de negro! –Exclamó burlón–. Solo os faltan las armas estrambóticas.

—Nosotros no cazamos extraterrestres –dijo Vallejo.

—Es lógico, los alienígenas sois vosotros –se sentó en una de las sillas de plástico y sacó de la bolsa una caja de galletas de chocolate rellenas de naranja–. No os ofrezco porque sois deportistas y son malas para el ejercicio. ¿Siempre vas con tantos gorilas? –Le preguntó en un falso aparte para que le oyeran los guardaespaldas.

—No. Dos de ellos te acompañarán con Javier Ferrer para que recuperes la lista. Los otros dos se quedaran con la enfermera y conmigo.

—Intuyo que tu confianza en mí es enternecedora.

—Lo hago por tu bien.

Le dio un golpe de risa y escupió unas migas de galleta sobre la chaqueta de su cuñado.

—Per-perdón –balbuceó limpiándosela con torpeza–. Escucha, comisario principal… suena bien el cargo, ¿eh? –Bromeó antes de continuar–. Javier se vendrá en mi coche y tus hombres nos seguirán. Vayamos, adondequiera que vayamos, no entrarán con nosotros, nos esperaran fuera y yo les entregaré la lista.

—¿No pretenderás jugármela?

—¿Con los *Men in Black* en mi cogote?

Vallejo se sentó dejando una silla libre entre los dos. Por los altavoces recomendaban a los viajeros que vigilaran las pantallas para comprobar las entradas y salidas de sus vuelos, el aeropuerto no ofrecía ese servicio por megafonía. A sus espaldas, un hombre de edad intermedia discutía por teléfono acaloradamente, nadie había ido a buscarle y llevaba una hora en la terminal. El comisario esperó con paciencia a que cortara la comunicación y se alejara unos metros de ellos.

—Me parece que anoche no me entendiste –lo miró a los ojos y bajó la voz a un tono de confesión–. Estás hasta el cuello en un

asunto peligroso. Con esta gente no vale enseñar la placa, ni decir que eres mi cuñado, ni que tienes unos derechos. Para ellos eres una mierda. O consiguen la lista sin que nadie vea los nombres o dejarás de preocuparte por los ascensos que nunca te han dado y que te mereces más que el gilipollas de tu cuñado.

Ayuso se metió dos galletas en la boca y las masticó sin apresurarse.

—Este chocolate está muy bueno, ¿seguro que no quieres una?

Vallejo ladeó ligeramente la cabeza y apretó tanto los dientes que las picaduras de viruela se colocaron en fila.

—Verás… –continuó después de pasarse la lengua por los labios– o hacemos las cosas a mi manera, o te dan por el culo y te quedas sin lista y sin el ascenso maravilloso que te han prometido. ¿Crees que no sé lo que va a pasar si te entrego la lista sin un seguro?

—¿Un seguro? ¿De qué cojones estás hablando?

Ayuso masticó la última galleta y aplastó la caja. La papelera estaba demasiado lejos para intentar encestarla y la dejó en el asiento que los separaba. Uno de los agentes le hizo una señal a Vallejo.

—Vamos –dijo levantándose–, ya están aquí.

Ayuso no hizo ademán de moverse. En las pantallas, las informaciones ascendieron una posición y algunos pasajeros acudieron para ver si su vuelo había cambiado de horario. Era gente diferente a la que habitualmente observaba en el metro. Esa circunstancia le agradó. Un día de estos se trasladaría a la terminal del aeropuerto en lugar de sentarse en la estación.

—De acuerdo –aceptó entre dientes Vallejo tras hablar con uno de los *Men in Black*–, pero te advierto que tengas mucho cuidado. Estás solo, Ayuso. Solo.

La cicatriz osciló en su mejilla conformando una sonrisa.

Mercedes y Javier aparecieron por una puerta lateral que se confundía con el panel de la pared, iban acompañados por unos miembros de la guardia civil. El comisario y los agentes se acercaron para recogerlos y firmar los papeles de la entrega. Ayuso, a pesar de quedarse unos metros rezagado, pudo apreciar el brillo de cariño en los ojos de Javier cuando se percató de su presencia en la terminal.

—Me alegro de verle, Inspector –le saludó con un apretón de manos nada más acabar los trámites.

—Y yo.

La enfermera iba agarrada a él como si fuera un salvavidas,

Ayuso tuvo la impresión de que el viaje había merecido la pena; por fin Javier había encontrado lo que llevaba toda la vida buscando.

—¿A qué viene esto? –Preguntó cortando su reflexión–Tanto guardia civil, tanto policía…

—Luego se lo explicaré.

—Señor Ferrer –Vallejo se recreó en un tono ceremonioso–, usted acompañará al inspector y le entregarán la lista a mis hombres. La señorita Espert se quedará con nosotros para rellenar los formularios sobre el viaje –Mercedes se giró hacia Javier con un atisbo de temor–. No se preocupen –continuó al ser consciente del gesto–, es un trámite burocrático, les entretendremos el menor tiempo posible.

Javier intentó decir algo pero la mano de Ayuso en su hombro lo frenó.

—Vamos –echaron a andar hacia la puerta de salida.

—¿Qué ha querido decir con lo de entregar la lista? Yo no sé…

—¡Ssschh! –Lo mandó callar–. No tenemos tiempo. Si sigue mis instrucciones todo saldrá bien. Por lo que veo no ha leído la última carta.

—¿La última carta? –Se volvió hacia Mercedes y le sorprendió la figura de los dos gorilas siguiéndoles a un par de metros.

—No se gire, no se vuelva, mire al frente y escuche –ordenó sujetándole de un brazo– ¿La leyó o no la leyó?

—No me dio tiempo. Me las quitaron cuando nos retuvieron en la clínica.

Salieron por la primera puerta y cruzaron la parada de taxi para caminar en sentido inverso a la circulación.

—En esa carta su hermano le daba una clave para que encontrara la lista de los pacientes que habían chantajeado y a los que iban a chantajear.

—¿A mí?

—A usted, y a su amante. Era un salvoconducto para que nunca les hicieran daño. En esa lista figura un pez gordo que ha montado este “sin dios” para que nadie tenga acceso a ella.

—Espere, espere, espere.

—Cállese y siga andando.

La calle se ceñía hacia la derecha yendo a rematar en una pequeña rotonda con una especie de espátula alargada en el centro. Un minibus blanco, de los que transportan a la tripulación de los aviones, estaba en doble fila impidiendo el acceso al coche. Ayuso golpeó con los nudillos en la ventanilla del conductor justo en el momento en que llegaba la azafata que estaban esperando. Aún no

había metido la llave en la cerradura cuando soltó un exabrupto por una denuncia que le habían colocado en el parabrisas.

—¡Joder! Me han multado. ¡Será posible! –Exclamó arrancándola con mal humor.

—Un momento –uno de los gorilas apoyó una mano en la puerta delantera para impedirle que subiera mientras comunicaba su posición por un transmisor–. Tendrá que esperar un minuto.

—¿A vosotros también os multan? –No le contestó–. No, supongo que no. El CNI siempre ha tenido enchufe con el ayuntamiento. A esos politiquillos les encanta que los escoltéis. Se sienten más importantes cuando estáis a su alrededor. La verdad es que imponéis. Con lo que cuesta tu traje, uno de mis policías se compraría un armario entero. Claro que así les quedan. Tendrías que ver a Perucho, no lleva trajes, lleva mortajas.

—Suba –le ordenó cuando un coche negro se detuvo a su altura.

—Gracias. Tienes una conversación muy agradable.

Subió al coche y le entregó la bolsa arrugada de El Corte Inglés con el paquete de cartas.

—Abra la bolsa, lea la última carta y dígame adónde vamos. Solo quiero la dirección, lo que pueda averiguar en la lectura lo dejaremos para cuando todo se haya acabado –arrancó y salieron en dirección a Madrid.

Javier comenzó a leer angustiado por la incertidumbre de si podría darle a Ayuso la información que precisaba con una lectura rápida, ignoraba que tipo de clave podría haber insinuado Alberto, siempre tan amigo de enigmas y misterios, y se acordó del buen juicio de Mercedes cuando le advirtió de que no parecía escrita por la misma persona. Contrariamente a sus conclusiones, apenas llevaba leídas unas líneas de la carta cuando un crujido interior le alteró la percepción de lo que le rodeaba, y sintió horrorizado que sus globos oculares se expandían impidiéndole parpadear.

—Siga leyendo –le urgió Ayuso.

Dos renglones más abajo, tuvo la sensación de que flotaba en una cámara de vacío y de que la suciedad suspendida se adhería a su cuerpo lastimándole. Incapaz de cerrar los ojos apoyó la cabeza en el respaldo del asiento del coche. No quería seguir leyendo, no quería que ese puñado de frases le robaran más sentimientos. No quería huir de su pasado doliéndose de los recuerdos.

—Siga, por Dios, siga.

La voz de Ayuso le acuciaba y el aguijón del resentimiento le atravesó el estómago, y la lengua, y los oídos, hasta que los tímpanos supuraron las últimas palabras de Alberto haciéndolas

estallar en su cerebro. Fue un fogonazo. Un resplandor que le colapsó los sentidos.

—¿Dónde está la lista? –Gritó Ayuso al ver que era incapaz de reaccionar–. Si no la encontramos matarán a Mercedes, y a usted, y a mí. ¡Joder! –Golpeó en el salpicadero con la palma de su mano.

—En mi casa. Está en mi casa.

El inspector sacó la sirena por la ventanilla y la colocó en el techo. Ni el ruido ni el acelerón para aumentar la velocidad consiguieron sacarle del trance hipnótico. Los "Te quiero" de cada una de las cartas se sucedían mezclando las voces de sus auténticos dueños, las voces de Carmen y de Alberto. ¡De Alberto! ¡De su hermano! Adelantaban coches por la izquierda, por la derecha, por el arcén; pero el coche negro no se despegaba ni un metro. Ahora comprendía que no le hubiera dejado nada en el testamento, manteniendo el engaño ella habría disfrutado de toda la herencia. Le resultaba inconcebible que su propio hermano tejiera esa red de amor invisible durante diez años.

—¿Dónde está escondida? –Preguntó Ayuso dando un frenazo para no arrollar a una moto que se había cruzado en el arcén.

Diez años escondiéndose de sus miradas, traicionándolo. Te amo tanto que me duele tu recuerdo. Mis sueños están en tus ausencias, en tus retornos, en tu nombre. Yo siempre seré la amante imperfecta.

—¿Dónde está escondida? –Repitió la pregunta zarandeándole de un hombro.

—En el lavabo, dentro del pie del lavabo.

Las frases recordadas, las frases leídas, esas frases que le emocionaron, que le mostraron el vértigo del amor desesperado, que le mostraron que la noche no es noche sino insomnio, ahora le herían de tal forma que su garganta se estremeció con un profundo quejido, un grito que le hundió en el dolor, en las sombras donde siempre había vivido.

Ayuso pegó un volantazo para coger una calle estrecha sin aflojar la marcha, los automóviles aparcados se sucedían a una velocidad mareante, él no se daba cuenta de nada, ni siquiera de que al pasar el siguiente cruce, Perucho había atravesado su vehículo en medio de la calzada dejando el hueco justo para que pasaran ellos, pero impidiendo con rapidez que el coche negro continuara la persecución. Cuando quisieron dar marcha atrás para rodear la manzana, había otros dos coches cerrándoles el paso. Díez sacó la cabeza por la ventanilla del primero, simulando ser un conductor enfurecido, para exigir a voces a su compañero que

arrancara de una vez. El inspector sonrió por el espejo retrovisor al comprobar que los "*Men in Black*" habían caído en una trampa infantil.

Y en esas sombras diluidas y confusas, tuvo el suficiente grado de lucidez para reconocer que él había sido el obstáculo que impidió la realización de ese amor que había admirado y cambiado su vida, ese amor que no le pertenecía pero que le dio fuerzas para lanzarse en busca de la rubia desgalichada, el mismo amor que le presentó un nombre que silabeo con indiferencia, y que ahora no se cansaba de pronunciar.

—Cuando lleguemos suba corriendo, no me espere, intente coger la lista lo más rápido que pueda.

La acumulación de ideas contradictorias le produjo un efecto de doble imagen en los recuerdos, y tanto Alberto como Carmen, se desdoblaban en las dos personalidades diferentes que conocía de ellos. Del mismo modo, el antiguo amor y el reciente odio se superponían sin permitirle discernir a cuál de los dos sentimientos debería renunciar. De lo único que estaba seguro era de que su mente y su corazón viajaban por caminos separados.

Dejaron el coche en doble fila, abierto, en el mismo portal, con las aspas de un helicóptero tronando sobre los tejados, en un claro aviso del escaso margen de tiempo que les iban a conceder. Subieron las escaleras a trompicones hasta que Javier se detuvo.

—¡No tengo las llaves! –Gritó.

—No se pare –le ordenó Ayuso con un chorro de aliento mientras se cruzaban con un vecino que sacaba a pasear al perro.

Dos pisos más. Cuatro tramos de escalera. Cuarenta escalones interminables para el inspector. Javier llegó al rellano y, creyendo que Carmen estaría dentro, tocó el timbre sin parar hasta que Ayuso lo apartó de un manotazo y disparó a la cerradura.

—¡Corra! –Pegó un alarido al verlo absorto, contemplando las astillas de la puerta.

Atravesó el pasillo de la entrada y de un salto dejó atrás el salón para entrar en el cuarto de baño. De rodillas metió la mano en el pie hueco del lavabo, tanteó el interior, las tuberías de los dos grifos, la cañería del desagüe, sus dedos tardaron en encontrar el tacto de un sobre sujetado por una goma cuarteada que se rompió con facilidad. Se lo mostró a Ayuso eufórico, era un sobre amarillo.

—Vaya al salón y espéreme allí –dijo arrebatándoselo. Lo abrió y sacó dos folios del interior con nombres y teléfonos de unas cuarenta personas. Los extendió sobre la encimera del baño y con su móvil sacó una fotografía a cada uno. Después los volvió a guardar

en otro sobre viejo que llevaba en la chaqueta y lo cerró. Supuso que le quedaba poco tiempo y aún debía enviar un mensaje con la primera foto de la lista, romper el sobre amarillo y tirarlo al retrete.

—No se mueva –amenazó uno de los agentes apuntando a la cabeza de Javier desde el pasillo– ¿Dónde se ha metido el inspector?

—En el baño.

Los dos gorilas avanzaron con el arma en alto y abrieron la puerta de una patada. Ayuso les daba la espalda, estaba meando.

—Perdonad que no os haya esperado, chicos, pero a mis años la vejiga no respeta ni a los compañeros. Ahí tenéis el sobre con la lista –se cruzaron una mirada escéptica que él aprovechó para tirar de la cadena–. Está cerrado, nadie lo ha abierto, podéis estar tranquilos.

Otros dos agentes más irrumpieron en el salón. Los del baño sacaron al inspector y lo sentaron junto a Javier en el sofá. De las escaleras llegaba el rumor de los vecinos asustados por el disparo. Rápidamente fue apagado por un policía que les ordenó a voz en grito que volvieran a sus casas, a continuación cerró la puerta del salón y entornó la de la calle. Ayuso presentía que algo había fallado. El agente con el que había charlado en el aparcamiento del aeropuerto tenía el sobre en la mano. No le había dado tiempo a comprobar el estado de la foto que envío en el mensaje. Si no se apreciaban los nombres el plan no serviría de nada. Los gorilas se miraron entre ellos, como si dudaran la forma de dar el siguiente paso o no se atrevieran a darlo. Ese detalle lo desconcertó. Uno de ellos bajó la persiana de la terraza hasta la mitad y corrió los visillos. No eran agentes que dudaran el cumplimiento de una orden. ¿A qué estaban esperando?

—¿Puedo fumar?

Ninguno le contestó. Javier movía la pierna izquierda con un compás monocorde, tenía la cabeza agachada pero aún conservaba los ojos tan abiertos que Ayuso pensó que le faltaba piel en los párpados para poder cerrarlos. Escucharon el ruido de las sirenas de varios coches aproximándose al portal. Uno de los agentes le ordenó levantarse. Le quitó el arma y le condujo a una de las habitaciones. Supuso que sería el dormitorio de Javier y de Carmen por la cama de matrimonio. Después realizó la misma maniobra que en el salón, bajo la persiana y corrió las cortinas. Ayuso se fijó en sus movimientos, eran precisos, limpios. Rondaría los treinta años, alto, más de un metro noventa, con una cara opaca que le impedía reflejar emociones.

—Venga aquí –le señaló el pasillo que separaba la cama de la ventana.

Ayuso se acarició la cicatriz. Sin duda Perucho le habría apuntado con uno de sus afilados dedos para recriminarle su escasa pericia con los móviles y los ordenadores. Él pertenecía a una generación que libraba una batalla permanente contra las nuevas tecnologías. Desde el invento del bolígrafo todo lo demás le parecía superfluo.

—No se siente –dijo distanciándose hasta ganar una posición al otro lado de la cama.

—Voy a coger un cigarro –le avisó antes de sacar el tabaco del bolsillo de la chaqueta. Lo encendió y dejó el paquete sobre un libro que había en la mesilla, no se molestó en leer el título. La primera calada le obligó a cerrar los ojos de placer. Apenas expelió un fino hilo de humo que se fue hilvanando ondas hasta el techo. La segunda fue más abrupta, pues no confiaba en que le concediera más oportunidades, y además se vio interrumpida por la entrada de Vallejo en el dormitorio.

Dio la sensación de que la atmósfera se había congelado. Los tres se quedaron estáticos, parecían figuras de cera retiradas del museo aguardando su suerte sin demasiadas expectativas. El cuadro lo rompió el agente al cerrar la puerta con discreción para dejarlos solos. El comisario observaba detenidamente la figura enmarcada por el contraluz de la ventana; los haces se colaban por las minúsculas rendijas de la persiana pespunteando la silueta de Ayuso que fumaba en silencio.

—Y bien, ¿qué es esto? –Preguntó elevando su móvil. Tenía un sobre amarillo que parpadeaba en la pantalla.

—Mi seguro –la coincidencia de color con el sobre original se le antojó un buen presagio.

Vallejo buscó un sitio para sentarse pero no lo encontró. La cama era el único lugar libre y prefirió que siguiera ejerciendo de improvisada frontera entre los dos. Las punzadas de viruela parecían haber aumentado desde el aeropuerto. Cuadró las mandíbulas antes de decidirse a preguntar

—¿Quién más lo sabe?

—Te sorprendería.

—Le has entregado un sobre a mis hombres, ¿qué hay dentro?

—La lista de los pacientes, lo que tú querías, en un sobre viejo, cerrado. Podrás decir a tus jefes que nadie ha visto esos nombres, te ascenderán por tu eficacia, y todos tan contentos. El resto se quedará entre nosotros.

Ayuso apagó la colilla en un cuenco de metacrilato sin estar seguro de que fuese un cenicero.

—¿Qué es el resto?

—El resto ya lo sabes, siempre has sido muy inteligente.

—No me hagas pensar –compuso un gesto de fastidio que hizo muy feliz al inspector.

—Si alguno de mis hombres o de las personas que han estado relacionados con este caso, sufre el más mínimo empujón, en menos de dos minutos las fotografías con las listas estarán circulando por Internet.

Vallejo sintió un arañazo en el esófago que le congestionó el rostro como si hubiera sufrido una parálisis facial. Respiró profundamente para recobrar la serenidad y no precipitarse en el análisis de los hechos.

—¿Te quedan cigarrillos?

Ayuso le tiró el paquete encima de la cama.

—¿Sabes a quién te estás enfrentado? –Inquirió con el cigarrillo entre los labios.

—A nadie.

—¿A nadie? –Repitió soltando la primera bocanada– Son el poder. Quitan y ponen gobiernos, dictan las órdenes a nivel mundial. Tu vida para ellos vale menos que la de una cucaracha.

—¿Y la tuya?

Vallejo interrumpió el movimiento de una mano cuando la iba a meter en el bolsillo. Entre los dos se produjo una pausa desagradable.

—Si matan a todas las personas relacionadas con esta lista porque les cuentas que hemos abierto el sobre, ¿qué te hace pensar que tú y tus gorilas no correréis la misma suerte?

Se frotó las mejillas con suavidad para tranquilizarse y dio dos caladas seguidas. La ceniza cayó sobre la alfombra del dormitorio. No le importó demasiado.

—¿Qué me propones? –Le preguntó a continuación.

—Es muy sencillo. Nadie ha abierto el sobre ni ha leído ningún nombre de esas listas. Se lo entregas a tus jefes y caso cerrado. Si eres un poco inteligente te darás cuenta de que estamos en el mismo barco. O nos salvamos juntos, o nos hundimos juntos.

Continuar con el plan de Ayuso podría resultar beneficioso para los dos. La inflexión que había dado el caso iba a conseguir que, por primera vez en mucho tiempo, ambos remaran en la misma dirección.

—¿Listas? –Preguntó al cabo de un rato.

—Son dos. Perdona que no te enviara la segunda pero tus agentes son muy rápidos.

—Si fueran tan rápidos esta conversación no habría tenido lugar –giró sobre sus talones para abrir la puerta del dormitorio pero se quedó con la mano en el pomo– ¿Has leído algún nombre de la lista que no me has enviado? –Le preguntó sin volverse.

—No, no soy cotilla, pero te confieso que la monarquía europea ha perdido el escaso glamour que le quedaba.

Vallejo soltó una carcajada seca según salía de la habitación.

—¿Quieres que le diga algo a tu hermana? –Gritó cuando ya estaba en medio del salón.

—Sí, dile que se casó con un gilipollas.

—Eso ya lo sabe –murmuró para él observando el semblante demudado de Javier–. Vámonos.

Ayuso tardó un par de minutos en salir de la habitación, los suficientes para haberse fumado otro cigarrillo y salir con la colilla en una mano y el cuenco de metacrilato en la otra. Javier continuaba sentado, moviendo la pierna izquierda y con los ojos abiertos como ventanas.

—¿Es su cuñado?

—Sí, en todas las familias hay una oveja negra.

—Ya –fue un "ya" lacónico, y con su propia inercia se calló durante unos segundos sin cambiar de postura–. Solo Carmen y mi hermano me llamaban así: *Litoral*. Por mi pasión por la generación del veintisiete.

—Lo sé.

El inspector dedujo, por el tono dubitativo, que sentía vergüenza de haber sido traicionado. En su caso, las deudas de amor pesaban menos que la tragedia de haber perdido la referencia de Alberto, de su hermano; ese hermano mayor que había marcado las tendencias de su comportamiento desde que eran niños.

—¿Hay algo más que usted sepa y que yo deba saber?

Se sentó a su lado y le ofreció tabaco. Javier lo desechó con la cabeza.

—Sí. Carmen está en el ático –se permitió una pausa para apoyar mejor la siguiente intención–. Y usted no podrá ser feliz en el futuro, si no es capaz de perdonar lo que ocurrió en el pasado.

Apoyó la espalda sin hacer más comentarios, observando la fotografía de los tres en la piscina, Carmen la había vuelto a colocar en el mueble. Sería un tiempo inexistente, como ella dijo, pero al menos los tres reían. Y esa reflexión le condujo a pensar que el fotomontaje resumía en la imagen trucada el problema de sus vidas:

sin la mentira que los reunía, jamás habrían sido felices los tres juntos.

Entre las especulaciones se fijó en que había frenado el compás de su pierna izquierda y, en la ausencia de dialogo, la respiración se le había vuelto arrítmica. Javier estaba llorando, en silencio. Encendió otro cigarrillo y se quedó allí, a su lado, acompañándolo.

A través del cristal, la luz del atardecer se descomponía en una multitud de puntos resplandecientes sobre las hojas de los sauces, creando una ilusión óptica que les otorgaba un movimiento independiente al de las ramas flexibles. Desde la mecedora, el vano de la ventana cortaba la imagen en la ondulación de terreno que descendía hacia la piscina. Carmen observaba el fotograma incompleto del jardín sin pretender desarrollar una analogía con su vida, también cortada, sesgada por los acontecimientos que la mantenían vagando por un laberinto de recuerdos sin ninguna intención de hallar la salida hacia un presente desolador. Permanecía sentada, con los brazos cruzados, cerrándose a cualquier pensamiento que no cobijara los instantes de felicidad compartidos con Alberto; instantes escasos en tiempo y en número, pero abundantes en emociones, emociones a las que acudía para rescatar pequeños detalles que transcurrieron inadvertidos en su momento, agazapados entre la pasión que les desbordaba en un afán de no restar protagonismo a los sentimientos, y que ahora se revelaban adquiriendo una proporción adecuada a sus méritos. Pues en esas miradas fugaces que se dedicaban ante la ignorancia de los demás, en ese roce efímero en el que unían sus hombros en el sofá, o en ese aguardar paciente a que llegara la hora de la separación mientras él recorría su frente con la yema de los dedos, y ella se acurrucaba en su pecho, desdeñando el recurso fácil de despedirse con palabras que no abarcarían el amplio significado de sus silencios, se encontraba la base que solidificaba su amor. Un amor que aun truncado, le aportaba razones para olvidarse de sí misma. En el cielo, una luna redonda y mezquina surgió antes de que el sol se ocultara.

Cuando Javier entró en el ático había conseguido enfocar la realidad desde diferentes miradas. Seguramente la que más le ayudó a sobreponerse de la traición, fue el dolor que debieron sentir Alberto y Carmen al darse cuenta de que su amor siempre estaría por debajo del cariño que le profesaban. Renunciar a vivir su historia en la libertad que se merecen los sentimientos, comportaba

un sacrificio que mitigaba la conmoción de la noticia. Aunque ese consuelo era insuficiente para recrearse en el pasado con nostalgia, la demostración de dar prioridad a su afecto le condujo a una comparativa con su actual estado: si ellos no hubieran sido amantes, ¿él renunciaría al amor de Mercedes para no causar daño a Carmen?

Desde el salón del primer piso la observó acunándose en la mecedora sin atreverse a interrumpirla. Aunque la distancia fuera físicamente corta, tuvo la sensación de que los separaba un espacio infinito. No concebía que aquella mujer fuera la rubia desgalichada, la mujer que le hizo soñar con palabras que no le pertenecían, la misma mujer que ocupó sus días desde la adolescencia. Y en el borde de esa reflexión, comenzó a sospechar que él también era culpable por no haber sabido encontrar a la rubia que Carmen llevaba dentro, por no haber sabido provocar en ella la explosión de sentimientos que contaba en cada carta. Tal vez las personas escondamos diversos universos en nuestro interior, y vamos ofreciendo a los demás lo que inconscientemente creemos que son más apropiados, dependiendo del cariño, del amor o del odio que recibamos a cambio, sin dominar el resorte que nos impulsa a entregarnos de una determinada manera. Por eso, Javier, al presenciar el derrumbe de su mujer, quiso averiguar cuál de las "Cármenes" era la verdadera, y la realidad le descubrió que todas y cada una de las mujeres en las que se dividía su personalidad, habían permanecido siempre dentro de ella. Todos podemos ser desatadamente apasionados, tremendamente románticos, incluso encantadoramente locos, pero para entregar a alguien esa faceta oculta de nuestro universo, necesitamos apoyarnos en la inquietud de una mirada, en la promesa de unos labios, o en el secreto de una piel que nos ahogue.

Se arrodilló junto a la mecedora.

—Son tuyas –musitó entregándole las cartas que había escrito a Alberto.

Ella las acogió contra su pecho y continuó meciéndose. En la oscuridad, los sauces del jardín parecían borrones de tinta china.

—¿Qué vas a hacer? –Le preguntó al cabo de un rato.

—Volveré a Zimbabwe.

—Es hermoso. El cielo alto, el sol rojo…

Le habían salido unas ligeras manchas debajo de los ojos que entristecían su mirada. Javier le acarició un brazo. Lo tenía frío.

—Has dejado de fumar. Alberto se alegrará.

Un nudo en la garganta le obligó a replegar sus intenciones y se

quedó callado. Junto a ella.

—Lo siento –musitó Javier al cabo de un rato. Tres o cuatro nubes indecisas habían ocultado la mitad de la luna– ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

No le contestó. Javier aguardó unos minutos, el tiempo transcurría con pesar. Después se levantó del suelo y cogió una pequeña manta de viaje que había en el brazo del sofá. La cubrió con ella.

—Esperar –dijo Carmen al oír sus pasos alejarse, y apoyó los pies para reiniciar el vaivén de la mecedora. Su memoria comenzó a recitar las frases que le había escrito desde la primera carta.

FRASES EN SHONA

AMAI WANGU : Mi madre.
A-RI MWANA WANGU : Es mi hijo.
CHIGARAI PASI : Siéntense.
CHII : ¿Qué?
CHISARAI : Adiós.
HANDEI : Vamos.
HANDEI TATU : Vamos tres. (Somos tres)
HANDIDI : No quiero.
HANDINA PAMUSOROI : No tengo perdón.
HANDITAURI CHISHONA: No hablo Shona.
HONGU : Sí.
KANJAN : Hola. (Saludo respetuoso)
KUNWA : Bebe.
IBVAIPO : Vete.
MASIKATI : Buenas tardes.
MATI-I : ¿Qué has dicho?
MIRAI ZVISHOMA : Espera un poco.
MUKOMA ZVAKAIPA : Su hermano es malo.
MUKURA : Color rojo de la tierra de Zimbabwe.
MUNODO CHII : ¿Qué quieres?
MUNOFORA HERE : ¿Te encuentras bien?
MUNUGURA KUPI RENIFA: ¿Dónde vive Renifa?
MUSHA : Aldea.
MUUYU : Baobab.
MWANA WANGU : Mi hijo.
NDANETA : Estoy cansado.
NDI : Yo.
NDIANI : ¿Quién es?
NDINE NZARA : Tengo hambre.
NDINE UROMBO : Lo siento.
NDI-PEI-WO DÓLAR : Por favor, dame un dólar.
NYAMINYAMI : Dios del río.
ONAI : Mira.
PAMBERI NE : Adelante.
PAMUSOROI : Perdón.
PINDAI : Entren.
SEI : ¿Por qué?
TATENDA : Gracias.

TAURAI ZVISHOMA : Habla despacio.
URI KUPI : ¿Dónde está?
UYAI PANO : Ven aquí.
VADZIMU : Espíritu de los antepasados.
VANA VEDU : Nuestros hijos.
ZVAKAIPA : Malo.

[1] Idioma Shona. Diccionario en páginas 307-308.
[2] La Realidad y el Deseo. Luis Cernuda.